

IDAD A
CCIÓN

PANESTRICH
DE
LATONKDU

BX4654

L3

V. 5

C. 1

135803



1080046346



642-6/43



4-19-93
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
R-53

SERMONES PANEGÍRICOS

DE

MR. SANTIAGO FRANCISCO RENÉ

DE LATOURDUPIN,

Abad Comendatario de la Abadía de Nuestra Señora de Ambournai, Vicario general de Riez, Predicador ordinario del Rey, y de la Academia de las Ciencias y Bellas Letras de Nanci:

TRADUCIDOS DEL FRANCES

POR

DON TORQUATO TORIO DE LA RIVA,
Escritor de los Privilegios de Indias, Revisor de Letras antiguas por S. M. y Oficial del Archivo del Excelentísimo Señor Marques de Astorga, Conde de Altamira, &c.

SEGUNDA IMPRESION

CORREGIDA Y ENMENDADA.

TOMO V.



MADRID M.DCCXCVII.
En la Imprenta de la Viuda de Ibarra.
Con las licencias necesarias.

803821

BX4634

L3

V.5



FONDO DE BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135803



PANEGÍRICO

DE SAN JUAN DE DIOS,
Fundador de la Religión de su
nombre:

PREDICADO

*el día de su fiesta en la iglesia de los
RR. PP. de la Caridad de Paris.*

*Ordinavit in me charitatem. Dios regló
mi caridad. Cant. 2. v. 4.*

¡**Q**uan raras son las obras de la caridad, que
fixando sobre sí las esperanzas del mundo, se
atraigan al mismo tiempo las gracias del cie-
lo! La apariencia de los sentimientos, no siem-
pre lleva el sello de la sinceridad. Es una
caridad política á quien mueve el interes:
una caridad ostentosa, cuya vanidad corrom-
pe el mérito: una caridad que sorprende al
mundo, porque no sabe conocer la falsedad,
ni la hipocresía. El mundo es el centro de
la ilusion.

La verdadera caridad, es pura en sus mo-
ti-

A 2

38091

BX4634

L3

V.5



FONDO DE BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135803



PANEGÍRICO

DE SAN JUAN DE DIOS,
Fundador de la Religión de su
nombre:

PREDICADO

*el día de su fiesta en la iglesia de los
RR. PP. de la Caridad de Paris.*

*Ordinavit in me charitatem. Dios regló
mi caridad. Cant. 2. v. 4.*

¡**Q**uan raras son las obras de la caridad, que
fixando sobre sí las esperanzas del mundo, se
atraigan al mismo tiempo las gracias del cie-
lo! La apariencia de los sentimientos, no siem-
pre lleva el sello de la sinceridad. Es una
caridad política á quien mueve el interes:
una caridad ostentosa, cuya vanidad corrom-
pe el mérito: una caridad que sorprende al
mundo, porque no sabe conocer la falsedad,
ni la hipocresía. El mundo es el centro de
la ilusion.

La verdadera caridad, es pura en sus mo-
ti-

A 2

38091

tivos, sublime en sus designios, desinteresada en su conducta, humilde en sus sucesos, y hace igualmente el elogio, tanto de la religión que la inspira, quanto del héroe que la practica.

Todavía no he citado á *S. Juan de Dios*; pero ¿será necesario nombrarle para quien reconozca su carácter? Como modelo, apóstol y víctima de la caridad la consagró sus trabajos, encontró en ella su gloria, y parece que la ofreció todas sus virtudes. Si reflexionamos sobre sus acciones y sentimientos, hallaremos, que la caridad misma se tomó el cuidado de formar su corazón. Al oír su voz todo lo dexó, todo se atrevió á emprenderlo, y todo consiguió ejecutarlo. Ó por mejor decir, el cielo fué quien llamó á nuestro Santo al ingrato, y penoso ministerio de la caridad, dirigiéndole y señalando sus pasos con el resplandor de sus milagros *Ordinavit in me charitatem.*

La caridad que Dios inspira fué su vocacion.

La caridad que Dios anima fueron sus empresas.

La caridad que Dios corona fué su recompensa.

Ordinavit in me charitatem. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Siempre fiel el Señor á su Iglesia, nunca dexó de tener sobre ella designios misericordiosos. ¿En qual de las vocaciones de los santos se manifestaron sus misericordias con mas brillantez que en la de *S. Juan de Dios*? El día

dia de su nacimiento parece que presagiaba ya las maravillas que la Iglesia podía esperar de él. La cuna de los príncipes es el primer teatro de su debilidad; pero la de nuestro Santo fué la de su gloria. Un nuevo Profeta le anunció. Portugal oyó por boca de un ministro divinamente inspirado, que en los decretos eternos estaba destinado *S. Juan de Dios* para venir á ser el protector, y el padre de los pobres, y que lo seria en el siglo menos sensible á las necesidades de la indigencia el héroe, y el restaurador de la caridad.... Pero antes de admirar la fidelidad del Santo, observemos la conducta de Dios para con él.

*Los exemplos edificativos que le mostró,
Las revoluciones imprevistas que le suscitó,
Y las particulares gracias con que le colmó.*

Tales son las miras que preparan y deciden la vocacion de nuestro Santo. Su caridad es inspirada por Dios. *Ordinavit in me charitatem.*

El exemplo es un maestro poderoso y lleno de imperio: sobre todas las edades influye; pero en la juventud encuentra mas docilidad, y casi siempre hace sobre ella impresiones mas fuertes y durables. Es una semilla fecunda que hace brotar los primeros sentimientos, y manda á las primeras inclinaciones: es, si así podemos hablar, el apóstol de todos los corazones.

Nuestro Santo, pues, le halló muy persuasivo en la edificante conducta que ofrecie-

ron á sus reflexiones los sabios y virtuosos autores de sus días. La Providencia le presentó para acampar á un pueblo numeroso baxo los estandartes de la caridad, y le hizo nacer en el seno de ella misma. Incapaz aún de experimentar sus vehementes impulsos, estudiaba ya sus útiles lecciones. El resplandor de la nobleza, y los tesoros de la opulencia, ofrecerian á otro qualquiera la lisonjera esperanza de una vida cómoda. *Juan de Dios* será daudor á sus mayores de un don mas precioso: recibirá en herencia sus virtudes. La mejor sucesion, hermanos míos, es la de la santidad.

Pocas veces sucede que una fortuna perecedera sea en el mundo la recompensa de la piedad. Una providad cierta y segura, unas costumbres irreprehensibles, unos christianos sentimientos, son solamente las riquezas que recoge para su hijo el padre de *Juan de Dios*. Contento con un decente pasar, y poco zeloso de una prosperidad dañosa, supo hasta en las ocasiones mas deplorables hallar recursos para socorrer la indigencia, y asilo para los afligidos. Su corazon era ingenioso para suministrarles mas allá de sus esperanzas y de sus deseos. Casi se puede creer, que los tesoros se multiplican entre las manos caritativas.

Estos generosos sentimientos de un padre misericordioso, los veía crecer nuestro Santo, animados por los tiernos cuidados de una madre, cuyo nombre nos callan los historiadores, aunque le consagran á la inmortalidad con el de madre de los pobres.

Mo-

Movido *Juan de Dios* de tan admirables exemplos, ¿como era posible que no los abrazase, y estuviese penetrado de ellos? ¡Ah! Los elogios que con la voz del reconocimiento prodigaban los infelices á sus padres, le parecian otros tantos motivos para merecer por las mismas acciones iguales agradecimientos. Los exemplos que fixaban su atencion formaban sus sentimientos. Apenas se conoció á sí mismo quando advirtió, que la mayor felicidad consistia, no en la grandeza ni en la opulencia, sino en el delicado placer de hacer felices á otros.

¡O Religion santa! ¡O Iglesia de Jesu-Christo! ¡Quanto te debes prometer de una caridad cuyos primeros ensayos parece que estan anunciando una virtud consumada! Como un nuevo Samuel se perfeccionaba en la caridad á proporcion de como en la edad crecia. Apenas gustó de ella quando se declaró en su favor, y lo comprobó con los motivos mas nobles. Sus larguezas no conocian otros limites que sus bienes. Quando le quedaba todavia algun recurso, sentia en el alma no encontrar mas miserables para distribuir mas beneficios.

De este modo le preparó el cielo para sus designios... Mas ¿que imprevisto acontecimiento trastornó, al parecer, los proyectos de *Juan de Dios*; engañó la esperanza de los pobres, y se opuso á las miras de la Providencia? Apenas salió de las tinieblas de la infancia, quando como otro Joseph fué arrojado del seno de una familia llorosa y

A 4

do-

dolorida. En Oropesa se ofreció á su mérito un nuevo Egypto. La grandeza le llama, la gloria le espera; mas él reusa una y otra.

No, hermanos míos, no creais perder ya de vista al hombre de la caridad. Nuestro Santo llenará su vocacion por los mismos caminos que al parecer le apartan de ella. Mudará de situacion sin mudar de sentimientos. Las imprevistas revoluciones que le prepara el Cielo, son otras tantas sendas misteriosas que le conducen á su destino. Los pobres siempre tienen el mismo derecho sobre su corazón. *Ordinavit in me charitatem.*

¡Quan confundida queda con esto aquella sabiduría engañosa, cuyo limitado alcance no puede sondear los eternos secretos! Apartado *Juan de Dios* de su patria, sin nombre, sin crédito y sin recurso; enteramente abandonado, acusado injustamente, virtuoso por inclinacion, pecador por fragilidad, penitente por reflexion, reducido por necesidad á la última de las condiciones humanas, y arrastrado por su valor al horror de los combates, se nos representa tal como nos le pintan los historiadores en los diferentes periodos de su vida.

¿Quien creeria que en medio de tan opuestos acontecimientos se habia de preparar el apóstol de la caridad? Pues sí oyentes míos: cada señal de las que parece le alejan de su vocacion le confirman mas en ella. Por todas partes se encuentra el hombre de la Providencia. *Ordinavit in me charitatem.*

Yo me acuerdo de aquel dia, no sé si feliz

liz ó desgraciado, en el que se ofreció á la poca experiencia de nuestro Santo un ministro del altar, respetable por su carácter, odioso por su conducta, supersticioso en su piedad, imprudente en su zelo, inquieto en sus viages, errante de ciudad en ciudad, y de provincia en provincia, abusando por todas partes de la credulidad de los pueblos, y aun mucho mas de sus beneficios.... quien por una pomposa relación de las maravillas que presenta la España, interesó y lisongeo la curiosidad de nuestro héroe, y arrebatándole del seno de sus padres, le seduxo, guió y abandonó muy en breve. Este fué, pues, el primer instrumento de que se valió el cielo para abrir á *Juan de Dios* la carrera por donde debia caminar. Era menester, que expuesto á todos los rigores de la pobreza, probase por medio de una útil experiencia los horrores y lástimas de semejante estado; y que conociese por la caridad que se exercia con él la obligacion que tenia de exercitarla con los demas. Aquel es mas sensible á la miseria humana, que por sí mismo ha sido la víctima de ella.

¡Con que diferentes aspectos se me presenta ahora el asunto! Pasó nuestro Santo de estado en estado, y por todas partes fué digno de elogios, por todas superior á su humilde fortuna: hasta la misma envidia le respetaba. La virtud brilla en medio de las tinieblas.... Yo veo á su mérito en disposicion de lograrle un enlace tan lisongero como inesperado. Como árbitro de su fortuna, solo

le costaba hablar para que la prosperidad cediese á sus deseos. Mas no, gran Dios, no es por el camino de los honores ni de las riquezas por donde quereis dirigir á este vaso de eleccion; es por el de las desgracias, y por el de los reveses de la fortuna. Quando parece que mas bien le alejas de tí, sabrás unirle estrechamente. Haz que tocado con tu mano aprenda á conocer tus designios, respetarles y conformarse con ellos. Llegará tiempo en que sea un gran pecador para mas bien ser despues un hombre de caridad. En los peligros de la guerra le esperas. El héroe prepara al Santo.

Consideradle entre los dos mas grandes príncipes de la Christiandad, atrayéndose ya las atenciones de toda la Europa. Siempre rivales, aunque con qualidades opuestas, se habian empeñado Carlos V. y Francisco I. en unas guerras casi siempre renacientes. Si el poder del primero era mas temible, el valor del segundo era mas cierto. Aquel no escuchaba mas que una ambicion sin límites; este no sostenia mas que sus derechos con equidad. El uno se cubria con una política refinada; el otro se entregaba con una franqueza siempre igual. Carlos V. aspiraba á la monarquía universal; Francisco I. defendia su corona y su pueblo. Las qualidades del Emperador eran mas brillantes, las del Monarca mas sólidas. Las victorias seguían las banderas de la Casa de Austria, y aunque la Francia hubiera podido esperar mayores triunfos, era Carlos V. dichoso, y Francisco I. desgracia-

graciado. Ambos eran héroes y admiradores de la celebridad y de la gloria del mérito, y la Europa les juzgaba otro tanto mas grandes, en quanto no dexaban de ser enemigos, con cuya reciproca contraposicion brillaban á porfia.

Pero ¿ á que fin me detengo yo en un elogio christiano con estos objetos políticos? Unicamente nos pueden interesar en este dia, por la estrecha union que tienen con la conducta de *Juan de Dios*. Perdonémosle, que presentándose en los exércitos del Emperador fuese enemigo de la Francia; porque al fin era servir con fidelidad á su príncipe, y no debemos decir que es un crimen el cumplimiento de las obligaciones. La Francia sabe respetar el valor y la santidad hasta en sus mismos enemigos.

Esta sería la ocasion de mostrar á nuestro héroe del modo que le vió la España en el sitio de Fuenterrabia, animado de un valor noble é intrépido; movido por la gloria de la patria, quien le hizo arrostrar los peligros, y menospreciar la muerte. La verdadera virtud hace siempre á los hombres tales como lo deben ser. ¡ Dichoso él, si inaccesible su corazón á los sentimientos del temor, lo hubiera sido igualmente á las impresiones del escándalo! Mas ah! ¡ quan dificultoso es en medio de la licencia de las armas escuchar siempre la voz austera del deber! Presentóse la seducción, y se entregó á ella: olvidóse su piedad, trocósele el corazón, y degenerando su santidad cayó como hombre miserable.

Ya no era *Juan de Dios* el mismo que antes.

Pero aunque la flaqueza tenga sobre él algunos derechos, no los conservará por mucho tiempo. La reflexion le atraerá bien pronto el arrepentimiento. Los remordimientos seguirán á su delito, é iluminándole el cielo le moverá la gracia. Herido y atemorizado como otro Saul, percibia, bañado en su sangre, la horrorosa imagen de la muerte. El sepulcro se le abria á sus ojos.... ¡Que objetos tan tristes! espantar á un hombre que no se detuvo en menospreciarlos en medio de una sangrienta accion. Una séria reflexion sobre sí mismo le puso en claro toda la vergüenza y el delito de sus extravios. Agitado y lleno de turbacion, gemia, suplicaba, y se mudaba. Improvisamente se le vió renacer á la virtud y á la vida. Mas ¡ah hermanos míos! ¿Era acaso necesario que escapase de este peligro para que entrase en otros mayores? Aunque lleno de gloria tocó el instante de la muerte, le faltaba todavia llegar á sus puertas lleno de terror, de ignominia y deshonorado. Los Santos siempre tienen enemigos.

Sucedió un robo, y al parecer recaían sobre *S. Juan de Dios* los indicios de tan odioso crimen. Sospechaba en él la desconfianza, le acusaba la calumnia y le condenaba la injusticia. ¡Cuidad, gran Dios, cuidad de su vida! Vos sois el protector de la inocencia: á vos, y no á otro, toca el defenderla. Apenas pasó un corto tiempo, quando se observó á nuestro Santo que caminaba por
ins-

instantes á expiar en un suplicio infame un delito que no habia cometido. Mas no perecerá. Se reconocerá el error, y triunfará la verdad. Descubriose el delinquente, y se le castigó, quedando justificada la inocencia. Los enemigos de nuestro Santo vinieron á ser sus admiradores. Llenó la Providencia sus designios y, por medio de las mas singulares gracias, conduxo al héroe de la caridad al término de su vocacion. *Ordinavit in me charitatem.*

Hasta ahora, hermanos míos, habeis percibido en nuestro Santo un hombre á quien una mano invisible conduxo por sendas desconocidas. Habia adorado los designios del Altísimo sin percibirlos. Todo se cambió. A los ojos de este nuevo profeta se descubrieron los misterios de lo futuro. Baxo de una imagen sensible, fué instruido de las pruebas que le esperaban, los trabajos que le llamaban, las difíciles, aunque gloriosas empresas á que el cielo le destinaba. El sabia todo quanto habia de suceder; y con esta cierta ciencia, se inflamaba su zelo y se transportaba su caridad. La divina Providencia le prometia ménos reveses que los que deseaba.

Los grandes corazones forman siempre grandes proyectos. Si alguna vez no tienen la gloria de la execucion, logran á lo ménos el mérito del deseo. Los de *Juan de Dios* no habian sido desde luego conformes con las secretas miras que el cielo tenia sobre él. Marchaba á Africa quando le llamaba á España. Clamaba por el martirio quando le prepara-
ba

ba para el apostolado. Santamente ansioso para derramar su sangre por la gloria de Jesu-Christo, huía de su patria, y se lisongeaba de hallar en los crueles discípulos de Mahoma unos enemigos irreconciliables del nombre christiano, unos tiranos favorables á sus generosos designios. Vencedor ya de la peligrosa tentación que le presentó un tio, pronto á colmarle de beneficios, huyó de sus ruegos y de sus lágrimas, surcando tan pronto sobre un débil barquichuelo las olas de la mar, como viéndose en Argel y en Tunez, en cuyas capitales hubiera querido atacar al mahometismo, predicar el Evangelio, enarbolar el estandarte de la cruz, hallar prisiones, hogueras, cadahalsos, y hasta la misma muerte. Pero ¿que voz es la que se percibe? *Juan de Dios* (1) *Granada será tu Cruz.... Juan de Dios.* ¡Que nombre este tan admirable! El cielo es quien se le da. *Granada.* ¡Que teatro! El cielo es quien le designa. *Granada será tu Cruz.* ¡Que destino! El cielo es quien le concede.... Escucha *Juan de Dios*, escucha y obedece. Olvidate del Africa, no te acuerdes de sus tiranos ni de sus suplicios. Tu muerte no es necesaria á la religion; pero tu vida es muy preciosa á la Iglesia. No serás mártir de la fé; pero lo serás de la caridad. Granada te ofrece una carrera penosa, inmensa y dilatada. Muda de resolucion. Camina baxo la proteccion del Dios que te guia, y emprende lo que quieras. Tú no mori-

(1) Véase la Vida de S. Juan de Dios.

rirás en los tormentos: vivirás entre los sufrimientos. Quanto mas largo es el martirio, mas perfecto es el sacrificio.

Iluminado, pues, nuestro Santo acerca de su vocacion, no aspiraba ya á otra cosa que á desempeñarla. Marchó inmediatamente ácia Granada, cuyo nombre tenia para él mil atractivos. En ella encontró cruces que sobre llevar, ya que esto era el colmo de sus deseos; y si el ministerio que mas lisongea á su corazon es el de socorrer la indigencia, conseguirá igualmente ser el padre de los pobres. ¡Oh Granada! ¡Oh afortunada ciudad! ¡Que tarde te has dexado ver de sus ojos! La impaciencia de sus sentimientos parece que acusan la lentitud de sus pasos.

Dexemos á nuestro Santo entre los éxtasis y entre los arrebatos de su zelo, que resista á los tímidos consejos de la política, menosprecie las vanas reflexiones de la amistad, los vientos y las tempestades, el infierno y sus furores, la fortuna y sus encantos, y siempre al mundo y sus peligros. Veamos, pues que ya es tiempo, como se justifica su vocacion por las empresas. Dios preparó el apóstol de la caridad, y quiere tambien sostenerle, como ahora os lo demostraré. *Ordinavit in me charitatem.*

SEGUNDA PARTE.

No hay cosa mas comun que ver decaer los proyectos de la política humana á imitacion de aquellos soberbios edificios que levanta la

vanidad y destruye el tiempo; porque como Dios no les inspira, tampoco se toma el cuidado de mantenerlos.

Pero este mismo Dios que se complace en confundir la presuntuosa ambición de los hombres, les suministra tambien admirables exemplos de su proteccion. Muchas veces hace que la debilidad misma sea temible á los potentados de la tierra; y todo el universo ve con asombro, que un débil arbolillo desafia y como que se rie de los vientos mas fuertes y de las tempestades mas temibles. ¿Quien mas bien que nuestro Santo puede salir garante de esta verdad? Un millar de obstáculos se opusieron á sus designios. Todo el mundo parece que se habia conjurado contra su ruina. Vanos esfuerzos: tentativas inútiles. *Juan de Dios* las advertirá y sabrá disiparlas. Vencerá sucesivamente, tanto las dificultades que precederán á sus empresas, quanto los trabajos que las acompañen. La caridad que Dios sostiene, no tiene que temer enemigos; espere solamente recoger sucesos. *Ordinavit in me charitatem.*

Así como apareció en Jerusalem aquel Profeta enviado de Dios; pero aun mucho mas tiempo expuesto á las irrisiones de un pueblo rebelde, á la fiera indocilidad de los grandes, á la venganza de los falsos profetas, viendo por último humillados, abatidos y enmudecidos á sus enemigos: *Bellabunt adversum te, et non prævalebunt* (1): así se presenten-

(1) Jerem. 15. 20.

sentó nuestro Santo en Granada. Todo estaba dispuesto, todo declarado contra él. Los grandes proyectos siempre se adquieren poderosos enemigos. *Bellabunt adversum te.* ¿Acaso á imitacion de Jeremías ha levantado *Juan de Dios* contra el vicio una voz imperiosa y terrible? No por cierto. Las contradicciones que experimenta nacen de otro principio; quiero decir, del singular artificio que inventa su humildad. Un pretendido delirio le hizo el objeto de los insultos públicos. El discípulo de la cruz se atrevió á imitar esta santa locura. Locura respetable; pero que le arraxo sobre su conducta mil sospechas iniquas. Accion digna de un héroe evangélico, en la que ahoga la religion las últimas semillas del amor propio. ¡Oh Dios mio! Permites que tu siervo sufra los viles tratamientos de la mas negra calumnia para que del seno de las humillaciones salga su gloria mas pura y mas brillante: *Bellabunt, & non prævalebunt.* En el mismo Granada le preparaste un defensor, un panegirista... Los hombres virtuosos siempre se interesan por los sucesos de la virtud.

Poseía entónces Granada un hombre poderoso en obras y en palabras: prodigio de penitencia, gloria del sacerdocio, edificacion de la Iglesia por sus virtudes, su apoyo por su zelo, su oráculo por su doctrina; en suma, á Juan de Avila; varon de ingenio vasto, profundo y universal; director prudente, pero firme; predicador célebre, y digno de serlo; apóstol de la Andalucía, res-

petado en toda España, conocido del Universo; hombre de consejo y de autoridad, cuyas decisiones adoptaban los príncipes, de cuyas luces se aprovechaban los sabios, y á quien Santa Teresa miraba como su defensor, y le consultaba como á su guía y su modelo.... Nada es mas propio que un santo para formar la santidad.

Juan de Dios necesitaba un hombre tan universalmente acreditado como éste para justificar las misteriosas sendas de su piedad, y para desengañar á aquellos á quienes una apariencia poco favorable tenía sorprendida la decisión. Los hombres condenan muchas veces lo que debían admirar.

Presentóse nuestro Santo en el tribunal de su juez, y sentenció Avila. En su conducta descubrió el espíritu del Evangelio, la aplaudió y admiró. Como apologista eloqüente de la santidad, disipó las preocupaciones, confundió á los censores, y aseguró el respeto público á aquel contra quien había visto levantarse los príncipes, los magistrados, el mundo y el infierno. En este caso ¿que podrían contra nuestro héroe el libertinage, y la incredulidad de su siglo? ¿Que contra sus empresas los enemigos de la virtud? ¡Ah! En vano procurarán detener el curso de este caudaloso río que por todas partes va á derramar la fertilidad y la abundancia. Los obstáculos mas insuperables se allanarán; y se verá con asombro, que apenas empiezan los dichosos trabajos de *Juan de Dios*, quando se acrecientan y concluyen. La caridad que tie-

ne

ne á Dios por apoyo no debe esperar nada de parte de los hombres. *Ordinavit in me charitatem.*

En efecto, hermanos míos, yo os he anunciado grandes proyectos y empresas. Pero ¿que proyectos y empresas son estas? Una obra brillante, sólida, útil é inmortal, cuyo plan, execucion y suceso son maravillosos, y admiran al mismo paso que sorprenden. Vosotros vais á ver si me engaño ó no. Intenta levantar un edificio vasto é inmenso, proyecto digno de un rey poderoso, y acaso superior á las fuerzas de muchos príncipes reunidos, y abrir á la miseria enferma y abandonada un asilo contra las injurias del tiempo, y contra las humillaciones de la pobreza; pero todo esto solo, sin recurso, sin proteccion, sin intrigas, y apenas lo emprende quando lo executa. ¿Se hará creible á la inteligencia humana? No: esta no es obra de un hombre sino del mismo Dios. *Domino factum est istud* (1).

Ya tenía la Iglesia religiones célebres, unas consagradas al retiro, y otras al zelo; pero la faltaba una que fuese solamente consagrada á la caridad en el continuo servicio, y asistencia de los pobres enfermos. Esto es justamente lo que meditó nuestro Santo. Conoció el plan, y todo anunciaba ya las primicias de una obra tan santa. Mas, ¿que fatal revolucion es la que suspende, y detiene una empresa tan felizmente empezada? ¿Quienes

B 2

nes

(1) Ps. 117. 23.

nes son esos que á una voz se levantan contra nuestro Santo? Todos le censuran, todos le condenan. ¡Hombre temerario! exclamaba la prudencia humana, siempre desconfiada y temerosa, ¿á donde os arrastra la indiscrecion de vuestra caridad? ¿Bastará ella sola para vuestros designios? ¿Quales son vuestras riquezas? La esperanza; pero os puede engañar. ¿Quienes son vuestros protectores? Ninguno absolutamente. Solo respondeis, que Dios es vuestro apoyo; pero eso es tentar su providencia. La confianza es una virtud; la presuncion un delito. Mas vale no comenzar una obra que abandonarla despues de haberla empezado.

De este modo hablaba Roma quando San Pedro se propuso trastornar la religion dominante del imperio, y ensalzar el christianismo sobre los despojos de los ídolos. Pero Roma tan supersticiosamente adherida á la multiplicidad de sus falsas divinidades, y tan iluminada y científica, se ve no solamente la capital del mundo christiano, sino hecha de un modo incomprehensible, y sin saber como un hombre sin talentos, sin educacion y sin protectores pudo lograr un efecto tan repentino y tan milagroso. Las mismas experiencias, y los propios sucesos se advierten en la empresa de *S. Juan de Dios*. Su indigencia parecia que desde luego autorizaba los injustos clamores de Granada; pero esta ciudad reconocerá, que así como para enarbolar la cruz en el capitolio se valió Dios de unos hombres sin experiencia

ni

ni autoridad, del mismo modo escogió un hombre débil y desconocido para levantar á la caridad un monumento que no debe ser sepultado sino con la destruccion de los siglos. Lo que es imposible para los hombres es muy fácil para Dios. *A Domino factum est istud*. Convenid desde luego conmigo en quanto á la idea que me formo del magnífico establecimiento que erigió nuestro Santo. ¡Que mejor espectáculo que el que presenta una caridad siempre ingeniosa, fervorosa y permanente! Apenas se abrió este asilo á la indigencia quando se vieron en él toda casta de enfermedades. Teatro público de toda clase de miseria, y de toda especie de misericordia. Espectros horrorosos de cuerpos que no formaban mas que una sola llaga; miembros mutilados; bustos animados; hombres á quienes la humanidad misma aborrece al parecer; el conjunto de todos los males; el aparato de las operaciones mas sangrientas que las del suplicio; la triste imágen de la muerte que se reproduce baxo mil formas diferentes; y hasta la muerte misma, triunfante muchas veces contra los socorros y los esfuerzos del arte. Quejas las mas de las veces injustas, pero siempre amargas; lágrimas arrancadas por el sufrimiento, aumentado muchas veces con ellas; el zelo recompensado por la ingratitude, y la providencia acusada por la desesperacion, eran los deplorables y los continuos objetos que fixaban la vista y chocaban á los sentidos; pero que no podía remediar la caridad. Tal es el bosque-

B 3

que-

quejo de la pintura que se debe hacer del triste lugar en que *Juan de Dios* se encerró, y en donde se propuso vivir y morir. ¡Que sentimientos tan heroycos! vosotros los desentrañareis aun mejor en su conducta.

¿A que especie de trabajo se entregó? A todos, y para todos bastaba. Era el hombre de todos los cuidados, de todos los empleos, de todos los servicios. Tan codicioso de las humillaciones, como atento para escusárselas á los demas. Nunca se detuvo en asistir y manejar á toda clase de enfermos, aun con el evidente peligro del contagio de sus males. Participar de las penalidades de sus hermanos, era demasiado poco para su ardiente caridad: hubiera querido librarles de ellas á trueque de reunir las todas en su persona. ¡Que sentimiento tan grande para su corazón al ver executar sobre aquellas pobres victimas las operaciones mas crueles, aunque necesarias! ¡Quanto hubiera él estimado librarlos de aquellos tormentos á costa de cargar sobre sí todo el rigor de sus penas! Repartidos igualmente sus cuidados y asistencia entre todos aquellos que la providencia le habia confiado, parecia que se multiplicaba su prudente actividad; y eran sus trabajos tan universales, que ninguno se escapaba de sus diligentes cuidados. El tiempo del descanso interrumpia las ocupaciones de los demas: las de *Juan de Dios* eran continuas. El día no las veía empezar; la noche no las veía concluir. Negarse solamente al reposo, era su herencia: preferir los enfermos cuyos ma-
les

les eran los mas contagiosos, era su mayor privilegio: ir mas allá de sus deseos, era su estudio.... De este modo consiguió la sabiduría de su conducta ganarse todos los corazones. El consolar de este modo á los pobres y á los enfermos, es el verdadero elogio de la caridad mas perfecta. Es una gloria única tal vez á nuestro Santo.

Su caridad, pues, es una caridad á quien Dios anima, á quien Dios sostiene; una caridad, en fin, á quien Dios corona. *Ordinavit in me charitatem.*

TERCERA PARTE.

¿Que Santo se humilló mas profundamente que *Juan de Dios* en el exercicio de su caridad? ¿Que Santo se vió colmado de una gloria mas brillante? ¿Que Santo se sometió mas ciegamente á la obediencia, ni mereció autoridad mayor? La Providencia dirigió su caridad: ella la recompensó. *Ordinavit in me charitatem.*

La reputacion de nuestro Santo empezó á traslucirse desde las tinieblas de su establecimiento. Ya le contribuian todos los corazones con el lisongero homenaje del reconocimiento. Los pobres publicaban los continuos, y generosos esfuerzos de su caridad: los ricos se apresuraban á porfia á multiplicarle los recursos. Ya se construía un edificio mas dilatado.

Este fué la cuna de una nueva orden. En efecto, apenas tomó el asilo de la caridad una

forma consistente, quando se vieron acudir para fomentar su zelo discipulos fervorosos, iniquos censores en otro tiempo de su conducta. En él se formaron por sus cuidados y exemplos los Arias, los Avilas, los Velascos y los Martinos, hombres cuyas virtudes son bien notorias, y cuya reputacion permanece todavia entre sus imitadores. Allí fué donde empezó esta orden célebre: esta orden, cuyos trabajos no tienen otro objeto que el alivio y la asistencia de los pobres: esta orden, que estendida por el recinto de una sola ciudad de un solo reyno, llevará muy en breve el nombre y la gloria de su Santo fundador hasta los climas mas remotos. Los sucesos de los discipulos eternizarán los del legislador; y los parages mas distantes del mundo que no hayan conocido al padre, le conocerán en la persona de sus hijos.

En el dia observamos ya aquellos brillantes sucesos que no veia entónces la España, sino con una esperanza remota. Felicitémonos por la dicha de recoger el espíritu de *Juan de Dios* en los herederos de su caridad.

Zelosa la Francia para no ceder á los otros reynos una ventaja tan lisonjera, consiguió muy en breve ser participante de ella. Establecida la religion en su capital, la hicieron ver muchos héroes christianos, por medio de los prodigios de su zelo, los deseos que tenían de remunerar tan larga esperanza.... Yo dexo al cuidado de su conducta, siempre la misma, el fácil desempeño de su elogió. La Iglesia publica, quan precioso es este

ins-

instituto á la Religion: hasta los mismos deistas confiesan lo útil que es á la humanidad. Los enemigos de la fé se ven obligados á respetar las virtudes que no tienen valor de imitar.... ¿Quereis, pues, oyentes míos, conocer á estos hombres dirigidos siempre por el espíritu de su fundador? Pues acordaos de lo que eran sus predecesores. En nada han degenerado. Aquellos eran unos hombres cuya caridad superaba á todas las pruebas; unos hombres que no pensaban, ni obraban sino por la caridad; unos hombres que, sin dexar de serlo, sabian exceder á la humanidad. Con estos gloriosos distintivos se daban á conocer los discipulos que formaba *Juan de Dios*. Aun se les encontrará entre aquellos que les reemplazan. El mismo espíritu perpetúa el propio mérito.

No tardó en llevar el nombre de nuestro Santo hasta la corte el espíritu de esta caridad siempre activa é inagotable. Si no hubiera escuchado mas que su humildad, se hubiera negado á la gloria que le llamaba; pero los intereses de los pobres triunfaron de sus repugnancias. Hasta los pies del trono es siempre apóstol al apóstol de la caridad. Los Santos no varian en sus sentimientos.

Comunica estos á la corte. Se presenta en ella, y llegó á ser tan generosa y caritativa, que casi tocó en prodigalidad. La caridad no obra ménos milagros que el zelo.

¿Que miramiento, ó, por mejor decir, que respeto no tributó á nuestro Santo Felipe II. príncipe de trato tan poco accesible? A este mo-

mo-

monarca, pues, le vemos muy encumbrado por sus panegiristas; muy degradado por sus enemigos. Reunia en sí qualidades brillantes, y defectos imperdonables: virtudes útiles, y vicios perniciosos. Protector de la Iglesia mas bien por vanidad que por sentimiento: amigo de la piedad, que practicaba por fausto, y hacia muchas veces servir á sus designios, aparentando, por una política refinada, que servia con ella á la Religion. Disimulado hasta el extremo; de un rostro sereno, un espíritu tranquilo, una alma superior á los acontecimientos: zeloso de su autoridad, implacable en su cólera, injusto en sus venganzas..... Así es como nos pintan á Felipe II. los historiadores que, sobre no ser sus aduladores, fueron sus enemigos. Sin embargo, la verdadera historia le hace con sana crítica sabio, iluminado, valeroso, liberal, magnífico, religioso..... Las pinturas mas primorosas tienen sus manchas, y los mas grandes príncipes sus flaquezas y defectos.

Por mas que España viese muchas veces al falso zelo abusar de la confianza de este monarca, no podrá aplicar la misma tacha á la conducta de *Juan de Dios*. Interesado por los pobres, nunca lo era para sí mismo... Logró el príncipe verle, como deseaba, y le habló con bondad; pero ¿que digo yo con bondad? advirtió sus propios deseos, aplaudió su caridad, se declaró protector de su establecimiento, le enriqueció, le colmó de beneficios. Nuestro Santo obtuvo mas sin pedir, que pudiera haber deseado lograr la ambicion mas desmedida.

No

No se olvidó el hombre humilde de lo que era en medio de toda esta gloria. Desde las humillaciones pasaba á los honores, y sostenia su brillantez. Desde los honores pasaba á las humillaciones, y causaban sus delicias. Los Santos por todas partes llevan el mismo espíritu de religion. Por todas partes animaba ésta la caridad de nuestro Santo: caridad siempre humilde, coronada por la gloria; caridad siempre obediente, recompensada por la autoridad y el poder. *Ordinavit in me ebaritatem.*

Mas en este mismo instante me detiene un nuevo cúmulo de maravillas. Yo percibo por una parte á un hombre que es víctima de la obediencia, y por otra á un nuevo Elías que es casi árbitro de la naturaleza. Si, hermanos míos, *Juan de Dios* es un nuevo Elías: tanto á su voz como á la de aquel profeta se hacian sensibles los inanimados seres. Habla Elías, y hace brotar un fuego vengador: habla *Juan de Dios*, y hace que suspenda el fuego su actividad. Por mas que diga la incredulidad en todos los siglos vemos milagros.

No muy distante de la casa á que nuestro Santo acababa de echar los fundamentos en Granada, conservaba esta ciudad con reconocimiento otro asilo de los enfermos, cuyo establecimiento á mas de dilatado y rico, era obra digna de la magnificencia de los mas poderosos monarcas. En sus principios habia tenido á los reyes de España por fundadores, y logrado que fuesen sus protectores por el discurso de muchos reynados..... Pero ¡que des-

desgracia! en un instante creyó perder el fruto de tantas liberalidades y de tantos años.... Cae una centella, comunicase el fuego, y tomando un cuerpo increíble, causan las llamas repentinamente los mas horribles estragos. Todo parecia, todo se arruinaba: por quantas partes se miraba, no se veían mas que escombros y cenizas. Estos son espectáculos que la imaginacion los concibe mejor que los expresan las palabras.

A vista de esta fatal desgracia todos acuden apresurados. Mas en vano agotan quantos recursos y auxilios encuentran, porque á presencia de los expectadores caían mil victimas á impulso de su zelo. Crecia el peligro, decaía el ardor, sucedia el terror al apresuramiento; todo huía, y la caridad no veía mas que hombres quando debia esperar héroes. Pero yo me engaño, porque se advertia allí uno á quien la actividad del fuego no podia detener, ni nada le asombraba. No, no podia la tímida reflexion suspender la rapidéz de sus pasos. Menospreciando su vida, se arrojó en medio de las encendidas ruinas. Por entre aquellos volcanes de llamas, corria ácia los tristes parages donde el incendio mas violento desolaba, trastornaba y consumia. Firme, intrépido, é invencible, exhortaba, animaba y socorria; y en un solo hombre parecia que se veían muchos *Juanes de Dios*. El únicamente no percibia el peligro que todo un pueblo temia para con él.

Mas, ¡ó desolacion! Ya le han perdido de vista aquellos que atentamente le seguian,
ya

ya no se veía mas que un fuego destructor cada vez mas vivo y general. Los pobres creían haber perdido á su padre. El temor que tenían á las enfermedades les hacia creer que verdaderamente las sufrían. ¡Que lágrimas y que suspiros! Las expresiones mas enérgicas serian muy débiles para representar el vivo dolor de que Granada estaba penetrada. Así los grandes como los poderosos, los ricos como los pobres, y, en una palabra, todo el pueblo, confundian sus gritos y sus sollozos. ¡Que espectáculo tan tierno! Los corazones se le representaban vivamente con expresiones de desesperacion. Ya no existe aquel hombre, decian, á quien los mismos Angeles habian visto, como envidioso de su caridad, ofrecerse á dividir con ellos sus trabajos. Feneció ya. ¡Oh! ¡De quanto sentimiento nos hubiera ahorrado, si escuchando ménos á su zelo, hubiera consultado mas bien á nuestros temores!

Dexadlos ya, pueblo justamente afligido, dexadlos ya, que aun existe *Juan de Dios*. Triunfó del mas terrible elemento. El incendio se ha extinguido: los enfermos vuelven á ser socorridos. Aplaudid la victoria de aquel cuya pérdida llorais. El cielo le conserva por la gloria de la Religion. Sea, pues, para siempre la época de su triunfo grabada en todos los corazones: escúlpase en vuestros fastos. La Iglesia misma celebrará este milagro admirable y único. Por ella conocerá la posteridad mas remota el poder de nuestro Santo. En todos los siglos se dirá, que
un

un hombre guiado por la caridad ha sido superior á la muerte misma. Se dirá igualmente, que las llamas que abrasaban su corazón apartaron, extinguieron y anonadaron las llamas que debían consumir su cuerpo. *In schola charitatis edocens segniorem in eum fuisse ignem, qui fortis usserat, quam qui intus accenderat* (1).

¡Que tejido de maravillas me suministra aun el poder de nuestro Santo, sino fuera preciso compendiar su relacion! Entre ellas veríamos que las rápidas aguas del Xenil respetaban á este nuevo Moyses, y que la muerte misma confesaba la victoriosa fuerza de este Eliseo. Mas poderosa que los cetros y las coronas la caridad de *Juan de Dios*, veía huir delante de sí todos los azotes, y miserias de la humanidad. Su poder siempre es un poder benéfico. Su caridad alivia á los enfermos; su paciencia les sufre, su poder les cura; y las maravillas que han ilustrado su vida, se perpetúan despues de su muerte.

Mas ¿que es lo que he dicho sin sentir? ¡*Juan de Dios* debil, abatido, moribundo!... ¡ó dia desgraciado, ó acontecimiento fatal! Ya va á cubrirse con la tierra la mas perfecta imágen del Dios de las misericordias. Pobres de Christo, corred, venid á recoger los últimos suspiros de vuestro bien-hechor. Su salvacion y vuestros intereses, son los objetos que le mueven, y en los que única-

(1) *In Offic. S. Joan. Dei, lect. 9. Brev. Rom.*

amente se ocupa. Fixos sus ojos sobre la cruz, pide protectores y socorros para vosotros al cielo. No parece sino que se ha olvidado de que os dexa en sus hijos otros tantos padres que tiernamente os cuiden. Desde el lecho en que está postrado lleva vuestras miserias y sus ruegos hasta los pies de los altares. ¡Ah! El altar viene á ser su sepulcro. Ora, suplica y espira.

Figuraos la consternacion de Milan con la muerte de S. Ambrosio, y el abatimiento de la Turena con la pérdida de S. Martin, y conoceréis la fiel imágen del duelo y de la desolacion que se esparció por Granada con la muerte de nuestro héroe. La Iglesia perdió en él, digámoslo así, un Santo que era su ornamento y su gloria. Los pobres reclaman en él un Santo que era su apóstol y su padre. Todos los estados perdieron en él un Santo que era su consejo y su modelo.

Desde luego se puede asegurar, que los mayores obsequios de los reyes no igualan á la pompa fúnebre que creyó el reconocimiento debía á los preciosos residuos de *Juan de Dios*. Mas bien era una fiesta brillante que un espectáculo lúgubre y triste. Le lloraban y le invocaban. Los sentimientos y los elogios, manifestaban ya el principio de la celebridad de su culto.

En medio del público dolor quedaba un doble motivo de consuelo; esto es, el poder de *Juan de Dios* en el cielo, y su espíritu en la tierra. En él solo perdieron los pobres un padre, pero les dexó muchos. *Videant pau-*
pe-

peves, et latentur (1). Abran pues los pobres los ojos, miren sus recursos, y entréguese á los mas justos motivos de alegría y de consuelo. *Videant pauperes, et latentur*. Espérenlo todo de la caridad que anima á los discípulos de nuestro Santo: en todos tiempos se compadecerá de las necesidades de los pobres, siempre se dedicará al servicio de los enfermos. Nunca debe trabajar sino para los infelices: para ellos será siempre activa sin reposo; officiosa sin interes, y digna de nuestros elogios, porque lo es de *Juan de Dios* y de la Religion.

Ahora bien, christianos oyentes, ¿quando caminareis vosotros por las huellas del Santo legislador cuyo triunfo celebra la Iglesia en este dia? ¿No ha de tener imitadores mas que entre sus discípulos? ¡Ah! Venid, venid á la sombra de este asilo y aprended, tanto la necesidad y la miseria, quanto el heroismo de la caridad. *Ordinavit in me obavitatem*. Caridad que Dios inspira, que Dios sostiene, que Dios corona sobre la tierra y en el cielo. Esta morada es la que os deseo.

(1) Ps. 68. 33.

PANEGÍRICO DE S. JUAN EVANGELISTA:

PREDICADO

en la iglesia parroquial de San Salvador de Paris, de cuya clerecia es Patrono.

Exiit sermo inter Fratres quia Discipulus ille non moritur. Corrió la voz entre las gentes de que este Discipulo no moriria. *Joan. 21. v. 23.*

Si permanecen en la memoria de los hombres, y merecen ser eternos aquellos héroes del Evangelio que establecieron la Iglesia con su zelo, la ilustraron con sus escritos, la fecundaron con sus trabajos, y la hicieron respetable con sus virtudes, jamas debe acabarse, nunca se borrará de los fastos de la Religion aquel discípulo á quien Jesu-Christo honró con su confianza y amistad: aquel apóstol, que, por medio de su caridad, dió el nacimiento á las primeras iglesias del

peres, et latentur (1). Abran pues los pobres los ojos, miren sus recursos, y entréguese á los mas justos motivos de alegría y de consuelo. *Videant pauperes, et latentur*. Espérenlo todo de la caridad que anima á los discípulos de nuestro Santo: en todos tiempos se compadecerá de las necesidades de los pobres, siempre se dedicará al servicio de los enfermos. Nunca debe trabajar sino para los infelices: para ellos será siempre activa sin reposo; officiosa sin interes, y digna de nuestros elogios, porque lo es de *Juan de Dios* y de la Religion.

Ahora bien, christianos oyentes, ¿ quando caminareis vosotros por las huellas del Santo legislador cuyo triunfo celebra la Iglesia en este dia? ¿ No ha de tener imitadores mas que entre sus discípulos? ¡ Ah! Venid, venid á la sombra de este asilo y aprended, tanto la necesidad y la miseria, quanto el heroismo de la caridad. *Ordinavit in me obavitatem*. Caridad que Dios inspira, que Dios sostiene, que Dios corona sobre la tierra y en el cielo. Esta morada es la que os deseo.

(1) Ps. 68. 33.

PANEGÍRICO DE S. JUAN EVANGELISTA:

PREDICADO

en la iglesia parroquial de San Salvador de Paris, de cuya clerecia es Patrono.

Exiit sermo inter Fratres quia Discipulus ille non moritur. Corrió la voz entre las gentes de que este Discipulo no moriria. *Joan. 21. v. 23.*

Si permanecen en la memoria de los hombres, y merecen ser eternos aquellos héroes del Evangelio que establecieron la Iglesia con su zelo, la ilustraron con sus escritos, la fecundaron con sus trabajos, y la hicieron respetable con sus virtudes, jamas debe acabarse, nunca se borrará de los fastos de la Religion aquel discípulo á quien Jesu-Christo honró con su confianza y amistad: aquel apóstol, que, por medio de su caridad, dió el nacimiento á las primeras iglesias del

Asia : aquel Evangelista que sacó sus profundas luces del seno mismo de la Divinidad: aquel mártir de Jesu-Christo á quien el christianismo, por un prodigio inaudito, vió sobrevivir á su mártirio : aquel profeta que entre los éxtasis penetró las tinieblas de lo futuro, anunció el destino de la Iglesia, hizo ver su estado y su triunfo, siempre permanente, siempre durable.

Tal es, Señores, el augusto privilegio de *San Juan*, á quien habeis elegido por vuestro modelo, y de quien, perpetuando sus virtudes, eternizareis tambien su gloria. *Discipulus ille non moritur.*

San Juan, como modelo de la clerecía, es el modelo á quien debeis seguir. *Punto primero.*

San Juan, gloria de la clerecía, obtuvo una gloria de que podeis participar. *Punto segundo.*

Estos son los dos puntos sobre los que pienso formar su elogio y vuestra instruccion. AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

Yo acabo de representar en *San Juan* un discípulo fiel de Jesu-Christo, un apóstol zeloso, un pastor caritativo.

Como discípulo fiel instruye á los levitas, que son la esperanza de la clerecía.

Como apóstol zeloso instruye á los ministros, que componen el cuerpo de la clerecía.

Co-

Como pastor caritativo instruye á los prelados, que son la guia y el norte de la clerecía.

Ved ahí, Señores, vuestro modelo. Digo vuestro modelo, respecto de que el cielo os ha destinado para desempeñar algun día las delicadas funciones del sacerdocio. En la conducta de este gran Santo podeis estudiar las reglas que debeis observar en vuestro estado.

Discipulus quem diligebat Jesus (1). Entre todos los discípulos, él fué singularmente el discípulo amado de Jesus. Este es el primer titulo de su elogio, porque es la primera prueba de su virtud. En la amistad de los hombres no siempre preside una eleccion iluminada. Muchas veces entregan al vicio un corazon que no deberian conceder sino á la virtud. *San Juan* llegó á ser el discípulo predilecto de Jesus, porque merecia serlo.

Lo mereció desde los principios por la fidelidad mas pronta. Así como Gedeon fué un héroe escogido por Dios en el reyno de Manasés para combatir contra los Madianitas, así tambien lo fué *San Juan* entre los discípulos de Jesu-Christo, segun piensa San Gerónimo. Entre ellos era el mas jóven. En aquella edad en que los pensamientos son mas imperiosos, mas vivas las pasiones, mas desenfrenados los deseos, no se cuidaba nuestro Santo de otra cosa que de seguir á Jesu-Christo de puro amor que le tenia, ni eran

(1) Joan. xi. v. 20.

eran otros sus deseos, que los de participar de su cruz, beber su caliz, y morir por su gloria.

¿Añadiré yo al mérito de la edad el de la pureza, virtud rara y preciosa, tan fácil de perder como difícil de conservar? Un Dios-Hombre no podía preferir sino á un discípulo vírgen.

Pero ¿que pruebas, me direis, le dió de esta predilección? ¿Que pruebas? ¡Ay, hermanos míos! Fixad vuestra atencion en aquel día que precedió á la redencion del mundo, en el qual prometiendo á sus discípulos estar con ellos hasta la consumacion de los siglos, les dió Jesu-Christo en el Sacramento de la Eucaristía una prenda siempre permanente de su amor... ¡Que espectáculo tan tierno! ¡En que situacion tan gustosa y lisongera percibo yo al discípulo amado de Jesus! Representen en buenhora postrados á sus pies los demas discípulos de este Señor sus temores y sentimientos: *San Juan* goza de un privilegio que ninguno otro ha alcanzado. Descansaba... ¿Mas que digo yo? Respetad, christianos oyentes, el lenguaje de las Sagradas Escrituras. Reposaba en el adorable seno de Jesu-Christo. *Erat recumbens in sinu Jhesus* (1). ¡Singular prerogativa! ¡gloriosa distincion! Jesu-Christo, pues, debia de hacerla, tanto por la virtud mas rara, quanto por el mas dichoso carácter.

¡Que á propósito es, dice San Chrisóstomo,

(1) Joan. 13. v. 23.

mo, este carácter de *San Juan* para cautivar el amor de Dios! En efecto, continuó este padre de la Iglesia, ¿quien es entre todos los discípulos el que prevee mas bien las cosas, obliga con sus miradas, atrae con sus palabras, y persuade con el silencio? *San Juan*. ¡Que afectuoso es su lenguaje! ¡Que atractivo su zelo! De su pluma salen rasgos de caridad, sentimientos de ternura. ¡Quien pudiera describir el generoso amor de que estaba penetrado su corazon por las criaturas! Dentro de él llevaba todos los hombres, y á toda la Iglesia. ¡O corazon singular! ¡con quanta eloquencia se pinta en sus escritos! Por todas partes respira en ellos la uncion de la caridad. Son un fuego sabiamente manejado: una dulce flama que insinúa: un rocío saludable que hace brotar abundantemente las semillas hasta en las tierras mas ingratas... Se me figura que le oigo decir: amémonos unos á otros: que nos distinga una inalterable caridad entre todos los pueblos de la tierra (1): ella es el mas principal mandamiento de mi Maestro, y mi Maestro, queridos hijos míos, es tambien el vuestro.

Si, Christianos oyentes, yo lo digo. Un hombre que sabe inspirar tan bien la ternura en los demas, ¿no es el mas á propósito para fixarla en su Dios? El no ménos la conseguia por su constancia sobre el calvario, que por su dulzura en la sociedad.

Ya se pasaron aquellos propicios dias, quan-

(1) 1. Joan. 3. v. 23.

quando por la brillantez de sus milagros mandaba Jesu-Christo á los corazones: quando por la sabiduría de sus lecciones, iluminaba los entendimientos: quando sellados sus pasos con toda especie de beneficios, hacia volar delante de sí la suplicante confianza de unos, el eloqüente reconocimiento de otros, los homenajes, respetos y adoraciones de toda la Judéa.... Todo se cambia. Al Dios de poder le substituyó el *Hombre de dolor*..... Solo con la idea de los tormentos y peligros que le amenazaban, huyeron sus temerosos discípulos: todos le abandonaron á su suerte. Pero yo me engaño; porque *San Juan* no participará de su temor, ni de su oprobio. Por todas partes seguirá á Jesu-Christo, dice *San Chrisóstomo* (1). Por todas le confesará. Penetrará el tumultuoso tropel, y hasta los pies de la cruz irá su zelo, su reconocimiento y su union á recoger invencible los últimos suspiros del Salvador moribundo. La constancia de sus sentimientos pondrá el colmo á su mérito, y le atraerá la recompensa que mas pueda lisongear el corazon.

Jesu-Christo iba á morir, pero aun detuvo su débil vista sobre la tierra. ¿Y que es lo que vió? A María su madre, á *Juan* su Discípulo. ¡O afortunado Discípulo! Escucha, repara, mira que Jesu-Christo te muestra á María. Ve ahí, dice, á tu Madre. Substitúyame tu amor y tu union para con ella. A tu cuidado la dexo. Sed otro

(1) Joan. Chrisost. in Joan.

otro yo mismo. Y tú, madre mia, la mas tierna de todas: tú vas á perder á un hijo que te ama (1); pero te dexo en mi discípulo un hijo que debe ocupar mi lugar cerca de tí. El será en adelante para tí lo que yo podria ser. El amor que le tengo me asegura del que os ha de tener.

¡O incomparable suerte de *San Juan*! exclama *San Gerónimo*. ¡O justa recompensa de su fidelidad, de su ternura y de su heroismo! Levitas del Señor: discípulos especialmente elegidos, ¿quereis conseguir las gracias unidas al sacerdocio, cuyo estado esperais abrazar? Pues seguid vuestra vocacion con fidelidad. Vosotros sois jóvenes: la juventud de *San Juan* fué la primera época de su zelo. No os entreis al Santuario sino por las puertas de la virtud. Al mundo le sois deudores del exemplo de vuestras costumbres: las de *San Juan* por muy puras le merecieron la amistad de Jesu-Christo. ¡Que carácter tan dulce es el que corresponde á unos hombres que despues deben instruir y gobernar á los pueblos! Este pacífico carácter es el que formó el mérito de *San Juan*. Que constituya tambien el vuestro, y será como un presagio de vuestra constancia.

Pero si como discípulo fiel instruyó nuestro Santo á los Levitas, que forman la esperanza de la clerecía, como apóstol zeloso instruye á los ministros que componen el cuerpo de ella. La vocacion del sacerdocio es una

(1) Joan. 19. 26. 27.

una vocacion al apostolado. En los ministros de los altares es tan necesario el zelo como la piedad.

Sin duda, Señores, que para corresponder á vuestro estado habeis escogido por modelo á un Santo, cuyo ministerio os demuestra las delicadas funciones de aquel á que sois llamados. Destinados al apostolado podreis aprender de él lo que debe ser un apóstol.

Este, pues, es un hombre á quien ocupa, abraza y transporta el amor á la Religion. Todos los trabajos son correspondientes á su zelo, y todas las naciones son los objetos de sus trabajos. Un santo atrevimiento es el que preside á sus empresas; y sus primeros sucesos no son otra cosa que una brillante preparacion de nuevas victorias.

En el retrato que acabo de hacer de un apóstol ¿podreis desconocer el de *San Juan*. ni la idea del apostolado que vosotros mismos debéis exercer? ¡Que gracias tan singulares le disponen para él! ¿Obra Jesu-Christo milagros? Nuestro Santo es elegido para ser restigo de ellos. El es uno de los discípulos á quien el Salvador conduce al Tabor donde se manifiesta su gloria: á Jerusalem donde se manifiesta su caridad se distingue, y sobre la mar de Tiberiades, donde brilla su poder. A él es á quien se apareció vencedor de la muerte, y á quien, como dueño de la naturaleza, mandó dar testimonio de la verdad.

Nuestro Santo le dará otro tanto mas poderoso en quanto es mas verdadero. *Verum*

est testimonium ejus (1). Como espectador él mismo de las maravillas que predica á los demas, no dirá nada que no haya visto y oido. *Quod vidimus, & audivimus* (2). ¿Y sobre que parages hace caer desde luego este hijo del trueno el rayo de su voz? sobre Jerusalem.

Sobre Jerusalem, donde la sangre de Esteban estaba todavía chorreando: sobre Jerusalem, donde el fuego de la persecucion se irritaba á vista de los triunfos evangélicos. *San Juan* predica, trabaja, y empieza la persecucion. Un prodigio que obró, excitó la rabia del clamores públicos, y despertó la rabia del Sannedrino. Ya tramaba la venganza sus torcidas intrigas... Nuestro Santo veía la tempestad, y se reía de ella. Sus enemigos creían oponerse á sus sucesos, y sus sucesos se aumentaban con su furor. Cada dia contaba la reciente Iglesia nuevas conquistas.

Pero ¿por que se ha de extender solamente á Jerusalem el zelo del Evangelista? Los países circunvecinos experimentaban ya su fuerza y su actividad, y no tardaron mucho las naciones mas distantes en recoger sus preciosos frutos. La que inmediatamente lo notó fué el Asia, donde, como dice San Gerónimo, estableció rápidamente, y gobernó con constancia las mas florecientes iglesias. *Totas Asiae fundavit, rexitque Ecclesias.*

Dexemos al Santo Apóstol instruir á Samaria y confundir en ella la impostura: no ha-

(1) Joan. 22. c. 21.

(2) I. Joan. I. v. 3.

hagamos cuenta de que entre los bárbaros y orgullosos pueblos de los Parthos contase sus trabajos por sus sufrimientos. El Asia era su herencia. Allí es donde se le debe seguir: allí donde es menester verle llegar, instruir, combatir y triunfar.

En el Asia donde Jesu-Christo era todavía desconocido: en el Asia, donde los ídolos tenían otros tantos acérrimos defensores, quantos adoradores crédulos: en el Asia, donde la filosofía tenía sus maestros, la eloquencia sus héroes, el ingenio sus prodigios: en el Asia vasta, difícil y penosa mansión: allí es á donde fué ansioso *San Juan*, y donde se exercitó en su carrera. Como una aurora brillante apareció la Religion en aquellos inmensos países. Bursa se instruyó, Smirna quedó iluminada, la luz de la fe penetró en Acyra, el Evangelio se recibió en Nicomedia, la cruz se enarboló en Nicea, Calcedonia adoró á Jesu-Christo, Sardes le erigió altares. Por todas partes se derribaban los ídolos, cesaba su culto, se levantaban iglesias, y en estas mismas Iglesias nacieses florecia la Religion y reynaba con soberania. La fe de nuestro Apóstol vino á ser la de las naciones conquistadas por su zelo, é imitadoras de sus virtudes. Ademas se hizo sentir en Efeso, y esta opulenta y supersticiosa ciudad no puso á sus empresas sino débiles obstáculos, que venció. Efeso fué el centro donde aquel nuevo conquistador estableció la silla de su nueva dominacion. Desde allí era desde donde su atenta vigilancia se

se repartía entre los numerosos pueblos de quienes era el padre al mismo tiempo que el vencedor. Mas dilatado su corazon que el universo, abrazaba desde allí todas las iglesias, obra de su gloria y fatigas. Su zelo sabia hacerse todo para todos, á fin de ganar á todos los pueblos para Jesu-Christo. Zelo firme por los intereses de la verdad: zelo activo en la persecucion de los hereges: zelo tierno para los judíos, iluminado para los infieles, insinuativo para los pecadores, afable para todos los christianos: zelo, en fin, que en un solo apóstol reunia el carácter de todos.

Ministros del Dios vivo, ¿ es del curso de estos trabajos rápidos de donde quiero separar vuestra atencion para que distrayéndola de tan digno objeto se detenga aun sobre vosotros mismos? No por cierto. El establecimiento de la Religion no está confiado á vuestro cuidado, aunque sí á vuestro zelo la veneracion que se debe al Evangelio. *San Juan* le hace respetable con sus costumbres. Estas son sobre todo las que debeis imitar.

Su conducta es un libro instructivo que presenta á sus discípulos. Sus discursos hacen sobre ellos imprecisiones ménos vivas que sus obras. Las vuestras, pues, son del mismo modo un libro abierto á los ojos de aquellos que se dedican al sacerdocio. Ellos son vuestros discípulos, y vosotros sus maestros. Aprendan solamente de vosotros sus obligaciones, y formarán algun dia vuestra gloria, así como

mo vosotros mismos formais al presente la del sacerdocio.

Yo, señores, ofendo con esta exposicion á vuestra modestia: sin duda se me ha olvidado de que estais colocados baxo los estandartes de un Santo que no exige otra qualidad que la de la fraternidad de los christianos. El es vuestro hermano, como lo escribió diciendo (1): *Ego Joannes frater vester....* Pueblos de la nueva Iglesia, conceded á *San Juan*, ademas de vuestra admiracion los grandiosos títulos de apóstol, fundador, mártir, profeta, taumaturgo. El vuelve á sellar con estos honrosos distintivos su humildad; pero lo hace sin determinada voluntad, porque el título y el honor que únicamente quiere, es el de vuestro hermano: este es el que él confiesa, el que únicamente le lisongea. *Ego Joannes frater vester....* Señores, desengañémonos: el mas honroso título para vosotros es el de Sacerdotes de Jesu-Christo. Bien conozco que por vuestro zelo y talentos sois acreedores á los distintivos mas gloriosos; pero vuestra modestia no debe confesar otro delante de los pueblos que el de Sacerdotes de Jesu-Christo, y el de hermanos entre vosotros mismos. *Ego frater vester.* Tanto como pastor, quanto como apóstol empleaba nuestro Santo estas tiernas y familiares expresiones.

Mas un nuevo motivo me detiene. ¿Quien soy yo para atreverme con los exemplos de

San

(1) Apoc. i. 9.

San Juan, á prescribir lecciones á unos hombres que son la luz del mundo, lo mejor de la tierra, los oráculos de la Religion, el norte y los gefes de Israel? Pero no, yo no aventuraré aquí mis reflexiones. El mismo Santo hablará. El solo será el que instruya á los pastores y prelados con sus acciones, con sus escritos y con sus sentimientos.

¿Quien es un perfecto y verdadero pastor (1)? Aquel á quien la Providencia coloca sobre los fieles para dirigirles con sus cuidados, luces y prudencia. El que les consagra sus vigiliass y sacrifica sus dias: les amonesta con verdadero consejo: les dirige por rectos caminos: les ilumina como oráculo: les alimenta como padre: les lleva dentro de su corazón; y aquel, en fin, que á su pueblo le considera como un otro sí mismo.

Este carácter descrito por nuestro Santo, es la verdadera imagen de su propia conducta. Escogido para echar los fundamentos de las iglesias Asiáticas, y encargado de encaminarlas por las sendas de la fe, ¡quan atento fué su zelo! ¡Quan sabio, tierno y activo! ¡Quan firme y adelantado! Todos estos caracteres se reunen en un solo rasgo.... Hablo de aquel famoso pecador á quien nuestro Santo atraxo á la Iglesia, y á la penitencia.

Este infeliz se habia contado en otro tiempo entre sus discípulos. Las diversas ocupaciones de su ministerio no le habian permiti-

ti-

(1) Joan. 10. v. 1. & seq. usque ad 16.

tido prestar una atencion seguida á esta preciosa, aunque fragil conquista de su zelo; pero la habia dexado á cargo de un pontifice, que sin embargo que debia responder de ella, la abandonó. Aquel que habia sido continente, se perdió por la libertad; y en el abismo de iniquidad en que le precipitó su imprudencia, creía su conversion imposible, á la gracia cansada de aguantarle, y su reprobacion cierta y segura.

Apenas volvió *San Juan* de sus apostólicas peregrinaciones, quando como pastor zeloso pidió cuenta exácta al descuidado Pontifice del depósito que le habia confiado. Avergonzóse al responderle, y suspirando le dixo: ¡O que desgracia! Se ha perdido; ya murió para siempre á manos del pecado... ¡Que zelo se apoderó de nuestro Santo al oír esta respuesta! A pesar de las trabas de su vejez, voló como una ave hasta ponerse delante de aquella descarriada oveja. Hablábanle sus lágrimas, huía el ingrato y le seguía el apóstol. Hijo mio, le decia, ¿por que huyes de tu padre, que es un pobre viejo sin armas? No temas, aun puedes recobrar tu salvacion. Yo respondo por tí á Jesu-Christo: empeñaré mi alma por la tuya. ¡Victoriosas y tiernas palabras por cierto! Despiértase el arrepentimiento, y siente el infeliz su mal estado. Baxa los ojos, llora y se postra. Se movió, convirtió é hizo penitencia.

Excelente exemplo de los modos de que dichosamente se vale la sollicitud pastoral; de su prevencion para conservar su obra, de

su

su firmeza para corregir la inatencion, de su eloqüencia para persuadir, de su dulzura para insinuar, de sus lágrimas, que, mas poderosas que los discursos, hieren los espíritus, encadenan las voluntades, cautivan los corazones, acaban las conversiones mas grandes.

Lo que *San Juan* hacia con sus discursos como pastor presente, lo executaba como ausente por medio de sus escritos. Comunicaba sus sentimientos á su pueblo quando no podia hacerle oír su voz. ¡Con quanto discernimiento sabia acomodarse á todos los talentos! Tan pronto preservaba á los fieles por la profundidad de sus razonamientos, contra los atentados del error, como les defendía con saludables consejos, contra las ilusiones del mundo. Por todas partes ayentaba los abusos.

Pero no siempre es eficaz el zelo que espanta. Algunas veces es necesario valerse de medios caritativos. Nuestro Santo lo executó así. Instruyendo á una Dama ilustre por su nacimiento y piedad (1), supo juntar á sus instrucciones los elogios: alabar su fe, y darla sus amarguras. Supo al mismo tiempo que con dulzura mandarla con firmeza, que huyese del trato con los novadores, único medio de evitar sus lazos y asechanzas. Así que, él mismo estaba muy distante de Cerinta en Efeso.

El buen prelado, dice San Gregorio Papa,

(1) II. Joan. 1. 2. 3. 4. 7.

pa, debe ser diligente para saber mezclar las alabanzas con los consejos, la dulzura con la fuerza, y hacer ver lo que son las representaciones de un amigo, las decisiones de un juez, las correcciones de un padre; y sobre todo, predicar con la imperiosa voz del exemplo..... Tal era la conducta de nuestro Santo.

Su pluma abundaba de nuevas instrucciones. A su discípulo Gayo le testificó una afeccion tierna y paternal. Yo advierto, le dice (1), con el mayor gozo y alegría, los generosos cuidados que te has tomado en favor de tus hermanos. Su carta es una especie de testimonio del reconocimiento público. De este modo es, pastores de los pueblos, como debeis vosotros, segun dice San Juan Chrisóstomo, hacer que brote siempre de su corazon un amor compasivo y liberal para los infelices y desgraciados.

San Juan elogia y reprehende respectivamente á los que lo merecen. Abrid su tercera carta (2), y vereis en ella el santo horror que inspira para con un ministro prevaricador, tenido por herege, usurpador de la autoridad, enemigo de los apóstoles..... Ya habia visto el Asia que nuestro Santo depuso á otro ministro que se habia atrevido, con una obra licenciosa, á combatir la reputacion de San Pablo (3). A imitacion suya de-

(1) III. Joan. 2.

(2) III. Joan. 9. fo.

(3) Baillet, 27. de Diciembre.

debe el pastor velar sobre la conducta de su clerecia, corregir sus vicios, condenar sus errores, castigar sus escándalos. Debe tambien, por medio de justos aplausos, animar á aquellos que dividen con él los laboriosos cuidados de su ministerio. Este fué el tributo que pagó *S. Juan* á la fidelidad de Demetrio (1). El buen pastor advierte ingeniosamente á los ministros, con sus alabanzas, que cooperen con él al desempeño de su obligacion, y que siempre deben dar al mundo buenos exemplos. Por este medio conseguirá, á imitacion de nuestro Santo, no solamente ser amigo, sino superior de su clerecia.

¡Dichosa una y mil veces la Iglesia que poseyese un pastor semejante! con el nombre de *S. Juan* se representa el quadro de los méritos y sucesos que conseguiria.

Nuestro Santo, pues, fué por su mérito el modelo de la clerecia, como acabais de verlo. Por sus sucesos es la gloria de ella.

SEGUNDA PARTE.

San Juan empleó como Evangelista sus talentos contra la heregia, y los coronó con su humildad. Como mártir sufrió de los tiranos las mas rigurosas pruebas, y sobrevivió á su martirio por las necesidades de la religion. Como Profeta predixo las desgracias, y triunfos de la Iglesia, y vió ya al fin de su penosa carrera cumplidas sus predicciones.

Tom. V.

D

Tal

(1) III. Joan. 12.

Tal es su gloria. Vosotros, señores, participareis de ella si defendeis la religion con vuestros talentos, si la honrais con vuestros sufrimientos, si os declarais por sus intereses hasta los últimos instantes de vuestra vida.

Así como un navío en medio de las agitados olas, disputa con los vientos y las tempestades el momento siempre próximo de su naufragio; así tambien los Santos Doctores se aplicaron á representar la cuna, y los principios de la Iglesia. Tan pronto se oponia á sus progresos la idolatria protegida por los potentados, como el detestable judaismo sostenido por la antigüedad de su culto. Combatida siempre la Iglesia, y jamas vencida, se acrecentaba por instantes; y logró por la predicacion de los apóstoles establecer el imperio de la fe en tan remotas regiones, que todavia no habia llegado á ellas Roma con sus pretensiones orgullosas, sin embargo de que se jactaba de haber sometido á sus leyes todo el universo.

Quando los demas apóstoles terminaron su carrera y su vida, y quedó solo *S. Juan* en la iglesia, se le aumentaban cada dia nuevos enemigos. A la idolatria y al judaismo se juntó la heregia. Menos poderosa, aunque con mas artificios, procuró sorprehender á aquellos á quienes los señores del mundo no habian podido vencer. Cerintha se presentó llena de audacia y de furor; y Ebion dogmatizaba lleno de distinciones capciosas. A estos soberbios corruptores de la doctrina christiana podemos añadir los Simonienses, mons-

monstruos tan temibles por los horrorosos sistemas de sus dogmas, como menospreciables por la desenfrenada licencia de sus costumbres; é igualmente á los Nicolaitas, secta sutil en sus impiedades, diestra en sus rodeos, peligrosa en sus sucesos, y secta, en fin, á favor de la qual se estendian furtivamente los evangelios falsos; obras solo de la iniquidad, favorables á la heregia, indignas de los apóstoles, y por consiguiente acreedoras á que se armase contra ellas todo el vigor de su zelo.

Esto es justamente lo que hará nuestro Santo. Solo sobre la tierra, y lleno del espíritu de Jesu-Christo que habia recibido, quedaron únicamente por decirlo así, confiados á él los intereses y la suerte de la Iglesia.... A él solo se dirigian los votos del pueblo. Sus discipulos le pedian encarecidamente les proveyese de armas victoriosas para aterrar el espíritu de la mentira, y del error. A él se dirigian las Iglesias mas distantes, y al paso que se resistia, se redoblaban las solitudes. Cedió su zelo, y con el santo entusiasmo que se apoderó de él, empezó á trabajar y escribir. ¡Que oráculos! ¡ó profundidad! ¡ó sublime language! Parecia que habia contemplado la luz eterna. Escapósele un rayo de esta luz. ¡Que rayo tan divino!

In principio erat Verbum (1). En el principio era el Verbo. ¡Palabras terribles y mages- tuosas! Escuchad y temblad, enemigos de Je-

D 2

su-

(1) JOAN. I. I.

su-Christo. Caed y deshaceos, obras forjadas por las manos de la impostura. Y vosotras actas apócrifas, falsos evangelios, volved á entrar en las tinieblas de donde habeis salido. Disipense las negras sombras. Triunfa tú verdad santa: humillate Cerintha: huye Ebion: abrid los ojos á la luz, Nicolaitas.... Ved aquí el Evangelio que suple lo que falta á los demas. Parece que es el último para ser el complemento de todos (1). Será mirado como la principal, y la mas noble porcion de las divinas Escrituras. Será como el sello de la palabra de Dios escrita.

Cada Evangelista empieza de distinto modo la relacion que debe hacer de los acontecimientos que componen la vida del Hombre-Dios. Su generacion temporal detiene desde luego á S. Mateo. El bautismo, y la predicacion de Juan Bautista fixaron las primeras atenciones de S. Marcos. S. Lucas se propuso empezar por el Sacerdocio de Zacarias los interesantes asuntos sobre que se debia exercitar su pluma. *San Juan* se abrió, como dice S. Gerónimo, un nuevo camino. *A ceteris distat*. Es una aguilá que con un rápido vuelo va á contemplar al Hombre-Dios en el seno de la Divinidad. Los secretos del Eterno Padre parece que dexan de serlo para él (2).

En el principio era el Verbo. Luego no empezó á ser: siempre ha existido. *El Verbo*

(1) Baillet, 27 de Diciembre.

(2) *Quasi aquila ad superna volans*, Hieron.

estaba en Dios (1). Luego es emanado de Dios. Entre el Padre y el Hijo hay una distincion de personas, y una unidad de esencia. *El Verbo era Dios* (2). Dios igual al Padre, consubstancial con él: todo poderoso como el Padre; dueño y señor de todo quanto existe.... Es Dios poderoso, y misericordioso.... *El Verbo se hizo carne* (3): verdadero Dios, y verdadero Hombre. Se manifestó á nosotros; habitó entre nosotros; conversó con nosotros. *Nosotros hemos visto su gloria; gloria que conviene al Hijo único del Padre. Le hemos visto lleno de gracia y de verdad* (4). Su verdad ilumina, su gracia mueve. Ambas componen de cada uno de sus ministerios un ministerio solo.

Redúzcanse al silencio los orgullosos discípulos de Marcio, Arrio y Socino. Llénense de confusion los Sabelinos, Monothelitas, Nestorianos y Eutichienses.... *En el principio era el Verbo*. *El Verbo se hizo carne*. He aquí el escollo de todas las heregias que atacan, ó á la divinidad, ó á la humanidad de Jesu-Christo. Habló S. Juan, y cada palabra fué un rayo que destruyó á los temerarios enemigos de su maestro. Habló en efecto, y por su doctrina estableció Nicea sus decisiones, Atanasio fundó sus disputas, Hilario justificó sus principios, y todos los Padres lan-

D 3

(1) Joan. I. I.

(2) Ibidem.

(3) Joan. I. 14.

(4) Ibid.

lanzaron las saetas de la iglesia, y aseguraron el triunfo de la verdad. Habló, y en su doctrina todavía encuentra el zelo armas victoriosas con que resistir, y aun ayunta al arrianismo renaciente. La doctrina de nuestro Santo es aquella misteriosa torre de David contra la que siempre se estrellan los impotentes esfuerzos de la incredulidad.

¡Quanto celebraría yo de que el limitado tiempo que me queda me permitiese seguir á *S. Juan* con la instructiva relacion de lo que encierra su Evangelio! ¡Que fuerza al pronunciar el sublime discurso de Jesu-Christo en la sinagoga de Capharnaum! ¡Que precision quando explica el misterio de la Cena, y convida á la instruccion de la Eucaristia! ¡Que ternura quando representa la imagen del Calvario, el espectáculo de la Cruz, la muerte del Hombre-Dios, el duelo de la naturaleza, la redencion del mundo! Ved hay sus talentos y su humildad.

La flaqueza de los hombres acostumbra entregarse á los lisongeros trabajos que les inspira su propia gloria. Si hablan, saben por medio de un ingenioso discurso hacer que recaiga sobre su propio mérito el brillante favor que conceden al de los demas. Si escriben, se coronan por sus propias manos en el quadro que trazan al público, disputando casi á la luz de los colores extraños las sombras que les son favorables.

San Juan transmite á las generaciones futuras la historia del Hombre-Dios; pero él es solamente entre los apóstoles el que se re-

resiste á un justo tributo de alabanzas. ¿Se vió obligado á referir asuntos que interesaban á su gloria? Pues por un reflexionado artificio de humildad consiguió suprimir su nombre, y casi hubiera querido ignorasen todos los siglos, que aquel cuyos privilegios publicaba era él mismo.

Servid, pues, á la Religion, ministros de Jesu-Christo, servidla con vuestro zelo; emplead vuestros talentos en defender sus dogmas, su moral y su divinidad; pero aumentad siempre por el mérito de la humildad la brillantez de vuestros sucesos. Tenead presente, que los talentos son un don gratuito de Dios, y que vosotros no sois mas que unos débiles instrumentos de que se sirve para la execucion de sus altos designios con la Iglesia. Alábense esos frívolos ingenios que se adornan con el pomposo nombre de espíritus fuertes de su ciencia superficial y poco profunda: á los filósofos destructores de la fé pertenece alabar con indecencia sus razones: este es su idolo. Un Ministro de Jesu-Christo semejante á *San Juan*, no se gloria sino en el Señor, ya sea en los sucesos afortunados, ya en los desgraciados acontecimientos.... Al oír estas expresiones, huye el Evangelista de vuestra consideracion. No la detengais hasta llevarla sobre el martirio.

¿*S. Juan* un mártir? Si hermanos míos: este glorioso renombre le dá la tradicion mas antigua, el sentir de toda la Iglesia, la solemnidad de una fiesta particular. Sin embargo, no digo yo que precisamente sea mártir

porque perdiese la vida, sino por haber, en algun modo, triunfado de la muerte. Mártir porque sobrevivió á su suplicio por la gloria de la Religion; y porque igualmente fué mártir de la verdad, de la penitencia, de la caridad.... No fué otra cosa toda su vida que una serie de sufrimientos. Su martirio, dice S. Chrisóstomo (1), es un martirio una y mil veces renovado. *Multoties Martyr.*

¡O gran Dios! Tú le dispusiste á estas terribles pruebas quando la indiscreta consideracion de su madre solicitaba alcanzarle un lugar distinguido en tu reyno. ¡Quan incomprehensibles son tus designios! Su ambicion deseaba honores, y tu no prometias mas que cruz á su zelo. Le hiciste ver el amargo cáliz que le estaba preparado, y le aceptó sin titubear.... ¡Que bien ha justificado su amor sus promesas! Sigamos las huellas de sus pasos, y veremos como en Jerusalem partió desde luego con S. Pedro los horrores de una dura esclavitud. Mas le estaban aguardando tanto á él como á sus hermanos otras cadenas. Con ellos padeció nuevos tormentos, nuevas humillaciones.

A este tiempo ya habia perecido el príncipe de los apóstoles, y el doctor de las naciones por las bárbaras órdenes de Neron, quien aunque habia espirado, sobrevivió en las crueles órdenes de los Césares, herederos de su inhumanidad, y enemigos implacables del Christianismo. Empuñó Domiciano las

(1) Chrysost. Homll. 33. ad Pop. Antioch.

las riendas del Imperio, y como digno sucesor de Neron, tan fogoso como él, tan terrible é implacable enemigo de la Religion christiana y de sus discípulos, se propuso descargar su inquieta rabia sobre S. Juan. Este Santo era la victima ilustre que aquel príncipe irritado se propuso inmolar en defensa de las falsas divinidades que adoraba todo el mundo.

Apenas empezó á hablar, quando se le preparó un suplicio desconocido hasta entonces en la Iglesia. Suplicio exprofesamente buscado, y singularmente inventado por la crueldad. El aceyte hirviendo fué el suplicio, nunca visto hasta aquella época, que se destinó al Santo Apóstol. Sumergido en este ardiente licor, iba ya á dar á la idólatra Roma el gustoso espectáculo de su muerte. Así lo esperaba Domiciano, quien con aquel género de martirio que habia inventado su ingenioso furor se lisongeaba, no solo de ver perecer el apoyo de la Iglesia, sino á la Iglesia misma. Pero sus esperanzas se vieron confundidas. Sobre el altar de su sacrificio, ofreció la preciosa victima al númeroso pueblo que habia concurrido un espectáculo mas admirable que su muerte; quiero decir, la muerte misma, pues respetando al Santo Apóstol rehusó servir al tirano. Me parece que estoy viendo á S. Juan reanimar sus fuerzas, olvidarse de su edad, no escuchar sino á su zelo. ¡Que magestad se descubria sobre su rostro! ¡Que alegría en sus miradas! ¡Que apresuramiento en sus deseos! No iba

iba arrastrando al suplicio, sino que corria y volaba ácia él. ¡Estremécete Roma! ¡Que prodigio! Detiéndose las llamas, y pierde el fuego su actividad. Ni sufría ya el mártir, ni moría. Salió de su suplicio al modo que un héroe del campo de la victoria. Salió, dice Tertuliano, pero mas fuerte y capaz de servir á la Iglesia.

Aun vive *S. Juan* por ella. Parece que de nuevo se remozó en los tormentos. Lleno ya de gloria; quantos adoradores iba á atraer á Jesu-Christo! ¡Con quanta eficacia predicarán sus llagas el Evangelio! En vano se le desterrará, por medio de una orden rigurosa, á diferentes climas y paises. Esto servirá menos de cautivar su zelo, que de prepararle una ocasion favorable para exercerle. El lugar de su destierro vendrá á ser el teatro de su Apostolado. ¡O Pathmos, isla horrosa, mansion triste! tú serás para nuestro Santo una continuacion de su martirio. Por tí consagrará sus vigilias, redoblará sus cuidados, se cosumirá á fuerza de trabajos. Si con su sangre se acaba tu conversion, viértela, que él te la concede gustoso.... Mas no: Perce Domiciano, y sube Nerva sobre el trono de los Césares. Concedióse la paz á la Iglesia. Las órdenes del Príncipe llamaron á *S. Juan* de su destierro. Colmado de méritos, va á perfeccionar sus antiguos trabajos, y buscar nuevos sufrimientos.

¡Quan dulce es, señores, á los ministros de Jesu-Christo padecer por los intereses de la Religion! Los sucesos son la recompensa

mas

mas lisongera del Apostolado: los sufrimientos el fruto mas precioso. Las cadenas, y las prisiones son los destinos que deben ambicionar los sucesores de nuestro Santo, y de *S. Pablo*. Yo me compadezco de los sacerdotes de Jesu-Christo en la paz de la Iglesia. Experimentados ligeramente, casi no tiene mérito su fortaleza en permanecer fiel. Las victorias sin trabajo, no son para ellos verdaderas victorias: quando defienden la verdad, y la santidad de la fe á expensas de su fortuna, de su libertad y de su misma vida, entónces sí que son verdaderamente respetables, gloriosos y vencedores dignos de su ministerio y de la Religion.... Los siglos de persecucion son los siglos mas preciosos del sacerdocio. Imitad siempre el noble valor y constancia de *S. Juan*.... Mas aquí se me representa una nueva serie de acciones. Yo no percibo ya en él un mártir, sino un profeta.

Meditad pues, amados oyentes míos, medidad en aquella profunda obra que durante el destierro del Santo Apóstol, ocupó su eloquente pluma, y exerció su fertilísimo ingenio. El siglo de los profetas revivió entónces en la Iglesia. En nuestro Santo se manifestó al vivo el espíritu de *Elias*, de *Daniel* y *Jeremías*.... Lo futuro se le descubría á sus ojos.... ¡Que luces! ¡Que riquezas!

Yo me atrevo á penetrar estos velos misteriosos (1)... Pero ¿que digo? ¿Acaso me

cor-

(1) Apocalypsi.

corresponde á mí sondear el tenebroso abismo del Apocalypsi? Piensen otros norabuena, que descubren en él las persecuciones de la Iglesia (1), la constancia de los mártires, la decadencia de la idolatría, la extirpacion de los errores (2), el triunfo de los justos, el fin de los siglos, el aparato del juicio universal (3). Crean desde luego desmenuzar en él la crueldad de Neron, el zelo de Constantino, la apostasía de Juliano, los sucesos de Mahoma, los furores de Lutero, la cisma de Inglaterra, los estragos de la incredulidad. Persuádanse igualmente, que por aplicaciones metafísicas descubren en él las victorias de los conquistadores, la suerte de los monarcas, las revoluciones de los imperios, la anticipada historia del Universo, los reunidos acontecimientos de todos los siglos. Por lo que á mí toca, me contento con considerar en él á *S. Juan* lleno de Jesu-Christo, de su gloria y de su Religión; ingenioso para caracterizarle con las mas augustas imágenes, como son las de Dios santo, justo y magnífico, que sujeta el infierno á su dominio, y hace que tiemblen á su vista los monstruos del error y de la impiedad: Cordero condenado á muerte, Leon de la tribu de Judá, descendiente de la casa de David, que bañado en su propia sangre, y con la cruz acuestas, cumplió las profecías, terminó la ley,

- (1) Bossuet.
 (2) Saci.
 (3) Calmet.

ley, estableció su reyno sobre la tierra, su trono en los cielos, su dominacion en la eternidad. No quiero mas que exclamar con nuestro Santo: ¡Dichoso aquel que lee y escucha todas las palabras de esta revelacion! *Beatus qui legit et audit verba Prophetiae hujus* (1)! En ella encontrará toda la doctrina de la Religion. Yo confieso desde luego que es obra oscura; pero tambien conozco que lo debe ser, porque contiene unas profecias que hasta su cumplimiento no se descubren. El nacimiento, la muerte y la resurreccion del Mesías, justificaron en otro tiempo los impenetrables oráculos de David, Isaías y Ezechiél; y llegará tiempo en que los oráculos de *S. Juan*, hasta ahora encubiertos, recibirán de los acontecimientos que les motivaron una autoridad luminosa. Desaparecerán los símbolos, y brillará la verdad.

Mejor diríamos si asegurásemos, que antes de su muerte vió nuestro Santo cumplidas una parte de sus profecias. Vió al Universo armado contra la Religion: al judaismo que la atacaba, á la idolatría que la perseguia, á la heregia que la turbaba. Vió perecer los apóstoles, y multiplicados los mártires: vió agitada la Iglesia con mil vientos contrarios, y llevada entre olas de sangre hasta tocar su ruina....Con este espectáculo parece que su zelo toma nuevas fuerzas. Llévemole á la congregacion de los fieles. Todavía predica en ella las santas ver-

- (1) Apoc. I. 3.

dades de que su pluma y su lengua fueron eloquentes intérpretes. Su postrera palabra fué un último sentimiento de caridad.

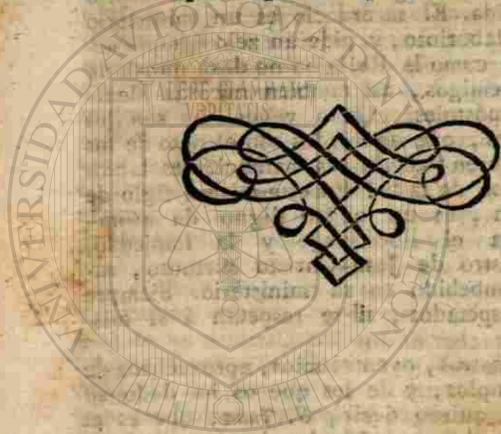
¡O Iglesia de mi Dios! ¡con quanta pena observas la proximidad de su muerte! Despues de un siglo de virtudes, trabajos y fatigas espiró *S. Juan* colmado de méritos y de gloria. Murió siendo querido de la Iglesia, temido de la heregia, venerado de los potentados, sentido de los fieles, inmortal por sus escritos y por sus discipulos. Murió, y con él feneció el siglo apostólico, aunque no el espíritu de los apóstoles, pues parece sale de su sepulcro para guiar succesivamente á los Policarpos, á los Pothinos y á los Irenéos. Sus cenizas llegaron á ser el objero de la veneracion pública, y despues de tantos siglos de su muerte, comunican todavia el zelo que le animaba. Delante de sus venerables reliquias fué quando en el concilio ecuménico de Epheso exhortó el papa *S. Celestino* á los obispos congregados en él á que siguiesen las instrucciones de *S. Juan*, se aprovechasen de su espíritu y de sus virtudes. ¡Quanto zelo manifestaron por su culto un *S. Ambrosio* en Milan, un *S. Agustin* en Hipona, un *S. Gregorio* y un *San Leon* en Roma! Su gloria no se acabará sino con los siglos. Los servicios que ha hecho á la Iglesia hallarán en su reconocimiento un tributo de honores que no fenecerán sino con ella misma.

Los que vosotros le rendis, le son otro tanto

mas interesantes, en quanto por la constancia de vuestros trabajos haceis revivir su espíritu y su gloria. La de los ministros de *Jesu-Christo*, como vosotros, consiste en dedicarse á la Religion hasta el último suspiro de su vida. El sacerdocio es un ministerio siempre laborioso, y pide un zelo siempre activo. Así como la Religion no dexa nunca de tener enemigos, así tambien necesita siempre de apóstoles. ¡Quan venerables son los sacerdotes, que agobiados con el peso de los años, abren todavia sus balbucientes labios en defensa de la fe! En este mismo siglo de irreligion, es un objeto digno de asombro para el libertinage y la impiedad, un ministro de *Jesu-Christo* virtuoso, sabio y embebido en su ministerio. Siempre serán respetados, si se respetan á sí mismos.

Y vosotros, oyentes míos, aprovechaos de sus exemplos, y de los que os ha dado su modelo, quiero decir, *S. Juan*, que es el modelo y la gloria de la clerecía. Pero es menester que observeis, que del mismo modo puede servir de guia á los christianos. Como discípulo de *Jesu-Christo* os enseña la fidelidad que debeis tener á la Religion. Como apóstol de *Jesu-Christo*, os hace ver el zelo que la misma Religion tiene derecho á exigir de vosotros. Como pastor atento y vigilante, os dexa en sus exemplos una regla segura, tanto para mandar sin orgullo, como para obedecer con humildad. Como evangelista, os expone los motivos de vuestra

tra fe. Como mártir, os convida á seguir sus pasos para caminar por las sendas de sus sufrimientos. Como profeta, os anuncia los combates que debeis sostener sobre la tierra, y la recompensa que os espera en el cielo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

PA-

PANEGÍRICO

DE SAN ANTONIO ABAD:

PREDICADO

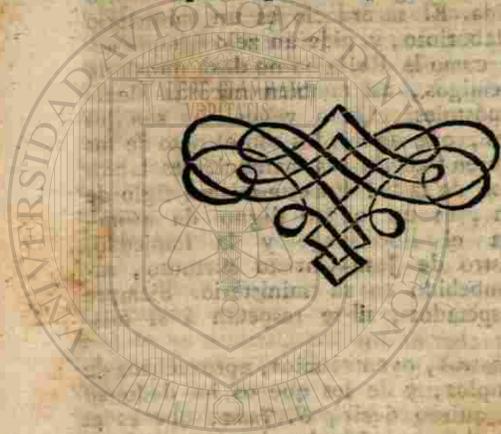
en la iglesia de Canónigos Regulares de S. Antonio, y en la de S. Nicolas del Chardonnet.

Videte, contemptores, & admiramini.
Menospreciadores, mirad y admiraos. *Actor. 13. v. 41.*

En ningun tiempo se ha respetado á los Santos ménos que en el nuestro. Este siglo, que va á turbar el silencio de los sepulcros mas infames para resucitar nombres favorables á la incredulidad, solo sabe censurar á los hombres que merecen vivir, tanto en la historia de la humanidad, quanto en los anales de la Iglesia. Reparte sus elogios á los Porfiros y á los Celsos; y sus menosprecios los tiene reservados para los Pablos y los Antonios. Este Santo con especialidad es para el mundo libertino é impío un motivo de murmuracion indecente, de imputaciones

Tom. V. E es-

tra fe. Como mártir, os convida á seguir sus pasos para caminar por las sendas de sus sufrimientos. Como profeta, os anuncia los combates que debeis sostener sobre la tierra, y la recompensa que os espera en el cielo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

PA-

PANEGÍRICO

DE SAN ANTONIO ABAD:

PREDICADO

en la iglesia de Canónigos Regulares de S. Antonio, y en la de S. Nicolas del Chardonnet.

Videte, contemptores, & admiramini.
Menospreciadores, mirad y admiraos. *Actor. 13. v. 41.*

En ningun tiempo se ha respetado á los Santos ménos que en el nuestro. Este siglo, que va á turbar el silencio de los sepulcros mas infames para resucitar nombres favorables á la incredulidad, solo sabe censurar á los hombres que merecen vivir, tanto en la historia de la humanidad, quanto en los anales de la Iglesia. Reparte sus elogios á los Porfiros y á los Celsos; y sus menosprecios los tiene reservados para los Pablos y los Antonios. Este Santo con especialidad es para el mundo libertino é impío un motivo de murmuracion indecente, de imputaciones

Tom. V. E es-

escandalosas. ¿No habrá conocido nuestro siglo en *S. Antonio* mas que sus tentaciones? Reparad los que le menospreciais, reparad y admiraos.

Vivió mas de un siglo, y todo este tiempo fué agradable al Señor. Reflexionad sobre su vida, y os avergonzareis de atacar á un Santo tan digno de vuestra veneración y respeto. *Videte, contemptores.*

Desde el tercer siglo hasta nuestros dias ha sido celebrado su nombre en todos los parages del Universo. Seguid las huellas de su gloria hasta los remotos climas en que el mundo concluye con sus límites. *Antonio*, que es el objeto de vuestros menosprecios llegará á ser el de vuestra admiracion. *Contemptores admiramini.*

El fue el ornamento de la soledad, el patriarca de los solitarios, el terror del infierno, el azote del arrianismo, el vencedor de los tiranos: estos son los títulos concedidos á su reputacion despues del reynado de Constantino. Nuestro Santo los mereció por su retiro, su penitencia, sus combates y sus triunfos.

Antonio tuvo en la Iglesia un siglo entero de mérito. Así lo vereis en la primera parte. *Videte, contemptores.*

Antonio hace quince siglos que le venera la Iglesia. Esta reputacion os admirará en la segunda. *Contemptores, admiramini.* AVE MARIA.

PUN-

PUNTO PRIMERO.

Sin duda es un mérito raro, y tal vez único, el de caminar siempre igual por el espacio de todo un siglo por las escabrosas sendas de la perfeccion: conservar en la helada vejez el mismo fuego que anima en la ardorosa juventud; y contar por el número de los dias el de los sacrificios. No fué otro en realidad el maravilloso mérito de *S. Antonio*.

Un siglo entero de fervor practicado sin la menor escusa.

Un siglo entero de combates sostenidos sin interrupcion.

Un siglo entero de servicios hechos sin interes.

Tal es el singular carácter que distingue á nuestro Santo en la Iglesia. Libertinos é incrédulos, yo os convido á que escuchéis. *Videte, contemptores.*

Nació quando Decio gobernaba el Imperio Romano, y murió quando le mandaba Constantino. La aurora de este astro que debia iluminar el desierto, empezó mediados del tercer siglo; y ya habia pasado la mitad del quarto, quando todavia brillaba en aquel tiempo en la Iglesia. Veinte Principes vió imperar sucesivamente en el trono de los Césares, y todos ellos le observaron siempre en una constante práctica del fervor.

Este, pues, habia nacido con él. Apenas se despertó su razon, quando ya se habia apoderado la reflexion de su entendimiento. Veía delante de sí las ligeras ventajas de la

E 2

no-

nobleza y opulencia que despreció. Advirtió tambien el christianismo y la virtud (1), de cuyos recursos como tan útiles se aprovechó. Las ciencias profanas no le emplearon sus primeros dias. *Non se litteris erudiri passus est* (2). La de la salvacion fué su ambicion única. El sepulcro de un padre querido, y de una madre tierna, era para él una escuela de donde salia una voz eficaz y persuasiva que le hacia ver no debe vivir el christiano sino para disponerse á morir bien. Libre é independiente, ¿en que os parece empleaba aquellos favorables instantes, en los que ni tenia maestro á quien consultar, yugo que sufrir, ni juez á quien temer? En escoger un maestro como Dios, á quien con muchísima razon tenia en lugar de padre: en cargarse con el yugo de la perfeccion, mas honroso que la sujecion misma: en nombrar á la conciencia por su juez, mas rigurosa que los primeros directores de sus acciones.

Echó una ojeada observadora por el mundo, y sus miradas no advirtieron otra cosa que peligros que le amenazaban. Esto fué bastante para que todos los vinculos de la amistad, del parentesco y de las comodidades no le detuviesen en él. Rompiólos, pues, *Seculi vinculis liber* (3), y llevó al retiro la inocencia; no el arrepentimiento. Anda tierna víctima, anda á donde el cielo te llama. Sigue enhorabuena tus deseos, pues que se

(1) *Atban. in vit. S. Ant. c. 1.*

(2) *Ibidem.* (3) *Ibidem.*

dirigen solamente á la virtud. Pero ántes de que te hagas un sepulcro en el desierto, quiere el cielo merecerte un sacrificio. Antonio debia por un prodigio de desinterés prepararse para los de penitencia. Penetrado de esta gran máxima, corrió al santo templo, y escuchando con docilidad la palabra de vida, recogió el fruto de ella. Oyó jó misteriosa conducta de la Providencia! Oyó estas expresiones de la sagrada Escritura: *Si quieres ser perfecto, vende todo quanto tienes, dáselo á los pobres y sígueme.* Su corazon le estaba diciendo, que era á él á quien se dirigian estas palabras. *Ad se dominicum traxit imperium* (1). Obedeció, y al instante sacrificó sus posesiones y esperanzas. Hasta lo que habia reservado para una hermana, digna de sus cuidados y de su ternura, lo repartió entre los miserables al percibir aquellas palabras del Evangelio: *No pienses en mañana....* El se sepultó entre la soledad sin otro tesoro que el de sus virtudes, y con la generosa resolucion de hacer la conquista de las que le faltaban.

Penetremos con la consideracion hasta en medio de su soledad. Determinémosnos á profundizar su corazon. ¡Quantas maravillas se nos van á descubrir! Nuestro Santo estaba poseido de la noble ambicion de no aguantar ningun ribal en la carrera de la virtud. Empezóla con austeridades que asombran á la naturaleza. Su ayuno era continuo. Casi se

(1) *Ibid.*

se puede decir, que á fuerza de privaciones se habia despojado de su cuerpo, ó que esta pesada masa se habia vuelto un cuerpo glorificado. Su vida mas bien era una lenta muerte. *Mors dicenda potius quam vita.* Antonio era un mártir que se inmolaba sin cesar, ó que continuamente renacia de entre sus cenizas para inmolarse de nuevo. *Vita ejus Martyrum.* Su ingeniosa crueldad inventaba suplicios ignorados hasta entónces de los mas pérfidos tiranos. Y ¿tenian por objeto castigar iniquidades? No por cierto: solamente estaban destinados para mantener virtudes.

A la severidad de su penitencia se pueden añadir los arrebatos de su amor. Su corazón estaba, por decirlo así, transformado en una viva llama. No, exclamaba en los heróycos impulsos de su caridad, yo ya no puedo temer á Dios, sino amarle. *Jam non timeo Deum, sed amo* (1).

De este amor, como de su principio, nacia la mas sublime contemplacion. Pero ¿quien podrá seguir á nuestro Santo en los continuos ejercicios de sus oraciones? Los dias no eran bastante para su fervor. Hasta en la obscuridad de la noche alargaba sus fogosas y extáticas conversaciones con la Divinidad. Como que reprehendia al sol su piedad, porque venia con tanta ligereza á iluminar los secretos consuelos de que gustaba.

Aunque otros hiciesen de su soledad el teatro de su zelo, no se puede considerar á An-

(1) Casan. in vit. Patrum

tonio por esta circunstancia el legislador y apóstol del retiro: consiste en su santidad. Los Santos siempre estan descontentos de sí mismos.

Aunque fué tan perfecto, quanto la fragilidad humana le permite al hombre, todavia procuraba por una emulacion incomparable, y despues de un siglo de sacrificios, aspirar al mérito de una perfeccion mas eminente. *Æmulabatur.* Por mas virtuoso que era, luego que el cielo le hacia conocer que existia un hombre que se distinguia mas que él por la brillantez de sus virtudes, se entregaba, con una sublime ambicion, á imitarle.

Dígalos sino Pablo, aquel héroe christiano que segun creyó nuestro Santo le aventajaba en la penosísima carrera de la perfeccion: aquel Pablo, padre, gloria y cabeza de los eremitas: aquel Pablo, que con las alas de la fe, voló el primero al desierto, é hizo de él una escuela de caridad, un teatro de penitencia, un templo de oracion: aquel Pablo, cuya juventud no conoció las pasiones sino para sujetarlas: que en la mas avanzada edad ignoraba el mundo, y parecia desconocerse á si mismo: que agobiado y debilitado con el peso de los años, sin ser abatido, conservaba todo el fuego del amor divino... ¿Que no tenga yo la pluma y el ingenio de San Gerónimo para representar á nuestro héroe, quando al través de una senda desconocida se determinó buscar á Pablo hasta encontrarle! Al sentir sus pasos parecia que

se allanaban las mas altas montañas. Los mas horribles desiertos ofrecian á su zelo un camino sembrado de flores.... La emulacion no conoce ningun obstáculo.

El amor que movia á nuestro Santo, le dirigió hasta aquella venerable gruta, depositaria del tesoro que buscaba. Percibió; pero ¿como es posible explicar los sentimientos de su conmovida y satisfecha alma? Percibió que aquella luz del desierto estaba pronta á extinguirse y apagarse. ¡Ah! Las fugitivas fuerzas de Pablo anunciaban ya su último aliento. Postrado humildemente *Antonio* á los pies de este prodigio, que le asombraba y confundia, tuvo la dicha de que le escuchase y admirase. Manifestóse, pues, que era un discípulo que iba á consultar con su maestro, un hijo que iba á oír los documentos de su padre. Mas apenas poseyó á este maestro, á este padre, quando le perdió. Espiró Pablo.... Aquí parece que se está viendo enriquecer á *Eliséo* con el duplicado espíritu que le comunicaba *Elías*. Cargado *Antonio* con los preciosos huesos de Pablo, se impuso, sin embargo de su muerte, la obligación de poseer sus sentimientos. Cubierto con sus vestidos, se volvió á su amada soledad para dar un nuevo esfuerzo á su fervor. Practicado este por el discurso de un siglo sin el menor tropiezo, constituyó su primero y principal mérito; pero se descubrió mucho mejor todavia por un siglo entero de combates sostenidos sin interrupcion.

Quando os anuncio sus combates, no os de-

debeis figurar, que son de uno de aquellos perjudiciales vencedores que sobre arroyos de sangre corren á la conquista de los imperios, afirman su trono con la ruina de las naciones, no hay espectáculo que mas les divierta que el que presentan las ciudades que han reducido á cenizas; y le parece que no aseguran su gloria, sino á medida de como agobian con males y desgracias la tierra y sus habitantes. No por cierto. El vencedor que llama vuestra atencion lo es del infierno, no de los reynos ni de los hombres de la tierra. Todos los espíritus malignos parece que se conjuraban para perderle. ¡O precioso desierto! ¡O teatro y testigo de tan raras y nuevas expediciones! Manifiestanos como supo resistir á la tentacion, vencerla y aprovecharse de su victoria. La incredulidad perdonará á la eloqüencia sagrada, de que acerca de las tentaciones de nuestro Santo, y al lado de unas respetables verdades, coloque los acontecimientos á quienes llama ingeniosas ficciones. ¿Quien ignora las sacrilegas invectivas con que los pretendidos espíritus fuertes tiran á oscurecer las tentaciones de *San Antonio*? Pero las mismas que los audaces filósofos intentan suprimir las comprueban *San Atanasio* y *San Gerónimo*. ¡Incrédulos! Si á estos dos no les respetais como Santos, respetadles á lo ménos como sabios. Ellos son unos sabios tan incapaces como vosotros de alucinarse; y mucho ménos aun de prostituir al error su pluma, consagrada á descubrir la mentira y no á acreditarla.

¡O,

¡O, hermanos míos! ¿Que cosa habrá entre las tentaciones de este gran Santo, que no nos represente una pintura fiel de las diversas tentaciones de que nosotros mismos estamos mortificados?

A vista de su retiro se impuso el mérito de olvidarse del mundo. Hasta en lo mas escondido de él le perseguía, y se le representaba con los encantos de las grandezas y con la expectativa de la gloria. *Immittebat ei fluxam sæculi gloriam* (1)... En el propio estado infinitos corazones sufren los mismos asaltos. La tentación de los honores mas bien es la nuestra que la de *Antonio*.

Este, pues, se desprendió de las riquezas que heredó de sus padres; pero el espíritu tentador se las traía á cada instante á la memoria. *Memoriam possessionum* (2). Consideraba los infinitos bienes que hubiera amontonado, si empleando aquellos tesoros hubiese sabido darles el giro correspondiente... La tentación de las riquezas no era solamente propia de él. Si nosotros tuviéramos las mismas virtudes, tendríamos que resistir los mismos peligros.

Superior á las tímidas reflexiones de la naturaleza, rompió los vínculos de la carne y de la sangre. El infierno le hacía escuchar la compasiva voz de una hermana que reclamaba sus atenciones y cuidados. *Sororis defensionem* (3). ¿Para quien no es una misma la ten-

(1) *Alban. in vit. Ant. c. 2.*

(2) *Ibid.* (3) *Ibid.*

tención de la carne y de la sangre? No es necesario ser santo para experimentarla. ¿Es de admirar que *Antonio* la sintiese?

Como víctima voluntaria de la penitencia, no ofrecía en su cuerpo estenuado á la tierra sorprendida, sino la imagen de un cadáver vivo. El espíritu infernal le mortificaba con la inquieta idea de que su penitencia era una indiscreción, un homicidio. *Corporis fragilitatem* (1). ¡Ah! ¿Que lazos tan sutiles nos tiende el infierno en el camino de la piedad! La tentación de nuestro Santo es la de casi todas las almas virtuosas.

Estableció un método de vida, que sin cesar practicaba los mismos ejercicios. En este estado, siempre semejante á sí mismo, le mostró el infierno un disgusto honroso, soberbio y despreciativo. *Virtutis arduum finam* (2). Así se hace sentir á las almas mas santas la amargura del disgusto. En efecto, esta fué la tentación de nuestro Santo; pero con ella hay muchos en el mundo que le acompañen.

Vencedor de las tentaciones, y de las ocasiones mas peligrosas, creyó, bien que en vano, no volverían á renacer en él. Aunque es fácil huir del mundo, no lo es el huir de sí mismo. Esto no se puede conseguir, porque siempre queda una imaginación fecunda, unos sentidos animados, una memoria fiel, un entendimiento, un corazón. A este corazón, pues, es á quien el infierno intentó pervertir... Ata-

có-

(1) *Ibid.*

(2) *Ibid.*

cóle con encantadores espectáculos, representaciones luxuriosas, objetos seductores, ardores interiores, llamas irritantes y sueños que parecían la misma verdad. *Cogitationes sordidas* (1); Ah! Tal vez, hermanos míos, acabarán vuestros corazones los retratos que yo no me atrevo á bosquejar. La tentacion de los placeres es de todos los siglos y edades. Nuestro Santo era un hombre, y á pesar de sus virtudes no pudo eximirse de ella.

Pero ¿que es lo que oigo? ¿De donde vienen estos llantos, estos suspiros? Póstrase á los pies de *Antonio* un tierno mancebo, le pinta su flaqueza, le confiesa su vencedor y le felicita su victoria: *Puer flebat* (2). Siempre meditaba el infierno su ruina: se prometia derribar por la vanidad á un corazón que no habia podido seducir por la holgazanería y el regalo. No es su exemplo el único que hay de esta clase. Al que resiste la tentacion de la luxuria procura el enemigo corromperle con la del orgullo y la soberbia.

Si aun de este modo no puede sorprenderle, espera tal vez por el terror intimidarle. ¡Quantas tempestades resuenan! ¡Quantos rayos centellén! La soledad de *Antonio* pende en un hilo. Todo se trastorna, todo se confunde. ¡Que fantasma! ¡Que furias! ¡Que monstruos! *Multifaria demonum turba*. Imágenes demasiado sensibles de las tempestades, con cuyos golpes nos amenaza el demonio para arrancarnos una inocencia que trastorna

(1) Ibid. (2) Ibid.

na todos sus designios. Infinitos christianos hay en el mundo que experimentan tan grandes tentaciones como nuestro Santo.

Pero ¿quanto valor manifestó en ellas? Vosotros, hombres injustos, vosotros digo ¿por que así como habeis conservado la descripcion de sus combates, no reproducís á nuestra vista las poderosas armas que opuso á sus enemigos? Es verdad que el infierno empleó contra él mil artificios y engaños; pero tambien oró y suplicó: *pernoctabat in oratione* (1), y la oracion fué su impenetrable escudo. Veló: *Vigiliis*; y la vigilancia fué su armadura. A la oracion y á la vigilancia unió la fé: *fide*, y su fé triunfó. A grandes pasiones siempre opuso mayores virtudes.

¿Se podrá escapar de caer su constancia en el trastorno general de toda la naturaleza? ¿*Antonio* caer? ¡Ah! ¡Que concepto tan despreciable é indigno habeis formado de él! No temais, oyentes míos. Sobre su rostro estampó el signo adorable de la cruz: con ella aterró al infierno.

Al modo de Constantino fué para él esta gloriosa señal un seguro garante de la victoria. Pues ¿por que no debo yo creer, que aquellas palabras: *In hoc signo vinces* fueron dirigidas al solitario del mismo modo que al Emperador? Ambos se veian en la precision de mantener una guerra difícil y arriesgada: el uno contra los enemigos de su corona: el otro contra los de su salvacion. Constantino pa-

(1) Ibid.

para asegurar su trono, *Antonio* para afirmar su santidad: el primero para obtener el imperio, el segundo para merecer el cielo: aquel contra Maxencio, este contra el infierno. Ambos caminaban con el estandarte de la cruz, y al ver este augusto signo, temblaban sus enemigos, se dispersaban y eran derrotados. Con la cruz triunfó el Emperador de un poderoso ejército; con ella triunfó el solitario de la mas horrible persecucion. La victoria de aquel fixó la época de una revolucion maravillosa, tanto para el imperio, como para la Religion: la victoria de este causó una revolucion que llevó á su retiro la paz, y á su conciencia el sosiego. Baxo el amparo de la cruz dieron uno y otro al universo los mas grandes motivos de admiracion: Constantino, como un César christiano; *Antonio* como un solitario legislador. *In hoc signo vinces.*

¡ Ah, hermanos míos! Y cómo le veriais si hubieseis podido pasar á su retiro, instruir á sus discípulos con sus exemplos, descubrirles las astucias del enemigo, advertirles su vigilancia, pintarles su atrevimiento, y arreglar su fervor: hacerles ver que con la gracia no hay tentacion tan fuerte que no pueda resistir el hombre mas débil. Nuestro Santo se aprovechaba de tan divino auxilio para resistir al enemigo comun: se aprovechaba de él para velar con mas atencion sobre sus sentidos, su espíritu y su corazon: se aprovechaba de él para combatir sin cesar contra sí mismo, y no mirar como seguro un estado tranquilo.

Su

Su mérito no consiste solamente en un siglo entero de combates sostenidos sin interrupcion. Pende mas principalmente en los servicios que hizo sin interes alguno durante el mismo siglo.

Pero yo me engaño, porque siempre estuvieron animadas todas sus acciones de un poderoso interes; quiero decir, del interes de la justicia, del de la verdad y del de la virtud. ¿ A quantos hizo servicios muy particulares? *Multis utilis fuit* (1). Su retiro eran las delicias; pero dexaba de serlo en el mismo instante en que le parecia perjudicaba á algun enfermo que reclamaba su mediacion y amparo. Quando creia servir en ello á la humanidad, ó á la Religion, le abandonaba sin el menor tropiezo. La humanidad fué quien le llevó á los tribunales de justicia para implorar la clemencia de los jueces en favor de hombres acusados de crímenes, y prontos á ser condenados á muerte. Hablaba, persuadia y triunfaba. Desarmados los jueces cesaban los arrestos, rompíanse las cadenas de los infelices, y el dia que debia alumbrar su suplicio, comunicaba luz á su libertad. La Religion fue igualmente quien despues de haberle conducido por el desierto para su propia santificacion, le hizo salir de él para la santificacion de todo el mundo. Tan breve se hallaba en la soledad como en Alexandria. ¡ O maravilloso contraste! En la soledad se ocultaba á las tentaciones de

(1) *Atban. in vit. Ant. c. II.*

de la filosofia, de la idolatría y del error: en Alexandria se apresuraba á combatir á los sabios, confundir á los hereges, menospreciar los tiranos.

Alli explicaban los dogmas con mucho aplauso unos hombres que se llamaban filósofos. No tenían otra guia que la soberbia. Se entregaban á la idolatría por política, profundizaban sus misterios por razon de estado, alababan el culto por interes, menospreciaban los simulacros por conviccion, al paso que por ostentacion se declaraban sus panegiristas. Chocóles el nombre de *Antonio*; porque como christiano llevaba para sus ojos un borron feísimo, y como solitario era un preocupado despreciable á sus talentos. Sin embargo, deseaban verle, preguntarle y confundirle. *Sapientes eum irridere cupiebant* (1). Llegaron á él, le hablaron, le atacaron y quedaron sorprendidos, desarmados y vencidos. *Victi sunt*. El que estudia en Dios todo lo sabe.

¡O Dios de verdad! Dame aquellos vencedores discursos y razonamientos que en boca de nuestro solitario eran otros tantos rayos que confundian y aterraban. ¡Admirable prodigio, ser un solitario el apologista de la Religion! A todas las virtudes juntaba todos los talentos. Sabia orar como contemplativo piadoso: disputar como filósofo iluminado. ¡Que sabiduria se encontraba en sus discursos! ¡Que energía en sus reflexiones! ¡Que fuego

(1) *Aiban. in vit. Ant. c. 17.*

en sus respuestas! Con el mas noble zelo, y con la mas vasta erudicion, oponia á Jesu-Christo, adorado por los christianos, á los vanos simulacros que adoraba la idolatría. Temblad, les decia, á vista de la impotencia de los idolos, imperfectas obras de vuestras manos: el Dios á quien nosotros honramos manda el cielo y la tierra, al tiempo y á la eternidad. Sin erudicion era nuestro Santo mas sabio que los sabios mismos. *Illiteratus erat doctis doctior*. Aprovechaos religion santa, aprovechaos de los importantes servicios que os hace un solitario apóstol. Desengañó á dos filósofos y obró mil conversiones. Infinitos son los sucesos que coronan su zelo.

En medio de ellos se levantó una nube obscura que infundió en su agitada alma el terror y la consternacion. Todo se le iba en suspirar. ¿Que es lo que ha leído en el oculto libro de los acontecimientos futuros? Ah! exclamaba él con una voz trémula y llorosa, un peligro qual no se ha visto jamas amenaza á la Iglesia. No tardará mucho en llenar la heredad del Señor de duelo y de ruinas la tempestad mas horrible. Del mismo modo que lo predixo se verificó: preséntase la heregia mas monstruosa, y con ella todos los males y desgracias que asolaron la Iglesia.

A la heregia nada la cuestan las calumnias siempre que decore con nombres ilustres la lista de sus partidarios. Ella se finge discípulos para adquirirlos. Con la mayor audacia se honró con el nombre de *Antonio*, con

cuya sombra se lisongeaba adquirir grandes triunfos. ¿Quién es esta atrevida heregía que se alaba de tener á nuestro Santo entre sus alumnos? El arrianismo; aquella heregía tan famosa por sus impiedades y sucesos, cuyo autor es un monstruo, un modelo el mas perfecto de orgullo y de audacia, de ambicion y de hipocresía; espíritu singular, carácter fogoso, sabio sistemático, novador por venganza, impío por antojo, y tan político para asegurar la proteccion de los grandes, como soberbio para despreciarla.... El elogio de nuestro solitario, no requiere que nombre yo los obispos que Arrio seduxo, los cortesanos que corrompió, los sabios que se atraxo: ni mucho ménos que los entretenga con las fraudulentas equivocaciones que inventa el arrianismo; los conciliábulos que furtivamente congrega; las políticas astucias de que se vale.... ¿Y que viene á ser el arrianismo? El arrianismo es una heregía que no quiere reconocer á Jesu-Christo por hijo de Dios. Dios él mismo tambien, consubstancial al Padre.

Tal es la heregía que cita el nombre de *Antonio*, y cree hacer por él respetar sus impiedades. El estrépito que causó resonaba en Alexandria. Por quantas partes tenia protectores caminaba como un torrente sin límites, que jamas se los pensaban poner los que se interesaban en acreditarla.

En vano te lisongees orgulloso error, ciega heregía; en vano te lisongees contar entre tus héroes los héroes de la Religion. Nuestro

tro Santo está informado de los sentimientos heterodoxos que te atreves á suponerle, y se entregará á los de una justa indignacion. *Justi doloris ira commotus* (1). Con las alas de la verdad se presentó en Alexandria, *Alexandriam descendit*, y justificó de un modo maravilloso su Religion atacada por la mentira y el engaño. Declaró sin ficcion, que el Verbo es el Hijo de Dios, no por creacion ni adopcion, sino por ser el Hijo natural del Padre, el propio Hijo del Padre, la substancia del Padre.... Reparad como se interesó su zelo por la fé de Constantino en la causa de Atanasio, y advirtió á aquel príncipe que se habia ultrajado su Religion; que solo la iniquidad dictó el falso concilio de Tyro y su injusta y cruel decision, que arrebató á la verdadera Iglesia su defensor. Reparad como con una heroyca firmeza escribió al tiránico usurpador de la silla de Alexandria, diciéndole, que el error ocupaba el lugar de la verdad, y que á costa de la equidad reynaba la injusticia. ¿Quién es el que habla así? ¿Quién el que escribe de este modo? *Antonio*; pero no *Antonio* el discípulo y defensor de Arrio; sino *Antonio* el que excita contra Arrio y el arrianismo el zelo de los obispos, la autoridad de los príncipes, el azote de los concilios; *Antonio*, que publicaba en Alexandria que los arrianos son enemigos de Jesu-Christo, de la Iglesia, del estado, suyos y de sus discípulos;

F 2

(1) Athan. in vit. Ant. c. 16.

Antonio cuyo primer cuidado era el de apartar todo quanto oia á arrianismo en la santa montaña en que habitaba con la paz, la justicia y la verdad... ¡A quantos de los que estaban seducidos por la heregía atraxo ácia sí! ¡A quantos católicos que vacilaban en la fé afirmó en ella! Tanto quanto se estremecian los espectadores de Arrio á vista del ardiente zelo que empleaba contra ellos nuestro Santo, otro tanto mas, como dice S. Atanasio, se deleytaban los hijos de la verdadera fé al ver anatematizada por esta inexpugnable columna de la Iglesia una heregía enemiga de Jesu-Christo. *Lætabantur inimicam Christo hæresim anathematizari ab Ecclesia columnâ* (1)... Vencedor de la heregía, se adquirió la enemistad y el furor de los tiranos.

Un Emperador como Maximino, enemigo de los christianos por política mas bien que por religion, injusto en sus rencores, implacable en su venganza, cruel en sus resoluciones; ingenio débil y temeroso, que elevado á un trono empapado en sangre, creia asegurar con la muerte de sus vasallos su vacilante autoridad; señor severo, juez parcial, capaz de todos los horrores porque estaba dirigido por todos los vicios; príncipe, cuya vida fué un enlace de desórdenes, cuyo reynado una serie de persecuciones, y cuya muerte el complemento de todos los crímenes: Maximino digo, declaró á la Iglesia la guerra mas sangrienta. Con sus bárbaras ór-

(1) Athan. in vit. Ant. c. 16.

órdenes, se encendió el fuego por todas partes, y no habia ninguna por donde no resonasen decretos de muerte. Mas quien sufrió especialmente la tempestad fué Alexandria. Ella era el sepulcro de los christianos.... Súpolo Antonio. ¿Y os parece que miraria con indiferencia los sufrimientos de aquellos generosos mártires de Jesu-Christo? Nada ménos que eso. Sus peligros le tocaban otro tanto mas de cerca en quanto interesaban á la Religion. Su juventud parecia que se le renovaba como al águila. ¡De que colores tan variados tuvo que valerse para reunir en un mismo quadro todos los matices con que se diferenciaba su zelo! Como zelo compasivo visitaba los presos de Jesu-Christo, rompía con respeto sus cadenas, les rociaba con sus lágrimas. Como zelo eloqüente animaba á los que confesaban la fé, y les acompañaba hasta el mismo patibulo. ¡Quanto sentia no poder participar de sus combates! A lo menos era el testigo de sus victorias. Como zelo firme menospreciaba las amenazas, insultaba á los ídolos, provocaba á los jueces. Lo único que sentia era no poderlos irritar hasta lo sumo con su fé y constancia.

Jamas desamparó á los mártires como suelen hacer los políticos. Como una roca inmovil ningun contratiempo temia. *Impavidus*. Pero ¿que habia de temer, si él mismo pedía la prision? Deseaba los suplicios, y la muerte venia muy de espacio segun el ansia con que la esperaba. Ingenioso para llamar la atencion sobre sí, se presentaba en los lugares

res mas altos. *In eminenti loco* (1). Su vestimenta era señalada entre todas. *Candenti praecinctus veste*. Ah! ¡De quanto gusto le hubiera servido verter su sangre por la Religion! Pero no, su zelo no armaba tiranos; solo encontraba admiradores. Consolaos, pues, Santo mio, consolaos, que la muerte que huere de vos en los cadahalsos se os presentará sobre el altar de la penitencia, donde sufris un martirio mas largo. Vos sereis la victima, no de la fé y de la verdad, sino de la caridad y de la mortificacion. Los servicios que haceis á la Religion, no cesarán sino con vuestra vida, otro tanto mas apreciable en quanto durante un siglo no ha dexado la Iglesia de admirar sus maravillas... Nuestro Santo, oyentes míos, tiene contraido en la Iglesia un mérito particular, no solo por lo que es en sí, sino por ser mérito y fruto continuo de tan gran número de años. Vosotros, los que le menospreciáis, ya habeis aprendido á conocerle. No tendreis que decir al presente que no estais instruidos del mérito de su santidad. *Videte, contemptores*. A este mérito de santidad es al que debe la brillantez de su gloria. Quince siglos hace que goza de reputacion en la Iglesia. Esta reputacion, pues, es la que admirareis en la segunda parte de su elogio. *Contemptores, admiramini*.

(1) *ibid.*

PUN-

PUNTO SEGUNDO.

Si la gloria de un sabio se funda en la reputacion que goza en la república literaria; con mucha mas razon se puede establecer la gloria de un Santo sobre la reputacion que goza en los fastos de la Religion.

La de *S. Antonio Abad* empezó durante su vida; se aumentó con su muerte, y se ha mantenido despues de ella hasta nuestros dias.

¿Donde estan esos hombres temerarios que se atreven á atacar una reputacion de quince siglos? Ah! Que admiren y reflexionen. *Contemptores, admiramini*.

¿No podremos aplicar á nuestro Santo lo que dice el sagrado texto en alabanza de *Esther*? *Fama quoque nominis ejus crescebat quotidie, & per cunctorum ora volitabat*. Todos los pueblos dicen de él una misma cosa. Sobre las alas de la admiracion pública vuela su nombre desde Oriente á Poniente, y desde Medio dia á Norte; en una palabra, por quantas partes ilumina el sol con su antorcha. *Fama quoque nominis ejus crescebat quotidie, & per cunctorum ora volitabat* (1).

¡O raro prodigio, exclamaba *S. Atanasio!* *Antonio* habia puesto entre él y el mundo una soledad impenetrable; pero este hombre oculto entre las montañas de Egipto llegó á ser el espectáculo del Universo, atrayéndose discípulos á su desierto de las diferentes partes de él.

F 4

Quan-

(1) *Esther. c. 9. v. 4.*

Quando vino al mundo ya habia formado solitarios la piedad y la Religion; pero ninguno antes que él habia tomado todavia la resolucion de escogerse en la soledad un maestro para vivir á exemplo suyo y baxo las leyes de la emulacion en la práctica de la perfeccion evangélica. El fué el primero que consiguió, que siguiendo sus pasos se consagrarse en el desierto un pueblo entero, un pueblo santo. Allí reynaba, baxo sus auspicios, la justicia de que él era la imágen: la paz, de que él era el Angel. ¡O héroes de la pobreza, que él os predica! ¡O prodigios de la humildad, que os inspira! O mártires de la penitencia, que él dirige! ¿Antonio es quien la dirige? Sí, hermanos míos: él intenta, aunque en vano, no tener mas que al cielo por testigo de sus virtudes. El nuevo Moyses que atraxo al desierto un pueblo inmenso, no se pudo librar de dirigir á sus fieles prosélytos.

Se ocultaba y le buscaban: les probaba con rigores y le amaban: evitaba ser su superior y cabeza, y se declaraban por sus discípulos: rehusaba prescribirles leyes, y como viva ley consultaban sus exemplos... ¡O afortunada Egipto! ¡Quanta es tu brillantez! ¡Quanta tu gloria! Tus desiertos estan poblados. Tus rocas se vuelven asilos santos, que adornan con sus virtudes los numerosos habitantes con que te ha enriquecido la fama de Antonio, á cuya repntacion dan ellos mismos una nueva celebridad.

Esta fué la que llevó allá á Hilarion para formarse en su escuela: Hilarion digo, aquel ven-

vencedor del paganismo y de su familia, conocido por la profundidad de su erudicion, y aun mucho mas por la pureza de sus costumbres. El nombre de nuestro contemplativo llegó hasta él, dice S. Gerónimo (1). Las maravillas que se contaban en público, excitaron en su corazon el santo deseo de ver á un hombre que era el prodigio de su siglo. Acudió al desierto; y como observador interesado en su conducta, estudió sus costumbres, recogió sus oráculos, y se apropió su espíritu. Admirado de las victorias que conseguia, cada dia estaba Hilarion mas cuidadoso para imitar las virtudes que practicaba. No tardó mucho tiempo en sacrificar su herencia paterna, ocultarse en la soledad y juntar en ella discípulos. Ya sabeis que por la celebridad de su gobierno y sus milagros, mereció tener á S. Gerónimo por panegirista; y que para colmo de su perfeccion, publicó con la mayor humildad, que si habia conocido el inestimable precio de la soledad, fué por las instrucciones de nuestro Santo á quien era deudor; que habia hallado en él una guia luminosa, y que su pérdida no la dexaria nunca de llorar como de un verdadero padre.

En efecto, esto es lo que igualmente hallaron en él todos los que vivian baxo su disciplina; pero ¿quantos discípulos contaba? ¿Como es posible contar su número, decia Sozomena (2)? Tal fué su multitud que se lle-

(1) Hieron. in vit. S. Hilar.

(2) Sozom. Lib. 1. c. 17.

llenó de ellos el Egipto, la Lybia, la Palestina, la Syria. *Innumerabiles sui instituti imitatores* (1).

¿Nos admiráremos de que haya llegado su reputacion á todas partes, y le haya granjeado tantos panegiristas quantos hombres hay en ellas? Ningún sexó ni edad hay, dice S. Atanasio, que no dexé las ciudades para ir á contemplar en Antonio la viva imagen de la virtud. La serenidad de su rostro, la magestad con que se portaba, su insinuativo language, su mismo silencio, ó yo no sé que encanto vencedor le distinguia al hombre de Dios entre el tropel de sus discipulos. El hombre de Dios es con especialidad nuestro Santo. Este es el nombre que merece su reputacion y le conservan sus virtudes. *Homo Dei* (2). Hombre de Dios en el retiro: hombre de Dios en la Iglesia. ¡Que ideas tan sublimes se encierran en esta sola idea! El hombre de Dios en el retiro, es el hombre de toda especie de santidad: el hombre de Dios en la Iglesia, es el hombre de todo género de trabajos. *Homo Dei*. Los extrangeros se unian á sus discipulos; el Universo todo caminaba de acuerdo con el Egipto para reconocer en él el hombre de Dios, así como en otro tiempo el pueblo escogido reconoció en Moyses el Dios de Pharaon. *Homo Dei*.

Tal es la brillantez de su gloria, que casi ha-

(1) Brev. Rom. 17. Jan. lect. 6.

(2) Athan. in vit. Ant.

hace olvidar su verdadero nombre, y como que precisa no se le dé otro que el de Grande. *Magnus ille* (1). Este renombre que concede con tanta facilidad la adulacion, le escasea de un modo increíble la equidad. No se le da sino á quien lo merece. Acaso entre todos habrá sido el único nuestro Santo, que durante su vida le haya obtenido de todos los hombres y naciones. *Magnus ille. ¿Antonio el Grande?* Sí, hijos míos. ¿Podía dar edificada la tierra mejor testimonio que lo comprobase, que tributándole un inexplicable respeto y reconocimiento?

¿Y como no aplaudió tambien la virtud de un Santo, cuya autenticidad publicaba el cielo con el resplandor de los mas admirables prodigios? S. Atanasio y S. Gerónimo representan á nuestro héroe como el taumaturgo de su siglo: como un Elías que hacia de su soledad el teatro de su poder: como un Josué, cuya dócil naturaleza recibia las órdenes y las executaba: como un Eliseo á voluntad del qual se abria y se cerraba el cielo, presentaba la tierra sus beneficios, ó escaseaba sus dones: como un Isaías, á cuya presencia huían los contagios, las enfermedades y la muerte. Como un prodigio de luz y de gracia echaba los demonios, sujetaba los elementos, conocia la suerte. El fué quien predixó la condenacion de Arrio quando aun no existia el arrianismo: él anunció la paz de la Iglesia en el momento mas crítico-

(1) Hieron.

crítico de las turbulencias que la agitaban: él aseguró en medio de las persecuciones que la Religión experimentaba, que se propagaría, triunfaría y perpetuaría. Tanto á sus milagros quanto á sus virtudes debe el privilegio de oír resonar su reputacion en Alexandria, Constantinopla y Roma.

Digo en Alexandria, porque S. Atanasio, firme apoyo de la verdad, le llama en ella el socorro de la Iglesia. Aquel gran Santo asegura, que para defenderla contaba mas bien con las virtudes de nuestro héroe que con sus luces. A quantas partes iba le seguia su reputacion. Siempre iban delante de él la clerecía, la nobleza, los magistrados y el pueblo. Es menester que noteis, que todavía tenia en Alexandria el paganismo sus sectarios, la impiedad manichéa sus apoyos, el cisma de Melezo su apologistas, y el arrianismo sus protectores. A todos los tiros de estas diferentes sectas estaba expuesto nuestro Santo. El atacó á los adoradores de los ídolos: interceptó á sus discípulos todo trato y comercio con los de Manesio: escribió á los potentados contra los melecianos; y quando esto executaba acababa de confundir á los arrianos, y defenderse de sus imputaciones. ¡Que cosa tan admirable! Se presenta en medio de todas estas diversas facciones, y lejos de recibir agravios y baldones, solo le tributaron respetos. Hasta sus mismos enemigos le honraban como á porfia, y lo que es mas en los instantes mismos en que acababa de reprehenderles.

Di-

Digo tambien en Constantinopla; porque ¿quien ignora que Constantino, el mas grande de los emperadores, escribió al mas humilde de los solitarios, encomendándole tanto á sus hijos quanto á su imperio? ¿Quien ignora que los hijos de este príncipe, siguiendo el edificativo exemplo de su padre, consultaban con Antonio sus dudas, creyendo desde luego que saldrian mejor instruidos en el arte de reynar por sus consejos que por los de la política? Además de que, se deben tener presentes los grandes y delicados negocios que ocupaban entónces á Constantino. El tenia guerras que sostener, enemigos que combatir, idólatras que sujetar, hereges que reprimir, un concilio que acabar, un imperio que gobernar, príncipes jóvenes á quienes instruir, chistianismo á quien proteger, Iglesia á quien defender....Todas estas y otras graves ocupaciones las suspendió por algun tiempo para tributar su homenaje á la virtud. Yo, hermanos míos, no sé qual es mas digno de admiracion, si Constantino que honró á Antonio con su carta por pura religion; ó Antonio quando recibió la carta de Constantino, por la singular indiferencia que manifestó, no dignándose apenas responder á una señal de distincion y aprecio que acaso no tendrá igual. Por fin, escribióle nuestro Santo, ¿y que dixo á los emperadores del mundo? ¿que deseaba su proteccion? No por cierto: les dió mil parabienes porque profesaban la Religión de Jesu-Christo: les dixo, que los reyes eran hombres, y que tenían

nian á un Dios por juez; y les exhortó á que fuesen justos, clementes y caritativos. Recibieron aquellos afortunados principes como favores las instrucciones del solitario; pero no contentos con esto hicieron mas, ¿y que fué? Aprovecharse de ellas.

Digo, en fin, que su reputacion se estableció en Roma; porque esta capital siempre se ha alabado de la sumision que tuvo á los soberanos pontifices, de su union con los obispos católicos, su invariable respeto á todos los ministros de Jesu-Christo. La misma Roma, que es donde reside el juez de las virtudes de la tierra, expuso á su consideracion, tan incorruptible como severa, el retrato de nuestro Santo. Cinco papas consecutivos tuvieron la dicha de poseer este tesoro.

La reputacion de *Antonio* empezó desde que vivia. ¿Perecerá entre las cenizas de su sepulcro? No teneis que temerlo; porque así como en vida comenzó á gozar de este privilegio, tiene la dicha, no ménos grande, de que se le aumente con la muerte.

En este caso es quando se acaba la vana reputacion, que fundada en falsas virtudes sorprende la credulidad del mundo y usurpa su admiracion sin merecerla. Aquel que debe su celebridad á la ilusion de los hombres, no la conserva sino en quanto su industriosa hipocresía consigue engañar su atencion. Semejante á aquellos metéoros cuya brillante luz choca y se disipa en un momento, se extingue y envuelve entre tinieblas.

En

En vano hubiera conseguido *Antonio* durante el curso de su vida mortal los renombres de Grande y de Santo, si su gloria no hubiera salido de otro seno que de la arbitraria opinion de los hombres. En el instante mismo de su muerte se hubieran desaparecido como una gloria fantástica. Pero muy al contrario en él, se selló y perpetuó su reputacion con la pérdida de su vida.

Ya ha llegado la hora, decia él milagrosamente iluminado, en que mis cenizas se van á juntar con las de mis padres. *Patrum gradior viam* (1). ¡O hermanos míos! exclamaba S. Atanasio, sobre el lecho de la muerte es sobre el que quiero contempleis á *Antonio*. En sus combates y victorias, no se puede hacer mas que admirarlo. La mas noble emulation se verá imposibilitada de conseguirlas. En el último trance de su muerte es en el que suministra exemplos que pueden imitar todos los christianos.... Debilitada la naturaleza, quiere, decia á sus discípulos, que yo pague el tributo á la muerte. *Cogit conditio natura*. Acordaos de mis consejos. *Mementote*. Libraos con cuidado del sutil veneno que esparcen por todas partes los sectarios del cisma, y los autores de la heregia. *Schismaticorum & Hæreticorum venena vitate*. Si mi memoria os merece alguna estimacion, no permitais que mis mortales despojos sean llevados á Egipto. Sepultadlos en el seno de la tierra para que sea la depositaria de un se-

(1) Athan. in vit. Ant. c. 20.

secreto que nadie debe saber sino vosotros... Ya iba á dar el último suspiro quando quiso su gloria que antes de espirar dispusiese dignamente de sus vestidos. Una parte de ellos dexó á Atanasio, y otra á Serapio. Sus discipulos conservaron su cilicio. ¡Que legatarios y que alhajas! Recogiéndose dentro de sí mismo, esperó la muerte sin temor, y la recibió con placer.

Yo no me empeñaré en defender, que el golpe que le arrebató interesa tanto á los soberanos pontífices, como á los monarcas, á los obispos, á la Iglesia, al Universo; pero si diré, que la pérdida de *Antonio* es otro tanto mas sensible á Egipto, en quanto llegó á ser para esta desgraciada Religión, digna de mejor suerte, la época de un asombroso aniquilamiento. De este, pues, dimanó la persuasion en que estan los pueblos de que hasta los elementos lloraron la muerte de nuestro héroe. *Dicitur: Antonii mortem etiam elementa lugere* (1). Añadiré ademas, el modo que tenia de explicarse el afortunado poseedor del manto con que estuvo cubierto el santo solitario. Aquel, dice, que mereció recoger por su disposicion la sucesion de una parte de sus vestidos, en sus preciosos dones, cree que en ellos le encuentra, le vé y le abraza á él mismo. *Antonium in Antonii muneribus amplectitur* (2).

¿Que nueva gloria es la que se siguió á su muerte?

(1) Hieron. in vit. Hilar. Epist. 2. lib. 3.

(2) Athan. in vit. Ant. c. 21.

muerte? Apenas subió su alma al cielo quando su reputacion le adquirió imitadores hasta en las provincias donde se ignoraban los interesantes por menores de su vida. Los solitarios que habitaban estos remotos paises deseaban saber lo que habia sido aquel *Antonio*, cuyo nombre se ha hecho tanto lugar por entre las tinieblas de su soledad. Dirigieron-se á un hombre el mas capaz de llenar sus esperanzas é intenciones, y le suplicaron escribiese la historia fiel de lo que él mismo habia visto, y de lo que él solo podia dignamente contar.

¿Vosotros querreis que os cite aquel hombre incomparable que se encargó de transmitir á todos los siglos las inmortales acciones de nuestro Santo? pues fué S. Atanasio; aquel héroe de la verdad que S. Gregorio Nacianceno caracteriza con la imágen de todas las virtudes, de quien él mismo quisiera escribir la vida, así como él lo hizo con la de nuestro Santo (1). Aquel hombre, cuyo noble y sublime espíritu demostró no solamente ser digno de obtener el trono patriarcal de Alexandria, sino de gobernar todo el mundo. Aquel hombre á quien Jesu-Christo encargó con particularidad sus intereses, su defensa, su divinidad: orador iluminado, historiador reflexivo, controversista sutil, teólogo profundo, oráculo del concilio de Nicea, en el que recibieron sus talentos los honores que no correspondian á su clase. Aquel intrépido

Tom. V.

G

de-

(1) Gregor. Naz. Paneg. Athan. Magu.

defensor de la Trinidad, á quien Arrio no podia ver sin estremecerse; á quien condenó Constantino mal informado, y le favoreció muy en breve obligado del respeto: aquel hombre mas grande en el destierro que en medio de sus sucesos; nunca mas bien digno del episcopado que quando un injusto destierro le privó de él, siendo á su vuelta la felicidad de su pueblo, la alegría de la Iglesia, la desesperacion del error: aquel hombre que fué la cabeza de los obispos católicos en medio de las vacilantes columnas, aunque nunca inextinguibles, de la fe; tan superior á la envidia como á los elogios; profeta, apóstol, mártir, padre y doctor; el árbitro del Universo por su ciencia; el asombro de la virtud por sus costumbres. En fin, S. Atanasio como hemos dicho.

Este hombre prodigioso, pues, era tan á propósito para dar á conocer á nuestro Santo, quanto era él mismo el que lo conocia mas bien. Habia sido su admirador y su amigo, y casi estoy para decir que su discípulo. Para satisfacer completamente á la reputacion de *Antonio*, era menester que fuese su historiador un S. Atanasio. Escribe este, en fin, y publíquese la obra. Por quantas partes del Universo corria, por tantas se leía y se aprovechaban de ella. En todos los tiempos se respetará la vida de *S. Antonio Abad* escrita por S. Atanasio como uno de los monumentos mas preciosos de la historia eclesiástica (1).

Quan-

(1) Baillet, 17. de Enero.

Quando este digno autor recordó, ya se habian recogido por manos fieles las cartas de nuestro Santo. Con ellas se instruye el solitario en sus deberes, reconoce el mundano sus ilusiones y el christiano advierte sus esperanzas. En ellas se ve, dice S. Gerónimo, el estilo de los apóstoles, su gusto y su piedad, *Apostolici sensus*. Ellas merecieron, que el mismo San Gerónimo contase á su autor por uno de los Escritores Eclesiásticos; y conservándose todavia, forman un ramo de instruccion, en el que se puede aprender el espíritu de nuestro solitario descrito por él mismo.

Mas por grande que fuese la impresion que hiciesen sus obras en el corazon humano, es menester confesar que tienen aun menos fuerza que la descripcion de sus acciones. Esta, decia San Atanasio, no solamente confirmará lo que la fama publica de *S. Antonio*, sino que servirá tambien de útil ensenianza para las costumbres. ¿Si se engañaría en esto San Atanasio? No, hermanos míos. Bien meditada y profundizada su vida, se viene á descubrir, que es la mejor semilla para hacer brotar innumerables frutos de virtud.

Ella es la que arrancó de las fiestas profanas de Roma á los Pablos, á los Marcelos, á las Sofronios. La misma Roma observó con sorpresa un milagro mas admirable que sus milagros mismos: esto es, que con solo la lectura de su vida se entregó á la reflexion una muger criada en las delicias de la corte, y reconociendo sus errores, dexó el mundo y llegó á ser la edificacion de la Iglesia.

Esta vida es la que infundió el terror en la política y sanguinaria corte de Teodosio, donde el zelo de San Ambrosio no había llevado aun el anatema. Las virtudes de nuestro Santo hicieron que se sucediese hasta en los cortesanos ménos religiosos el fervor al relaxamiento, la penitencia á los placeres, la humildad á la soberbia. Solo su lectura produjo una infinidad de milagros.

Entre ellos hay uno que excede á los demas. ¡Dichosa mudanza de Agustin! Si San Esteban no hubiera suplicado, tal vez no hubiera llamado padre la Iglesia á San Pablo. *Si Stephanus non orasset, Paulum Ecclesia non haberet.* Y yo podré tambien decir, que sin los exemplos de *Antonio*, tal vez no hubiera celebrado la Iglesia la gloria de S. Agustin. El retrato de aquel está adornado de todos los trofeos que este consagró á la verdad. Si, á sus exemplos debe la gracia su panegirista y doctor, la Religion su defensor y su apolojista, la fe católica el destructor de todas las herejías, el oráculo de los sabios, el alma de los concilios, la luz de la Iglesia, el héroe de todas las ciencias y de todas las virtudes. Despues de Dios, debemos dar gracias á la santidad de nuestro héroe que preparó y casi perfeccionó la conversion de Agustin. ¿Y de quien lo hemos sabido? Del mismo Agustin. ¡Quantos elogios tributa su justo reconocimiento al ilustre modelo, á cuya admirable vida debia la reflexion, la verdad y la virtud!

A imitacion de Atanasio y de Agustin, todos

dos los santos Doctores han echado sobre el sepulcro de *Antonio* las mas brillantes flores de la eloquencia. Sigamos, pues, el parecer de todos los siglos.

San Chrisóstomo dice (1), que sus acciones son un argumento victorioso contra los hereges y en favor de la fe católica; porque ninguna secta ha producido hombre alguno que sea capaz de igualarse á él. Su mérito puede ser comparado con el de los apóstoles. *Antonius Apostolis proximus.* En las obras de San Jerónimo (2) se le ve representado como el creador y la gloria de la vida cenobítica. *Solitudinis illustrator.* San Gregorio Nacienceno caracteriza su voz baxo el emblema de un trueno. *Vox tonitru;* y su vida baxo el símbolo de la luz. *Vita fulgur.* Su vida ha tenido imitadores hasta en las indias. *Usque ad indiarum gentes.* Así lo testifica San Juan Damasceno. Antes de su muerte parecia, segun San Pedro Crisólogo, que se habia desprendido de su cuerpo mortal, y habitaba mas bien en el cielo que en la tierra. *Carnali pondere desaccatus.* San Efran le tiene por uno de los principales defensores de la fe en Nicéa. *Inter præcipuos Fidei Nicenæ Assertores.*

Tambien pudiera citar las alabanzas que sucesivamente consagraron á su gloria Teodoro, Casiano, Anselmo, Gregorio de Tours, Vicente de Lerins, Cesar de Arlés, Pedro de

G 3 Clu-

(1) Joan. Chrisost. Hom. 8. in c. 2. sup. Matt.

(2) Hieron. in vita S. Hilarion.

Cluñi, Hugo de San Victor, Buenaventura, Baronio.... Pudiera con semejantes alabanzas formar la prueba que justificase, que despues de su muerte hasta nuestros dias ha permanecido constante su reputacion. Pero hay motivos mas fuertes para concluir esta prueba y su elogio, y por consiguiente la universalidad y perpetuidad de su culto desde la mas remota antigüedad. Ya hace mas de mil y quatrocientos años que se celebra en la Iglesia la fiesta de *San Antonio*. En el quarto siglo, quando todavía se ignoraba en que parage descansaban sus sagrados huesos, se daba públicamente un culto religioso á su memoria, ya que no se podia tributar á sus venerables reliquias.

San Atanasio vió empezar estos públicos honores en Egypto, y consagrarles en él por el consentimiento y unánime voluntad de todos. Ratificados por el mismo San Atanasio fueron inmediatamente adoptados por todos los obispos. No tardaron la Palestina y la Syria en prepararle altares y homenajes.... Apenas empezó el quinto siglo quando las iglesias de Grecia imitaron á los de Egypto, Syria y Palestina. El dia destinado para celebrar su fiesta, es distinguido en todo el imperio. Ninguno trabaja en él, están cerrados los tribunales y detenido el comercio. Hasta en la dominacion musulmana guardan la misma costumbre los Griegos cismáticos. El culto de nuestro Santo hasta en el seno del error y de la infidelidad florece.

Aunque se empezó mas tarde en la Iglesia

latina, no fué en ella ménos brillante. Desde luego confieso, que en tiempo de San Gerónimo, San Agustin y San Gregorio el Grande, aun no le habia autorizado Roma. Por entónces no existia todavía en la Iglesia Romana ningun templo dedicado á *San Antonio Abad*; pero ya tenia altares en todos los corazones, y gozaba de aquel secreto homenaje que inspira la confianza, acredita la autoridad y, baxo la proteccion de las leyes, recibe un nuevo realce de su publicidad.

Hecho público su culto, se estendió desde Italia á Francia, desde Francia á Inglaterra, desde Inglaterra á España, y desde esta nacion á Flandes, Alemania, Polonia y Lombardia. Los templos se multiplicaban así como las fiestas. En los pontificados de Paulo III. y Pio V. recibió nuevos honores de la Iglesia. Su culto no se acabará sino con el mundo.

A la solemnidad con que se celebra podemos añadir la poderosísima virtud de sus reliquias. ¡Que acontecimiento tan dichoso fué el que las deparó al ansia de los fieles despues de permanecer cuidadosamente sepultadas á sus indagaciones casi por el discurso de dos siglos! La Providencia no debia permitir que el cuerpo de un Santo tan conocido en todo el Universo subsistiese oculto en el seno de la tierra. Sus preciosas reliquias debian participar de su gloria.

Llegó por fin el dia en que la tierra restituyó á la Iglesia el depósito que guardaba. Un milagro fué el que descubrió el cuerpo

del Santo solitario. ¡O afortunada ciudad de Alexandria que mereciste poseer á *Antonio* por dos veces en el recinto de tus muros! A tí te correspondia el privilegio de ser la primera que despues de su muerte colocase en sus templos sus venerables despojos...Entón-ces tenia las riendas del imperio de Oriente Justiniano II. Este religioso príncipe miró como el día mas precioso de su Reynado aquel en que fué enriquecida la Iglesia con semejante tesoro. ¡Con que demostraciones tan alegres recibieron este beneficio del cielo los ministros de Jesu-Christo y los pueblos fieles! ¡Con que confianza se entregaron al poderoso protector, cuyo nombre les era tan apreciable! Ellos le imploraron en sus enfermedades y cesaron: le tributaron honores y consiguieron milagros: defendieron por mucho tiempo sus altares, y lograron que defendiese sus costumbres.

Abatidas estas en Alexandria, hecha presa la ciudad de un pueblo bárbaro, belicoso, conquistador, sectario de Mahoma y agobiado todo el Egypto con el yugo de los Sarracenos, nos presentan la época de una revolucion singular por las cenizas de nuestro Santo.... En tiempo de unas guerras tan sangrientas, en el que los habitantes de Egypto abandonaban su patria para libertarse de sus vencedores, se les vió tambien cargar con las reliquias de *Antonio*, y por entre las olas del mar buscarlas un asilo seguro. Considerad, pues, transportados á una tierra extraña aquellos respetables huesos que
mas

mas bien que el Nilo acarreaban la riqueza al Egypto. Pero tal fué su suerte, que llegaron á ser depositados en una ciudad donde el nombre de nuestro Santo habia sido celebrado desde que principió su reputacion. Constantinopla debia por este medio heredar el respeto de Constantino. La entrada de sus cenizas esparció en aquella ciudad un nuevo resplandor sobre el que ya gozaba la solemnidad de su culto. Esta fué recompensada por una multitud de maravillas, cuyo curso no ha podido jamas detener el triunfante mahometismo. Y esta serie de maravillas tampoco se interrumpió nunca hasta el instante mismo en que desde Constantinopla fué solemnemente trasladado á Francia el cuerpo de *San Antonio*.

Repáre vuestra atencion al fin del XII. siglo, y advertirá un hombre atrevido en sus designios, pero prudente para combinarles. Tenia su piedad por motivo, su nobleza por apoyo, su eloqüencia por recurso. Hablo de Joselino Aleman, descendiente de los condes de Poitiers de la augusta casa de Turena. Desde las montañas del Delfinado le habia encaminado hasta el Calvario un espíritu fervoroso. Pasó á Constantinopla desde este recomendable lugar, y consiguió en ella de un Emperador, que sin duda apreciaba muy poco las reliquias entre sus tesoros, el permiso de enriquecer á la Francia con las de nuestro Santo. La provincia de Viena recibió con particular agradecimiento el presente de que Joselino se desprendia por favorecerla.
In-

Inmediatamente se le construyó al Santo un templo digno de su reputacion. El tributo de los honores, de que es el objeto, es igual al de los milagros, de quien es el conducto, ó canal.

Entóces experimentaba la Europa un azote terrible, cuyo golpe destruía enteramente todos los recursos del arte. Un fuego que imitando en sus devoradores ardores la actividad de las llamas eternas, inmolaba casi tantas víctimas quantas cogia..... Esto sucedió cabalmente en aquella triste época en que el cuerpo de nuestro solitario habia obrado el mismo prodigio que en otro tiempo obró la sombra de S. Pedro. A él fué concedida, como dice Santo Thomas de Aquino, la facultad de apagar hasta las menores chispas de un fuego vomitado por el infierno, á quien la pública supersticion llamaba *fuego sagrado*. *Datum est illi patrocinarí ad ignem infernalem.*

De aquí provino el origen de aquella órden ilustre que baxo la proteccion de nuestro Santo edifica la Iglesia, la enriquece, defiende y honra. Al poder de *Antonio* es al que debe esta órden su establecimiento: sus progresos á los generosos cuidados de sus miembros é individuos: su gloria á su inagotable zelo; y su perpetuidad al constante fervor de que dan lecciones y exemplos.

Así es, que en una edificativa congregacion de ministros siempre regulares perpetúan la gloria de *San Antonio*, cuyo nombre llevan, como la de San Agustin, cuya regla siguen: eternizan la oracion del prime-

mero y el zelo del segundo: la penitencia del solitario y la ciencia del Doctor; y de uno y otro el amor á la verdad, la union á la Iglesia, la defensa á la Religion.

Así es, que desde su muerte hasta nuestros dias se sostiene y acrecienta la reputacion de nuestro Santo. ¿Por ventura se la ha visto eclipsada, ni aun un solo instante? ¿No han advertido todos los siglos su brillantez? O por mejor decir ¿no ha sido en la Iglesia esta reputacion la brújula que en todos tiempos ha servido de norte al curso de los angeles de la soledad y del desierto?

Antonio fué el modelo que se propusieron Benito en el retiro de Sublaco, Juan Gualberto en la hermita de Valembusa, Romualdo en los valles de Apenino, Bruno en las montañas de la Cartuja, Bernardo entre las ayas y encinas de Claraval, Felix de Valois en los bosques de Galvesa, Francisco de Asis en el desierto de Perusa, Francisco de Paula en las rocas de Calabria, Ignacio en la caverna de Manresa, Juan de la Barrera en la Abadía de Feuillent... Y así es, en fin, como despues de catorce siglos que hace aconteció su muerte, parece que respira y goza todavia de toda su reputacion.

Es esta tan célebre en la Iglesia, que congregados los Padres en el concilio de Constancia, encargaron al famoso Gerson predicarse en él su panegirico, y despues de haberle oído y admirado, exclamaban todos unánimes: *Quot miraculis in vita, tot post mortem beneficiis refulsit Antonius.* Así como *Antonio* ha-

hacia milagros durante su vida, así tambien reparte beneficios despues de su muerte.

Es tan célebre su reputacion en la Iglesia, que el Quietismo, la mas sutil de las heregias, intentó en el último siglo apoyarse sobre una máxima de nuestro Santo para no ser anatematizada. *La oracion del solitario*, dice *San Antonio*, *no es verdadera quando la conoce, y se conoce tambien á sí mismo*. No tiene que valerse de ella el presuntuoso error. Reprehenda al sabio Bossuet, que asegura con Casiano, es mas bien una sentencia divina que humana. Nuestro Santo, que al ver venir la luz decia enfervorizado su espíritu. ¡O sol! ¿por que me turbas? (1), no ignoraba, ni desconocia absolutamente su oracion. Su conducta justifica su doctrina, y el respeto de catorce siglos le vindica bastante bien de las malignas imputaciones de que querian cargarle los partidarios de las novedades profanas.... Despues de haber tenido *Antonio* en la Iglesia un siglo entero de mérito, goza en ella su reputacion quince siglos hace.

¡Hombres imprudentes! que le juzgais con las escandalosas burlas del libertinage y de la incredulidad ¿he conseguido hacérosle conocer? ¿He logrado que le admireis? *Videte contemptores, & admiramini*. ¡Que leccion para vosotros, que solo un dia de penitencia os estremece, la de un siglo entero de fervor practicado sin la mas leve consideracion y reparo! ¡Que bochorno para vosotros, á quien so-

(1) Bossuet, tom. 6. en 4. pag. 81. 83. 84.

lo un dia de trabajo os impacienta, un siglo entero de combates sostenidos sin interrupcion! ¡Que condenacion para vosotros, que tal vez en la larga carrera de vuestros dias no podreis contar uno solo en que os hayais empleado sin remuneracion, la de un siglo entero de servicios hechos sin interes! La reputacion de *Antonio* empezó desde que vivia; y vosotros parece que no vivis sino para perder á cada instante la que podiais conseguir. La de aquel se aumenta con su muerte, la vuestra se acaba ántes que vuestra vida. La del Santo ha permanecido constante desde que espiró hasta nuestros dias; y la vuestra, si subsiste despues de la muerte, no sirve por lo regular de otra cosa, que de transmitir á la posteridad la historia de vuestros escándalos con la de vuestra vida.

Quiera Dios que las acciones de *Antonio*, cuya pintura acabais de reconocer, os inspiren el deseo de imitar sus virtudes para participar de su gloria, tanto en la tierra, como en el cielo, cuya morada os deseo.

PANEGÍRICO
DE SAN BRUNO,
Fundador del orden de los Cartujos:
PRONUNCIADO

en la Iglesia de los Cartujos del Valle
de S. Pedro, Diócesis de Leon.

Vidit, & fugit..... Montes exultaverunt. Vió y huyó. Los montes se regocijaron. *Ps. 113. v. 3. & 4.*

¿Hay algun héroe christiano, como no sea *San Bruno*, á quien puedan convenir las circunstancias con que anuncio su elogio? Consideró al mundo y desde luego se propuso huir de él. *Vidit.* Poniéndolo en execucion se encaminó á la soledad. *Fugit.* Las montañas de la Cartuja, adonde le llevó la Providencia fueron el teatro de su gloria, y parece que llegaron á ser una nueva tierra con nuevo cielo. *Montes exultaverunt.*

El Rey Profeta aplicaba estas palabras en otro sentido al Pueblo de Dios. Representa á la mar como admirada de la magestad con que

que encaminaba el Señor á su pueblo quando salió de *Egypto.* *Mare vidit.* Con este motivo, dice, suspendió sus irritadas olas. Sus aguas se enrarecieron y apartaron para abrir un paso libre al pueblo escogido. *Fugit.* Las montañas se conmovieron heridas de este golpe. No parece sino que oían el lenguaje del sentimiento, y que baxaban sus cumbres para adorar los designios del Eterno Padre. *Montes exultaverunt.*

¿Como no he de reconocer yo los vivos deseos de *San Bruno* en la imágen de la mar que nos pinta *David*? No fixó la atención sobre un pueblo religioso protegido del Señor, sino sobre un mundo corrompido que se aparta del camino de Dios. *Vidit.* Huyó, no para dar á entender á este mundo profano un imprudente arrebató de su corazon, sino para buscar en la soledad una fortaleza inexpugnable al encanto de la tentacion. *Fugit.* Las montañas en que se propuso habitar se volvieron de horribles desiertos en lugares deliciosos. Casi se puede decir, que sensibles á esta prodigiosa mudanza, coadyuvaban á las intenciones del Universo, y celebraban con él la gloria del Santo que poseían. *Montes exultaverunt.*

Yo reuniré estos diversos objetos en un plan otro tanto mas fácil de percibir en quanto estará trazado por la verdad de los hechos y el orden de los acontecimientos.

Bruno se hizo cargo de lo que era el mundo, y su conocimiento le obligó á retirarse de él. *Vidit.* Punto primero.

Rea-

Realizóse la determinacion de *Bruno*, y llegó á ser en su retiro el Fundador de una Orden. *Fugit*. Punto segundo.

Esta fundacion fué causa para que *Bruno* viese correr su gloria desde el seno de su retiro hasta lo mas distante del mundo de que habia huido. *Montes exultaverunt*. Punto tercero.

¡O Virgen santa! Nunca dexó *Bruno* de experimentar tus beneficios. Sus hijos siempre te están manifestando su reconocimiento. Interésate, pues, por el Panegirico de un Santo que mas de una vez se encargó del tuyo. AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

Estudiar al mundo para conocerle es obligacion del christiano. Estudiarle, conocerle y menospreciarle es el triunfo de la reflexion, y este triunfo es propio de la virtud de un Santo. *San Bruno* va con su exemplo á justificar plenamente esta verdad.

Antes de entregarse á la soledad vivia en el mundo. Si le consideramos como un mundo sabio, era en él su oráculo: si como un mundo donde los honores excedian á los deseos, era en él su ornamento: si como un mundo que respetaba la virtud y la practicaba, era en él su modelo. Por una experiencia útil aprendió á conocerle y menospreciarle. *Vidit*. Reflexionó sobre la vanidad de las ciencias que le prestaban en él un distinguido lugar, y formó el ánimo de sepultar los talentos en el

re-

retiro: este fué el plan de su proyecto. Reflexionó sobre la iniquidad que guia á los honores del mundo y determinó sacrificar en el retiro el destino en que se hallaba y sus esperanzas: este fué un proyecto sostenido. Meditó sobre la falsedad de las virtudes que premia el mundo, y se resolvió á asegurar en el retiro su virtud, de que desconfiaba: con esto se perfeccionó el proyecto.

Hácia la mitad del siglo once (1) habia visto nacer Colonia á este hombre raro y prodigioso, que debia ser la gloria de su patria, el restaurador de la soledad, el consuelo de la Iglesia. No se gloria ménos Alemania por haber producido á *San Bruno*, que Egipto por haber dado á San Antonio Abad, la Italia á San Benito, la Francia á San Bernardo y la España á otros muchos. Los ángeles del desierto salen de todas las partes del mundo.

La nobleza de su origen era un título presuntivo para ilustrarle en esta vida. La superioridad de sus talentos el primer título con que se dió á conocer en la Iglesia. Nacido con un espíritu vivo y docil, un ingenio vasto penetrante y delicado, entró en la carrera de las ciencias. Sus primeros ensayos asombraron en Colonia no solo á sus rivales, sino á sus propios maestros. Presentado sobre un teatro mas célebre, se descubrieron y perfeccionaron en él sus talentos. París no conocia su nombre sino por la brillantez de sus

(1) En el año 1040. *Corbino*, Historia sagrada del orden de los Cartujos.

sus sucesos; pero era la mansion de la emulacion, porque contenia los mayores ingenios. La reputacion de los maestros hacia concurrir á ella una multitud de discípulos, que habiéndose hecho los oráculos de Italia, Alemania é Inglaterra, llevaron por todas partes de Europa la constante fama de una Universidad, que debia su institucion á Carlo Magno, y sus progresos é ilustracion á quantos principes le sucedieron en el trono de la Francia.

Preséntase en esta famosa Universidad, y el adquirirse en ella la mas brillante reputacion lo achacaba *Bruno*, no tanto á efecto de su continuo estudio y aplicacion, quanto á la asombrosa facilidad que hallaba en desentrañar las insuperables dificultades de las ciencias mas abstractas. Apenas aprendia, quando proclamado por la gloria era destinado para enseñar. Enseñó en efecto, y desde que empezó á explicar los puntos mas delicados de la Religion, comenzó la mas célebre Universidad del mundo á aplaudir su doctrina acrisolada, razonada y luminosa. Los hombres mas consumados en el penoso estudio de la Teología le respetaban como á uno de aquellos dichosos fenómenos que por sus doctas lecciones hacia renacer universalmente el gusto de las ciencias sagradas, y salir del seno de la debilidad un rápido fuego, cuya llama se extendia por todas las partes descubiertas del mundo christiano.

Los escritos de *San Bruno*, decia el sabio Su-

Surio (1), que todavía subsisten, son los mas eloqüentes testimonios, y los mas seguros garantes de su erudicion. Por ellos se reconoce, que el hombre mas capaz y á propósito para instruir al mundo por sus talentos, quiso enseñarle todavía mas eficazmente por su retiro.

No ignoro las diversas opiniones que hay sobre las obras que legitimamente corresponden á nuestro Santo, y sobre las que se le atribuyen por hombres mas zelosos de añadir algunos rasgos á su gloria, que cuidadosos en consultar la exácta verdad. No haya miedo que yo ilustre el catálogo de sus obras con algunos escritos, que ni descubren la imagen de su ingenio, ni el gusto de su eloqüencia. *San Bruno* no necesita suponerse los para tener como sabio un seguro é inmortal renombre (2). Que goce enhorabuena *Brunon*, obispo de Sefi, la gloria que le conceden algunos tratados singulares de sus titulos: lo cierto es, que la conformidad de los nombres les proporciona el honor de ser colocados entre las obras de nuestro Santo, sin tener con ellas el mérito de la semejanza. Me desmentirian si las prestase un bien que no es suyo (3). Bastante ricas son con sus propios

(1) Possunt ei rei testimonium haud vulgare perhibere scripta ejus quæ extant. *Surius in vit. S. Brun. 6. Oct.*

(2) Véase la Historia general de los Autores Eclesiásticos por Don Remigio Ceillier, Religioso de la Congregacion de S. Vannes, tom 21. pag. 216. y siguientes.

(3) Ningun tratado de los contenidos en el 3. tom. de las obras de S. Bruno es de él á excepcion de dos cartas. Son de *Brunon*, obispo de Sefi.

pios tesoros. Sus Comentarios sobre los Psalmos, su explicacion sobre las Epistolas de San Pablo, y sus dos cartas, dignas de un San Cipriano, ó de un San Basilio, son otras tantas fieles expresiones, otras tantas pruebas patentes de sus talentos.

Examinemos aquella obra profundamente meditada en la que reúne las expresiones del Rey Profeta, las explica y las descubre. En ella hallaremos, que atento á seguir con una análisis razonada el espíritu de David, considera por todas partes á Jesu-Christo y su Iglesia, y se propone, digámoslo así, manifestar toda la economía de la Religion (1). Las sagradas Escrituras, los Santos Padres é Intérpretes eran su única guía (2). Si se detiene sobre los misterios de la Encarnacion, Nacimiento, Muerte y Resurreccion de Jesu-Christo: opone por otra parte, con un paralelo exácto, todo quanto hicieron los judíos para humillar al Salvador, y quanto Dios hizo para glorificarle (3). En el tiempo de su ministerio, dice, hallará Jesu-Christo acusadores y enemigos que le persigan: despues de su muerte encontrará confesores, apóstoles y mártires que le defiendan. *Confessores tibi pariet pulvis* (4). El pinta el milagroso establecimiento, y los felices progresos de la Religion. En un magnifico quadro reúne todos los caractéres que muestran su divinidad.

(1) *Prologus in Psal.*

(2) *D. Rem. Ceillier.*

(3) *Explic. in Psalm. 2. 3.*

(4) *Explic. in Psal. 29.*

dad. La rapidez de su estilo imita la precipitada carrera de los apóstoles que por toda la redondez de la tierra predicaban el Evangelio, tanto por el heroismo de sus virtudes como por la sublimidad de su eloqüencia: *Sublimitates sermonum & virtutum* (1). ¡Con que fuerza tan invencible refuta á los que creen que Jesu-Christo no está sino figuradamente en la Eucaristía! Hace ver, que los hereges que contradicen este misterio tienen la infame costumbre de seducir á la simplicidad é ignorancia, ya que no les es igualmente fácil sorprehender á los hombres prudentes é instruidos (2). Les acusa de que preparan con maña sus sentimientos erroneos, y dan una inteligencia contraria á los Sagrados textos para sostener los mas monstruosos sistemas. *Paraverunt sententias pravas: falsis rationibus probant* (3). ¡Que pruebas tan admirables amontona quando enseña, que el libre albedrio, aunque siempre subsistente, se debilitó por el pecado original: que en las buenas acciones obra el hombre de concierto con la gracia; y que por esta admirable concordancia, obra la gracia y merece el hombre! *Liberum arbitrium cooperatur gratiæ divinæ, aut nullum meritum ejus* (4). ¿Me podrá ninguno citar algun misterio, ó algun dogma sobre el que no haya dado San Bruno importantes lecciones, y suministrado luces decisivas? La certeza de otra vida, la resurreccion

(1) In Psal. 18. (2) In Psal. 106. (3) In Psal. 11.

(4) In Psal. 10, 70, 101, 124.

cion del cuerpo, la inmortalidad del alma, los incontrastables dogmas de una bienaventuranza eterna, y de un eterno castigo (1): el número de los Sacramentos, la unidad, santidad, universalidad y perpetuidad de la Iglesia, son las sublimes verdades que enlazaba con las leyes del razonamiento, y aclaró con la solidez de las reflexiones con que le adornaba por medio de un estilo conciso, natural y sostenido (2).

Y ¿que sucede quando en la misma obra y con la propia fuerza pasa desde los dogmas á tratar de la moral? En ella se encuentran las mas asombrosas reflexiones sobre el mundo y sus ilusiones, el escándalo y sus peligros, las riquezas y su fragilidad, la hipocresía y sus artificios, la calumnia y sus furroses, la incredulidad y sus blasfemias (3). Solamente en este tesoro encierra todas las riquezas de la Religion.

¡Quantas y quan nuevas son tambien las que presenta en las diferentes explicaciones que hace de las Epístolas de San Pablo! Aquí es donde animado con las vivas expresiones del grande apóstol, toma un atrevido pincel para pintar las pasiones y sus estragos: describir el reyno del pecado y el de la justicia: exponer la autoridad de los soberanos, la dependencia de los vasallos, y las obligaciones de los jueces: todo quanto se puede conceder y negar á la naturaleza (4). Cada epis-

(1) In Psal. 31, 57, 60, 104, 107, &c.

(2) In Psal. 13, 120, 134.

(3) In Psal. 27, 33, 42, 71, 89, 136, 140, 146.

(4) *Commentarium in Epistolis Beati Pauli Apostoli.*

cola, cada discurso, cada pensamiento, cada palabra, le suministran una ocasion oportuna para manifestar toda la extension de sus conocimientos. Jamas dexará uno de admirar en todo la inimitable precision con que explica el asunto, ordena el análisis, percibe el sentido, conserva la hermosura y energia (1).

Permitid, hermanos míos, que suspenda la enumeracion de las obras que prueban la erudicion de *San Bruno* para haceros observar como debió á ella los importantes empleos que le confió la universidad de Rheims. Esta, pues, se hallaba entónces, en el tiempo de su mayor reputacion.... Noticioso nuestro Santo de la que se habia adquirido en las florecientes escuelas de Colonia y París, se presentó en la iglesia metropolitana de Champaña. Inmediatamente que llegó le cedieron sus cátedras los Teólogos mas famosos. Fué nombrado para presidir los estudios de la clerecía, cuyos ejercicios dirigió, arregló y perfeccionó. El nombre del maestro y de los discípulos corrieron por toda la Francia (2). Todo el reyno se persuadió, que el Señor le habia destinado para llegar á ser el instrumento singular de su gloria. Los que tributan homenaje á sus superiores talentos, ignoran los misteriosos caminos que debian conducirle á los designios que tenia sobre él la

(1) *Prologus.*

(2) *Fuit non longé ab his diebus Bruno quidam in urbe Rhemensi vir, & liberalibus instructus artibus, & magnorum Rector studiorum Guiberti Abb. B. M. de Novigento, opera.*

la Providencia. Tal vez los ignoraria entonces él mismo. Mas no tardó en conocerlos.

Mientras que la voz pública aplaudia su mucho saber, y se abria para él la carrera de la fortuna y de la gloria, se entregaba á las reflexiones mas tristes, no haciendo caso de su reputacion. Con una solicitud voluntaria, se empeñó en confiar á respetables amigos lo que sentia sobre la vanidad de las ciencias humanas, la inutilidad de los honores que el mundo le concedia por ellas, y lo poco que sirven para la eternidad á los que las cultivan. Se decia asimismo lo que enseña en sus obras; esto es, que el mundo es una mar borrascosa en la que se encuentran mas peligros que huir que bienes que recoger. *Mundus tribulatio-num mare* (1). Quando lo dixo ya habia combinado dentro de su corazon y con sus amigos el proyecto de dexar el mundo por el retiro, las ciencias por la salvacion. Su boca pronunció al pie de la cruz la irrevocable sentencia. Pero esta determinacion que le dictó su piedad no debia aun ponerla en execucion. Nuevas consideraciones harán nacer nuevo fervor. Su proyecto se sostendrá quando despues de haber reflexionado sobre la vanidad de las ciencias, reflexione tambien sobre la iniquidad que conduce á los honores que dispensa el mundo.

Si los honores del mundo y de la Iglesia se concediesen solamente al mérito y á la

(1) In Psal. 8.

virtud, podrian servir de tentacion para el amor propio y de atractivo para la vanidad. ¿Con que ojos les mirará la piedad quando vea que son fruto de la intriga, premio del crimen y de la deshonra, y la perdicion de los que no tienen reparo en usurparles?

Afligida la Iglesia de Rheims, ofreció á la consideracion de Bruno este triste y escandaloso espectáculo al tiempo mismo en que meditaba poner entre el mundo y él un muro de separacion eterna.

Por este tiempo sentia ya en él una de las mas ilustres iglesias de Alemania la pérdida de su ornamento y su esperanza (1). Su ciencia y su reputacion le habian colocado ya en el cabildo de esta antigua metrópoli donde Clovis, que fué el primer Rey christiano que tuvo la Francia, fué consagrado por San Remigio (2). ¡Dichosa metrópoli sino hubiera tenido jamas la desgracia de contar entre sus Pontifices á un Manasés, indigno sucesor de un Remigio, de un Nicasio, y de un Gervasio!

Ya, hermanos míos, me parece que estais advirtiendo el horroroso quadro que debo delinear. Como que excita vuestra indignacion el nombre de Manasés. No se le puede negar su ilustre cuna. *Vir quidem nobilis* (3). Pero el nacimiento solo no debe conducir al episcopado. Sin embargo, se atrevió

(1) S. Guniberto de Colonia.

(2) M. Baillet, 6 Oct.

(3) Guiberts, Abad de Nogent.

vió á pretenderlo y lo consiguió: mas ¿por que medios? Por la intriga y sus artificios, por la hipocresía y sus astucias, por el soborno y sus beneficios, y.... pero que digo yo? Aquel monstruo se atrevió á turbar el reposo de la nueva iglesia, con lo mismo que ella procuraba cuidadosamente abatir; quiero decir, con la simonía. Este era el poderoso resorte que tenía Manasés sobre el trono de una iglesia que se estremecía al verle colocado sobre sí. Semejantes auxilios dicho se está que no anunciarían en él, no digo yo un Santo, pero ni aun un regular Pontífice. El gobierno de Manasés fué tan defectuoso como ilegítima su fortuna (1). Libre en sus discursos, depravado en sus costumbres, sin respeto á su estado, ni á sí mismo, le parecia la fe una pesada carga, el sacrilegio un recurso, la falta de verdad una justificación, el lujo una decencia, la violencia un apoyo, la conciencia un perjuicio.... Los altares estaban despojados, profanados los templos, los lugares del santuario destinados para los negocios y tráficos mercenarios, protegido el libertinage y perseguido el mérito. Tales eran los excesos que se advertían en los exemplos y modo de pensar de un Prelado que escandalosamente se entregaba á la licencia de un mal militar, al fausto de un monarca y al despotismo de un tirano.

No

(1) *Bailet*, Dom. Ceillier; *Racine*, *Hist. Ecclesiast.* Longueval, *Hist. de la Igles. Galicana*. Fleuri; *Histor. Ecclesiast.*

No tardó en levantarse la voz del descontento contra una conducta tan poco conforme á la de un pastor. Atemorizada la piedad temblaba; pero resplandeciendo el zelo intrépido de la clerecía llevó hasta el concilio de Autun sus quejas y acusaciones (1). Entre los contrarios de Manasés era *S. Bruno* el primero, porque ocupaba una de las primeras dignidades de la iglesia y de la universalidad. Fué oída su voz, y llamado el reo al tribunal de sus jueces. Pensó eludir la sentencia, y reusando presentarse se le castigó. Esta pena que le impusieron acarreó la desgracia de nuestro Santo. El fué la primera víctima que con sumo gozo se propuso sacrificar un prelado, que hubiera hecho mejor en arrepentirse que en vengarse.

¡Ah! ¿Como había de entrar el arrepentimiento en el corazon de un hombre que vailido de su autoridad se propuso acabar con sus delatores? Apeló de las decisiones del concilio á la cabeza de la Iglesia. Una apología escasa de razones, abundante en sofismas, artificiosa y escandalosa por todas partes, fué el especioso título que opuso á sus jueces, el único que dirigió contra sus acusadores, y con el que se lisongeaba sosprender la Religion del soberano pontífice.

Entónces ocupaba el trono de San Pedro Gregorio VII, Pontífice tan conocido por la brillantez de su zelo, como por la integridad de sus costumbres.

Aquel

(1) En el año de 1077.

Aquel Pontífice casi siempre inflexible, no lo fué por entónces para Manasés. Atendió mas bien á su clemencia, que á las fundadas quejas de Bruno, y á los reflexionados oráculos de un concilio. Triunfó Manasés á la sombra de una fingida sumision; pero le duró muy poco. Juntóse el concilio de Leon, y tratando con el mayor pulso de la causa de Manasés, resultó justificado el delito. Pronunció el concilio y fué depuesto el delinquente. ¡Terrible sentencia! Confírmala Roma, ejecútala Rheims, y humillado, confundido y condenado el corrompido é interesado Prelado, fué á una corte extranjera á llevar su deshonor, coronar sus desórdenes, completar su desgracia y morir impenitente despues de haber vivido tan lleno de culpas y delitos.

En este tiempo tan revoltoso y lleno de escándalos, fué quando nuestro Santo entregado á sí mismo, reflexionó sobre las desgracias de la Iglesia, los atentados de la ambicion, el peligro de los honores.... En el glorioso destierro á que le condenó la injusticia, pensó cumplir las promesas que habia hecho al Eterno Padre. ¡Quan vivamente se reprendia por haber resistido por tanto tiempo á las reiteradas inspiraciones de la gracia! Retirado á un lugar solitario ¡quantas reflexiones comunicó á Rauldo y á Fulsio sobre la vanidad é inestabilidad de las cosas humanas! Entónces decia lo que despues en sus obras: no, nosotros no nos debemos dexar seducir por los encantos de un mundo lison-

ge-

gero que nos engaña. *Neque blanditiis seducamini* (1). No, nosotros no nos debemos dexar abatir por el miedo de un mundo perseguidor que nos amenaza. *Neque metu terreamini*. Vivan los impíos en la prosperidad y en la gloria. *Impii vivunt prosperè* (2). Huyamos de su sociedad para no imitar sus desórdenes. *Fugiamus* (3). Si se hubiera descuidado un poco mas, de testigo hubiera pasado á ser cómplice.

En vano le destinaba la voz pública y el consentimiento de los sabios para ocupar la silla de Rheims. En vano le manifestaban su inclinacion y sus deseos los ministros del Señor. A todo se resistió: de todo huyó. La tempestad que resonaba sobre su cabeza le obligó á apresurar quanto ántes la execucion de su proyecto. Este se iba ya á perfeccionar despues de tantos tiempos como hacia estaba bosquejado y constantemente sostenido. Pero ántes de que llegára este caso debia reflexionar nuestro Santo sobre la incertidumbre de las virtudes que corona el mundo, despues de haberlo hecho sobre la inestabilidad de los honores que dispensa.

Bruno habia nacido con el mejor modo de pensar, y con la mas bella inclinacion hácia la virtud. Despues de la vida, no habia recibido de sus padres don mas precioso que el de las excelentes lecciones y edificativos exem-

(1) D. Brun. in Psal. 2.

(2) D. Brun. in Psal. 37.

(3) In Epist. I. ad Timot.

ejemplos que le dexaron. La piedad habia adelantado en él la razon. Desde la cuna parecia que se habia apoderado la gracia de aquel nuevo Jeremías. Cada dia se señalaba con otros tantos progresos en el camino de la perfeccion. Una sabiduría de costumbres, siempre igual, dexaba ya percibir en su conducta el plan del incomparable instituto de quien debia ser el padre, el alma y el modelo. El Santo vaticinaba el legislador.

Pero la virtud mas sólida siempre se desconfia de sí misma. Nuestro Santo, cuya inocencia, humildad y fervor interesaban tanto á Colonia, Rheims, París y Roma, reflexionaba con un santo horror sobre los escollos que presenta el mundo á la inocencia, las tentaciones á que expone la humildad, los licenciosos exemplos con que procura hacer declinar y corromper el fervor... Antes de formar proyectos de retiro, habia formado proyectos de conversion. ¿Proyectos de conversion? ¿Que es lo que he dicho? *Bruno* no tenia vicios que corregir, extravíos que llorar, escándalos que reparar. Solo tenia virtudes que cultivar y perfeccionar. Yo llamaré mas bien un milagro de la gracia, que una conversion hácia ella, aquella heroyca resolucion que executó yendose á ocultar al mas horroroso desierto, y á sepultar una gloria que incomodaba á su modestia.

Hasta la mitad del último siglo se habia creido, que la primera causa que le impelia á retirarse á la soledad, tuvo principio de un acontecimiento singular, terrible y milagroso.

Es-

Este se atribuye á un hombre, cuyo estado y carácter se señala por muchos escritores. Le pintan célebre por su eloqüencia y erudicion. Estaba reputado por un hombre pródigo, un perfecto é irreprehensible christiano; con cuya fama y los honrosos títulos que le daban, subsistió hasta las puertas de la muerte, que por fin le arrebató. Apresuróse la Iglesia para hacer á su inanimado cadaver los honores debidos á su clase y gerarquía. Empezó la fúnebre ceremonia, y la obligacion y la decencia precisaron á asistir á nuestro Santo, que era amigo suyo. Pero ¡que horroroso espectáculo fué el que de improviso suspendió los cánticos lúgubres, perturbó en sus funciones á los ministros del Señor, é infundió en el alma de *Bruno* el terror y el sobresalto! Anímase el cadaver, levanta la voz, y haciendo resonar por tres veces en el templo sus funestos acentos, exclamó *Por justos juicios de Dios he sido acusado, juzgado y condenado.*

¿Existe este acontecimiento? ¿Es alguna fábula mafiosamente discurrida? Así lo supone la crítica. ¿Es un prodigio justificado que merece una total creencia? La erudicion y el zelo han procurado demostrarlo.... Escuchad y decidireis.

Si yo tomo á mi cargo contradecir el hecho, me será preciso hacer observar, que el silencio de los escritores que pertenecen al siglo de *S. Bruno*, da lugar á que se coloque este pretendido milagro entre el número de los fingidos. Atestiguaré con el silencio de

Gui-

Guiberto, Abad de Nogent, cuya probidad es tan conocida como lo demuestran sus escritos (1). Con el de Pedro el Venerable, cuya confesion serviria de autoridad, y cuya reserva favorece por lo ménos la duda (2). Con el del mismo *S. Bruno* en su carta al Prévoste de Rheims, en la que hace ver que su retiro es fruto de un voto bien meditado, y no obra de ningun prodigio (3). ¿Y que, añadiéndolo, este prodigio puede conservar el nombre de tal quando la misma Iglesia que le adoptó sin exámen le ha suprimido despues con pleno conocimiento (4)? En vano, proseguiré, le presenta la pintura en sus quadros desde el origen é instituto de la Religion. La pintura imita á la poesia. Crea las imágenes, y no sale por garante de los hechos que inventa. Los quadros manifiestan la antigüedad de la creencia, mas no justifican el motivo. En efecto, ¿como se ha de justificar un suceso sobre el que Baronio no habla una palabra (5); no dice nada el autor de los antiguos *Estatutos*, y altera el Redactor de los nuevos *Anales* (6)? ¿Como se ha de justifi-

(1) El Abad Guiberto atribuye el retiro de *San Bruno* no al escándalo de Manases.

(2) Pedro el Venerable dice, que la vocacion de *San Bruno* tuvo por principio la relaxacion de los Monges.

(3) Yo probare, que esta carta no destruye la antigua tradicion.

(4) Este suceso se suprimió en el Breviario Romano en tiempo de Urbano VIII: se dirá por que razon.

(5) *Baronius, Annal. in ann. 1086.* Se engaña porque fué en 1084.

(6) Guigues, V. General de los Cartujos, autor de los antiguos *Estatutos*. Dom. Masson, autor de los nuevos *Anal.*

car no apoyándose mas que en una vision de *S. Bruno*, tenida, ó en el fervor de sus oraciones, ó en algun momento de un sueño agitado? Esta vision la contó sin duda nuestro Santo á sus discípulos. Estos creyeron percibir la realidad en el microscopio de su imaginacion; y pasando en este concepto de boca en boca y de siglo en siglo, halló historiadores crédulos que, aunque sabios, la apoyasen. Lo que han escrito los hombres de una erudicion profunda, lo han creído los piadosos solitarios. De aquí provino esta unanimidad y constante tradicion hasta nuestros dias, que fecundos en ingenios observadores (1), han llevado la luz de la critica hasta el cahos de la obscura antigüedad. Así, pues, concluiré con decir, acerca de estas objeciones fuertes y luminosas que sobre este imaginado fenómeno han producido la critica y la reflexion, que la sana razon le ha mirado desde el principio como un problema, y despues como un error.

Vo-

(1) M. de Launoy, Doctor de la Sorbona, conocido por su erudicion y critica, defiende, que antes de Gerson y S. Antonino ninguno habia hablado de este milagro. Se demostrará su error.

N. B. Es falso que no se halla el prodigio al frente de los antiguos *Estatutos*, porque en ellos está impreso. Se dice en ellos, que el muerto respondió á estas palabras: *Responde mihi.* Luego es inútil que M. de Launoy suponga, que en 1082 no se decian en el oficio de difuntos sino los *Psalmos*, sin ninguna leccion. Algunas circunstancias omitidas ó añadidas prueban, que los historiadores pudieron variar muy bien en la relacion del prodigio; pero esto, como dice Dom. Masson no prueba nada contra el prodigio mismo.

Vosotros, señores, no tendreis que acusarme de que he disimulado aquella parte poco favorable desde donde se pueda mirar el único hecho contradictorio que presenta la vida de *S. Bruno*. ¿De que lineamentos tan distintos y ventajosos es susceptible el mismo quadro, si se toma el pincel de algunos que intentan defenderle?

Yo me considero un orador christiano, cargado por los discípulos de nuestro Santo con el honroso cuidado de defender en este milagro la creencia universal de su instituto.... Me parece que les estoy viendo dirigirse con fuerza ácia los sabios que les combaten, y decirles con zelo: el milagro que os atreveis á atacar, es un milagro averiguado; un milagro, cuya fama triunfa de todas las dudas. *Agnitum planè, & famosum est miraculum* (1). Este juicio que yo acabo de poner en vuestra consideracion no es mi particular modo de pensar, es de Dionisio el Cartujo, cuyo respeto me atrevo á encargaros. ¿Que opondreis contra su decision? ¿Las cartas de *S. Bruno*? Pues yo las profundizaré. ¿Que es lo que contienen? Para excitar nuestro Santo los justos remordimientos en la conciencia de un amigo, le llama á sus reflexiones y promesas (2). Consistian en hablarle el lenguaje de la razon y de la Religion misma. Añadir

(1) *Dionys. Cart. de Præconio, sive laudibus Ord. Cart. de Inst. art. I....* Dionisio el Cartujo no merece tanta autoridad como el Abad Guiberto.

(2) Carta de *S. Bruno* á Raouido le Verd, Prevoste de Rheims. Consúltense sus obras, tom. 3. al fin.

á estos determinados motivos un milagro que no habia visto su amigo, seria debilitar un razonamiento victorioso con una inútil maravilla. Yo confieso desde luego, que los escritos de *S. Bruno* no confirman el milagro, pero tampoco le contradicen. Aun digo mas: nuestro Santo le justifica con su conducta. Sobre la fé de este prodigioso acontecimiento, es sobre el que se aseguró el principio de su Orden. Sobre este principio está escrito el título irrecusable que lleva la reputacion de esta maravilla á toda la Iglesia, y á todas las partes del Universo (1). O los discípulos de *S. Bruno* fueron los inventores, en cuyo caso hubiera confundido su maestro su audacia y suprimido sabiamente una ilusion fomentada con temeridad: ó los discípulos lo aprendieron de su Legislador, en cuyo caso es su garante su misma palabra. Su palabra, pues, es el origen de la tradicion que se ha transmitido de edad en edad. A nuestro Santo no se le tendrá por iluso, porque era muy ilustrado; no por impostor, pues era sabio.

¡Hombres preocupados! ¿quales seran los engañosos medios de que os valgais para eludir el irrefragable testimonio de esta tradicion? ¿Reclamareis el silencio de Guiberto (2),

Pe-

(1) Los *DD. del Fuy y Masson* aseguran, que la tradicion del milagro empezó con la orden de los Cartujos, cuyo origen se le debe á el.

(2) *Guiberto* cita un hecho de que estaba instruido, y es verdadero. No desmiente otro, que no toca, y podia muy bien no ignorar.

Pedro el Venerable (1), Guigues (2) y Baronio (3)? ¿Hace alguna prueba este silencio? Seria menester citar sus refutaciones. ¡Su silencio! Ah! En este caso les rechazaría yo con la voz de una infinidad de apolo- gistas. Levantaria el grito con Puy, Surio, Indagino, Dorlando, Sutor (4). ¿Os parece que son sospechosos porque sostienen los intereses del cuerpo, y perpetúan preocupaciones de estado? Pues oid á los sabios que carecen de este defecto de preocupacion; oid á Nauclero, Volaterano, Gerson, Polydoro, Virgilio, Belarmino, Vicente de Beauvais, Sixto de Tiena, Colombi (5). Oid á los obispos, á los soberanos pontifices, á los santos, que únicamente les mueve el interes de la verdad: oid y conoceréis la voz de Saures obispo de Sééz, de Saussay obispo de Toul, del Cardenal de Alba, de Leon X. (6), de S. Antonino, S. Francisco de Sales...Oid y vereis que con-

(1) *Pedro el Venerable* nada dice contra el milagro.

(2) El silencio de *Guigues*, es una suposicion chimerica. Este autor cita el hecho; pero no le ilustra con ciertas circunstancias, que ya no se quieren justificar.

(3) *Baronio* cita una época. Se hubiera separado de su asunto si hubiese tratado de un milagro.

(4) Todos estos autores son Cartujos. Mejor deben ellos saber que los criticos del 17. y del 18. siglo lo que aprendieron de sus predecesores, y estos de *S. Bruno*.

(5) Vease la Historia de la Orden de los Cartujos por Corbino, obra malisima por el estilo, pero muy exacta en las citas.

(6) Leon X. Bula de canonizacion de *S. Bruno*: el Breviario Romano hasta la reforma de Urbano VIII. Si estas autoridades no son decisivas, son á lo menos de gran respeto y consideracion.

contestan en lo mismo Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, España, toda la Iglesia, y hasta el mismo luteranismo (1).

Si permitió Roma que este prodigio se suprimiese en sus officios, tambien declaró que ella no contradecía la verdad (2).

Ninguno desmiente la posibilidad del milagro. *La mano de Dios no se ha encogido*. Una triplicada resurreccion, no es mas que un ligero ensayo de su infinito poder.

Todo está publicando la certidumbre del milagro. Un prodigioso número de autores lo comprueban (3): una infinidad de pinturas y grabados, que sobre no haber tenido contradictores, estan marcados con el sello de la aprobacion (4): una tradicion que ha adop- ta-

(1) Los Centuriadores de Magdeburgo, centuria XI.

(2) Las nieblas con que se obscurece la historia del muerto resucitado, porque en el pontificado de Urbano VIII, se suprimió del Breviario Romano, se disipan con la luz de la verdad. Sabemos todos los muchos esfuerzos que empleó la malignidad en la Corte de Roma para desacreditar este prodigio y conseguir de ella la supresion, y no ignoramos tampoco, que atenido el que presidia entónces la congregacion á lo que previenen los Rituales, declaró, que esta historia no fue suprimida en el Breviario por sospechase que era falsa, sino por alguna otra consideracion particular...Vease á Jaussey, Bartholdo, Nihucio, y una obra intitulada. *Tratado de la causa de la conversion de S. Bruno*, Paris 1656.

(3) Consúltese al P. Colombi, jesuita; á Dorlando, Cartujo, *Cronic. y notas*. Véase á Corbino, *Historia de los Cartujos*. Mas de setenta autores cita de los que han escrito á favor del milagro.

(4) Los Doctores, los Cabildos, los Obispos nada han dicho jamas contra el pequeño claustro de los Cartujos de Paris. ¿No es su silencio una especie de confesion?

tado y sostenido el universo de mas de siete siglos á esta parte.

Todo contradice y confunde á los censores del milagro. ¿Acaso son pruebas contra él las falsas épocas que citan, los hechos apócrifos que cuentan, las suposiciones químéricas que alegan, la maligna intencion que les guia (1), las reglas de la sana crítica que se apartan (2), la época última en que han nacido (3), los injuriosos menosprecios que manifiestan contra la Iglesia, sus santos y ministros (4), su oposicion á los milagros, y su adhesion á la incredulidad?

Mas

(1) MM. de Launoy y Baillet se adelantan injustamente á decir, que antes de Gerson y S. Antonino, ó á lo menos antes de Surio ninguno habia hablado del milagro. En primer lugar se les contradice con un documento del Monasterio de Grammon del año 1115: II. con el autor de la vida de S. Esteban de Obania en 1140: III. con Thomas Marimond, 1157: IV. con la Crónica de S. Albano del mismo año. V. con los fragmentos de la historia de Inglaterra, de 1180. VI. con Mateo Paris en su Historia pequeña, de 1340. VII. con Cesar Hesterbaes religioso Cisterciense en el pontificado de Clemente III. &c. M. de Launoy compuso su disertacion solamente para defenderse contra el P. Theop. Raynaud, jesuita. Véase á Bayle, art. Launoy.

(2) La sana crítica pide un juicio desinteresado, y aun el mismo Bayle no concede esta qualidad á M. Launoy á pesar de lo que le elogia.

(3) Es cosa particular ver que quatro ó cinco críticos del siglo 17. y 18. contradicen las historias del 11. 12. 13. 14. 15. y 16. siglo, que vituperan, pero de ningún modo refutan.

(4) Entre los críticos hay algunos que dicen, que S. Antonino no merece ningún crédito. Pero esto no es demasiado decir quan lo hay otros que pretenden hacer ver, que la Iglesia se ha retractado de lo que habia adoptado,

Mas yo he dicho, hermanos míos, que vosotros juzgareis. ¿Y que es lo que habeis de sentenciar? Desde luego direis, que ¿por que se ha de suprimir un prodigio que hizo emprender á S. Bruno la vida mas austera, y echar los fundamentos del orden mas edificativo de la Iglesia?

Lo cierto es, añadireis, que los grandes proyectos tienen que pasar por muchos grados para llegar á su perfeccion. La conversion de San Pablo fué obra de un momento. La de S. Agustin fruto de muchas reflexiones. ¿Por que la vocacion de S. Bruno no ha de ser efecto de muchas circunstancias dispuestas por el cielo para afirmarle en su proyecto?

Ah! ¿que imaginacion tan desarreglada y entusiástica, exclamareis, puede creer un hecho acompañado de circunstancias tan terribles, y tan terrible él mismo tambien? ¿Y este hecho ha sido admitido, creído y respetado por sabios y santos, por el mundo entero, y por la misma Iglesia por el espacio de tantos siglos! La ficcion era demasiado atrevida para que no hallase contradictores.

En una materia tan delicada es dificultoso descubrir la verdad. Pero en caso de duda, ¿no vale mas creer un milagro que negarle? De este modo se tributan homenajes al poder

do, como si pudiera contradecirse... Nos consta que Mr. Baillet desprecia muchas veces verdaderos milagros. Por lo mismo se le nombra comunmente el denigrador de los Santos.

der de Dios, se respetan sus obras, al mismo tiempo que se honra á nuestro Santo, se sostiene su orden, y se condena la incredulidad sin favorecer la supersticion.

Por otra parte, me replicareis aun, ¿que motivo podía haber habido para suponer un prodigio? Para llegar á ser célebre el retiro de *S. Bruno*, no tenia necesidad de tan débil apoyo. Solo habia de menester su virtud y reputacion. Siéndole inútil este supuesto prodigio, lo era igualmente á su orden. Un milagro no le hubiera adquirido tanta celebridad como le adquirió su penitencia y su fervor.

Respetemos pues la antigüedad, concluireis, y digamos, que por una admirable disposicion quiso Dios valerse de milagros para favorecer el origen de un instituto que debia ser en la Iglesia un perpetuo milagro de santidad.

Sea del modo que quiera, y abracemos qualquiera de las dos opiniones (que ninguna interesa esencialmente ni á la fe ni á la piedad), lo cierto es, que la vocacion de nuestro Santo fué fruto de las reflexiones sucesivas á que se entregó, ya sobre la vanidad de las ciencias, ya sobre la fragilidad de los honores, ya sobre la inestabilidad de las virtudes, y siempre sobre los peligros y sobre la nada del mundo.

Se supone, con Pedro el Venerable, que uno de los motivos que determinó á *Bruno* para retirarse, fué el poco fervor, la relajacion y decadencia en que vivian los ce-

no-

nobitas dedicados por razon de su estado á la perfeccion. Esto es decir en substancia, que reflexionó sobre la desigualdad de la virtud en los otros despues de haber meditado sobre la debilidad de la virtud en sí mismo.

Si le consideramos postrado á los pies del ilustre solitario Esteban Mureto, que por entónces se llevaba las atenciones de toda la Francia (1) y de la Iglesia por la reputacion de sus austeridades, formarémos siempre de él la idea de un Santo que tiembla sobre el estado de su conciencia, y va á buscar en un sabio director luces para guiar sus pasos, sosegar sus turbaciones, y hacer ceder sus irresoluciones.

Algunos defienden que chocado de aquel terrible espectáculo, de que fue testigo, dixo para su corazon: Ah! Si un hombre cuya vida daba exemplo, y cuya muerte edificaba, ha sido condenado en el tribunal del Juez Supremo; ¿que sentencia tan rigurosa debo yo prometerme (2)? Esto es justamente comprobar el primer punto de vista, sobre que yo he considerado á *S. Bruno*.

Ya tengo dicho que reflexionó sobre el mundo, y que de sus reflexiones nació la determinacion de retirarse. *Vidit*. He añadido, que huyó. Habiéndose retirado, como lo pensó, llegó á ser el fundador de una orden esclarecida. *Fugit*.

SE-

(1) Historia de la Iglesia Galicana, tom. 7. lib. 20.
 (2) Surius in vita Sancti Brunon. 6. Oct.

SEGUNDA PARTE.

La tierra desierta y sin camino se regocijará. La soledad se llenará de alegría y florecerá como el lirio.... En ella se abrirá una senda que se llamará el camino santo (1). ¿No diremos que estas imágenes que traza Isaías, son otros tantos rasgos maravillosos que caracterizan á Bruno, su retiro, instituto, designios y execucion?

Quando sigue el mismo profeta diciendo, que aparecerá y vivirá en parages elevados: *Iste in excelsis habitabit*: Que se retirará á las encumbradas rocas, fortificadas por todas partes: *Monumenta saxorum sublimitas ejus*. Que sus ojos contemplarán al Rey en su mayor hermosura, y verán la tierra muy distante: *Regem in decore suo videbunt oculi ejus, cernent terram de longè* (2): ¿no reconocéis á Bruno en aquel hombre justo? ¿No veis las montañas de la Cartuja en aquellos encumbrados y casi inaccesibles parages? ¿No observais sus ocupaciones y las de sus discípulos en la contemplacion que les mantiene lejos del mundo y de sus habitantes?

En efecto huyó. El deseo de retirarse se le cumplió. Llegó á ser el fundador de una orden. *Fugit*: huyó, pero no solo. Junió discípulos, presagio de su Religion. Huyó; pero ¿donde? Acia un parage que le proporcionó los fundamentos de su Orden. Huyó, y

(1) Isaías c. 35. v. 1. 2. 8.

(2) Ibid. 33. 16. 17.

y la cuna; digámoslo así, de su Orden fué la imágen fiel del espíritu de que debía estar animada.

Representemonosle en aquel momento en que el terror de acuerdo con la reflexion le pintan al mundo con los mas feos colores, y le muestran la soledad como el único asilo á quien respeta la seduccion.... Dichosamente espantado, marchó á buscar sus amigos para comunicarles sus pensamientos. Una turbacion saludable, les dice, se ha apoderado de mi corazon. ¿Como era posible que yo dexára de comunicarlos? La pintura de la muerte penetró á mi alma con el mas vivo terror. ¿Podreis dexar de participar de él conmigo? ¡Ah hermanos míos! Iniquidades que reparar, infierno que temer, cielo que conseguir, son para nosotros grandes lecciones de penitencia. Por medio de ella necesitamos prevenir los juicios de Dios.

Bruno habla y persuade. Sus sentimientos se trasladaron á la tierna alma de Landuino, Esteban, Hugon, Andres, Guerino, y no dudaron sino sobre el género de vida que debía reglar su penitencia, y sobre el lugar privilegiado que habia de ser el teatro de ella. Tomemos *las alas de la paloma*, decia Bruno; huyamos, volemos á la soledad, firmémonos en ella, y concluyamos con el último de nuestros dias los últimos sacrificios de nuestro fervor.

Tanto el maestro como los discípulos se hallaron igualmente poseidos del deseo de retirarse. Transportada su imaginacion les ha-

cia creer que se hallaban ya en la soledad. Les parecía á los discípulos habian llegado aquellos dias en que baxo los estandartes de *Bruno*, habitaria la equidad en los desiertos, seria en ellos la paz la obra de la justicia, y se exercitaria el silencio en la piedad, la oracion y la penitencia (1). Tan breve se creía en su espíritu como se executaba en su corazon el plan de esta singular y única Orden, de que la Iglesia no había tenido todavia exemplo; de esta Orden á la que nuestro Santo unió el mérito, hasta entónces desconocido, de componer una sociedad de hombres que reuniesen tanto las virtudes de la vida solitaria, quanto las de la vida cenobítica; de esta Orden que juntará todas las ventajas de la soledad sin experimentar los peligros, y por ejercicios santamente reglados unirá el espíritu de Pacomio con el de Benito; de esta Orden, cuyos miembros estarán solos y congregados; solos en el secreto del retiro; juntos en el templo del Señor. Callarán y hablarán: se esconderán y se verán. Tendrán leyes y superiores; leyes para arreglar sus obligaciones; superiores para mantenerlas en su observancia. Tan pronto entregados á su conciencia para escuchar su voz, como dirigidos por otro para recibir consejos. De esta Orden que representará la imágen de la Thebaida, pero sin experimentar sus inconvenientes y tentaciones: la imágen de Montecasino, pero baxo diferente disciplina, con

(1) Isaías, 32. 16. 17.

reglamentos mas austéros, y, si así podemos hablar, con un género de vida todavia mas perfecta (1).

Ya no es sobre la fragilidad y sobre la nada de las cosas humanas sobre lo que *Bruno* instruye á sus discípulos. Prepara su corazon para asegurarle en la atrevida resolucion que habian meditado. ¿A que se reducía? Pero ¿que digo yo? Ya tardaba su fervor en ejecutarla. ¡O providencia del Señor! A tu cuidado dexan las dificultades y el suceso. Concédeles lo que desean. Ellos han dexado al mundo, y aun se olvidan de sí mismos. Parten, huyen, vuelan..... El amor divino es su guia..... ¡Dichosas señales que vais á preceder milagros! Sigamos á nuestro Santo muy esperanzado en la Iglesia. Sigámosle que huye. *Fugit*. Pero ¿á donde va? En busca de una guia que le prepare la cuna de su Orden.

El mismo Dios que inspiró á Josué grandes empresas le proporcionó infalibles recursos para ejecutarlas. Mientras que *Bruno* estaba titubeando sobre la eleccion entre diferentes retiros para fixar su mansion en uno de ellos, llegó hasta él la fama de un prelado que en la capital del Delfinado edificaba á su pueblo con sus virtudes, le instruíra con su doctrina y le alimentaba con sus limosnas. Solo al oír el nombre de Hugues

(1) *Expendit Bruno omnes tam cenobitice, tam eremitice vite perfectiones. Ex utraque medium quoddam vivendi genus instituit. D. Joan. Justus Lanspergius, Curth. in Solemn. S. Brun. Sermo 1.*

gues le parecia que reconocia el angel que debia dirigir los vacilantes pasos de Tobias... Hugues merecia todos los titulos que le daban sus panegiristas. La dulzura contemplaba en él su imágen, y la caridad misma parecia que se habia tomado el cuidado de purificar los sentimientos de su corazon. Sus trabajos estaban asistidos de un zelo firme y prudente. Como amigo de la justicia era el azote del escándalo: como protector de la virtud era su modelo. Sumamente deseoso de hallar ocasion en que proporcionar á Dios adoradores, apóstoles á la Iglesia y santos al retiro: era sabio y piadoso, laborioso y penitente: sabio en sus consejos, eloqüente en sus discursos, é irreprehensible en sus costumbres: recurso de la indigencia, remunerador de los talentos: admirable en el Delphinado, celebrado en Roma, oráculo de la Francia, respetado en toda la Iglesia, y digno de serlo.

Id, decia el Señor á los de su pueblo, id á consultar á Moysés. El os enseñará el camino que debeis seguir... Anda *Bruno*, anda y consulta con el Obispo de Grenoble. El te abrirá la carrera de penitencia por donde debes andar. Te mostrará ese asilo, ó, por mejor decir, ese sepulcro que solicitan tus ardientes deseos. Ves.... Antes de que llegues ya habrá hablado el cielo al corazon de Hugues. Así lo ha hecho tambien con la cabeza misma de la Iglesia. Sí, Victor III. está milagrosamente instruido en Roma de la grande empresa que se va á verificar en Francia.

El

El Obispo de Grenoble está milagrosamente advertido de las riquezas de que le hace depositario una adorable Providencia, que no tardará en manifestar sus designios.

Oigan desde luego los libertinos é incrédulos, con un soberbio desprecio, la relacion del constante prodigio que acabo de anunciar: por lo que á mí toca, no debo á su falsa delicadeza en el modo de pensar, la criminal complacencia de no asegurar, que en un sueño misterioso le pareció á Hugues que habia visto al Eterno Padre consagrándose un templo sobre las montañas de la Cartuja, y que se le habian presentado durante su sueño siete brillantes estrellas, que dirigian la luz y la virtud ácia aquellos horrosos y abandonados parages. Yo refiero este milagro apoyado en el testimonio irrecusable de un crítico severo, que, sobre no prestarse jamas á la ilusion de los prestigios y del engaño, no admite otros milagros que aquellos que se distinguen con el sello de la evidencia misma (1).

Seria dificilísimo hacer ver el admirable espectáculo de siete hombres desconocidos postrados á los pies de un venerable pontífice que les acoje, penetra sus designios, les pregunta y conoce sus intenciones. ¡Con quanto respeto escuchaba *Bruno* aquellas preguntas! ¡Con que humildad le manifestó sus intenciones! El zelo examinaba; el fervor respondia. ¡Que no pueda yo pronunciar con

(1) *M. Baillet*, vida de S. Bruno, 6. Oct.

toda su energía el eloqüente discurso que dirigió á nuestro Santo y sus discípulos aquel prelado, padre suyo mas bien que juez! *Los Santos*, les decia, *de quienes no era merecedor el mundo*, pasaron su vida *entre las profundas entrañas, y tenebrosas cavernas de la tierra* (1). Es admirable y útil caminar por las sendas de aquellos heróycos hombres. Pero lejos de ser fácil la empresa, es sumamente escabrosa.... El parage que el cielo os destina, es una mansion horrible situada sobre las mas elevadas montañas. Allí encontrareis un terreno vasto y dilatado, pero inculto. Ninguno hasta hoy ha caído en el temerario deseo de establecer allí su mansion. Dos rocas inaccesibles parece que tocan en el cielo: espantosos precipicios las rodean. El excesivo frio no dexa ver allí sino árboles sin flores y sin frutos. Las nieves de este año caen sobre las del antecedente. Desde la cima de los montes se precipitan con rapidez torrentes de aguas que amenazan sumergirlo todo. Para establecerse allí es menester una virtud sobre humana. Para mantenerse una milagrosa y singular proteccion de parte de Dios.... Yo he hecho ver los inconvenientes. Consultad ahora á vuestra firmeza. Preguntad á vuestros corazones.

¿Que impresion os parece que hizo en *S. Bruno* y sus discípulos una pintura tan repugnante, sostenida de unas reflexiones tan juiciosas? Todavía seguia hablando el prudente

(1) Hebræor. II. 37. 38.

dente obispo, quando nuestro Santo le interrumpió, diciendo: No os parezca que el retrato que nos habeis presentado con los mas terribles colores detenga el curso de nuestros pasos. El ofrece á nuestros deseos todos los rigores y trabajos que nos hemos propuesto seguir. El Dios que comunicó á nuestros corazones la vocacion que os admira acabará de perfeccionar su obra. Cumplid, ó santo Prelado, con los designios del cielo, que de este modo llenareis los que nosotros tenemos por objeto.

Un corazon tan firme como este hasta de la misma desconfianza triunfa. Cedió Hugues; y se cumplieron los deseos de *Bruno*, á quien se le concedió el asilo que queria... El Pontífice llenó al Fundador con largueza de beneficios, le comunicó sus derechos, le transmitió sus privilegios. Le acompañó hasta el lugar de su reposo, ó por mejor decir hasta el teatro de sus combates, que no tardó mucho en serlo de sus victorias. A vista de la edificada Iglesia se echaron los fundamentos á una Orden, que será para ella un eterno motivo de consuelo y de admiracion. La cuna de esta Orden es la imágen fiel del espíritu de que siempre debé estar animada.

Este árbol fértil producirá los frutos mas preciosos. El instituto de *Bruno* contará en diferentes siglos hombres dignos, no solo de tenerle por padre, sino de ocupar su lugar: contará un *San Hugues* obispo de *Lincolnes*, apóstol de la penitencia, honor de su orden en *Inglaterra*, y hombre que no debe temer-

se ponerle en paralelo con Santo Thomas de Cantorberi.

Contará á un Guigues propagador del instituto por su zelo, escritor eloquente, amigo de San Bernardo, sabio autor de las *Constituciones*, cuya fiel expresion era.... A un San Anthelmo, religioso lleno de fervor, superior laborioso, taumaturgo reconocido, pontífice á quien conservará siempre su orden tanto respeto como reconocimiento.... A un Esteban, que imperó tanto sobre los corazones como sobre los elementos: prelado de quien la Iglesia de Dios no olvidará jamas los beneficios (1)... A un Basilio, tan piadoso como sabio, y tan conocido por sus útiles reglamentos, como por sus edificativas obras (2).

Contará á un Birelo, el mas dulce y amable de los hombres, á quien unánimemente hubiera colocado la voz pública sobre el trono de San Pedro, si él mismo no hubiera manifestado en Inocencio VI el pontífice escogido del cielo para gobernar al mundo cristiano.... A un Bonifacio Ferrer, cuyo menor mérito y gloria consiste en haber sido hermano de San Vicente Ferrer.

Contará un Albergati, cuya ciencia igualaba á la piedad; y adornado sobre el trono de la Iglesia con la púrpura romana fué siempre

(1) Se celebra su fiesta en la Iglesia de la ciudad de Die en el Delfinado.

(2) *Scriptis de vitâ solitar*.... Chron. Carth. lib. 4. cap. 14.

pre imitador de Bruno, pacificador de las turbaciones, consejero de los papas, azote de las heregias, extirpador de los cismas, defensor de la Religion: invocado como santo por los pueblos, reconocido por *Bienaventurado* por la Iglesia.

A un Dionisio de Rikel, escritor fecundo, doctor inmortal, hombre de una erudicion vasta, de un juicio sólido, cuyo nombre no se acabará sino con la fe y las ciencias: respetado de los reyes, consultado por los soberanos pontífices, oráculo de su siglo, en cuya gloria y honor repetirán todos aquel magnífico elogio que le aplicó Eugenio IV: *Latetur mater Ecclesia quæ talem habet virum*. ¡O madre de los fieles! ¡O Iglesia santa! Regocijate de tener hijo semejante.

Contará á un Surio, historiador verídico, á un Dorlando chronologista exácto, á un Petrea, crítico juicioso, á un Ludolfo, cuyo language es el sentimiento mismo (1).

Pero ¿qual será el distinto mérito por el que respectivamente cada uno de estos grandes hombres se atraiga los elogios de la Iglesia y del mundo? El de reproducir en todos tiempos la aurora de su instituto.

Yo, pues, detengo mi consideracion sobre el principio del Orden que Bruno acaba de establecer, y descubro en él la admirable pintura de lo que debe ser, y lo que será en la sucesion de los siglos. Contemplo en él con una especie de horror y de placer al mismo tiempo aquellos

K 2

nue-

(1) *Ludolf. de vitâ Christ.* Leon 1644.

nuevos habitantes del desierto. Al considerar la palidez de su rostro se les creerá víctimas entregadas á la muerte. *Quasi morientes*. Al oírles felicitar su suerte, se dirá, que su vida está llena de encantos y de delicias. *Et ecce vivimus*. Observadles en su santo recogimiento, y les juzgaréis abatidos de la mas grande tristeza y melancolia. *Quasi tristes*. Acercaos á ellos y preguntadles, y vereis como la serenidad que se descubre en su rostro es indicio del sosiego que reyna en su corazon. *Semper gaudentes*. Si al ver la simplicidad de su asilo nos detenemos á considerar, creeremos, que todo les falta. *Tanquam nihil habentes*. Si consultamos á su gusto y desinterés, nos persuadirémos, que poseen quanto desean. No ambicionan mas de lo que tienen. Son dichosos. *Et omnia possidentes* (1).

Como solitarios sin ociosidad, oran y trabajan. La nueva Orden de *Bruno* hace ver al Universo, que la espiritualidad y las ciencias le deberán igualmente muchas obligaciones (2): que al amparo de aquellos pacíficos retiros los hombres que al parecer no viven mas que para sí, vivirán tambien para el bien de la Iglesia: que sabrán instruir santamente al mundo por quien al parecer no hacen otra cosa que orar; y que si no les está permitido ser por sus predicaciones los apóstoles de la verdad, serán á lo ménos por sus

(1) II. Corinth. c. 6. v. 9. 10.

(2) En la religion de los Cartujos se contaban mas de 180 autores del tiempo de Pedro Sutor.

sus escritos sus apóstoles y panegiristas (1).

¿Deseais conocer á nuestros primeros modelos, decia uno de los discípulos, incapaz de lisongear ni al padre ni á los hijos? Preguntad al tiempo, que observó los principios de nuestra Orden. Desde luego vió en nuestro instituto el vivo retrato de nuestras leyes, y admiró á unos hombres pobres para los ojos del mundo. *Pauperes sæculo*. Pero ricos delante de Dios. *Divites Deo*. Vió un silencio sin interrupcion. *Fuge silentium*. Una contemplacion siempre constante. *Fugis contemplatio*. Su cuerpo le miraban como extraño: no cuidaban de otra cosa, que de alimentar santamente su espíritu. *Parum corpori, plurimum spiritui tribuebant*. En ellos vió unos nuevos Pablos y Antonios. *Novos hic Paulos, novos hic vidisse Antonios*. Vió unos hombres, que mas bien que hombres le parecieron ángeles. *Angelica ab eis vita in terris ducebatur* (2).

Mundo profano, tú le viste y te fué preciso admirarle. Tú admiraste aquel silencio, cuya observacion rigurosa no interrumpian los discípulos de *Bruno*, sino con las alabanzas del Señor. Aun estas alabanzas no las cantaban á los pies de los altares, sino con una lentitud edificativa que inspira el fervor é imprime el respeto.

Tú admiraste aquel cilicio perpetuo, aquella perpetua abstinencia de las viandas, cuya privacion era para ellos un sagrado deber de

K 3

los

(1) *Surius, in vitâ Sancti Brunon. 6. Oct.*

(2) *Chron. Cartb. lib. I. c. I.*

los que se impusieron. Abstinencia tan exacta que las enfermedades, los males, ni aun la próxima muerte, no eran capaces de separarles en un ápice de esta severa práctica. Ya la observaban como una obligación aun cuando no se les había impuesto sino como un consejo. Su fervor tenía por delito una sola transgresion de lo que únicamente él había hecho ley (1). ¿Como llamaremos á una vida tan austera? ¿Diremos que se debe nombrar un martirio? Si; pero un martirio al qual añaden cada día y cada instante un nuevo heroísmo.

Tú admiraste aquel desinterés incorruptible que los discípulos de *Bruno* miraban como obligación. Desinterés tan noble y generoso, dice Pedro el Venerable (2), que el recinto de sus muros era la línea decisiva hasta donde llegaban sus pretensiones. Aun cuando se les tentase con los ofrecimientos mas lisonjeros, nunca tomaron nada, siempre lo desecharon todo. Si el Conde de Nevers quiso pagar con magníficos dones el religioso placer que tuvo de ver á nuestro Santo observar el espíritu de su instituto y admirar la pobreza siempre satisfecha de sus discípulos, también supo devolverle sus dádivas, muy satisfecho de haberlas podido merecer. Este es el testimonio que nos da el Abad Guiberto (3).

(1) Tocante á esta abstinencia tienen los Cartujos en sus estatutos expresa ley.

(2) *Petr. Cluniat. de miraculis*, lib. 2. cap. 28.

(3) *Guibert, c. 10. de vita sua*, p. 468.

Si en el discurso que acabo de hacer habeis creído perder de vista á *Bruno*, os engañais. Quando he pintado á sus discípulos le pintaba á él mismo. El, dice Surio, es el sol que brilla entre los astros. *Inter astra sol* (1). ¡Quanto celebraría yo poderosle hacer considerar á su frente como maestro y superior! Sin embargo de estas qualidades siempre era el mas humilde, caritativo y mortificado. El único privilegio que le prestaba su superioridad, era el de poder mas bien mandar por sus virtudes que por su autoridad. Así continuamente sacaban sus discípulos de sus exemplos poderosos motivos de emulacion. Pero ¿como no se había de distinguir entre sus discípulos con continuas vigiliass y ayunos mas rigurosos? Sabia que el fundador de una Religion debe ser el modelo de ella.

El piadoso obispo de Grenoble, Hugues, no cesaba de estudiar este modelo. Casi se atrevió á caer en la santa ambicion de imitarle. El pontífice se deleytaba en recibir del legislador lecciones y consejos. El inocente y útil placer de conversar con *Bruno*, le hacia casi olvidar de que era todo de su pueblo y de su Iglesia. Mas no, no creais que se olvidase, porque nuestro Santo le recordaba esta esencialísima obligación; ó para explicarme mejor, sacaba de él el obispo las reglas y máximas mas sabias para saberse gobernar. Santificado el obispo, digámoslo así, en el retiro de la Cartuja, parecia mas respe-

K 4

(1) *Surius*, 6. Oct.

table á los ojos de Grenoble, y su misma reputacion añaia un nuevo resplandor á la de nuestro Santo.

No tardará esta mucho en penetrar las montañas del Delfinado. Sus proyectos acerca del retiro se executaron. Su Religion se estableció. Ahora va el fundador de ella á ver volar su gloria desde el centro de su retiro por todo el mundo de que huyó. *Montes exultaverunt.*

TERCERA PARTE.

Dichosas vosotras, montañas de la Cartuja, dichosas vosotras, que aunque habiais sido inaccesibles á los humanos vivientes desde el principio del mundo, lográsteis sepultar á *Bruno* entre vuestras rocas y torrentes, y ser las depositarias de sus virtudes y reputacion, mudando, digámoslo así, hasta la naturaleza de vuestro ser. *Montes exultaverunt.* Unicos testigos de las maravillas de que erais el teatro, jamas creísteis que el mundo viniese á buscaros para participar con vosotras de la admiracion. Sin embargo, no os pese de la inesperada suerte que el cielo le prepara, pues que su gloria será la vuestra y la de su Orden, cuya cuna formais vosotras.

La gloria de nuestro Santo, es una gloria que desde el centro de su retiro se extendió hasta el trono de la iglesia, cuyo apoyo se declaró: gloria que desde el centro de su retiro penetró hasta la corte de los principes, cuya confianza mereció: gloria que desde el centro de su retiro se atraxo la admi-

miracion de todos los siglos, cuyas atenciones reunió.

Tranquilo *Bruno* y dichoso, creía pasar sus dias olvidado del mundo en medio del pueblo santo á quien dirigia sabiamente por los caminos de la eternidad.... ¿Por que razon ha de venir la gloria humana, de quien se habia ocultado con tanto fervor y cuidado, á arrancar á su soledad la que gozaba, en donde no tenian otro objeto sus miras que ser ignorado de los hombres, y solo conocido de Dios?

Entre los diversos sugetos á quienes en Rheims habia instruido y dirigido (1), resplandeció un Levita de nacimiento ilustre, ingenio fácil y comprehensivo, y piedad firme y sostenida: en una palabra, Odon, hijo del Conde de Lageri. A causa de las distinciones y honores que disfrutaba, le conduxo la Providencia desde Rheims á Cluny, y desde Cluny á Roma. Muchos empleos importantes se confirieron á su capacidad, y como en recompensa de sus sucesos se le concedió un bispado. En fin la voz del cielo acababa de proclamarle por cabeza de la Iglesia baxo el nombre de Urbano II.

Este, pues, no era, como quieren suponer las mercenarias plumas del error (2), un Pontífice, cuyo carácter estuviese formado

(1) Historia de los Papas, tom. 2. pag. 503. Haya, 1736.

(2) Histor. de los Papas, tom. 2. pag. 535. Haya, 1736.

do por la *soberbia*, la *avaricia*, la *ambicion*, la *doblez* y la *presuncion*, sino un Pontifice hábil, literato, teólogo exácto, protector de los sabios, amigo de los santos, juez imparcial, exemplo de la dulzura, de espíritu pacífico, corazon compasivo, zelo ardiente por la gloria de Dios, escrupulosamente atento á los beneficios de la Iglesia, sin dexar de velar sobre su propia salvacion, y digno de ser la cabeza del christianismo, pues que sin embargo de su soberana gerarquía, no se desafiaba de pedir consejos, exáminar su fuerza y aprovecharse de ellos (1).

¿Quien podia dárselos mejores que *Bruno*? Penetrado Urbano Segundo de reconocimiento por este ilustre solitario, cuyos talentos y sacrificios conocia, le combidó para que fuese á partir con él el honroso peso de la Tiara. Suplicó al principio, y no tardó despues en mandar.

¡Quanto dolor causó en el retiro de la Cartuja este imprevisto acontecimiento! Vosotras elevadas montañas, encumbradas rocas, profundos valles, vosotras digo ¡quantas amargas quejas visteis resonar en vuestros corazon de los tiernos hijos, á quienes una órden soberana y respetable iba á quitar el mas querido de los padres! ¡Quantos suspiros dirigian al cielo para que les librase del fatal golpe que les amenazaba! Obedece, legislador precioso, obedece al terrible mandamiento que reitera el soberano de la Iglesia. Tus dis-

(1) Hist. de la Igle. Galic. tom. 8. pag. 162.

discipulos han formado el heróyco proyecto de seguirte. No temas nada de su virtud. Caminarán baxo tus auspicios. Llevarán, como tú, su soledad y su fervor hasta la capital del mundo christiano. *Secum medias per urbes portat eremum* (1).

Dócil á las superiores órdenes, pero temblando, partió *Bruno* de su retiro. ¡Ah! ¡Quantas veces desde su forzada marcha volvia la vista hácia su amada soledad! Llegó en fin; pero ¿como es posible describir el ansia con que le esperaba, la afectuosa ternura, la singular veneracion que le manifestó el soberano Pontifice? De lo íntimo de su corazon se quejaba á él del peso con que le tenia agobiado el penoso cuidado de la Iglesia universal. ¡Que no hubiera podido obligar á la humildad de *Bruno* á que aceptase todas las dignidades del santuario, el episcopado y la púrpura! Esto hubiera sido satisfacer á un mismo tiempo su reconocimiento y servir á la Religion. Nuestro Santo es verdad que no admitió los honores, pero ¿se negará á los trabajos? ¿se resistirá á los importunos deseos de un Pontifice que se entrega á sus luces, busca sus consejos, y se impone la obligacion de emplear su zelo en los mas delicados negocios de la Iglesia?

Un diluvio de males arrastraban entonces tras de sí la turbacion, el escándalo y la consternacion. ¡Quantas tempestades se miraban reunidas! El cisma de Guiberto (2),

(1) *Santol. vict. Hymn. in S. Brunon.*

(2) El Antipapa Guiberto.

usurpador de la tiara, pontífice ambicioso, genio violento, ídolo acreditado. Una guerra que hasta el centro de la Italia, y hasta la misma Roma llevó un príncipe irritado, zeloso de su autoridad, protector de la Religión y descontento con los papas (1). Por todas partes se advertía la miseria, la carnicería, la devastacion y las ruinas. Las costumbres estaban corrompidas, y la simonia, la avaricia, la hipocresía, la ambicion, en una palabra, todos los crímenes reynaban en todos los estados, y con especialidad en el santuario (2). La heregía de Berenguer, hombre el mas peligroso por sus talentos, el mas insinuativo por su eloqüencia, el mas funesto por su doblez, el precursor de Calvino, el destructor de la presencia real, el enemigo de Jesu-Christo, de sus beneficios, de sus milagros..... El mahometismo, terrible en su origen, furioso en sus progresos, casi invencible en el rápido y prodigioso curso de sus victorias; monstruo á cuyos golpes cayó Jerusalem, y á la dominacion del qual intentaba entónces arrebatársela el joven héroe Godofredo de Bouillon, que juntaba la fuerza á la destreza, la prudencia á la vivacidad, la piedad al valor... Ved, ahí, Señores, la pintura fiel de los males que assolaban á la Iglesia baxo el tempestuoso pontificado de Urbano II, quien reclamaba por el zelo, la sabiduría y la ciencia de *Bruno* para su remedio.

¡Que

- (1) El Emperador Enrique IV.
 (2) Histor. de la Igl. Galic. tom. 8. p. 162.

¡Que servicios tan importantes le hizo en los diversos peligros que amenazaban, tanto á la fe como á las costumbres! Su zelo y su prudencia parecia estaban diciendo al mundo christiano, que era capaz de gobernarle. Toda la Iglesia publicaba, que el hombre escogido por el soberano Pontífice para su consejero y guia, era el mas á propósito para sucesor suyo.

¡*Bruno* era el oráculo á quien consultaba Urbano II! Si, hermanos míos, y este glorioso título hizo ver por su conducta, que lo merecia en realidad. En efecto, al sucesor de San Pedro le persuadió contra un cisma sistemático, y contra un soberbio rival, un zelo firme, pero respetable por la moderacion. Contra un Emperador inflexible y emprendedor, le sugirió ciertas atenciones y respetos que, sin tocar á las pretensiones reciprocas, pudiesen conseguir una paz sólida y durable. Contra la desenfrenada licencia que universalmente reynaba, le hizo entender, que era necesario oponer las leyes de la disciplina, la voz de las representaciones, los derechos de la autoridad, y sobre todo el vencedor encanto del exemplo. Le determinó á combatir contra la heregía; al principio con la ayuda de los obispos, despues por la mediacion de los potentados, y últimamente por el terrible azote de los concilios (1). Anímó al soberano Pontífice, para que contra los es-

tra-

- (1) *Baronius ejus operá usus est (Urban. Papa) in conciliis celebrantur. Annal. an. 1092.*

tragos del mahometismo, que como un torrente amenazaba inundar á la Iglesia, reuniese los príncipes christianos baxo los estandartes de la cruz. Tal vez debió á las oraciones de *Bruno* sus victorias Godofredo de Buillon, Jerusalem su libertad, y la Religion sus conquistas y su gloria.

Pero ya el tumulto de Roma incomodaba demasiado á nuestro Santo, y turbó las tranquilas ocupaciones de sus discípulos. ¡Oh, si pudiera ver el Pontífice sus corazones! Los hijos comunicaban sus temores al padre. Sus sentimientos mas bien que sus palabras le hacian conocer, que la capital del mundo christiano no era la mansion donde el cielo queria radicarles. De todo se rezelaba su fervor. ¡Temor respetable! Tanto interesaba Urbano en él como *Bruno*. Volvió este á embiar á su primer destino á unos discípulos, que no le habian dexado sino por no alejarse de su guia y modelo. Su único sentimiento era el de no tener mas que el deseo, sin gozar de la libertad de seguirles sus pasos.

Triste y cautivo en Roma, solo esperaba el afortunado momento de romper sus cadenas. Un millon de veces suplicó al soberano Pontífice le restituyese á su vocacion, á sus votos, á sus discípulos, á sí mismo; pero en vano. Una tentacion mas delicada y penosa le esperaba todavia.

El Papa puso sobre él la mira para conferirle la silla metropolitana de Regio: silla la mas brillante de la Calabria, y por la que
la

la ambicion y el favor amontonaban una infinidad de codiciosos pretendientes. Mas tanto quanto la intriga y la maquinacion aspiran á las plazas y dignidades, otro tanto mas se esfuerza el mérito y la modestia en ocultarse de ellas, reusarlas y huirlas. He pintado la conducta de *Bruno*: siempre tendrá poquísimos imitadores.

Agobiado con el peso de los honores que le confirieron el mundo y la Iglesia, intentó persuadir, que era igualmente inutil á aquel que á esta. Redoblaba sus instancias para dexar la corte, y esforzaba sus súplicas con torrentes de lágrimas.... Por fin fué oido, y quedó libre. Ya no tenia peligros que temer. En efecto, marchó á los desiertos de la Calabria y le siguió su gloria. No tardó en llegar hasta la corte de los príncipes desde el centro de su retiro. Los potentados de la tierra le concedieron la misma confianza que el soberano de la Iglesia.

Acia los desiertos de la Calabria, y en la Diócesis de Squilace se halla el que llaman de la Torre. Desierto desconocido hasta el tiempo de nuestro Santo, que con sus virtudes, reputacion y escritos le hizo tan célebre. Digo con sus escritos, porque á la verdad ¿que cosa hay mas delicada y elegante que la descripcion que hace de él? Yo no me prometo conservar en nuestra lengua las riquezas y primores que manifestaba él en otras. ¡Dichoso yo, si incapaz de llegar á la hermosura de sus expresiones, no rebaxase nada la sublimidad de su ingenio! Habito, decia

él

él (1), un retiro bastante distante por todas partes de la sociedad de los hombres. ¿Que podré yo decir que corresponda á los inocentes encantos de que aquí se gusta, al ayre templado que se respira, á los tranquilos dias que aquí se pasan? Esta es una vasta llanura, cuya perspectiva lisongea la vista: una llanura dividida por agradables praderias, que adornan floridos y verdes pastos, terminados por la cima de un cordon de montañas. ¿Dónde hallaré yo pinturas tan expresivas, que den á conocer el variado espectáculo que presenta una perspectiva de colinas que insensiblemente se elevan hasta las nubes? ¿Una continuacion de valles, cuya espesa sombra convida al reposo, y está humedecida con las benéficas aguas de muchos arroyuelos y fuentes? ¿Unos rios que embellecen con sus aguas á los árboles cargados de frutos, y á los jardines donde los presentes de la naturaleza exceden á los prodigios del arte? Pero ¿por que me he de

(1) *Eremum incolò, ad dominum habitatione satis unaique remotum. De cujus amenitate, aerisque temperie, & sorpitate, vel planitie amplià, & gratià, inter monte in longum porrecta, ubi sunt virentia prata, & florida pascua, quid dignum dicam? Aut collium undique leniter inter montes se erigentium prospectum, opacarumque vallium recessum, cum amabili fluminum, rivorum fontiumque copiâ, quis sufficienter explicet? Nec irrigui desunt horti, diversarumque arborum fertilitas. Verùm quid his diutius immoror? Alia quippe sunt obiectamenta viri prudentis gratiora, & utiliora, quia divina.... Quid verò solitudo, eremique silentium amantibus suis utilitatis, jucunditatisque conferat, norunt hi solùm, qui experti sunt. Hic namque, Sc. Div. Brun. Epist. ad Radulphum.*

detener en estos frívolos objetos? Hay otros que son mas dignos de la atencion de un sabio, y asuntos mas útiles y preciosos, pues que son divinos.... Solamente aquellos que experimentan las ventajas que proporciona este delicioso retiro, ya sea por el silencio, ya por la soledad, pueden bosquejar exáctamente el quadro que presenta. Los hombres que tengan bastante ánimo para internarse en él, pueden registrar á su gusto los secretos de su corazón, habitar consigo mismos y cultivar sin menoscabo la semilla de todas las virtudes. Con un reposo laborioso se experimenta en él, como en precio de sus combates, aquella paz tan rara quanto apetecida, de que el mundo no conoce mas que engañosas apariencias. Inaccesible á la turbacion, y libre de penas, se puede mudar en él el lugar de destierro en un cielo anticipado.

Tal es, Señores, el fecundo retiro donde por los cuidados y exemplos de Bruno se va á establecer una segunda Cartuja. En Roma se habian asociado á él hombres piadosos y sabios que le acompañaron en la Calabria, se colocaron baxo sus estandartes, se arreglaron á sus instrucciones, y se formaron con sus exemplos (1).

No se crea que su vigilancia abandonó

(1) Se equivocó M. Fleuri en decir, *Hist. Ecclesiast. tom. 13. p. 518.*, en 12. que S. Bruno se retiró á Calabria con Landuino. Es menester no confundir este, que fue segundo Prior de la Gran Cartuja, con Lanvino sucesor de San Bruno en el gobierno de la Cartuja de Calabria.

nó sus primeros discípulos, ni que estos dexasen de gozar los mismos derechos sobre su corazon. En sus cartas les hizo ver patentemente las justas causas de su ausencia. No olvidó la autoridad que conservaba en su gobierno, porque les recordó sus obligaciones; ni los derechos que ellos tenían sobre su ternura, porque les consoló en sus tribulaciones: ni la esperanza que conservaba todavía de presidir sus exercicios, pues les anunció su vuelta, demasiado tarda para sus deseos, como quiera que su cumplimiento pendiese solamente del cielo (1).

En el retiro de la Calabria vivia *Bruno* olvidado de todos, y se lisongeaba de estarlo. Su única ocupacion se reducía á perfeccionar su conducta y la de sus discípulos, cuya prodigiosa penitencia les aplaudia.

Mas no, gran Dios, vos no quisisteis que estuviesen mucho tiempo ocultos é ignorados. Conducisteis al retiro de un nuevo Benito á otro Totila, príncipe acreedor á las singulares atenciones de vuestra providencia por su apego á la Iglesia, su zelo por sus pontífices, su invencible firmeza contra los Sarracenos: príncipe en quien la equidad era la ley, y cuyos sentimientos se honraban con su beneficencia; que respetó la virtud, amó la verdad, practicó el reconocimiento y dió á la Religion el admirable exemplo de una

(1) *Mibi desiderium est veniendi ad vos, & vivendi & quando potero, opere adimplebo, Deo juvante. Epist. 15. Brun. ad filios suos majoris Cartutia.*

una grandeza sin fausto, un valor constante, una alma grande y nada ambiciosa; en una palabra, Roger, conde de Calabria y de Sicilia (1).

Guiado por la propia mano de aquel Dios que enseñó á David á Samuel, pasó este príncipe las vastas florestas de sus estados, y penetrando hasta la soledad de *Bruno* le encontró con sus discípulos empleado en hacer oracion... Detúvole la admiracion, y le sobrecogió el asombro.... Preguntóles el estado que tenían, y el motivo de su retiro; pero nada respondieron á sus curiosas indagaciones. Todo quanto les interesaba lo miraba como cosa suya. Aquello que la curiosidad le hacia conocer, se lo hacia la reflexion respetar. Mas no tardó mucho en mudarse el respeto en confianza, y la confianza en amor. Recorred la historia y vereis la fe con que Roger fundaba todas sus esperanzas en las oraciones de nuestro Santo, y con quanta seguridad y confianza le recomendaba la paz de sus estados. En su pecho depositaba los secretos de su conciencia. Le llamó á su corte, y era su querido Jonatas, el Nathan á quien consultaba, el Esdras á quien reverenciaba y el Eliseo á cuya proteccion se acogia.

Yo, Señores, no me retractaré de esta última expresion. La prudencia humana le cree-

(1) Roger. I. llamado el *Giboro*. Este príncipe echó á los Sarracenos de toda la Sicilia. Vease el Diccionario de Moreri, letra R.

creará demasiado atrevida. Los anales de la Calabria os harán ver que tiene por garante un prodigio.

Oigamos hablar el reconocimiento del príncipe. Quando yo estaba empleado, dice, en el sitio de Capua, había puesto á la cabeza de mis exércitos un hombre de quien me prometia el buen éxito de mis empresas. ¡Ah! ¿Como podia yo esperar que haciéndose infiel se dexase corromper de mis enemigos? Iba á serme traidor, y lo ignoraba. ¿Que acontecimiento tan dichoso fué el que me hizo ver su modo de obrar, y advertir sus funestas consecuencias? Mientras me entregaba á las dulzuras del sueño, ví... ¡O santo Dios! Ví que se acercaba á mí un hombre venerable. Sus vestidos estaban derrotados, y parecia que me anunciaba con sus lágrimas el vivo dolor de que se hallaba penetrado. Yo creo que le pregunté la causa de las lágrimas que vertia. Lloro, me respondió, las almas de los christianos, y me compadezco tambien de tí mismo. Acude, librate y libértá á tus soldados... ¡Ah! dixé yo para mí despues que desperté. Este que yo creía ver era el mismo *Bruno*. El era quien me hablaba. Sobrecogido, espantado y lleno de precipitacion, fui á executar lo que me prevenia el sueño. Llego... Me descubre Sergio, y huye baxo los estandartes de Capua.... Iba á entregarme con mi exército. Ví el peligro y le evité. Vencí. A *Bruno* debo el homenaje de mi felicidad, y de mi victoria.... Pero no, su humildad no le permite declararse por mi libertador. El apli-

aplica toda la gloria al Dios de los exércitos. Rehusa mis dones, y solo se reserva mi confianza. La merece; pero reconocido mi corazon, jamas olvidará que le debo mi gloria y mi vida (1).

Aunque habia gracias que desechaba, tambien solia aceptar algunas. Quando la liberalidad de Roger le proporcionaba establecimientos solamente útiles á la gloria de Dios, eran unos beneficios que lisongeaban al santo fundador, como que no perjudicaban al noble desinterés que practicaba y predicaba á sus discípulos.

A los que tenia de estos en la Calabria, los dirigia con la sabiduria de un legislador, y con la ternura de un padre. ¿ Quanto no podian aprovecharse tambien de sus exemplos los de la Cartuja? Para no apartarse de ellos, encargaron al que estaba en lugar de *Bruno*, que lo consultase todo con él. La gran distancia que habia no servia de obstáculo á Landuino. Su zelo le prestaba fuerzas para todo. Se presentaba á su maestro y le admiraba; estudiaba su conducta y se aprovechaba de ella. Anda Landuino, ve á la Cartuja y lleva los sentimientos de tu justa veneracion, y el verdadero espíritu de su fundador. ¡Ah! Me parece que estoy viendo á este hombre respetable entregado al poder del cismático Guiberto. Inútilmente intentaba atraer á la obediencia, á la reflexion y á la unidad á este azote de la Iglesia... ¿ Qual fué la re-

com-

(1) *Surius*. 6. Oct.

compensa de su zelo? La pérdida de la libertad. Solo la recobró para volver muy en breve á Dios aquella grande alma que se habia sacrificado por su gloria. ¡O santo fundador! ¡De quanto consuelo te sirvió ver que el segundo General de tu Orden fué el primer martir de ella! ¿Quantos la ofrecerán en lo futuro la Inglaterra, Flandes y Holanda? ¡Ah! Si ella pudiera leer la suerte de los venideros, veria, que si todos sus hijos no eran mártires, á lo menos eran capaces de serlo, pues que son santos. Está tan universalmente admitida esta reputacion de santidad, que negarla sería contradecir la persuasion de todas las naciones y tiempos. Por lo mismo he dicho, que la gloria de *Bruno* se atrae desde el seno de su retiro la admiracion de todos los siglos, cuyos votos reune.

Aun vive este hombre prodigioso, decia á fines del duodécimo siglo uno de sus panegiristas. *Vivit adhuc Bruno* (1). En el dia lo podemos asegurar tambien nosotros, porque vive en esta solemne profesion de fe, monumento inmortal que comprueba sus últimos sentimientos. Recoged, discípulos fieles, recoged los oráculos de vuestro moribundo padre para que por vuestro conducto pasen á los venideros. Yo creo, os dice; mas ¿que es lo que cree? Todo quanto enseña el Evangelio, todo quanto cree la Iglesia. El expone con particularidad su inviolable adhesion á la infalible creencia de la presencia real de

(1) Poema latino en elogio de *San Bruno*.

de Jesu-Christo en la Eucaristía, creencia atacada entónces por Berenguer, cuya audacia detestaba igualmente que sus errores (1). Murió, en fin, con la muerte de los justos, aquel hombre que era la maravilla de su siglo.

Pero aunque murió vive todavia. *Vivit adhuc Bruno*. Vive en los brillantes testimonios que desde el mismo instante de su muerte dieron de sus virtudes y ciencia todas las iglesias de Italia, Francia, Alemania y Flandes (2). Luz de la clerecia. *Clericorum lumen*. Honor del sacerdocio. *Sacerdotum splendor*. Estrella del desierto. *Stella deserti*. Fortaleza de la Iglesia. *Ecclesie murus*. Doctor de los Doctores. *Doctor Doctorum*. Arbitro de la eloquencia. *Loquendo dissertus*. Oráculo de los filósofos. *Fons Philosophia*. Intérprete de la Religión. *Religionis interpres*. Vencedor del mundo. *Montium spreteror*. Guia de los santos. *Dux sanctorum*. Hombre superior á todos los de su siglo. *Vir eximius*. Esta no es mas que una parte de los titulos que consagran á su gloria el ingenio, la erudicion, la piedad y el reconocimiento. *Bruno*, dice Maynardo Abad de Cormeri, era mi maestro. Jamas olvidaré la dicha de haber sido su discípulo, y si he hecho algunos progresos en las letras humanas y en las ciencias divinas, nunca dexaré de

(1) Protestacion de la fe de *San Bruno* á la hora de la muerte. Véase D. Mabillon, que la trae toda entera. *Analecte* pág. 447.

(2) Véase á Surio 6. Oct. y las Chron. del Orden de los Cartujos.

confesar, que es á él á quien se lo debo (1). Nuestro Santo, pues, aun vive en sus obras y en su Orden. *Vivit adhuc Bruno*. Su pluma no dexó escrito á sus hijos el código especulativo de las rigurosas obligaciones que inviolablemente debian observar (2). Sus exemplos, su fervor y sus votos fueron por mucho tiempo su viva y única regla. Aquellas á las cuales les han sujetado sus superiores, no son sino el resultado de las palabras que los hijos recogieron de la boca de su padre. A la reminiscencia ó recuerdo de sus acciones, siempre presentes á su vista, deben el mérito de conservar en la decadencia de los siglos toda la exáctitud de su primer fervor. Otras religiones han experimentado la poco honrosa necesidad de una reforma. Esta jamas ha tenido precision de ella. Otras tienen apologistas, pero tambien enemigos. Esta no tiene sino admiradores, y aun se puede añadir, que ella misma rebaxa los elogios que se la quieren hacer. Quanto mas bien se la contempla, otro tanto mas bien parece que se advierte el tiempo de su origen; y por una ilusion edificativa, se dexan de sentir sus exemplos, porque parece que aun se tienen presentes.

Si, hermanos míos, todavia parece que respira *Bruno*. *Vivit adhuc Bruno*. El es quien hon-

(1) *Annales. Benedict. t. 5. p. 669. Titul. S. Paul. Cormaricensis.*

(2) *Nullam vivendi formam à Sancto Brunoë scriptam fuisse credimus... Documenta, & exempla erant quasi vivens regula. Annal. Cart. c. 3.*

honra en sus discípulos á Francisco de Asís, Felipe Neri, Carlos Borromeo y Teresa de Jesus.

A *Bruno* es, como á su origen, á quien deben llegar todos los elogios que dan á sus discípulos el Abad Guiberto, que se deleitaba en escribir la austeridad de su vida, el heroismo de su desinterés (1). Pedro el Venerable, que se atrevió á asegurar al Papa Enrique IV, que entre todas las Ordenes religiosas que forman el consuelo y la gloria de la Iglesia, no hay ninguna que pueda entrar en paralelo con la de nuestro santo fundador (2). San Bernardo, que pinta á sus discípulos como habitantes del cielo mas bien que de la tierra, sintiendo no participar de sus santos ejercicios, y asegurándoles, que en defecto de su persona poseen su espíritu y su corazón (3). Guillermo, Abad de San Thierry, que compara su vida á la de los ángeles (4). Pedro de Blois, que despues de haber pintado á los discípulos de *Bruno* baxo todos los aspectos que caracterizan á los solitarios de Scitia y la Tebayda, asegura en honor de esta Orden, que su reputacion no tie-

(1) Guibert. *Abbas Sanctæ Mariæ de Novigento in vitâ suâ. Edit. à Achery.*

(2) *Instituta Cartutiensia universarum Religionum institutionibus prætulit. Petr. Clun. Epist. 25.*

(3) Bern. ad Guigon. Prior. maj. Cart. Epist. II. & 12.

(4) *Institutio vestra..... par Angelis est.... Non vestrum est lingua circa communia præcepta, neque hoc solum attendere quid præcipiat Deus, sed quid velit. Epist. ad fratres de monte Dei falsò attribuitur Divo Bernardo.*

tiene otros límites que los del Universo (1).

A Bruno es, como á su origen, á quien deben llegar los gloriosos testimonios que dan á sus discípulos los honoríficos privilegios que concede á su Orden la aprobacion auténtica que dan á las leyes, que la distinguen todos los soberanos pontífices desde Alexandro III, hasta Benedicto XIV. Clemente III aplaudió su vida contemplativa. Su penitencia fué elogiada por Lucio III. Celestino III alabó su soledad. Inocencio IV nos les representó como unos hombres de fuego por el ardor de su caridad, y como cadáveres vivos por el rigor de su abstinencia. *Fervore charitatis igniti, rigore abstinentiæ pallidi*. Seria menester seguir la serie cronológica de todos los pontífices que han gobernado la Iglesia para nombrar á todos aquellos en quienes la Orden de Bruno ha encontrado grandes protectores, bienhechores magníficos, admiradores sabios. Reparemos en Benedicto XIV. Este Pontífice dió á los discípulos de nuestro Santo una superior alabanza, comprobada por el exemplo de su mismo fundador. *Esta Orden, dice, se cuida mas de formar muchos santos para el cielo, que de reclamar para ellos los honores de la tierra* (2).

En efecto, ni aun para su mismo fundador pidió honores públicos. Desde el undécimo siglo hasta el pontificado de Leon X, que

(1) *In omnem terram exivit fama ejus*. Petr. Blesens.

(2) Benedict. XIV. Decreto de Beatificación del B. Nicolas Albergati 1744.

que parece cosa increíble en el discurso de quatro siglos, se contentaron los discípulos de Bruno con darle un culto secreto en su corazon, sin acordarse de reclamar para él un culto público en la Iglesia. Casi desaprobária uno su humildad por el poco interes que tuvieron por la gloria de su padre, á no saber que, fieles á su espíritu, estaban mas bien animados del noble deseo de formarle imitadores, que deseosos de la piadosa ambicion de solicitarle altares. Lo que ellos no pidieron por su humildad, lo concedió la equidad de Leon X á la constante santidad de su fundador. Entónces pensó el mundo christiano que le veia salir de su sepulcro. Aplaudió con igual diligencia, tanto el triunfo del padre quanto el de los hijos, cuya sencilla y modesta piedad habia suspendido hasta entónces su brillantéz.

Vive y respira todavia. *Vivit adhuc Bruno*. Vive en sus milagros, en su culto, en sus preciosas reliquias. Yo no contaré entre sus milagros la solemne aprobacion que dieron á su Orden los concilios de Basla y Trento; la admirable proteccion que la concedió San Luis, las singulares gracias con que la enriqueció Luis el Grande. Pero nombraré por milagro aquel raudal que tan pronto sale como se detiene en su sepulcro, al modo que una fuente saludable, que suspendiendo el curso de sus aguas viene á ser una sima de males, y volviendo á darlas su curso ordinario presta mil beneficios. Confesaré tambien por tal esta constante sucesion de ma-

ravillas que se han seguido al establecimiento de su culto, aumentado su celebridad, y perpetuándole del modo mas seguro. Citaré por milagro este poder que acompaña por todas partes á sus reliquias, y excita no menos el respeto de los fieles que su reconocimiento. En una palabra, tendré por milagro la constante pureza en que se mantiene su Orden, y el nacimiento de otra nueva orden en la Iglesia.

¿No es en algun modo sobre el sepulcro de *San Bruno* donde se formó aquel hombre prodigioso, aquel taumaturgo del XV siglo, *San Francisco de Paula*, imágen de la penitencia, héroe de la sencillez evangélica? ¿Por que no me he de persuadir yo, que á la dicha que tuvo la *Calabria* de ver morir al fundador de los *Cartujos*, debe la gloria de haber visto nacer al de los *Mínimos*? El espíritu de ambos legisladores tiene mucha semejanza, porque el último no ha dexado jamas de aprovecharse sobre el sepulcro del primero de todo el vigor que comunican las llamas que salen de aquel precioso fuego que habia hecho y hará tantos penitentes y santos.

¿Me engañé yo quando dixé, que la gloria de *Bruno* permanecería constantemente despues de él por el discurso de todos los siglos? El fué un hombre que reflexionó sobre el mundo para menospreciarle. *Vidit*. Y el mundo reflexionó sobre su mérito para revalorarle. Huyó del mundo para santificarse en el retiro. *Fugit*. Y el mundo ha ido siem-

pre

pre á buscarle á su retiro para consultarle. Creyó que en las montañas de la *Cartuja* impedía que lo conociese el siglo, y desde las mismas montañas se extendió su gloria con su Orden de ciudad en ciudad, de reyno en reyno, y de siglo en siglo. *Montes exultaverunt*.

Una señal que honra al Santo y á su Orden, al mismo tiempo que acaba su elogio, admiró á nuestros mayores en el último siglo. ¿Y qual es? Voy á manifestároslo. Quando la *Francia* se empeñó en llamar á su reyno las hijas del *Carmelo*, cuya reforma vió nacer la *España*, se observó una conformidad tan perfecta entre el espíritu que caracteriza á *San Bruno* y el que distingue á *Santa Teresa*, que se eligió al que gobernaba los discipulos de aquel para dirigir las imitadoras de ésta. Si sus ocupaciones y su instituto le obligaron á negarse á tan glorioso ministerio, aun á pesar de las instancias de *Clemente VIII* (1); en el mero hecho de haberle escogido á él con preferencia á todos los demas, se prueba, que pusieron los ojos en el prelado de la religion mas santa para hacer florecer desde su cuna á la mas santa de las reformas.

¡O padre, ó modelo, ó protector de esta Orden á quien ama la Iglesia y respeta el

mun-

(1) Véase la Bula de *Clemente VIII*, dirigida en 1603 á la *Princesa de Longueville*. Esta Bula existia en los *Carmelitas* de la calle de *Santiago de Paris*.

Véase igualmente la vida de *San Juan de la Cruz*, en 4. tom. 2. lib. 10. pag. 500.

mundo! Anima, desde el cielo en que estás, su fervor, haz que se mantenga su zelo, escucha sus ruegos. Consíguela la gracia de que sea siempre lo que es; quiero decir, que sea siempre penitente, siempre contemplativa, siempre solitaria, siempre digna de tí. Haz que siempre sea fiel á la fe por la sumision, útil á la sociedad por sus oraciones, vencedora de las tentaciones por su vigilancia, y que por medio de la caridad forme tantos ciudadanos para el cielo, como cuenta de individuos en la tierra. Así sea.



* * * * *

PANEGÍRICO

DE SAN JUAN DE LA CRUZ,
Coadjutor de Santa Teresa en la re-
forma de la órden de Nuestra Señora
del Carmen, y primer Carmelita
Descalzo:

PREDICADO

*en la iglesia de los Reverendos Padres
Carmelitas Descalzos de París.*

*Ad nihilum redactus sum..... & cum
gloriâ suscepisti me. Fui reducido
á nada, y vos me habeis llenado
de gloria. Ps. 72. v. 22. 24.*

La abnegacion evangélica es una virtud que el mundo ignora ó menosprecia, aunque la Religion la aconseja y premia. Sin ella toda santidad es errónea, porque la que es verdadera, no tiene otra basa ni fundamento. Para dar una idea del mérito y frutos de
la

mundo! Anima, desde el cielo en que estás, su fervor, haz que se mantenga su zelo, escucha sus ruegos. Consíguela la gracia de que sea siempre lo que es; quiero decir, que sea siempre penitente, siempre contemplativa, siempre solitaria, siempre digna de tí. Haz que siempre sea fiel á la fe por la sumision, útil á la sociedad por sus oraciones, vencedora de las tentaciones por su vigilancia, y que por medio de la caridad forme tantos ciudadanos para el cielo, como cuenta de individuos en la tierra. Así sea.



* * * * *

PANEGÍRICO

DE SAN JUAN DE LA CRUZ,
Coadjutor de Santa Teresa en la re-
forma de la órden de Nuestra Señora
del Carmen, y primer Carmelita
Descalzo:

PREDICADO

*en la iglesia de los Reverendos Padres
Carmelitas Descalzos de París.*

*Ad nihilum redactus sum..... & cum
gloriâ suscepisti me. Fui reducido
á nada, y vos me habeis llenado
de gloria. Ps. 72. v. 22. 24.*

La abnegacion evangélica es una virtud que el mundo ignora ó menosprecia, aunque la Religion la aconseja y premia. Sin ella toda santidad es errónea, porque la que es verdadera, no tiene otra basa ni fundamento. Para dar una idea del mérito y frutos de
la

la abnegacion evangélica, basta nombrar al solitario contemplativo, al doctor sublime, al dichoso reformador que en el XVI siglo se dignó la Providencia unir á Santa Teresa con los vínculos repetables de la caridad, del ministerio y de la gloria; es decir, á *S. Juan de la Cruz*, quien se santificó por la abnegacion, y encontró en ella misma la recompensa de su santidad. *Ad nihilum redactus sum, & cum gloria suscepisti me.*

¡Ah! exclamaba él, ¿quien podrá dignamente expresar, ni practicar fielmente todo quanto comprehende la eminente ciencia de la abnegacion (1)? Ella sola es la que camina por las sendas de una piedad sólida, y la que sabe santamente renunciarse y anonadarse (2). De este anonadamiento, pues, nace el silencio de las pasiones, y del silencio de las pasiones la tranquilidad, el reposo y la paz del alma (3).

A proporcion de como voy tomando las expresiones de *San Juan de la Cruz* ¿no veis en ellas una exácta pintura de su vida? Sí, hermanos míos, quanto dice de la abnegacion, debo yo aplicárselo á él mismo. En ella reunió todos los sacrificios, y con ella recogió todos los consuelos.

El mérito de la abnegacion evangélica en todo su heroísmo. *Ad nihilum redactus sum.* Punto primero.

La

(1) Monte de Carmelo lib. 2. c. 7.

(2) Lib. 3. cap. 4.

(3) Lib. 2. cap. 10.

La recompensa de la abnegacion evangélica en todo su esplendor. *Et cum gloria suscepisti me.* Punto segundo. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Virtudes que la abnegacion purifica, acciones que dirige, escritos que inspira y sentimientos que consagra, son los diferentes puntos que se presentan á la vista para formar el elogio de *San Juan de la Cruz*. En sus virtudes se halla la práctica de la abnegacion: en sus acciones el espíritu: en sus escritos la reunion de su doctrina; y en sus sentimientos se admira la perfeccion que exige: ved ahí á lo que yo llamo el mérito de la abnegacion evangélica en todo su heroísmo. *Ad nihilum redactus sum.*

¿Que es abnegacion? Una renunciacion de los placeres, de los intereses y de sí mismo. Así la define nuestro Santo. Pero no son todavía sus principios los que yo debo exponer: son sus virtudes las que debo caracterizar. Todas ellas se mueven por el resorte de la abnegacion. Esta distingue á nuestro Santo entre todos los demas, así como entre todos ellos distingue la obediencia á San Mauro, la pobreza á San Francisco de Asis, la predicacion á Santo Domingo, la humildad á San Francisco de Paula, la caridad á San Juan de Dios, la confianza á San Cayetano y la dulzura á San Francisco de Sales. Mas en la virtud de la abnegacion solamente, ¡quantas virtudes se hallan reunidas! La Iglesia nos

Tom. V.

M

en

enseña; que el amor de la abnegacion constituye con especialidad el mérito de *Juan de la Cruz: abnegationis amatorem* (1); y nos advierte tambien el nuevo lustre que recibe este mérito por reunion de todas las virtudes. *Omnium virtutum presidio munitus*. En efecto, tanto quanto el amor propio engendra de pasiones y vicios, otro tanto mas bien hace producir la abnegacion semillas de virtud y de santidad. De aquel salen, como de su origen, la vanidad, el interes, la venganza, la incredulidad. De esta, como de su principio, nacen la humildad, el desinteres, la paciencia, la fe.

¡Que humildad se descubre en nuestro Santo! El es un apóstol, pues imita sus trabajos: un Doctor, pues reúne sus luces: un serafin, pues manifiesta su amor. ¿Y que juicio hace de sí mismo? Que es un hombre de baxo nacimiento, sin talentos y sin autoridad: un pecador á quien el cielo aflige y castiga. Son sus expresiones. ¿Y quien se las dicta? La humildad.

A esta virtud la mas bien reflexionada, unia la fe mas viva; y esta misma fe le hacia envidiar la suerte de los mártires. Ella fué la que imprimió en él un respeto inalterable á los misterios sagrados. *Yo no necesito pruebas de credibilidad*, decia con motivo de un milagro: *la fe no tiene mérito quando la razon humana percibe las cosas*.

La que tuvo siempre nuestro Héroe fué la que

(1) In offic. Sancti Joan. à Cruce, Brev. Rom. Lect. 5.

que mantuvo su esperanza: esta fué la que le animó en sus trabajos, y le hizo decir: yo no espero de los hombres la recompensa de lo que hago por Dios. Máxima que en todos tiempos hará conocer, que á la extension de su esperanza sólo la puede igualar la de su caridad.

Caridad tan ardiente por su Dios, como activa por sus hermanos. Las pruebas parlantes de su amor eran el fervor sin escrúpulo que le animaba, el desinteresado zelo que le dirigia, los santos deseos que le hacian sentir todos los instantes que le retrataban la posesion de su Dios. Su caridad para con sus semejantes, se manifestó quando por medio de una imprevista encadenacion de acontecimientos fué llevado á uno de aquellos asilos que la caridad abre á la pobreza enferma. Allí se reproducia de mil diversos modos la imágen de las miserias humanas. Allí solicitaban todas las atenciones del zelo las multiplicadas miserias, no siendo muchas veces recompensada sino con ingratitude y malos tratamientos. Allí las amargas quejas del dolor se mezclaban con las del descontento, y hacian del ministerio mas laborioso el menos consolativo. Allí se comunicaban las enfermedades que se procuraban curar, y venia á ser muchas veces el sufrido asistente víctima de la que intentaba extinguir. Allí metidos entre un monton de llagas ó de cadáveres, morian por haber socorrido á los vivos, ó no vivian sino entre los muertos. Allí era menester ser inhumano para cumplir con los deberes que impone la hu-

manidad: y allí, en fin, el último esfuerzo de la Religión era el de conservar sus propios sentimientos en los desgraciados, mas próximos á la desesperacion que al arrepentimiento.

Si á *Juan de la Cruz* prestaba alas la caridad para volar al socorro de la humanidad afligida, la penitencia le suministraba armas para combatir sin cesar contra sí mismo. ¡Quantas piadosas extratagemas inventaba para reducir á servidumbre la naturaleza, siempre muy tarda en comparacion de sus deseos para acrecentar las impresiones de la gracia! Al amor de la cruz, de quien era discípulo y apóstol, fué al que debió el ilustre renombre que le distingue en la Iglesia. Por la austeridad de su penitencia conservó hasta el sepulcro la mas delicada y preciosa de las virtudes. Baxo mil formas diferentes procuraba la tentacion fuese su corazon accesible á los seductores atractivos de la sensualidad. Mas no, lisongera pasion, no conseguirás vencerle aunque tengas la dicha de atacarle. Con facilidad triunfa de los peligros el que sabe triunfar de sí mismo.

De aquí provino aquella obediencia respetuosa y universal que se impuso nuestro Santo hasta en los empleos de mando y superioridad. De aquí aquella fuerza sobrehumana que le hizo, por decirlo así, el desinteresado espectador de sus propios males.

La corona de *Juan de la Cruz* se compone de todas las virtudes. Humildad profunda, fe viva, caridad ardiente, penitencia rigurosa,

obe-

obediencia exácta, pureza severa; y aun podríamos añadir, solicitud impenetrable, fervor constante, absoluta pobreza. Mas cada una de estas virtudes debió á la abnegacion un nuevo heroismo. Ella fué la que hizo á su humildad mas oculta, á su fé mas sumisa, á su caridad mas secreta, á su penitencia mas continua, á su obediencia mas pronta, á su pureza mas temerosa, á su solicitud mas inaccesible, á su fervor mas circunspecto, á su pobreza mas absoluta. La abnegacion purificó sus virtudes, y dirigió sus acciones.

Baxo la enseñanza de los maestros mas hábiles habia hecho ya en las ciencias tan rápidos como brillantes progresos, y la benéfica Iglesia le habia abierto las puertas del santuario. Indeciso al principio sobre su vocacion, suplicó al cielo le concediese el acierto que necesitaba, y siendo oidos sus ruegos, le manifestó Dios la que debia abrazar.

¡O santo Carmelo! Tú solo eras el interesado en su corazon! El reconocimiento le debia fixar entre tus discípulos, especialmente consagrados á la gloria de Maria. Por una especie de retribucion debia á esta Señora el sacrificio de su libertad, respecto de que la era deudor por dos veces de la conservacion de su vida.

No necesitamos renovar aquí aquella inútil cuestión suscitada entre los sabios, sobre el origen de un Orden, cuyo nacimiento se cree mucho anterior al del Evangelio; ni me pertenece á mí justificar este origen, ni tampoco contradecirle: yo dexo á la persuasion

M 3

su

su creencia y á la crítica sus derechos.... Este Orden, pues, recibió en el duodécimo siglo una regla tan sabia como edificativa. Dictada por San Alberto, Patriarca de Jerusalem, era tanto la expresion de su zelo como de su piedad. A los que se dedican á servirla, no solo les prescribe los trabajos apostólicos, sino el ejercicio de la contemplacion. Tal vez será su principal objeto el de formar mas bien contemplativos que apóstoles. En el décimo tercio siglo pasaban desde Oriente á Occidente los solitarios del Carmelo. San Simon Stok les dió mucho lustre, y les defendió en Inglaterra. La Francia les recibió con reconocimiento por medio de S. Luis, que les estableció en la capital de su reyno, y les ayudó con su proteccion. La mudanza de paises, parece que exige la de la disciplina. Inocencio IV. aprobó las modificaciones que las circunstancias y el tiempo pedian que se hiciesen: y en el de Eugenio IV. fué ya preciso hacer nuevas modificaciones por diferentes motivos. Las necesidades de la Iglesia fueron la causa, y habiéndolas ella aprobado, solo sus enemigos podian condenarlas.

Fiel á sus leyes, y confirmados sus privilegios, se mantenía el Orden del Cármen con edificacion en Francia, Italia, Inglaterra y España, quando conducido *Juan de la Cruz* por la abnegacion á esta última monarquía, acababa de dedicarse al estudio de su espíritu, y al aumento de sus riquezas....

Siendo ya maestro quando apenas podia ser discípulo, se impuso á sí mismo todas las

res-

restricciones que autorizaban los decretos de los soberanos Pontífices. El poderoso torrente de la costumbre nunca suspendió el curso de su fervor. Siempre contemplativo y solitario estaba reducido á una estrecha y miserable celda. Su ocupacion era un continuo combate contra los sentidos, el espíritu y el corazón. Entre las vigiliás, los ayunos y las oraciones concebía el proyecto mas grande y heróyco. El discípulo de S. Alberto, y de S. Simon Stok, pensaba serlo de S. Bruno. Mas no eran estos los designios de Dios para con él. Queriendo ya este Señor manifestárselos, estoy yo ahora tambien obligado á haceroslos comprehender.

Por aquel tiempo tenía alborotada á la España, á la Iglesia y al Universo el nombre de una vírgen que reunía en sí la inocencia de Susana, el fervor de Esther, y el heroísmo de Judit. De un espíritu vasto y sólido, un ingenio sublime y luminoso, una alma grande y heróyca, un carácter firme y activo, un corazón generoso, sensible, noble y único. Sus deseos, sus conocimientos, sus empresas y sus sucesos sorprendian, admiraban y arrebatában. De su limpia, delicada é ingeniosa pluma, salían rasgos luminosos, efusiones piadosas, transportamientos amorosos. Sábia y humilde, sufrida y tranquila; guiada en sus trabajos por la caridad, y superior á las persecuciones por la constancia. Exemplo singular de confianza y de desinterés, de gloria y de humildad, de prudencia y de fuerza. Hablo de una vir-

M4

gen;

gen; pero de una virgen que era un apóstol, un profeta, un legislador: un nuevo Pablo por sus éxtasis, y un Agustín por sus obras: de una virgen, que sería envidiable su sexó, si en uno y otro no nos presentase la Providencia almas privilegiadas que no pueden ser comparadas sino consigo mismas. Aun no he dicho quien es la restauradora del Carmelo; pero al verme bosquejar su retrato, conoceréis no puede ser otra que Santa Teresa.

Esta, pues, conocia la reputacion de *Juan de la Cruz*, sus virtudes y proyectos. La voz pública anunciaba en él un hombre zeloso, un prodigio de abnegacion. Vióle la Santa, le habló y le admiró. ¡O hijo mio, ó padre mio! le dice, dexa esas fervorosas ideas, que mas bien son para tí una tentacion que una vocacion verdadera. No haya miedo que encuentres en la Cartuja de Segovia una segunda Tebaida. El cielo te llama a otra parte; quiero decir, al Carmelo, que nunca abandonarás. En tí se cifra su gloria. Tan deudor eres á tus hermanos como á tí mismo. Tu serás entre ellos un apóstol no ménos que un santo. La Iglesia que sostiene mis proyectos favorecerá tus empresas. Tú estas destinado para hacer por tu sexó lo que yo he hecho por el mio. Sobre tí fundo mis esperanzas. A tí te toca llenar sus miras. Empecemos la obra de Dios, y dexemos el suceso á cargo de la Providencia.

¿Podria desconocer nuestro Santo la voz del cielo en las expresiones de Teresa? No por cierto. Obedeció, y desde aquel mismo ins-
tan-

tante empezó ya la reforma del Carmelo.... Mas ¿que digo yo? ¿Acaso necesitaba éste de reforma? ¿Han consultado la historia y la verdad aquellos que se han atrevido á pintarla en el estado mas deplorable? No por cierto: el Carmelo no se parecia á aquellos rios, cuyas aguas pierden su pureza á proporcion de como se alejan de su origen. Tenia sus privilegios, pero ningun abuso. El duplicado espíritu de Elías reynaba aun en sus edificativos y útiles retiros, dando doctores á las escuelas, predicadores al púlpito, pontífices á la Iglesia y exemplos al Universo.

El designio de *Juan de la Cruz*, no era tanto el de restablecer el Carmelo en su primera perfeccion, quanto el de darle el mérito de una perfeccion nueva. Su idea se reducía á componer una sociedad de hombres contemplativos, resueltos á menospreciar el mundo, y vivir en la austeridad.... Lo primero que hizo fué enarbolar el estandarte de la reforma. El fué por lo que hace al segundo Carmelo, lo que S. Estaban por lo que toca al Evangelio. Así como este fué el primer mártir del christianismo, fué aquel el primer religioso de la reforma.

¡O Duruelo, ó lugar distinguido, en el que mostró nuestro Santo la imagen y la esperanza de un Orden que iba á dar tantos santos á la Iglesia! Yo te doy mil parabienes por poseer las primicias de tan inestimable fruto. ¡Quantas maravillas te asombran baxo esos rústicos y abandonados techos que asea la simplicidad, y en los que el penitente fer-

vor constituye su primer ornato! Al abrigo de ellos se ven unos hombres santamente entregados al conocimiento de su nada, que no interrumpen los dulces suspiros de sus oraciones, sino para dedicarse al estudio de las sagradas Escrituras, á los ejercicios de la penitencia, y á los trabajos del zelo: unos hombres que fundan sus riquezas en la indigencia. *Opes in paupertate.* Sus posesiones en el reconocimiento. *Possessio in renuntiatione.* Su gloria en el menosprecio. *Gloria in contemptu.* Su poder en la debilidad. *Potentia in infirmitate.* Tales se presentaron á la edificada España los primeros restauradores del Carmelo, formados por Juan de la Cruz.

Yo anuncio, hermanos míos, el principio de un Orden, cuyos rápidos progresos merecian fixar aquí mi atencion y la vuestra. Pero desaparezca por un instante á vuestra consideracion la cuna del renaciente Carmelo. Antes de contar los sucesos de nuestro Santo he prometido analizar sus obras. Obras que verdaderamente contienen toda la ciencia de la abnegacion.

Pocos Santos Doctores hay que no se apliquen á aclarar algun dogma de la Religion, ó alguna virtud del Evangelio. Nosotros debemos muchas instrucciones á S. Cipriano sobre la inmortalidad del alma; á S. Atanasio bastantes pruebas sobre la divinidad de Jesu-Christo; á S. Hilario algunas nociones sobre el misterio de la Trinidad; á S. Agustin sólidos principios sobre la gracia. Debemos igualmente algunas lecciones sobre la vir-

virginidad á S. Ambrosio; reglas sobre la penitencia á S. Gregorio el Magno; máximas sobre la soledad á S. Bernardo; luces sobre la predestinacion á Santo Thomas de Aquino, y á S. Juan de la Cruz se las debemos sobre la ciencia, casi ignorada, de la abnegacion.

Quien quiera conocer el poderoso resorte de su doctrina, abra el Evangelio. *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum.* Si alguno quisiere venir en pos de mí, nieguese á sí mismo (1). A estas palabras está reducido todo lo que enseña nuestro Santo. En ellas consiste el fundamento de la Teología mística.

Esta, pues, es una ciencia interior de Dios, que sucesiva y gradualmente encamina á la práctica de la abnegacion. Su autor fué Jesu-Christo: los apóstoles sus primeros intérpretes: sus doctores y panegiristas S. Clemente Alexandrino, S. Dionisio, S. Ambrosio, S. Gregorio Nacianceno, S. Gerónimo, S. Casiano, S. Juan Climaco, S. Anselmo, S. Bernardo, S. Buenaventura, Santa Catalina, S. Gines, Santa Teresa.

Semejante la Teología mística á la escolástica, tiene su objeto, sus propiedades y su fin. Confesemos desde luego que, como ésta, se halla en algunas partes cargada de cuestiones frívolas, y encubierta no pocas veces entre expresiones obscuras. La Teología escolástica enseña la ciencia de la fé: la mística la ciencia de la contemplacion. Ambas

(1) Matth. c. 16. v. 24.

abundan de principios, de distinciones, y de conseqüencias; pero la una lo concede todo al razonamiento; la otra á la reflexion. Aquella ilumina el entendimiento; ésta abraza el corazon. La Teologia escolástica enseña lo que se necesita creer, y sujeta la razon: la Teologia mística lo que es preciso hacer, y regla los sentimientos. La una hace conocer á Dios; la otra gozar de él. Ambas comunican la luz á las tinieblas: la escolástica en las del entendimiento; la mística en las del alma. El águila de la primera es Thomas de Aquino; el luminoso astro de la segunda *Juan de la Cruz*. Uno y otro, como pilotos hábiles, dirigen sobre una mar borrascosa dos naves cargadas de distintas riquezas, y las conducen felizmente al puerto por entre mil peligros y escollos.

La doctrina de nuestro Santo es desconocida al mundo profano. Ignora hasta el título de las obras que voy á citar; esto es, la *Montea del Carmelo*, la *Noche oscura*, la *Viva llama del amor*: ¡Que nombres para él tan extraños! Sin embargo, procuraré penetrar el misterioso veló con que encubre nuestro Santo las multiplicadas riquezas de sus escritos.

El supone desde luego, que la imperfecta bienaventuranza que se puede adquirir en esta vida, consiste en la contemplacion del soberano bien. Esta contemplacion, pues, es la dichosa escala por donde sube el hombre á aquella perfecta felicidad de que gozan los santos en el cielo.

El

El alma mundana se lisongea llegar á la union divina disfrutando de los bienes de la tierra. Los busca y los posee, y esta misma posesion la parece una felicidad. ¡Pérfida illusion! exclama nuestro Santo. ¡Quanto se apartan del reposo que busca por estos caminos extraviados!

¿Y querrá esta alma imperfecta, continúa, redoblar sus esfuerzos para adelantar en las sendas de la justicia y de la verdad? ¿Pensará conseguirlo? No por cierto. Sus imperfecciones sirven de obstáculo á sus sucesos. Atadas con un hilo casi imperceptible á las dulzuras de la tierra, se detendran en el camino sin llegar al término deseado. Este privilegio solo está concedido á las almas perfectas.

A estas es á quien *Juan de la Cruz* instruye con sus obras. Para conducir las con seguridad, abrió su caritativo zelo el penoso camino por donde deben seguir. Las presenta tres diferentes ensayos, que llama otras tantas noches distintas. Expresiones místicas por cierto, cuya total energía no es fácil conocer al pronto; pero que procura hacerlas sensibles por medio de ingeniosas y parlantes imágenes (1). En privar á los sentidos de todos los objetos que les chocan é irritan, consiste la primera prueba: en despojar al entendimiento de sus mas ligeras aficiones, pende la segunda; y la tercera estriba en apartar de la memoria todas las aprehensiones y for-

(1) Montea del Carmelo.

fortificar, por decirlo así, á la voluntad para que no sea susceptible de impresiones diversas que causan la alegría, la esperanza, el dolor y el temor.

Bien se conoce lo dificultosísimo que es familiarizar la inteligencia humana con estas oscuras nociones de una profunda espiritualidad. Oigamos como nuestro Santo habla por sí mismo en sus obras. En la una (1) dice, que el paso del alma á la union divina se llama la noche de los sentidos y de las pasiones, porque se reconocen en ellas todos los objetos del mundo. La fé que conduce al alma, es tan oscura al espíritu como la noche á los ojos. En la segunda (2), describe las penas que Dios hace padecer á las almas que quiere elevar á la práctica de las mas sublimes virtudes. Penas de los sentidos y del espíritu. En la tercera (3), apura los vivos sentimientos de una alma abrasada en el fuego de la caridad. El amor, dice, es sabio sin ninguna ciencia. Llevado sobre sus alas, salva las barreras del mundo, y penetra con un solo y rápido vuelo hasta los cielos. La quarta (4), es una pintura interesante de la union mas íntima entre Dios y el alma.... ¡Que no esté yo inflamado con las expresiones de *Juan de la Cruz* para describir las imágenes, pintar los ardores, y animar los éx-

(1) Monte del Carmelo.

(2) Noche oscura.

(3) Cánticos espirituales.

(4) Viva llama del amor.

tasis con que enriquece esta última obra! Pero no; los prodigios nunca se analizan.

Mas facilmente se conseguirá con sus cartas. Tan pronto manifiestan un religioso á quien guia (1), explicándole el modo de valerse para despegar su voluntad de las criaturas, y unirla solamente á Dios, como unas fieles esposas de Jesu-Christo á quienes dirige con máximas semejantes á estas: no decir nada y hacer mucho: las palabras disipan el espíritu; el silencio le recoge: padecer, obrar, callar, olvidar al mundo y á sí mismas, es el consejo del Evangelio, y el mérito de la abnegacion (2).

¡De quantas otras máximas, igualmente luminosas, se valió para manifestar las verdades abstractas que expone, y por fin descubre! No adelantar, dice, en el camino de la perfeccion, es atrasarse. El alma se acerca otro tanto mas á Dios, quanto se aleja de sí misma. Mas se aprovecha en un mes por la abnegacion, que en muchos años por la penitencia. Es tenerse en mucho no estimarse en nada. La virtud que se mueve, parece á las flores delicadas, que en poco tiempo se deshojan y pierden su olor.

Tal es la doctrina de *Juan de la Cruz*. En ella pinta su alma. La abnegacion que caracteriza sus obras, consagra sus sentimientos.

Tambien tiene sus mártires como la fé. Si, segun los principios de S. Agustin, es una es-

(1) Carta primera.

(2) Carta segunda.

especie de martirio reprimir la cólera, contener la avaricia, humillar la soberbia, *magna pars est martyrii* (1); ¿no lo será tambien declararse á sí mismo la guerra sin cesar, cautivar sus pasiones, correr á los sufrimientos y á los menosprecios? *Magna pars est martyrii.*

Por toda la Iglesia corre la celebridad de su nombre. Los hombres mas hábiles le consideran de un espíritu vivo, penetrante, capaz de concebir los mas grandes objetos: un espíritu adornado que anuncia la superioridad de los talentos; un espíritu firme á quien no detienen los obstáculos... ¿Le distraerá alguna vez el amor propio en vista de esta favorable opinion? No por cierto: su modestia no temia menos á su propia vanidad que á las alabanzas ajenas.... ¡Quanto importa ser la expectativa del universo, y no tener en sí mismo otra cosa que sentimientos de humildad!

Nuestro Santo, pues, llegaba con ellos hasta sus propias virtudes. No eran estas á sus ojos mas que imperfecciones, su entendimiento otra cosa que tinieblas, ni sus sucesos tenian de verdaderos sino su misma inutilidad. Conoced todavia mejor sus sentimientos.

Considerad estas palabras que he tomado de él mismo: *Pati, et contemni pro te.* Observador Dios de sus combates, le preguntó, ¿que recompensa queria por sus trabajos? sufrir, Dios mio, le respondió, y ser menospreciado por vos.

(1) Aug. Serm. 250. de Temp.

Los oprobios y las aficciones son la corona que promete el Evangelio sobre la tierra. No podia ser otra la que lisonjase la santa ambicion de nuestro Santo. *Pati, et contemni pro te.* Thomas de Aquino pidió por recompensa la posesion de su Dios: *Juan de la Cruz* la de los sufrimientos y menosprecios. Este es el tiempo y el heroismo de la abnegacion. *Pati, et contemni pro te.*

¡O cielo, ó tierra! Vosotros sois los que parece os habeis unido para llenar sus miras. El primero para experimentarle con las privaciones, las sequedades, las turbaciones y los remordimientos. La segunda para levantarle una multitud de enemigos que cada uno por su parte ataque su reposo, su reputacion y su vida. En esta alternativa de combates sensibles y despreciativos adoraba á su Dios, y le presentaba el homenaje de todo su ser.

Dispuesto para todos los contrastes de la vida, conceptuaba como la mayor dicha tener mas enemigos y mas contradicciones que sufrir, y estar expuesto á oprobios mas grandes. Jamas alcanzaron sus enemigos á la extension de sus deseos. *Pati, et contemni pro te.*

No consistia todo su mérito en ser desconocido de los hombres, ó desear que lo menospreciasen. La abnegacion le suministraba piadosos artificios para mas bien vivir olvidado del mundo. En vano llevaron su reputacion hasta la corte sus obras y sus virtudes. Siempre reusó presentarse en ella. Su Rey le admiraba sin verle. Nuestro Santo

Tom. V. N pre-

preparaba al pie de los altares los sucesos de su orden: no en el tumulto de la corte. La obra del Señor no necesita de reyes ni monarcas terrenos: solo ha menester á Dios.

¡Quanto se exáltó su santa cólera quando excitado de la ambición pública se presentó delante de sus ojos un famoso artífice con el fin de sacar fielmente su retrato! ¡Fatal pincel, pues que le consideraba en medio de los éxtasis, rodeado de sus discípulos, y ocupado en sus escritos! ¡Quanto lastimó su modestia! En aquel mismo instante, tan sensible para él, se manifestó la tristeza en su semblante, las lágrimas en sus ojos, y su corazón despreciaba con indignación los honores que la equidad y el reconocimiento se apresuraban á contribuir á su virtud. El olvido de los hombres era el objeto de sus deseos. Sus obsequios eran el motivo de sus lágrimas.

Así como en las religiones se entregan otros al ambicioso deseo de mandar, y pasar desde súbditos á superiores; nuestro *Juan de la Cruz* jamas dexaba de temer este escollo, ya que no podia evitar las dignidades de su orden. Los combates que debia sostener en ellas le indemnizaban de la autoridad que le prestaban. Mas le lisonjaban los menosprecios, de quienes era la víctima, que el poder de que era depositario. La gracia que solicitaba con ansia, y con la mayor importunidad, era la de morir sin títulos ni empleos. Obtúvola en efecto, y á estos momentos de elección, á este laborioso reposo, debe la Igle-

Iglesia esas obras, que llamaria divinas, sino hubieran salido de las manos de un hombre. ¡Retrato de Peñuela! Tú eres el que consumes en nuestro héroe la ciencia y práctica de la abnegacion.

En él es, oyentes míos, donde se representan sus ojos llenos de lágrimas, su rostro pálido, su cuerpo extenuado, y en una palabra, donde no se presenta á sus espantados discípulos otra cosa que un animado cadaver. La misma Santa Teresa, que era un prodigio de penitencia, se vió precisada á condenar y moderar la de nuestro Santo al paso que la admiraba.

Mas ah! ¡Con haber nombrado á Santa Teresa, á aquella Virgen tan preciosa á la Iglesia, á aquella prenda querida del Carmelo, se me ha venido á la memoria su muerte! ¡O muerte cruel! ¡O terrible muerte! ¿Como te atreviste á arrebatár á Teresa en los días mas brillantes de su carrera? Ya perdió *Juan de la Cruz* su consejo y su apoyo.... Yo describiria aquí sus sentimientos, y presentaria á sus lágrimas una voz lastimera, sino supiese que toda su vida estuvo llena de aficciones y sacrificios. Tal vez no le haria jamas mayor que este, como que ninguno era tan esencial.... Mas de una vez se familiarizó su corazón con la pérdida de su libertad y de su reputacion. Una alma grande es capaz de estos generosos esfuerzos; pero para conformarse con la pérdida de Santa Teresa, era menester un hombre tan despegado como él de quanto hay en la tierra, y que en todos

los contratiempos de la vida descansase su corazón solamente en Dios. Los sentimientos de nuestro héroe podremos concebirles, pero nunca explicarles. El mejor sacrificio de la abnegación, es el de todo quanto se siente perder, y de todo lo que se desea conservar.

Pero después de haber considerado en *S. Juan de la Cruz* el mérito de la abnegación Evangélica en todo su heroísmo, *ad nihilum redactus sum*; ya es tiempo de que manifiestemos en él la recompensa de la abnegación Evangélica en todo su esplendor. *Et cum gloriâ suscepisti me*. Esta es mi

SEGUNDA PARTE.

La abnegación purifica las virtudes de *Juan de la Cruz*, dirige sus acciones, inspira sus escritos y consagra sus sentimientos. Ved ahí el mérito de la abnegación evangélica en todo su heroísmo. *Ad nihilum redactus sum*. La abnegación unió á sus sentimientos una gloria, cuyo resplandor penetra el fuego de la tribulación: unió á sus escritos una gloria, cuya luz disipa las tinieblas del error: unió á sus acciones una gloria, cuya brillantez hizo caer las armas de la venganza: unió, en fin á sus virtudes una gloria, cuyo reluciente reverbero triunfó de la revolución de los siglos. Ved ahí á lo que yo llamo la recompensa de la abnegación Evangélica en todo su esplendor. *Et cum gloriâ suscepisti me*.

Quando el justo es acusado, decía *S. Ambrosio*, calla. *Iustus accusatus tacet*. Quando

es

es provocado, disimula. *Lacessitus dissimulat*. Quando es ofendido, perdona. *Læsus remittit* (1). El exemplo de *S. Juan de la Cruz* va á justificar esta doctrina.

El fué acusado en efecto. *Accusatus*. Fué insultado. *Lacessitus*. Fué ofendido. *Læsus*. Pero ¿quienes fueron sus acusadores? ¿quienes sus enemigos? Unas manos respetables y estimadas le descargaron los primeros golpes de que fué víctima. Detengámonos: antes de sentenciar sobre la conducta de aquellos que hicieron caer sobre él el peso de su autoridad, es menester apreciar sus motivos.

La reforma del Carmelo en su origen no había motivado sentimientos. Como nunca se había sospechado que pudiera ser temible, jamás se había pensado en contradecirla. Así pues, se levantaba y multiplicaba, y todo el mundo se interesaba por ella. Las cortes de Madrid y Roma parecía que estaban dispuestas mas bien á favorecerla que á combatirla. En esta ocupaba *Pío V.* el trono apostólico, cuyo Pontífice era zeloso, piadoso, austero, azote de los abusos, y vencedor de la heregía, que cargado de los despojos del mahometismo, se declaró el apoyo de las Ordenes religiosas que podían servir á la Iglesia. La reforma del Carmelo era una obra muy conforme á sus designios. Todo estaba manifestando el favor que le había de merecer.... En Madrid tenía las riendas de la monarquía Española *Felipe II.* hijo y sucesor de

N 3

Cár-

(1) *Ambros. in Joseph.*

Cárlos V. Aquel príncipe tan sabio en el arte de reynar, tan prudente y tan disimulado, pensaba que su política estaba tan precisada á proteger á los ministros de los altares, como reprimir á los enemigos del estado. Su complacencia en fecundar las empresas útiles á la Religion, pronosticaba desde luego se declararía tanto con su autoridad como con su poder en favor de la reforma.

Estos favorables conceptos despertaron las sospechas, hicieron percibir los peligros, y prepararon la tempestad. En una obra tan apreciable, solo advertian los discípulos del Carmelo que no querian ser reformados, un menosprecio de sus privilegios; fruto de un fervor indiscreto, y de un zelo desasosegado. Se preguntaban á sí mismos, y desde el tribunal de su conciencia, que solo hacia ver á sus ojos el menosprecio de sus leyes y la contradiccion de sus costumbres, reclamaron contra la inovacion, é hicieron que hablasen sus votos y el de *Juan de la Cruz*. La equidad reclamó los estatutos, la autoridad vindicó sus derechos, la sabiduria hizo entender las amenazas, y la severidad creyó debia valerse de los castigos.

Nos guardaremos muy bien de calificar con el odioso nombre de pasion las operaciones de un zelo susceptible de favorable aspecto. Defender sus derechos, no es cometer un delito. Casi se puede alabar á los agresores de nuestro Santo por haberle proporcionado la ocasion mas excelente de probar su resignacion.

Lejos de producirme contra ellos con inyectivas amargas, podria muy bien preguntar en su favor, ¿si un particular tiene derecho para reformar las leyes generales? ¿No viene á suministrarse de este modo al descontento un adecuado pretexto para enarbolar el estandarte de la rebellion? Así podian discurrir, ó gran Dios, los habitantes del antiguo Carmelo, hasta el momento en que vuestra Providencia se declaró por el nuevo y sostuvo sus principios contra los vientos y las tempestades: en este caso, debia haber cesado para siempre el fuego de la discordia, reconciliándose los espíritus, reflexionado el odio, sobrevenido el sosiego, condenándose á sí mismo el zelo mas activo, regenerándose la paz, y los dos brazos de un cuerpo, aunque separados por las leyes gubernativas, se podian haber unido por la edificacion de los fieles, los intereses de la Iglesia, y las ventajas de la Religion.

Es menester confesar, que aunque la santidad estaba de parte de los discípulos del segundo Carmelo, hablaba la razon por los del primero. Ah! Si les hubiera sido posible leer la historia de los siglos futuros, ellos hubieran aplaudido el proyecto de una reforma, que debia manifestar siempre ejemplos sostenidos de fervor, de austeridad, de ciencia y de abnegacion. Mas ellos defendian sus privilegios, y nuestro Santo no tenia que oponerles sino virtudes mas rígidas con menos autoridad. Si tuvo escándalos que desarraigat, no tuvo menos obstáculos que vencer.

Hablar de estos es dar á conocer aquella larga série de acontecimientos desgraciados que le hicieron mas ilustre en los anales de la Iglesia por sus sufrimientos que por sus éxtasis. Cubierto de oprobios, cargado de prisiones y despojado del hábito característico de la reforma, fué llevado á una dura y horrorosa cautividad. ¡Juan de la Cruz cautivo! O gran Dios! A ti es á quien confió su causa y la de su Orden.... Santa Teresa vivia aun, y llegó á saber su desgracia. Gemia, blasfemaba y condenaba á sus enemigos; pero inutilmente. Nada la sirvió llevar hasta el trono sus quejas y sus lágrimas. En vano imploró la proteccion y amparo de Felipe II. porque todo correspondia á sus deseos con debilidad, y la persecucion subsistia.

¿La persecucion? ¿que expresion es esta que se me ha escapado? Yo la retracto. Nuestro santo me lo manda. Con menos rigor miraba él á sus Jueces. Penétremos con nuestro espíritu la tenebrosa prision en que estaba encerrado. Ah! Mucho ménos nos admirarán las cadenas que arrastra que las virtudes que muestra.

Desde la obscuridad de una profunda gruta en que estaba, no se le oía proferir contra los que le habian condenado el mas leve motivo de queja. No se atrevia á decidir, si ellos estaban animados de un verdadero zelo, ó el suyo era obra de la pasion. Tiraba á justificarles porque les queria: procuraba excusarles porque les respetaba. Los mismos sentimientos oponia á nuevas durezas y ri-

rigores. Así que, el teatro de sus humillaciones vino á ser el de su gloria. Aquellos que contradecian sus proyectos les adoptaron, favorecieron y protegieron. Desengañados sus enemigos, no dudaron en declararse los admiradores de su santidad, injustamente escarnecida, constantemente sostenida y generalmente triunfante.

Yo le ví, decia uno de ellos, en la prision de Toledo, y no pude ménos de respetar su santidad. Siempre le observé humilde y tranquilo en medio de sus penas; siempre amigo de sufrir, pacífico, é incapaz de prestarse á la voz del resentimiento. ¡Quan apreciable es este testimonio de sus virtudes! ¿Qual seria el motivo de dar á su gloria esta resplandeciente prueba? La verdad.

¿Y como no le habia de favorecer la verdad, si el cielo mismo mudaba el lugar de su esclavitud en un lugar de consuelo y de delicias? En el mas violento choque de los combates que le presentaron los hombres, oyó una voz milagrosa que le dixo: *Yo estoy contigo para librarte.* Oyóla, y se cumplió la promesa. Rompieronse sus cadenas, y quedó libre repentinamente. La Virgen Santísima, su constante protectora, se le apareció en medio de sus penas; y del seno de la nube en que iba, salió otra agradable voz que le repitió: *Sígueme.* Lo hizo así, y quedó restituído por medio de un prodigio á sus discípulos, á la reforma y á sí mismo. ¡Con quanto respeto iban sus hijos á presentarse á él! ¡Con quantas demostraciones de amor le recibieron! ¡Con quan-

quantos honores le distinguieron! *Juan de la Cruz* se presentó en la Congregacion de Almodovar, así como en otro tiempo se presentó *S. Juan Evangelista* en Epheso despues de salir del destierro de la Isla de Pathmos.

La abnegacion, pues, añadió á los sentimientos de nuestro Santo una gloria, cuya brillantez excedió al fuego de las tribulaciones. Yo añadiría, que la abnegacion aumentó á sus escritos una gloria, cuyo resplandor disipó las tinieblas del error.

A fines del último siglo se presentó en Francia el Quietismo, cuyo autor habia visto nacer España, y cuya doctrina habia obscurecido la Corte Pontificia: heregia otro tanto temible en quanto se presentaba cubierta con la máscara de la piedad, y baxo la proteccion de la eloqüencia. Un hombre singular como Molinos, dominado por una imaginacion capaz de todos los extravíos, era el inventor y la cabeza de este extraordinario sistema que conduce al reposo por la ilusion. Sistema en el que se propone un chímérico estado de perfeccion, que repugna á la razon, desaprueba la fé, y á quien la Iglesia llama fantasma: sistema que hace revivir tanto los horrosos principios, quanto las peligrosas consequencias del Manicheísmo; con el que no se repara enseñar, que Dios hace en nosotros y fuera de nosotros el bien que puede; que el alma contemplativa, imágen de un cadaver, no conserva ningun principio de vida, y llega á desconocer sus propias operaciones: á qualquier crimen que se

se entregue, es inmutable en su paz, impecable en sus acciones. Infeliz estado de quietud, en el que se gana el cielo sin trabajo, y se adquiere la salvacion sin hacer por ella: en el que toda la virtud se reduce á no desear ni temer nada, y á pasar sus dias tranquilamente con una total indiferencia.

¿Quién creyera que unas máximas tan fatales y revolucionarias hubieran podido hallar partidarios? Un intemperante fervor, no debia arrojar de sí mas que una chispa, y morirse. Pero vivió; adquirió fuerzas; amenazó con un incendio; la Iglesia se sobresaltó diferentes veces, y en algunas ocasiones expidió sus anatemas. A mí se me dispensará que siga en sus piadosos extravíos, tanto á aquel entusiasta, á aquel misterioso director, demasiado conocido por su famosa *Análisis de la oracion mental* (1), quanto á aquella muger irreprehensible en sus costumbres, impenetrable en sus opiniones, y de una vana y desmedida ambicion en tener discipulos; la qual, tanto por sus discursos como por sus obras, despertó la vigilancia de los pastores, se adquirió la indignacion del príncipe, y fué condenada por los mismos, cuya religion desde luego habia sorprendido (2).

Para refutar al Quietismo y sus partidarios, no se necesitaba mas que exponer con precision los principios sabios, reflexionados,

86-

(1) El P. Lacombe.

(2) Madama Guyon.

sólidos y ortodóxs de *Juan de la Cruz*.

En efecto, Quietismo especulativo, tú enseñas que la humanidad de Jesu-Christo debe estar excluida de la alta contemplacion; y este es un error. Nuestro Santo enseña, que el entendimiento debe desterrar las imágenes de los objetos sensibles; pero quando yo pretendo, dice él, que en la contemplacion es utilísimo olvidar los objetos materiales, no hablo ni de Jesu-Christo, ni de su sagrada humanidad. No por cierto: no es menester apartar la representacion útil, ni borrar el precioso recuerdo. ¿Como se ha de llegar á poseer el soberano bien, sin la consideracion de Jesu-Christo hecho hombre, que es de él el principio y la guia? con una anticipada reputacion obscureció nuestro Santo las temerarias pretensiones de los que le acusaban.

Estos abusadores de la contemplacion, se glorian ser de tal modo desinteresados con respecto á la divinidad, que viven en una tranquilidad estúpida, sin reflexion sobre su conducta, ni inquietud sobre su salvacion.

Lejos de favorecer *Juan de la Cruz* esta culpable inaccion, suministró armas triunfantes para combatirla. Buena prueba son los diez grados por medio de los cuales conduce al alma contemplativa al amor divino. Así pues, no es él el peligroso protector de una contemplacion ociosa, respecto de que exige en ella una fuerza que resista, un valor que combata, un amor que se reproduzca por sí mismo, tanto por nuevos sacrificios como por nuevas victorias.

¿Que

¿Que mas pretenden aun los sectarios de las novedades místicas? Que las virtudes sean inútiles al alma en la contemplacion. ¡Terrible y horroroso sistema! La doctrina mas propia para rebatirles es la de nuestro Santo. Sin el ejercicio, dice, de todas las virtudes son sospechosas las visiones, é ilusorias las revelaciones. La perfeccion consiste en el amor de Dios y en el menosprecio de sí mismo.

A pesar de la palpable oposicion entre esta doctrina y la del Quietismo, ha tenido valor esta heregía para armarse de objeciones especiosas, y producir las obras de *Juan de la Cruz* en justificacion de los errores que condena. Questionaban, y se separaron dos hombres inmortales por sus talentos y por sus escritos. El uno de los ilustres rivales, era mas profundo en sus obras; el otro mas brillante: El primero mas sublime; el segundo mas delicado en sus ideas: ambos oradores, teólogos y controversistas: el obispo de Meaux con mas fuerza; el Arzobispo de Cambray con mas uncion. Opuestos uno y otro en el modo de pensar, sobre la materia mas delicada y abstracta, tuvieron á grande honor seguir el dictámen de nuestro Santo, y apelando á su autoridad, pretendian defender su doctrina con igual fidelidad y sucesos.... Pero los sucesos solo pertenecen á la verdad, y esta triunfa por la doctrina de *Juan de la Cruz*, que es la luz decisiva que disipa todas las tinieblas.... Bossuet, aquel grande hombre, aquel vasto ingenio, que por la uni-
ver-

versalidad de su erudicion, instruyó á todas las naciones y confundió á todos los errores; aquel hombre que por la historia de todos los tiempos enseñó en su siglo la Religion, la política y todo quanto puede saber el hombre: Bossuet, pues, que ha sido tal vez el mas sabio y erudito, meditó la doctrina de nuestro Santo. Despues de este maduro exâmen le llama un *Contemplativo sublime*, capaz por sí solo de confundir á todos los falsos místicos; un *Santo*, un *Doctor*, á cuya observadora consideracion se ilumina aquella Noche obscura donde el alma que está alimentada con la fé se pierde dichosamente en el seno de la divinidad. ¡Con quanta exâctitud le defiende de la sospecha de favorecer los errores que se adornan con un nombre tan respetable..... El Quietismo creía triunfar por la autoridad de *Juan de la Cruz*, y ésta misma autoridad es la refutacion mas sólida del Quietismo. Nuestro Santo, no es ménos contrario á Molinos y sus sequaces, que lo fué Tertuliano de Marcio, S. Agustin de Pelagio, S. Cirilo de Nestorio. Sentencia la Iglesia, y triunfan los dos rivales con mucha gloria de *Juan de la Cruz*: el uno lisonjeado de haber vencido, no tanto por su interes quanto por el de la verdad; el otro, ademas de su vencimiento, por la confesion de su error, por su sumision. Yo discurre, hermanos míos, que esta decision de la Iglesia, es tan honrosa á la doctrina de nuestro Santo, como lo fué á la de Santo Thomas la solemne decision del Concilio de Trento.

Si

Si yo añadiera al presente para ensalzar la doctrina de *Juan de la Cruz* el respeto que siempre le han tenido los maestros mas consumados de la vida espiritual S. Francisco de Sales, el Cardenal Bona, Clemente X. y Bënito XIII.; si yo recopilára los elogios que han escrito los obispos, doctores y universidades: si le distinguiera por lo que hace á la Iglesia universal con el nombre de doctor sublime, y escritor privilegiado de la teología mística, *Theologiæ mysticæ sublimis doctor, et scriptor*; seria acumular títulos para probar lo excelente y ortodoxo de una doctrina victoriosa de todas las imputaciones, y capaz de defenderse sin otro auxilio que el que ella se presta á sí misma. La abnegacion, pues, añade á los escritos de nuestro héroe una gloria, cuya luz disipa las tinieblas del error: aumenta ademas á sus acciones una gloria cuya brillantez derriba las armas de la venganza.

Esta pasion, es tal vez entre todas la mas injusta, cruel y furiosa. Jamas se presentó su injusticia con mas encono, su crueldad con mas encarnizamiento, su furor con mas exceso que en las singulares é inauditas descripciones que componen la historia de *Juan de la Cruz*.

Yo no hare mencion de aquellos dias, en los que juzgado digno del ministerio evangélico, consagró á él sus talentos y su zelo. ¿Y en que teatro? La abnegacion le eligió. En el campo. En vano le convidan las ciudades: en vano sus sucesos llevan á ellas su

re-

reputacion. Su modestia las teme y huye.

No faltará quien diga, que su gloria consiste en haber repartido el ministerio con Santa Teresa: yo diré que pende mas bien en haber sido elegido para gozar de semejante privilegio.

¿Y por que mereció esta distincion tan grande? Por su zelo en preparar, dirigir y perfeccionar la dificultosísima obra de la reforma. ¡Quantas fundaciones hizo y favoreció! En Duruelo empezó la obra, la cimentó en Mancera, dirigió en Pastrana, preparó en Segovia y perfeccionó en Córdoba. Alcalá, Sevilla, Altamira, Málaga, Caravaca, Mancha-Real y Almodovar, ó le deben el mérito de haber introducido en ellas la reforma, ó la gloria de haber concurrido á su perfeccion. Si Granada, Avila y Madrid poseen las hijas de Santa Teresa, de mano de Juan de la Cruz es de quien han recibido tan particular beneficio.... El solo ocupaba en la reforma el ministerio de muchos hombres.

Desde el principio se le confió el cuidado de cultivar las tiernas plantas, que por el discurso de un año de rigurosas pruebas se ejercitaban en el espíritu del nuevo Carmelo; y desempeñó con tanta perfeccion este encargo, que solo él podia haberles instruido como les instruyó con sus lecciones y exemplos. Sabia á un mismo tiempo dirigir sus talentos y su piedad; preparar sabios, y formar santos.

Despues se le vió á la frente de su Orden obtener todos sus empleos, y desempeñarlos y honrarlos como el mas á propósito para ellos.

ellos. Cada paso suyo estaba señalado, ó por la abolicion de algunos abusos peligrosos, ó por la institucion de algunos ejercicios útiles.... Su gobierno, cuya basa era la prudencia, reunia todas las voluntades, y resplandecia en él la firmeza y el apoyo, la dulzura y la regla, la piedad y el consejo. Todo aplaudia sus sucesos.

Pero en medio de ellos le sobrevinieron nuevas desgracias. *Filii Matris mea pugnabunt contra me* (1). ¡Ah! ¿Que es lo que veo? ¿El padre atacado por sus hijos? ¿Los Josephes y los Benjamines armados contra Jacob? ¡Que agresores! ¡Que víctima! Cuidaos, hermanos míos, cuidaos mucho de no culpar á todo un cuerpo respetable por la infame conducta de alguno de sus particulares.

Del solio pontificio emanó un decreto que separó los dos Carmelos. Este decreto, pues, habia exigido en el nuevo un nuevo régimen. Conviene llegar al origen de este acontecimiento, tanto por la gloria de Juan de la Cruz, como por la de su Orden. El sabio y virtuoso Doria, que le gobernaba entonces, habia formado un tribunal compuesto de seis hombres los mas distinguidos de la reforma para que sentenciasen definitivamente sobre todos los puntos contestables. Nuestro Santo era la cabeza de él. A vista de este reglamento se conmovieron los espíritus. Hasta las mismas hijas de Santa Teresa, que no tenían á su madre por guia, se declararon contra una

(1) Cant. i. 6.

una obra que miraban como un abuso. Doria apeló á la decision del príncipe. Creía detener la insubordinacion por la autoridad de Felipe II; pero todo fué en vano. La indocilidad se valió de sus recursos. Llevó hasta Roma sus causas y su justificacion. Admite Sixto V las quejas y las favorece. Muere este Pontífice, y Gregorio XIV da nuevas órdenes. Juntase un Capitulo general... Nuestro Santo se estremecía á vista del cisma que amenazaba al reciente edificio de la reforma. ¿Que hará para atajar el peligro? Emplear quantos medios dicta la prudencia y el zelo. Lleno de respeto por las hijas de Santa Teresa, se encargó de su apología. Pintaba sabiamente los males de su Orden; y sin zaherir á la Corte de España, ni comprometer á los superiores del Carmelo, sabia aplaudir los procedimientos de la Corte Romana.

¡O juicio de los hombres! *Juan de la Cruz* es culpable, pues que se atreve á probar que otros no lo son. Una lengua interesada le acusó de que era el autor de la intriga, y el movíl del cisma. ¡Quan sensible nos son los golpes descargados por una mano á quien estimamos! Quanto mas sensibles le eran á nuestro Santo, otro tanto mas mérito procuraba tener para con Dios. Aunque públicamente se le privó de sus empleos, haciéndole el blanco de España y de la Iglesia en un lugar de destierro: aunque por una determinacion poco reflexionada, se pensaba sacrificarle en las misiones de las Indias: no condenaba su corazon un juicio tan riguroso, cuyos moti-

vos

vos tal vez serian legítimos. Yo he procedido mal, exclamaba, pues que he sido condenado. Mis hermanos me conocen mejor que yo á mí mismo. Su virtud sale por garante de su inocencia y mi prevaricacion... Vosotros, autores de estas penas y espectadores de sus virtudes; vosotros digo: ¿Como habeis desechado la impresion que hace sobre vuestros corazones el heroismo de su penitencia? Sorprehendidos, desengañados y confundidos, os avergonzais de no haber penetrado desde luego el velo que cubria á vuestra perspicaz atencion esta alma grande y maravillosa. Vosotros haceis temblar con vuestros gritos todos los lugares de la reforma que reprehenden vuestra injusticia. Mas ¡quan honrosa es para nuestro Santo esta reparacion! Por la primera vez os acusa de crueles. Su corazon os manifiesta el delito de haberle creído capaz de sospechar, que vosotros le habeis podido ofender.

¡De quanta complacencia me sirve considerarle en el desierto de Peñuela! Sus humillaciones se vuelven homenages. Tanto el superior como los súbditos que componen aquella respetable casa, honran en él á un padre, á un maestro. Pero no debia gozar mucho tiempo de su gloria. ¡Ah!

Ya habeis llegado vosotros, tristes momentos, en los que el cielo, mas riguroso que los hombres, acabará con las pruebas mas terribles el sacrificio de *Juan de la Cruz*: ya habeis llegado. Agobiado de males, y como una víctima lánguida y extenuada, no es ya su cuerpo otra cosa que una pura llaga.

O 2

A los rigores de una enfermedad la mas complicada, se juntaron los de un superior insensible y bárbaro. Todo se reunia para representar en él la imagen de Jesu-Christo paciente, crucificado, desamparado y hecho un hombre de dolor. *Virum dolorum*. Pero ¡o imprevisible mudanza! Siendo noticioso el que en la provincia de Andalucía presidia la reforma de las injustas vexaciones que experimentaba nuestro Santo, acudió inmediatamente allá lleno de indignacion. Con suma veneracion y tristeza, fixó sobre él su vista y le dixo: *Que venga todo el pueblo á admirar el prodigio de santidad que tiene la felicidad de poseer este retiro, y el espejo de paciencia que me admira tanto quanto mas me affige*. A vista de este glorioso testimonio, olvidó su superior el encono, y se retractó de su mal juicio postrándose á los pies del Santo. Los piadosos Melanios acudieron á su socorro y le suministraron todos los recursos de una caridad activa é industriosa.... Entre los sentimientos de un profundo respeto, recogieron sus hermanos, á quienes pudo él llamar sus hijos, su guia y su corona, los últimos suspiros de su vida. Hasta el mismo Dios se deleytó en coronar con los mas singulares favores al héroe y al modelo de la abnegacion.... Al instante le rodeó una resplandiente luz. Como profeta anunció el tiempo en que se habian de romper los lazos de su mortalidad. En esta disposicion, oró, perdonó, exhortó y espiró. Lo mismo fué espirar que unir la abnegacion, no solamente á sus

acciones una gloria, cuyo resplandor derriba las armas de la venganza, sino tambien á sus virtudes, con una brillantez que triunfa de la revolucion de los siglos.

Quando el mundo no teme ya en los escogidos de Dios los exemplos que le condenan, no tarda mucho en cambiar la envidia en veneracion. Al instante concede á la santidad toda la gloria que ha intentado quitarla. Parece que con el resplandor de sus auxilios, la indemniza de la injusticia de sus preocupaciones.

La vida de *Juan de la Cruz* fué una serie de prodigios, ignorada hasta entónces porque él lo habia querido así. Pero en el instante mismo en que este hombre de abnegacion, cayó baxo los últimos golpes de la muerte, todo se mudó sobre la tierra. Conternados los pueblos, juntaban sus lágrimas con las de sus discípulos. Los tristes honores que se ofrecian á sus cenizas, se interrumpian con los brillantes elogios que la voz pública concedia á sus virtudes.

Entónces fué quando salieron del seno del olvido aquellos milagrosos acontecimientos que estaban sepultados, y con los que habia sido su ministerio tantas veces favorecido. Entónces se acordaban de haberle visto caminar sobre las aguas como á otro S. Pedro, y haberle hallado vencedor de la muerte, baxo las ruinas de un edificio desmoronado y deshecho. Entónces se citaban y ratificaban los magníficos testimonios que habia dado de él Santa Teresa. *Juan de la Cruz*, decian,

fué para con ella un hombre entregado enteramente á Dios, un perpetuo contemplativo, como la misma Santa lo dexó escrito. La pluma de esta vírgen no suministra alabanzas á nadie. Para que ella las describa es menester que se merezcan.

Pretendidos espíritus fuertes, yo agraviaría sin duda á vuestra soberbia razon, si os hablara de los éxtasis con que fué recompensada la abnegacion de nuestro Santo. La Iglesia los propone, no á nuestra fé, sino á nuestro respeto; y aunque, como piensa la incredulidad, jamas será vergonzoso el no creerles, siempre será temeridad el desecharles.

Si yo dixera á los filósofos de nuestros tiempos, que en el mismo instante en que subió á los cielos el alma de *Juan de la Cruz*, rodeó á su cuerpo una luz luminosa; si dixera ademas, que la singularidad de este fenómeno tiene por garante á toda la España, y que la Iglesia lo ha testificado tambien (1); anunciaria una verdad que el XVI siglo admiró como un milagro, y el XVIII no se detiene en colocarle entre el número de las ilusiones.

Mundo profano é impío, no me escuches, y si en efecto me escuchas, confúndete. Oyeme tú, mundo christiano, óyeme y edificate. Yo debo manifestar en nuestro Santo un nuevo favor de Dios; quiero decir, el don de profecía, *propbetiae dono* (2). Si, christianos oyen-

(1) *In Offic. S. Joann. à Cruce, in Brev. Rom. Lect. 6.*

(2) *Id.*

oyentes, él descubría lo mas secreto del corazón. Conocía lo mas reservado y oculto de las conciencias de sus penitentes. Les descubría los pecados que se escondian á la fidelidad de su memoria. Pero si como un nuevo Abias penetraba los tenebrosos escondrijos del alma, como un nuevo Jeremías percibía las obscuras sombras de lo venidero. ¿No predixo á sus discípulos, estando juntos, la próxima canonizacion de Santa Teresa? ¿No les declaró, que sería su testigo? Ninguna cosa se ocultaba á sus luces, ni era bastante para limitar su poder.

Si se considera este por lo que toca á los elementos, se observará, que sobreviniendo un incendio en uno de los monasterios que habitó, y obrando el fuego como de concierto con los impetuosos vientos para reducir á cenizas aquel monumento que habia sido construido por su zelo; lo mismo fué presentarse, que apaciguarse el ayre, disiparse la llama y extinguirse el fuego. Este respetaba al Santo y á su obra. *Miraculorum dono.*

Si por lo que hace á las enfermedades, que hablen aquellos que le deben la salud y la vida. Aplicado despues de su muerte uno de sus dedos sobre una profunda y mortal herida, quedó perfectamente curada y cicatrizada: libró á una victima de las garras de la muerte, sirviendo despues su prolongada vida, tanto para testificar el milagro de quien era el objeto, como su reconocimiento, que permaneció siempre mientras estuvo en el mundo.

Si por el que tenia sobre los espíritus infernales, veo que sale su defensora Santa Teresa. Esta aseguró, que Juan de la Cruz no tenia menos poder sobre los demonios para confundirles, que ascendiente sobre los pecadores para convertirlos. *Imperio in demones.*

¿Llevaré vuestra consideracion hasta aquellos tiempos en que parecia que sus milagros hacian desear la posesion de sus reliquias á todas las ciudades de España? Poco faltó para que en el pontificado de Clemente VIII, no llegasen á ser los inanimados huesos del hombre mas pacífico un origen de discordias. Nuestro Santo es tan célebre entre el polvo de su sepulcro, quanto él procuró ser desconocido durante la carrera de su ministerio. *Celebratissimus.*

Comparad su reputacion con la de los hombres mas famosos que ilustraron el reinado de Felipe II. ¿Que vienen á ser en el dia aquellos políticos profundos, aquellos valerosos capitanes que fueron el apoyo del trono y el terror de la europa? Apenas sabe el mundo donde descansan sus cenizas. Si la historia conserva la memoria de sus nombres y de sus expediciones, tambien nos muestra las calamidades y desgracias de que llenaron la tierra. Quantos mas estragos hicieron, menos derecho tienen al reconocimiento. Aquel mismo Rey tan poderoso, que gobernaba en el antiguo y nuevo mundo, y demasiado estrecho en sus dilatados estados, queria, como otro Alexandro, que no reconociese el Universo otro dominio que el suyo, ¿que es en el dia pa-

para la España, Flandes y las Indias? ¿Que le importa en el reyno de la otra vida, que un miserable renombre cubra sus tristes despojos, que no son mas que polvo y ceniza? ¿No es todo esto inútil á los herederos de su corona, y está hollado por los pies del último de sus vasallos? ¡Quan diferente eres tú, Santo mio, el menos afortunado y mas desconocido de sus súbditos! Despues de tu muerte, recibes mas homenajes que recibieron los reyes y conquistadores durante su vida. Quando su poder se acabó, empezó el tuyo. Apenas se hallará quien admire su antigua celebridad. La tuya se perpetúa con tus milagros. Ellos dexaron ya de ser el espanto de la tierra: tú eres para ella un objeto de confianza siempre igual. La Iglesia tiembla al considerar su suerte, y ella misma comprueba tu felicidad. Ruega por ellos como buena madre: á tí te invoca como á buen hijo. Ellos están olvidados entre los horrores del sepulcro: tú estas colocado sobre nuestros altares; y los siglos que se sigan al nuestro, despues de haberse enterado de la historia de tus virtudes, eternizarán los monumentos de tu gloria.

Yo, hermanos míos, desde luego me atrevo á proponeros para vuestra imitacion las virtudes de *San Juan de la Cruz*. La vida de los Santos, como decia San Ambrosio, sirve de regla para la conducta de todos los hombres. *Sanctorum vita ceteris norma vivendi.* Juan de la Cruz tuvo el mérito de la abnegacion evangélica en todo su heroísmo. *Ad nihilum*

redactus sum. Abracemos, pues, la práctica de la abnegacion en todo quanto sea útil. Ella fué la que purificó sus virtudes, la que dirigió sus acciones, la que inspiró sus escritos, la que consagró sus sentimientos. En la práctica de la virtud jamas concedamos nada al amor propio. Nunca sea la vanidad el frívolo motivo de nuestras acciones. No nos hagan perder nuestros talentos la modestia que realza siempre los mas brillantes sucesos. Pensemos ventajosamente de los demas, y tengamos por lo que hace á nosotros sentimientos humildes. Puede ser que no se nos conceda como á *San Juan de la Cruz* recoger la recompensa de la abnegacion evangélica en todo su esplendor: *Et cum gloria suscepisti me*; pero si no triunfásemos con brillantez de las tribulaciones, tendremos el mérito de sobrellevarlas sin zozobra. Si no confundimos de un modo luminoso el error y la mentira, tendremos el mérito de evitar con horror las seducciones de ella. Si no anonadamos con claridad las imputaciones de la calumnia y de la venganza, tendremos el mérito de perdonar con generosidad las malas voluntades y los atentados. En fin, si no nos adquiriésemos un renombre que penetre con resplandor la obscuridad de los siglos, tendremos el mérito de una virtud, que practicada con fervor y con constancia, nos llevará por los pasos de *San Juan de la Cruz* al reino de los cielos.

PANEGÍRICO

DE SAN PEDRO NOLASCO,
Fundador de la Orden de nuestra
Señora de la Merced, Redencion
de Cautivos:

PREDICADO

en la Iglesia de los Padres Mercenarios
de Paris.

*Elige tibi viros, & vade, & libera
fratres tuos.* Escoge entre los hom-
bres, ve y libra á tus hermanos.
I. Macch. 5. 17.

Nunca dexa el Señor de ser el Dios de su pueblo. Si á los enemigos de su nombre les permite extender su dominio y conquistas, tambien sabe humillarles y confundirles en honor de su infinito poder. ¿Permitió, que vencido Israel gimiese baxo el dominio de los infieles conquistadores? En el mismo instante de su desgracia la deparó un héroe que fué su apoyo, su gloria y su defensor. Informando é instruyendo á los guerreros que se unie-
ron

redactus sum. Abracemos, pues, la práctica de la abnegacion en todo quanto sea útil. Ella fué la que purificó sus virtudes, la que dirigió sus acciones, la que inspiró sus escritos, la que consagró sus sentimientos. En la práctica de la virtud jamas concedamos nada al amor propio. Nunca sea la vanidad el frívolo motivo de nuestras acciones. No nos hagan perder nuestros talentos la modestia que realza siempre los mas brillantes sucesos. Pensemos ventajosamente de los demas, y tengamos por lo que hace á nosotros sentimientos humildes. Puede ser que no se nos conceda como á *San Juan de la Cruz* recoger la recompensa de la abnegacion evangélica en todo su esplendor: *Et cum gloria suscepisti me*; pero si no triunfásemos con brillantez de las tribulaciones, tendremos el mérito de sobrellevarlas sin zozobra. Si no confundimos de un modo luminoso el error y la mentira, tendremos el mérito de evitar con horror las seducciones de ella. Si no anonadamos con claridad las imputaciones de la calumnia y de la venganza, tendremos el mérito de perdonar con generosidad las malas voluntades y los atentados. En fin, si no nos adquiriésemos un renombre que penetre con resplandor la obscuridad de los siglos, tendremos el mérito de una virtud, que practicada con fervor y con constancia, nos llevará por los pasos de *San Juan de la Cruz* al reino de los cielos.

PANEGÍRICO

DE SAN PEDRO NOLASCO,
Fundador de la Orden de nuestra
Señora de la Merced, Redencion
de Cautivos:

PREDICADO

en la Iglesia de los Padres Mercenarios
de Paris.

*Elige tibi viros, & vade, & libera
fratres tuos.* Escoge entre los hom-
bres, ve y libra á tus hermanos.
I. Macch. 5. 17.

Nunca dexa el Señor de ser el Dios de su pueblo. Si á los enemigos de su nombre les permite extender su dominio y conquistas, tambien sabe humillarles y confundirles en honor de su infinito poder. ¿Permitió, que vencido Israel gimiese baxo el dominio de los infieles conquistadores? En el mismo instante de su desgracia la deparó un héroe que fué su apoyo, su gloria y su defensor. Informando é instruyendo á los guerreros que se unie-
ron

ron á él, y sostenido por su valor y su zelo, menospreció los peligros, acudió al horror de los combates, y por medio de sus útiles victorias, dió á sus cautivos hermanos la libertad con la vida. *Elige tibi viros, & vade, et libera fratres tuos.*

¡Que conformidad hay tan grande entre el elogio de *Pedro Nolasco* y el de *Simon Macabeo*! ¡Que semejanza en el destino y conducta de uno y otro! Ambos juntaron hombres zelosos é intrépidos. *Elige tibi viros.* Ambos presentaron combates, y asombraron al Universo con sus triunfos. La libertad de los cautivos judíos, fué el objeto que estimularon los trabajos del primero: la de los cautivos christianos fué el objeto que animó la caridad del segundo. *Libera fratres tuos.*

La idea general que nos debemos formar del caracter de *Pedro Nolasco* se cifra en la de un padre, un apoyo y un Redentor de los cautivos, con cuya mira fundó una Orden que eternizará su espíritu.

Elegid entre los hombres: id, tal es la órden de Dios. *Librad á vuestros hermanos:* tales son sus designios.

Ya están descubiertos á vuestra inteligencia los proyectos de *Pedro Nolasco*, y su execucion, y se da á conocer el heroismo que les acompaña y las ventajas que de ellos resultan.

Los sacrificios que hizo *Pedro Nolasco* á la religion por la redencion de cautivos, le grangearon discípulos. *Elige tibi viros.* Primera parte, con que se comprobará la generosidad de sus sentimientos.

Los

Los servicios que hizo *Pedro Nolasco* á la religion en la redencion de cautivos, le immortalizan á él y á sus discípulos. *Libera fratres tuos.* Segunda parte, que demostrará la utilidad de sus empresas. AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

Sacrificar sus riquezas, su reputacion, y aun á sí mismo para conseguir la libertad de los christianos que gimen en una infeliz servidumbre baxo el dominio de un pueblo enemigo por naturaleza del christianismo, es un heroismo, cuyo mérito parece que vaticina el Rey Profeta quando dice: "Desde lo alto del cielo echó el Señor su misericordiosa vista sobre la tierra, y prestó un oido atento á los gemidos de los que estan entre cadenas." *Dominus de caelo in terram aspexit, ut audiret gemitus compeditorum* (1). Ya llegó el tiempo de misericordia que les concedió un libertador. *Tempus miserendi* (2).

El libertador de que habla David es Jesu-Christo. ¿Podré yo reconocerle tambien en *S. Pedro Nolasco*?

Dos Religiones hay consagradas á la Redencion de cautivos, y ambas deben á la Francia sus fundadores. El primero que fué Juan de Mata, nació á mediados del duodécimo siglo en la Provenza (3). El segundo que

(1) Ps. 107. v. 20. 21.

(2) Id. v. 14

(3) Año de 1162.

que fué *Pedro Nolasco*, nació á fines del mismo siglo en el Languedoc (1). Distinguidos ambos por la nobleza de su origen, lo fueron todavía mucho mas por los milagros de su caridad. A uno y otro les dixo la voz del cielo: *Id, escoged de entre los hombres, y librad á vuestros hermanos*. Quando nuestro Santo estaba todavía envuelto entre las tinieblas de la infancia, ya habia aprobado Inocencio III el proyecto de Juan de Mata; y quando este habia terminado ya su carrera, y recibido la recompensa de sus trabajos, autorizaba Gregorio IX el instituto de *Pedro Nolasco*. Ambos tenían el mismo objeto, se propusieron el mismo fin, y para la execucion de su designio emplearon los mismos medios. Solo en una cosa se distinguian: éste, porque obligaba á sus discípulos á consagrar sus cuidados y sacrificar sus bienes por la libertad de los cautivos: aquel, porque aumentó á los que siguiesen su instituto la irrevocable obligacion, no solamente de acudir al socorro de los cautivos, y expender las limosnas de los fieles en su rescate, sino tambien de consagrarse á sí mismos, y perder su libertad por la de ellos.

Sigan á Juan de Mata los oradores que quieran elogiarle, en sus penosos trabajos, en sus infinitas peregrinaciones por entre los moros y sarracenos: concedan un legítimo ascendiente al espíritu de su instituto, á la fidelidad de sus discípulos, al resplandor de sus

(1) Año 1189.

aus prodigios, á la celebridad de su culto. Para hacer yo el elogio de *Pedro Nolasco*, solo él mismo debe llevar toda mi atencion. Casi no puedo detenerme, sino en las distintivas señales que caracterizan sus intenciones, acciones y sacrificios.

Y ¿quales son estos? Ya he indicado, casi sin querer, algunos rasgos que os han hecho percibir la generosidad de sus sentimientos. Voy á manifestárosles, y advertiréis en ellos un Santo.

Bienhechor de los cautivos á costa de su fortuna: Protector suyo á expensas de su reputacion: Libertador suyo á trueque de su libertad.

Esta le sugirió la idea de tener discípulos, su firmeza se los preparó, su cautividad se los proporcionó. *Elige tibi viros*.

La Francia, cuna de nuestro Santo, estaba agitada en el duodécimo siglo por una de las sectas mas peligrosas que ha producido jamas el infernal fanatismo, qual fué la heregía de los Albigenses. Al mismo tiempo que devoraba las entrañas de la Iglesia con los mas monstruosos errores, turbaba el reposo y tranquilidad del estado con las guerras mas sangrientas. El espíritu de la mentira está lleno de artificio ó de furor. Quando no consigue insinuarse se hace temer. Asombrado nuestro Santo como espectador de las turbaciones y de los estragos que no respetaban en su patria ni al trono ni á los altares, procuró buscar la paz, y la seguridad en un reyno extraño, viendo que la esperaba en

vano en un império que se suministraba á sí mismo sus enemigos y destructores.

El amor á la verdad le alejó de Francia. El zelo y la caridad le conduxeron á España. Cautivada mucho tiempo hacia esta nacion por la vencedora dominacion mahometana, cuyo pesado yugo habia por fin sacudido, estaba todavia entonces turbada por las irrupciones de los belicosos moros, ambiciosos siempre de volver á adquirir sus antiguas conquistas. Cubierta la mar con sus naves, causaban sin cesar nuevas alarmas y sobresaltos. Declarada á su favor la victoria, se les entregaban las ciudades y provincias por una parte, al paso que por otra se veían humillados y fugitivos, y en lugar de apoderarse de las plazas se llevaban los esclavos.

Estos infelices eran los que con su desamparo llamaban la atencion de *Pedro Nolasco*, que se dedicó muy de propósito á su rescate. Tanto estaba compadecido, que le parecia se dirigian á él desde la obscuridad de aquellas tenebrosas cabernas en que estaban encerrados, y le decia cada uno de ellos aquellas poderosas palabras: *Educ de custodia animam meam* (1). ¡O *Nolasco*! rompe las prisiones de mi alma, peores aun que las de mi cuerpo: rompe las cadenas que perjudican mas á mi salvacion que á mi momentanea felicidad. *Educ de custodia animam meam*.

En efecto, ¡en que estado tan lastimoso y

tan

(1) Ps. 141. v. 8.

tan terrible se hallaban los christianos á quienes por desgracia habian cautivado los infieles! Ni aun las tristes imágenes, las tier-nas expresiones de que se valia Jeremias para describir la esclavitud del pueblo judío en Babilonia, son suficientes para dar á entender la multitud de desgracias que padecian aquellas tristes víctimas. Ah! ¡Que joya mas preciosa para aquellos desgraciados hombres que la de la libertad que habian perdido! Los deseos que tenian de recobrarla, agravaban la pesadez de sus cadenas. No les quedaba, por decirlo así, sino una sombra de vida que arrastraban lánguidamente entre los sentimientos, los sobresaltos, la desnudez, los dolores y el suplicio. Si desde luego salian á la luz desde aquellas profundas concavidades, donde solo ellos eran testigos de sus penas, no era sino para experimentar una suerte mas dura y mas bárbara baxo las leyes de unos señores caprichosos, tiránicos, crueles y muy ingeniosos para indemnizarse de la victoria que no podian conseguir por el furor que exercian. La diversidad de religiones sirve de pretexto á la severidad mas inflexible, y hasta la misma inhumanidad se disfraza con un especioso lenguaje de zelo y de piedad. Hoy se les imponian unos trabajos duros, insufribles y forzados con un modo despótico y terrible acompañado de la amenaza, seguido del descontento, y en los que por conclusion hallaban casi siempre por único jornal una infinidad de golpes redoblados: mañana expuestos públicamente en

las plazas por la interesada codicia, esperaban con horror que un nuevo dueño comprase el derecho de ejercer sobre ellos diversa tiranía. No parecían sino una multitud de reyezuelos que se disputaban el odioso placer de gobernar con un cetro de hierro á unos vasallos, de cuya fidelidad sospechaban, cuya huida temían, y cuya constancia aumentaba su furor. Los trabajos que padecían los cautivos, eran mas terribles y espantosos que los que Nerón y Diocleciano inventaron contra los primeros héroes del Evangelio. Su martirio era otro tanto mas cruel en quanto se renovaba sin cesar, y no les dexaban otro recurso para mitigar tanto rigor y conservar la vida, que el horroroso crimen de la apostasía.

Mas ¿que es lo que yo hago, hermanos míos? ¿Necesitaré valerme de inútiles reflexiones para moveros á llanto, viendo que *Pedro Nolasco* proporciona á aquellos infelices recursos sólidos, poderosos y eficaces? Ah! Si vuestra rápida imaginacion pudiera seguir á este *hombre misericordioso*, le admiraríais quando al verle cargado de una opulenta sucesion, y fixando su mansion en el centro del mahometismo, allanó todos los tropiezos, y se abrió un paso libre á los oscuros y enfermizos encierros donde habitaban la inocencia oprimida, la virtud llorosa, y la fé incesantemente asaltada, y siempre constante y fiel.

Allí era donde su persuasiva voz hacia hablar á la Religion, y reclamar poderosamente

te

te sus derechos. Allí donde su liberal mano distribuía los tesoros de la caridad, y calculaba con utilidad su valor. ¡Quan gustoso estaba entre aquellos *bombres de dolor*! ¡Quan preciosos y estimables se hacían para él con los males que padecían! ¡Quan dignos de respeto con el nombre de christianos! El tierno consuelo y la viva esperanza; se introducían con él por las mansiones de la afliccion, donde muchos se desesperaban. Era un amigo que hablaba á los amigos, y lleno de un gozo secreto mezclaba sus lágrimas con las suyas, y besaba con un religioso respeto las cadenas que arrastraban teñidas de su propia sangre. Infinitas veces les dió su piedad el tierno y querido nombre de hijos; é infinitas recibió de su reconocimiento el inestimable cognotado de padre....

Soberbios enemigos de la Religion ¿podreis dexar de admirar los heroicos sentimientos que ella inspira, despues de haberos asombrado y conmovido con una escena tan tierna, aunque nueva para vosotros? Sin duda os admirais de tan noble modo de pensar, porque no sois capaces de él. Pero no, hermanos míos, no es esto lo que mas detiene á unos hombres tan malvados. La idea que habian formado de *Pedro Nolasco*, les ponía al descubierto un objeto mas interesante en su concepto. Veían que á proporcion de los beneficios que él repartía, se lisonjaba su avaricia, y que con sus liberalidades podían quitar á su alma venal el abandono y frialdad que antes sentía. El amontonamiento del

P 2

oro

oro excitaba demasiado su codicia; y proponiéndose empresas útiles, determinaron poner límites á su crueldad á proporcion de como extendiese la caridad sus larguezas. ¡Quanto puede el deseo de las riquezas! Por fin, dándose mas á la razon aquellos hombres salvages, cedieron á la santa liberalidad de nuestro Santo las víctimas que se habian propuesto inmolar á su supersticiosa Religion. El interes les llevó hasta el extremo de aplaudir los generosos esfuerzos de su caridad.

Y ¿que hubiera sido si hubiesen conocido enteramente su admirable mérito? Ellos ignoraban, que baxo la sencilla y modesta imágen de la penitencia, ocultaba á sus ojos el resplandor de una antigua nobleza que le podia elevar en su patria al mas alto grado de honor. ¿Qual hubiera sido su sorpresa y veneracion, si la fama hubiera llevado hasta su imperio la convencedora certidumbre de que aquel hombre que no respiraba sino humildad y sufrimiento, era el mismo *Nolasco* que antes de su nacimiento habia sido anunciado por un oráculo profético como la gloria y el ornamento del christianismo? ¿Aquel *Nolasco*, que por la temprana muerte de un padre ilustre, no llegó á ser el dueño y heredero de su casa, aun á pesar de las lágrimas de una tierna madre, sino por sacrificar en beneficio de los cautivos sus justos derechos y sus mas legítimas esperanzas? ¿Aquel *Nolasco*, que, como si fuera un angel tutelar de Cataluña, supo, durante el tiempo de

pú-

pública calamidad, y mediante su atenta vigilancia é inagotable y santa caridad, aplacar y aun extinguir los estragos del hambre, haciendo brotar la abundancia en el campo de la esterilidad? ¿Qual hubiera sido su sorpresa y veneracion si hubieran conocido al héroe que admiraban sin apreciarle ni sondearle? ¿Como habian de haber tenido palabras para ensalzar sus beneficios, si hubieran estado enterados de los sacrificios con que principió á derramarlos?

Si, señores, por un rasgo único de desinterés, se negó *Pedro Nolasco* á los ofrecimientos de una ventajosa alianza que debia añadir un nuevo lustre á su nombre, y colocarle en la corte de Francia, y colocarle en el manantial de las gracias. Este fué el ensayo de su sacrificio. Nuestro Santo, digamoslo así, no descubrió la aurora de una inmensa fortuna, sino para trastornar con brillantez el edificio de su nacimiento, para llevar sus preciosos escombros á los pies de la paciente pobreza, y para abrir los calabozos de los cautivos con la misma llave que hubiera podido abrir el templo del favor. Estos fueron los efectos de su sacrificio. Muchas veces se ocultó á las eficaces diligencias de un reconocido monarca, que creía interesada su gloria en hacerle el depositario de su poder y el objeto privilegiado de sus beneficios. Tambien eludió sabiamente las favorables disposiciones del soberano Pontífice, que por recompensar sus virtudes intentaba condecorarle con la púrpura Romana. Si, oyen-

P 3

tes

tes míos, nuestro héroe huyó de los honores quando venian á buscarle: jamas los deseó. Este fué el heroísmo de su sacrificio.

Pero los motivos son los que dan el precio á las acciones. El que tuvo *Pedro Nolasco* fué el de la caridad, y caridad para con los cautivos. *El espíritu del Señor* descansaba sobre él. El fué quien le envió para consolar á aquellos, cuyo corazón estaba despedazado de dolor; para repartir la unción de la gracia sobre los que gemian en la amargura de la desesperacion; para hacer brillar la luz de la libertad en las tinieblas de la esclavitud; para romper las cadenas de un pueblo digno de mejor suerte, y para mudar su temor en esperanza, su llanto en alegría, su ceniza en corona, y en gloria su oprobio (1). No hacia otra cosa que la que le ordenaba el cielo. Todo lo renunció, todo lo enagenó, todo lo dió. Una infinidad de cautivos rescatados publica sus beneficios, cuenta sus alabanzas, celebra su triunfo. Ved ahí el milagro de su sacrificio.... Pero aun no estaba contento *Nolasco*. ¿Y que es lo que falta á sus deseos? Ah! Todavía le quedaban cautivos que rescatar, y se acababan sus riquezas y agotaban sus recursos. ¡Situacion deplorable para su corazón! ¿Quien podrá en lo sucesivo allanar tantas dificultades? El solo. ¿Como ha de poder acudir solo á todas las necesidades? ¿Como ha de poder satisfacer solo la esperanza de aquellos hombres interesados, que

(1) Isaias c. 61. v. 3.

que no se determinan á soltar sus presas, sino á proporcion de los tesoros que les van dando? ¡Que no le hubieran seguido una multitud de libertadores generosos, que con las manos siempre abiertas para contentar la insaciable avaricia de los moros, les hubieran obligado á ceder, á fuerza de riquezas las que ellos poseían y menospreciaban! ¡ó infelices cautivos! ¡quan pronto hubierais dexado de serlo, y quanta fortuna hubiera sido la vuestra si *Pedro Nolasco* tuviera discipulos que le imitasen! De este modo se hablaba á sí mismo. De este modo formó en su espíritu la idea de una sociedad de hombres imitadores de su liberalidad.

¡O Santo mio! ¿á donde te lleva esa caridad mas ardiente que reflexiva? Apenas formas los proyectos, quando ya el mundo ingrato censura los que executas, y con odiosos colores pinta la envidia tus sacrificios. Un hombre que es un verdadero bienhechor de los cautivos, le parece un singular prodigio inspirado por la hipocresía, guiado por la ambicion, dominado por el interes.... ¡Mundo injusto! Bien oye *Nolasco* tus clamores, pero menosprecia tus censuras. Su corazón es la piedra del toque de tus mortales reprehensiones. Tus menosprecios son los que componen su gloria. Tus persecuciones aumentan su mérito. Sabe sufrirlo todo, así como todo lo ha sabido sacrificar. Bienhechor de los cautivos á expensas de su fortuna, será su protector á costa de su reputacion; y su firmeza le acarreará discipulos hasta de entre sus mismos enemigos.

La reputacion es una flor delicada que al mas ligero viento pierde su hermosura, y perdida no nos ofrece otra cosa que hojas marchitas á quienes el sol mas benéfico no puede volver sus primitivos colores. Es para el hombre una segunda vida. Quanto mas fácil es conservarla, otro tanto mas dificultoso es reparar sus descabros y perderla; quiero decir, vivir sin reputacion, es casi haber dexado de existir para la sociedad. Aunque tal vez injustamente atacada, viene á quedar muy pronto herida y arruinada, porque susceptible siempre el mundo de preocupaciones malignas, muy rara vez se digna profundizar y justificar las acusaciones mas dudosas, y mucho menos descubrir la calumnia, y confundir á los calumniadores. Por lo mismo amonesta el Sabio á todos los hombres con esta utilissima advertencia: *cuidad atentos con esta utilissima advertencia: cuidad atentos con esta utilissima advertencia: cuidad atentos con esta utilissima advertencia. Curam habe de bono nomine* (1). Sabia muy bien que donde acaba la reputacion empieza el oprobio.

El que no siente los tiros que le asestan contra su reputacion, es un falso estóico. El no oponerles sino un perdon generoso, beneficios, virtudes y nobles sentimientos, consiste en un heroico esfuerzo que solo la Religion puede inspirar y sostener, porque á nadie mas que á ella pertenece elevar al hombre sobre sí mismo. Guiado pues nuestro Santo por la Religion, y siempre firme en medio de la tempestad, jamas detendrá los vien-

(1) Eccli. c. 41. v. 15.

tos desatados para perderle, sino por medio de la imperturbable tranquilidad de su alma, seguro de su inocencia, superior á los mas fuertes trastornos de las obras de la caridad, á proporcion de como se intentan hacer sospechosos sus motivos, culpable su ejercicio, y odioso su mérito. Estaba persuadido, que solo el verdadero delito deshonor. Su modo de proceder le bastaba. Se podia sospechar de él; pero no convencer de que faltaba á su obligacion, ni transgredia ninguna ley. El mundo era su acusador: su conciencia su Juez.

De quatro fuentes igualmente menospreciables salen las imputaciones con que la envenenada censura obscurece el ministerio de *Pedro Nolasco*, sus acciones y persona. La venganza las inventa, el temor las anuncia, la envidia las agrava, el interes las divulga. ¿Y en que teatro representa la calumnia esta escandalosa escena? En la Corte de Aragón, á quien entónces tenian dividida poderosos bandos y facciones, y en la que los ambiciosos rivales se atrevian á disputar al legítimo monarca el trono y la autoridad: en una palabra, en la Corte donde la oposicion de los intereses favorecia á la de los sentimientos. Y ¿á que tribunal llevó la audacia una causa que con precision la habia de humillar con los mismos redoblados golpes con que intentaba abatir á nuestro Santo? Al del monarca.

Este era Jayme Primero, á quien de acuerdo con la verdad concede la historia los re-

nom-

nombres de *Dichoso*, *Conquistador*, é *Invincible*. Príncipe que aprendió por las revoluciones y desgracias ocurridas en su juventud el arte de la sábia desconfianza, y la utilísima ciencia de imperar como rey precautivo contra los artificios de la impostura. El suceso de su padre Pedro Segundo, muerto en la batalla de Mureto, le habia hecho conocer lo fatal que es para los príncipes dar oídos á la preocupacion, al odio y á la venganza. Un héroe como Simon, Conde de Monforte le impuso en los principios de valor, política, prudencia y moderacion. Encargado Pedro Nolasco de su educacion, recibió á su lado sentimientos de Religion, de zelo, caridad, justicia y reconocimiento. Detenido por mucho tiempo en una especie de esclavitud, conoció Juan primero el precio de la libertad por una triste experiencia, y se habia propuesto emplearse con nuestro Santo en la redencion de los christianos, que gemian esclavizados entre los moros. Vuelto hácia sus vasallos, y colocado por la victoria sobre el trono de sus abuelos, en medio de las turbaciones que parecia le apartaban de él, se opuso á la rebelion, é hizo experimentar á los rebeldes lo que era su valor, su bondad y su clemencia. A las pacíficas negociaciones de Pedro Nolasco, debia el que hubiesen cesado las turbaciones que dividian á Aragon entre dos competidores temibles. Tambien le era deudor de la felicidad de haber escapado del evidente peligro á que habia estado expuesta su vida por el artificio y violencia de los parti-

tidos opuestos (1). El cielo habia presentado á aquel príncipe, como á otro Cyro, para librar de la cautividad al pueblo santo de Dios, que tanto tiempo hacia estaba esclavizado (2). Para él estaba reservada la gloria de hacer llevar á los infieles el yugo que con tanta soberbia habian impuesto á la católica España. Solo el nombre de Jayme Primero, da á conocer un príncipe, cuyo reinado, como el de Constantino, fué una continuada série de maravillas. Como maestro consumado en el arte militar, hizo temblar á Muradal, forzó á Valencia, sujetó á Murcia y Mallorca, humilló el poder de los Sarracenos, convirtió al hijo de uno de sus reyes á la fé del Evangelio, conquistó dos reynos, y ganó treinta batallas. Fué un príncipe hábil para aprovecharse siempre de los sucesos que pudieran instruirle; grande en sus proyectos, reflexivo en los medios que tomaba, pronto en la execucion, firme en el peligro, siempre valiente y vencedor. Un príncipe zeloso defensor de la Iglesia, propagador de la fé, y armado con tanta prontitud para mantener los intereses de la verdad, como para la defensa de sus estados. Un príncipe que dedicó otros tantos altares á María, como quitó de mezquitas al mahometismo: y en fin, un príncipe que dexó á los siglos venideros en mas de dos mil templos consagrados por su cuidado al Eterno Pa-

(1) M. Baillet, 31 de Enero.

(2) Hist. de las Revol. de España, tom. I. pag. 423. en4.

Padre otros tantos monumentos inmortales de su piedad y religion.

Un principe como este, cuyas luces igualaban á su equidad, ¿como era posible que cediese á las impresiones poco favorables, con que las diversas pasiones procuraban hacer que su espíritu desaprobese la pretendida reprehensible conducta de *Pedro Nolasco*, que era á quien debia las mayores obligaciones, y en quien conocia las intenciones mas puras, el alma mas noble, la mas incorruptible probidad?

La venganza se lisonjeaba de conseguirlo; pero se engañó. La época de la persecucion que movió contra nuestro Santo, se debe fixar en el tiempo de la reforma de una congregacion célebre de que fué el autor. Esta habia sido establecida por Alfonso II. Rey de Aragon. En su origen fué por eleccion de la nobleza una escuela caritativa para los cautivos. El fervor de sus operaciones correspondió por algun tiempo con la sublimidad de su instituto. Pero por desgracia hasta la virtud degenera en los hombres, porque son hombres. La ociosidad habia entrado á ocupar el lugar del zelo. Los tesoros destinados á la redencion de cautivos, se consumian en los frívolos gastos del luxo. *Pedro Nolasco* se declaró abiertamente contra un escándalo que se manifestaba sin pudor, y le condenó. Mas como siempre halla protectores, y éstos se creian ofendidos, hacian retemblar el trono con sus clamores, la reputacion del reformador se pintaba por la venganza

con los mas terribles y odiosos coloridos. Suponia tambien, que su zelo por el restablecimiento de la disciplina, ocultaba proyectos ambiciosos: que baxo el laudable pretexto de quitar los abusos, se apoderaba del mando y del gobierno: que como apóstol de las novedades profanas, sabia por caminos torcidos introducir en España la heregia Albigense, cuyo veneno habia chupado en Francia: que su priesa por librar los cautivos de los lazos de la esclavitud, era una estratagemata para atraerles al abismo del error.

A estas péfidas suposiciones de la venganza, se juntaban los estudiados espantos del temor. Todo esto lo fomentaban unos hombres distinguidos por su nacimiento y gerarquía, que representaban al principe lo perjudicial que era para su familia el que sus hijos estuviesen al lado de *Nolasco*. Se quejaban, de que en lugar de hacerles caritativos su zelo les hacia prodigos. *Prodigos evadere filios querebantur* (1). Que por sus funestas persuasiones dexarian de ser ricas las casas mas opulentas; y que aunque sentian reclamar la autoridad soberana, se veian precisados, á causa de las continuas peticiones y demandas, á remediar tan peligrosos efectos.....

Los espantos del temor se vieron apoyados por la murmuracion de la envidia. Po-

(1) *En Alphons. Remon. Hist. apud Boiland. 29. de Enero.*

líticos siempre los cortesanos, é impacientes testigos de la confianza con que honraba el príncipe á nuestro Santo, respetaban al principio su eleccion, pero á muy poco tiempo se quitaron la mascarilla. Ser un extrangero preferido á los vasallos del Príncipe, es una injusticia. Y ¿qué extrangero? Un hombre sin sentimientos, que quiere mas bien estar entre el pueblo mas vil que entre los grandes de la Corte. Un hombre que con apariencias de santidad tiene las mas corrompidas costumbres. Un hombre que abusando de la bondad del monarca favorece á los que pretenden la Corona, y medita la ruina del Estado por las inconsideradas guerras que aconseja... Quanto mas se teme á la virtud, mas ingenio hay para suponerla delitos que no tiene.

La perversa envidia llamó en su socorro al artificioso interés. ¿Que es lo que oigo Dios mio? Los hombres destinados á las casas que estan consagradas á favorecer los pobres enfermos, llevaron hasta el trono sus representaciones, sus quejas y sus gritos por el gobierno y adquisicion de sus bienes. Como un indiscreto protector de los cautivos, era *Nolasco* el mas peligroso enemigo de los pobres. Si continuaba, decian, solicitando las liberalidades públicas, no tardarian mucho en caer y arruinarse los establecimientos mas útiles del reyno. En poco tiempo se verian cerrados todos los asilos que habian abierto á la miseria la piedad de los reyes de Aragon. La sensibilísima suspension de las limos-

mosnas, obligaba ya á restringir lo necesario. Como diestro seductor impedia los beneficios de los fieles, y se aprovechaba solo de las larguezas de que al parecer era él el distribuidor....

Si la preocupación pudiera sorprehender á un príncipe iluminado y justo, sin duda hubiera creído el rey que debia prestar sus oídos á unas quejas tan graves y repetidas por todas partes. Pero no ignoraba el motivo de donde salian tan frívolas declamaciones. Sabia muy bien apreciar su valor. *Non latebat Regem quo ex fonte ista manarent* (1).

¿Os parece que observando el mismo *Nolasco* la tempestad que le amenazaba, intentaria librarse de ella? No por cierto. El pasar por lo que no era en el arbitrario concepto de los hombres, era para su humildad un triunfo verdadero. En efecto ¿que medios empleó para escaparse de tan diversas pasiones, que de acuerdo intentaban sacrificarle? El silencio. Mas este, como que no procuraba descartarse, podia favorecer las imputaciones de la calumnia. Todo el mundo la menosprecia quando tiene por suya la verdad. Pero manchada su reputacion, solo le permitirá llorar la infeliz suerte de los cautivos, sin poderles hacer probar los generosos esfuerzos de su zelo, que jamas les abandonará. Huirá de la corte; pero desde su retiro no cesará de suplicar al rey se interese por su situacion.... ¡O amado príncipe! le dirá él; á mí no

(1) *Ex Hist. Alpbans. Remon.*

no me corresponde defenderme de mis enemigos. Tú me conoces muy bien. A tu cuidado dexo mi reputacion. Pero ¿se atreverán mis enemigos á destruir la justa esperanza de los cautivos, y hacer que pierdan sus derechos sobre tu corazon? Ah! Yo tengo en él mucha seguridad, y podia dexarme de semejantes sentimientos. Ya no debo advertirte, que su libertad es obra digna de un rey christiano, quien en tantos cautivos como rescata encuentra otros tantos apoyos de su corona. *Captivos redimere opus est praestantissimum* (1)....

No por cierto; yo no te repetiré ya lo que mi obligacion me precisaba enseñarte quando en tu juventud estaba yo encargado de formar tu espíritu y tu corazon. Solo te repetiré, que el resplandor de la diadema se eclipsa, sino ha dimanado del brillo de la virtud; que es mucho mejor enjugar las lágrimas de los infelices, que conquistar reynos enteros; que es mucho mas glorioso sacar á tus fieles vasallos de la esclavitud, que tener en ella á tus vencidos enemigos.... Tú seguirás en el trono á tus mayores, te decia yo entónces: esta es tu suerte. Pero no te olvides en medio de la grandeza, que mientras todo se emplea en tu felicidad, hay muchos christianos, imágenes de tu Dios, que gimen en una triste esclavitud, y christianos cuyo único delito es el de permanecer siempre fieles á su Religion y su rey. Quiera Dios

(1) Greg. Pap.

Dios que la suprema dignidad no aparte jamas de tu vista el admirable contraste de su suerte y la tuya. Así es, gran Rey, como te hablaba yo. En el dia eres tú mi señor y mi maestro. Ya no tienes necesidad de mis lecciones....

Pero permítaseme todavía implorar tu caridad, y ser siempre propicio á aquellos mismos cautivos á quienes una visible conspiracion procura degradar á tu vista y hacerles menos valer. No permitas que aquellas inocentes victimas perezcan con mi reputacion. Yo he recogido sus lágrimas para presentarlas: oye sus suspiros. Desde el medio de su cautividad te dirigen aquellos respetables discipulos de Jesu-Christo las mismas palabras que decian á Josué en otro tiempo los habitantes de Gabaon: *Ne retrabas manum tuam ab auxilio servorum tuorum.* ¡O amado Rey nuestro! ¡O nuestro padre! No retireis una mano misericordiosa en quien consiste toda nuestra esperanza. Nosotros somos vuestros vasallos. No nos priveis de vuestra poderosa mediacion. *Ascende citò.* Ah! Si vos mismo pudiérais venir, conoceriais con horror nuestro infeliz estado. Abreviad á lo menos nuestra libertad. *Libera nos.* Y respecto de que las ocupaciones del trono no os permiten dulcificar nuestra suerte con vuestra real presencia, sírvanos por de contado vuestra proteccion de apoyo, de consuelo y de recurso. *Ferque presidium* (1).

¡Que

(1) Josué 10. 6.
Tom. V.

¡Que eloquente es la voz de la caridad! ¿Como era capaz que no moviese á un príncipe compasivo y religioso? En ella descubria toda el alma y el espíritu de *Nolasco*. Y aunque no consistia en otra cosa el encono que tenia contra él la mas odiosa calumnia, cada dia era mas querido y estimado de aquel príncipe religioso. ¡Con quanto anhelo le llamó á la corte, que espontaneamente habia abandonado! ¡Con quanta autoridad cortó las sediciosas murmuraciones! En fin, volvió á presentarse en la corte. Temed, pasiones conjuradas para perderle, monstruos que vomitais contra él la hiel y la amargura: temed su favor, ó por mejor decir, confesad vuestra deshonra y alabad su triunfo... Todo se mudó. Cesó la tempestad, y estremecida la venganza, procuró callar. El temor confesó la injusticia de sus sospechas. Confundida la envidia, se avergonzaba de sus maquinaciones. El interés renunciaba tambien sus pretensiones. Aprobadas las empresas de *Nolasco* por el Rey, lo fueron por toda la corte. Los que percibian los nobles designios de su caridad, les adoptaban, favorecian y se juntaban á él para asegurar su execucion. *Qui fuerant illius conatibus adversati juvare eum ceperunt* (1). En la firmeza de nuestro Santo consistió la preparacion de sus discipulos. Por medio de su cautividad va á procurárselos. ¿De su cautividad? Sí, hermanos míos. No le era suficiente apoyar con su crédito,

(1) *Ex Hist. Alphonz. Remon.*

á pesar de la calumnia, la causa de los christianos que gemian en la esclavitud. Los hizo sacrificios mas generosos. Protector suyo á expensas de su reputacion, aun era su libertador á costa de su libertad.

¿De que serviría facilitar á los christianos abundantes socorros y zelosos protectores, si no fuesen unos y otros un premio de su próxima libertad? Esto sería minorar su desgracia, pero no acabar con ella. A fin de extinguirla enteramente discurrió un medio, cuya idea es propia solamente de él, y de que hasta entónces no habia visto el mundo otro exemplo. Este, pues, fué el de comprar el rescate de los cautivos á costa de su propia cautividad: el de romper sus cadenas echándoselas él mismo sobre sí: el de sepultarse voluntariamente en las profundas cavernas de donde les sacaba para vivir pacíficamente y alegrarse en ellas como christiano: el de comprar la libertad de los demas por el sacrificio de la suya propia: el de esclavizarse por acabar con la esclavitud de sus hermanos: el de entregarse á toda especie de trabajos por no vérselos padecer á aquellos infelices. ¡Heróyco proyecto! Apenas le concibió su espíritu, quando hubiera querido ejecutarle su corazon. No obstante, buscó la ocasion, se presentó y se aprovechó de ella... El será el primero que tenga la gloria de abrir este nuevo camino á la caridad.... Esta es mas industriosa en sus recursos, que la política en sus artificios.

Ya llegó el dia fatal en que se agotaron todas

das las riquezas de que la liberalidad de los fieles habia hecho depositario á *Pedro Nolasco*. El estado mas sensible para un gran corazon, es el de no poder hacer todo el bien que quisiera. Quando no hay otra cosa que dar que sentimientos y compasion, es muy débil el recurso. Colgados de las paredes de los templos los grillos y cadenas de una infinidad de christianos libertados por sus beneficios, indicaban verdaderamente los milagros de su caridad. Pero ingeniosa siempre la avaricia de los moros para adquirirse nuevas víctimas y recursos, ofrecian aun á la generosidad de nuestro Santo una prodigiosa multitud de cautivos que rescatar... Rompamos, se decía á sí mismo, rompamos las cadenas con que estos hombres bárbaros se deleytan sujetar á los christianos. *Dirumpamus vincula eorum* (1). Ofrecámosles un rescate, que sin lisonjear su codicia excite su compasion. Respecto de que los tesoros de la opulencia les sirven de cebo para someter á su yugo mayor número de infelices, opongámosles un espectáculo capaz de enternecerles, si conservan aun algunos sentimientos de humanidad. Vamos á suplicar á su crueldad por nosotros mismos: esclavicémonos libremente baxo sus leyes: pidámosles que descarguen sobre nosotros los trabajos de que queremos libren á nuestros semejantes.

No, sabiduría humana, no pienses que has de estorbar á *Nolasco* su intrépida resolución.

Ami-

(1) Ps. 2. v. 3.

Amigos temerosos, que consultais mas bien sus intereses que á su piedad, no os den cuidado los peligros, que se promete menospreciar. Quantas mas reflexiones hace, mas patentemente se descubren á su corazon los motivos que le confirman en su idea.... Parte, llega, habla, se le escucha. Propone ¿pero que? Que en defecto de los intereses se venderá á sí mismo. Asombrados los moros, les parecia que se engañaba en lo que decía: volvian á tratar, y él se lo suplicaba de nuevo. Replicábanle, é insistía en lo mismo. Por último, aceptaron, y se cumplieron sus intenciones. Libráronse los cautivos, y quedó él entre sus prisiones.

¿Hay ántes de *Nolasco* un solo exemplo en la historia de semejante heroísmo? Se alaba la intrepidez de aquel Rey, que vencido por *Alexandro*, no quiso su libertad á costa de una baxeza. Pero la suerte de las armas le habia sometido al poder de su vencedor. El no tenia intencion de salvar á su pueblo, pues que hasta en su cautividad manifestaba un orgullo inflexible. Quería por la elevacion de sus sentimientos hacer ver que era digno del trono que acababa de perder por un reves de la fortuna. Hacía vanagloria de ser superior á los acontecimientos, pero no era el árbitro de su destino. Recibia la ley, no la daba... Nuestro Santo no trataba con sus vencedores. Los moros no tenían ningun derecho sobre él. Su esclavitud era obra suya. Sus cadenas era dueño de romperlas quando quisiese. Los moros no exigían de él sino lo que

él queria exigir de ellos. Que los dexé sus esclavos, y ellos le dexarán su libertad.

Nosotros respetamos aquellos héroes del Evangelio, que en el tiempo de persecucion preferian morir llenos de oprobios entre el horror de las prisiones, mas bien que renunciar á Jesu-Christo, y conservar su vida á expensas de su fe: Pero no corrieron para ponerse delante de los bárbaros tratamientos que experimentaban de los señores del mundo. Su detencion era forzada; é interesada la Religion en su constancia, no les permitia escoger entre Dios y los ídolos, entre el martirio y la apostasía. Peleaban por la fe, y la debian el sacrificio de su libertad.... El sacrificio de *Pedro Nolasco* no era por la fe, sino por la caridad. Sus acciones no tanto se dirigian á conseguir su propio bien, quanto el de sus hermanos. Con ellas honraba á la Religion, pero la Religion no le precisaba á ello. Sufria por virtud el que podia librarse sin delito.

¡Nuestro Santo entre las prisiones de los infieles! Solo este rasgo obscurece todos quantos pudiera yo emplear en su elogio. Dexo á parte que España le admiró, quando nombrado para conciliar los intereses de dos poderosos ribales, mostró un ingenio muy á propósito para manejar y concluir las mas árduas negociaciones. Dexaré aparte, que se atraxo las atenciones de Alemania, quando enviado por el Rey de Aragon á la corte de Hungria, concluyó por medio de sus sabias discusiones una alianza, que tanto hacia se-
de-

deseaba al mismo tiempo que se creía inconseguible. Y en fin dexaré aparte, que habiendo merecido los aplausos de toda Europa, quando, como prudente consolador de una Reyna desgraciada, que en una repentina revolucion acababa de perder á su esposo y su corona, la enseñó, digámoslo así, á santificar sus desgracias, y á coronar el sacrificio de su grandeza por el de su vida.

No será fuera de propósito decir, que las acciones de *Nolasco* habian llevado su reputacion hasta la corte de Francia; y que deseando conocerle San Luis, no logró verle, sino para admirarle, consultarle y respetarle. Llamado, convidado y querido de aquel monarca, tan gran rey como santo, logró que aprobase y protegiese sus empresas un príncipe cuya sabiduría dictaba los consejos, cuya justicia no hacia cuenta de las alabanzas, cuya piedad reglaba sus pasos: logró ser reconocido por santo de un rey, que era la imágen de la virtud, el defensor de Jesu-Christo, el apóstol, el mártir de la fé: logró, despues de haber sido solicitado por San Luis, venir, baxo sus auspicios, á combatir al mahometismo, y librar los cautivos de Damjeta y Cartago. ¡Ah! Yo, señores, conozco todo el valor de una gloria tan lisonjera. No me detendría en apartar los rayos que sirven de ornamento á su corona, si entre las cadenas de los infieles no me pareciera superior á su gloria y aun á sí mismo.

¿Queremos conocer, decia San Juan Chri-
sóstomo, qual es el mérito de un hombre car-

gado de prisiones por la causa de Jesu-Christo? Reparemos en San Pablo. El titulo que mas deleytaba á este doctor de las naciones era el de cautivo de Jesu-Christo. *Paulus vinc-tus Christi*. Este titulo es mas noble y au-gusto que el de apóstol y evangelista. Sí, oyen-tes mios, yo preferiría las prisiones de San Pablo á la potestad de resucitar los muertos. Mas grande se me representa en las prisio-nes, que arrebatado al tercer cielo. ¡Dichos-
as cadenas! ¡Dichosas manos! *O beata vincu-
la! ò beata manus!* Si yo hubiera vivido en tiempo de San Pablo, ¡ah! ¡con quanto res-
peto hubiera besado sus manos y sus cade-
nas (1)! Menos respetable parecia á San
Chrisóstomo un rey sobre su trono, que en-
cadenado Pablo por las órdenes de Neron.

No de otro modo me represento yo á *Pe-
dro Nolasco* en la esclavitud de los infieles. El
se sometió voluntariamente á los enemigos
del nombre christiano: fué víctima de la ca-
ridad porque quiso serlo; y porque á costa
de su libertad se habia propuesto conseguir
la de los cautivos. ¡Ah! Nada encuentro que
sea comparable con semejantes sentimientos.
Los pomposos titulos de embaxador de Ara-
gon, ministro de Jayme I. y amigo de San
Luis, todos los cedió por el titulo glorioso
de cautivo de Jesu-Christo. *Vinctus Christi* (2).
Menos me admiran sus milagros que sus ca-
denas,

Lle-

(1) Joan. Chrisost. de laud. divi Pauli.

(2) Epist. ad Philemon.

Llevemos nuestra consideracion, por un dul-
ce extravío, al tiempo de su cautividad. Me
parece que estoy palpando sus cadenas y sus
manos, y que con solo tocarlas me lleno del
mas profundo respeto. Como que le oigo dar-
se la enhorabuena por la pérdida de su li-
bertad, lo mismo que si fuese por la con-
secucion de una victoria, y exclamar trans-
portado de una santa alegría: ¡dichosas pris-
iones! ¡preciosas cadenas! Ya no atormentais
á los christianos: causais mis delicias. ¡O
amable cautividad! Yo prefiero tus rigores á
los palacios de los reyes. Para mí no sois pe-
nosas, ántes me servis de consuelo. *Vinctus
Christi*. Soy cautivo, pero en esto consiste mi
felicidad, pues que por este medio he hecho
felices á millares de desgraciados, que de otro
modo no hubieran dexado de serlo. ¿Como
he de sentir yo los honores de la corte, y los
favores del príncipe, si consigo todo quanto
quiero? Mis titulos y mi gloria consisten en
ser cautivo de Jesu-Christo. No cambiaré mi
dicha por la de los mas ilustres potentados
del Universo. ¡Quanto gusto tengo por ha-
berme cabido esta suerte que parece tan ri-
gurosa! Id vosotros infelices, que tanto tiem-
po hace gemis entre esas prisiones y cala-
bozos, id á costa de mi esclavitud á gustar de
los encantos de una tranquila libertad. Ya
habeis quedado libres: esto era solamente lo
que yo deseaba. Estoy contento y soy dichoso,
pues que vosotros lo sois. *Vinctus Christi*.

Por estas generosas acciones, y por estos
heróycos sentimientos fué por los que *No-
las-*

Iasco admiró á España, se atraxo las atenciones de Francia y las voluntades de Roma; se formó imitadores, y preparó y juntó discípulos. A él se unieron hombres resueltos á seguir sus pasos, capaces como él de ser los bienhechores de los cautivos á expensas de su fortuna, sus protectores á costa de su reputacion, y sus libertadores á cambio de su libertad. En el mero hecho de haber sido elegidos por tan gran Santo, *elige tibi viros*, se dexa entender, que eran dignos de participar de sus trabajos. No se tardará mucho en ver su espíritu, su conducta y su gloria. Pero no precipitemos los acontecimientos....

Los sacrificios que hizo Pedro Nolasco á la Religion por la redencion de los cautivos, comprueban la generosidad de sus sentimientos, y le hicieron acreedor á tener discípulos. Los servicios que hizo á la Religion en la redencion de los cautivos, le inmortalizan á él del mismo modo que á sus discípulos. Todos demuestran la utilidad de sus empresas.

Libera fratres tuos.

SEGUNDA PARTE.

Quando determinó el Dios de Israel librar á su pueblo del tiránico dominio de Faraon, le presentó á Moyses como viva imágen de su sabiduría, poder y gloria. *Misit Moysen servum suum* (1). Pedro Nolasco se presentó en la Iglesia con la misma sabiduría, poder

(1) Ps. 104. 26.

y gloria, quando el Señor determinó sacar á los christianos de la esclavitud en que les tenian los moriscos, vencedores de España en un principio, y aun entónces perturbadores de ella.... Como legislador, conquistador y apóstol en la redencion de cautivos, hizo nuestro Santo á la Religion los mas importantes servicios. Escogió algunos hombres que le siguiesen, y poniendo en execucion su proyecto, fué y libertó á sus hermanos. *Elige tibi viros, et vade, et libera fratres tuos.* Se adquirió discípulos, y con este poderoso socorro enriqueció la Religion. *Elige tibi viros.* Trabajó, y con sus inmensas fatigas la defendió. *Et vade.* Sacó á los cautivos de la esclavitud, y por su libertad, aseguró una gloria que forma el triunfo de la Religion, enriquecida con el establecimiento de una Orden destinada á la redencion de cautivos. El defender á la Religion por una serie de trabajos, cuyo fruto fuese la redencion de cautivos, y hacerla triunfar por unos singulares rasgos de gloria, cuya brillantez se eternizase con la misma redencion, fueron las útiles empresas de Nolasco, y los esenciales servicios que hizo á los cautivos, á la Iglesia y á la Religion, inmortalizándose á si mismo y á sus discípulos.

Todas las Ordenes son para la Religion un precioso socorro de que se aprovecha. Pero entre todas ellas no hay ninguna tal vez que haya procurado á la Religion en sus urgentes necesidades socorros mas eficaces que aquella de que San Pedro Nolasco es el fundador.

abr. Orden, cuyo nombre solamente caracteriza el mérito, y acaba el elógió: Orden, cuyo nacimiento es un beneficio del cielo, y cuyo destino una felicidad para la tierra. El motivo de su instituto es un heroísmo de zelo. Ella está especialmente dedicada á la redencion de cautivos por un prodigio: su conducta en la misma redencion es un perpetuo milagro de caridad. *Elige tibi viros, et vade, et libera fratres tuos.* Su designio dimanó de una inspiracion divina. Las lágrimas de los desgraciados, fueron la causa de su primer fruto. Hasta los mismos enemigos del nombre christiano publicaron sus sucesos.

Acordémonos ahora de los odiosos, aunque exáctos rasgos con que pinté aquellos implacables enemigos del christianismo. Ellos son suficientes para justificar el origen del Orden fundado por nuestro Santo.

Yo no llegaré hasta el remoto tiempo de aquella asombrosa revolucion por cuya causa fueron los Sarracenos conquistadores de Egipto, Numidia y Mauritania, introducidos en España. Esta fué una perfidia que sostuvieron despues con sus victorias. Acábase para siempre la memoria de aquel ciudadano indigno, de aquel perverso christiano que formó el exécrable proyecto de entregar á su patria á los mas irreconciliables enemigos de su nacion, y de su fe. Yo no describiré los rápidos sucesos de una nacion luxuriosa y guerrera, impía y supersticiosa, política y bárbara, muchas véces abatida y siempre au-

bi-

biciosa. No seguiré aquel torrente que con su impetuoso curso rompió todos los diques, se esparció arrasándolo todo por la Andalucía y Extremadura, y por sus espantosos estragos dexó por todas partes la consternacion, la carnicería, las ruinas y la muerte. No pintaré la sangrienta imágen de las inauditas vexaciones que ocasionaban los vencedores moriscos en los desarmados pueblos que sujetaban á su dominio. No haré mencion de aquellos inhumanos tiranos á quienes animaba el deseo de estender su secta, sin otra ley que la de su ferocidad, su poder y su falso zelo; armados contra el Dios de los christianos, y destructores de sus discípulos por la multiplicacion de los martirios que executaban en ellos al mismo tiempo que hacian sus conquistas... Aquellos gloriosos y felices dias, ya se habian acabado para ellos en el XIII siglo en que se levantó en la Iglesia la Orden de *Pedro Nolasco*, tan fatal para el mahometismo, como ventajosa para la Religion de Jesu-Christo. Solamente diré, que aunque temibles todavía los moros en España, mas bien hacian entónces esclavos que conseguian victorias. Aprisionaban á los sugetos á quienes no podian imponer leyes. Otro tanto mas crueles quanto mas humillados estaban, indemnizaban la pérdida de sus armas con las imposiciones de la avaricia. Solo á cambio del oro se abrian las tenebrosas prisiones donde exercia su furor sobre los cautivos un poder arbitrario y tiránico, oprobio de la razon y de la humanidad.

En

En esta ocasion tan crítica fué quando por medio de la institucion de su Orden, vino *Pedro Nolasco* á enjugar las lágrimas de la Religion y de los cautivos. Afortunados estos, consiguieron que un pueblo, cuya existencia se ignoraba hasta entónces, acudiese á su socorro. *Gentes quæ te non cognoverunt ad te current* (1). Sus benéficas manos mudaron su suerte. Su caridad hizo, como una lluvia favorable, que se sucediesen á los días de tristeza los de prosperidad. *Descendit imber.... de cælo* (2). Salieron alegres de sus tenebrosas prisiones, y fueron llevados en paz hasta el seno de sus familias. *In lætitia egrediemini; et in pace deducemini* (3).

¿ Como ha de haber expresiones suficientes para describir las maravillas de esta Orden, cuyo nacimiento ilustra un prodigio, cuya propagacion forma la riqueza de la Iglesia, cuyos frutos siempre permanentes harán pasar su gloria con un nuevo resplandor hasta el fin de los siglos? Las florecientes Ordenes de Basilio, Gerónimo, Benito, Bernardo, Domingo, Juan de Mata y Francisco de Asís, son unas religiones utilísimas que, desde que vivió nuestro Santo hasta ahora, se han hecho recomendables por su penitencia, caridad, zelo, confianza y abnegacion. Yo no pretendo rebaxar el mérito de sus trabajos ni disputar la celebridad de sus sucesos. Sé muy bien

(1) *Isaias 55. 5.*(2) *Ibid. v. 10.*(3) *Ibid. v. 12.*

bien lo mucho que sirven y edifican á la Iglesia. Las preocupaciones de un mundo incrédulo y mal llamado filósofo, deben ceder á la evidencia de los hechos. La verdad siempre triunfará de las fogosas declamaciones con que se precipitan algunos temerarios ingenios, reformadores especulativos de los abusos, que ellos únicamente perciben. Pero sin faltar al respeto debido á las demas religiones que subsisten en la Iglesia, se puede decir muy bien, que la Orden de *Pedro Nolasco* tiene en su plan, origen, establecimiento y progresos, unos caracteres ó señales de mérito y de gloria que la distinguen de todos los otros institutos.

La Virgen Santísima, la madre de Dios fué quien preparó en el cielo este admirable proyecto de caridad, que debia executar nuestro Santo sobre la tierra. El nacimiento de las demas Ordenes, no tuvo al parecer otros testigos que vastos desiertos y montañas escarpadas. La religion de la Merced se levantó como un astro luminoso en la corte de los reyes. Su palacio fué su primer templo. Una revelacion la acarreó sus primeros protectores.

No ignoro, señores, que en punto de revelacion es menester una prudencia reflexiva para no confundir las ficciones con la verdad, los prestigios con los milagros, las ilusiones fáciles en los hombres con la voluntad visible de Dios. Si la Orden establecida por *Pedro Nolasco*, no tuviese otra prueba de su maravilloso origen que una tradicion popular,

lar, sospechosa y contradictoria: si no tuviera en su apoyo la palabra de los reyes, que aseguran la certeza, el testimonio de los santos que la confirman, la autoridad de los soberanos pontífices que la aprueban, los votos de la Iglesia que la consagran, la unánime confesion de todos los historiadores que la cuentan; no se la colocaria al igual de aquellos acontecimientos sobrenaturales que merecen una justa creencia, y exigen un respeto universal. Ocultariamos con el velo del silencio un pretendido prodigio, de cuya realidad sospechariamos con fundamento. Nos limitaríamos á seguir á esta congregacion en sus felices progresos, sin empeñarnos en recargarla con los singulares rasgos que señalan la época de su institucion. Dexaríamos á la preocupacion sus ideas, á la crítica sus observaciones, y nos contentaríamos solamente con exclamar: ¡dichoso el siglo que vió aparecer aquel fenómeno que fué el terror del mahometismo, el recurso de los cautivos y el consuelo de la fe!

Mas quando una revelacion tiene todas las señales de verdadera, no la es permitido á la eloqüencia sagrada dexarla expuesta á las dudas y á la irrision de los incrédulos.

La de que yo hablo, no dexa nada que desear para comprobar su evidencian.... *Pedro Nolasco* oyó la voz de María, que le mandó fundar una congregacion destinada á la redencion de cautivos. *Elige tibi viros*. Esta misma voz, y en el propio tiempo la oyó *Jayme I*, Rey de Aragon. Ningun interes le movia

via á este príncipe para proteger la impositura. Era capaz de descubrirla, y sin embargo declaró su vision á su corte y á todo el reyno. Predicando *Raymundo de Peñafort*, citó por testigo á Dios, cuyo Evangelio explicaba, para comprobar, que á exemplo del Rey y de nuestro Santo habia recibido orden del cielo, cuyas intenciones habia llenado, y cuyos oráculos debian respetar los pueblos.

Aquel orador no era uno de estos miserables ingenios, que fáciles de sorprehender, creen sin fundamento y adoptan sin exámen. Era un santo, pero un santo ilustrado. Como hombre distinguido por su nacimiento, estaba unido á los Reyes de Aragon. Conocido por sus talentos, brillaba á un mismo tiempo como hábil literato, filósofo sólido, teólogo profundo, orador eloqüente, casuista acreditado, director de los reyes y consejo de los soberanos pontífices. Como hombre zeloso y exemplar, combatia contra los Albigenses, los moros y los judios, y los convertia; instruía á los obispos, y se habia negado él á serlo. Por su pesc y autoridad, fué destinado á gobernar la orden de Santo Domingo, de quien se hizo discípulo, y comprobó por su sabia, firme y edificativa conducta una eleccion que le honraba honrándola. Cinco papas consecutivos le encargaron, que presidiese los mas delicados negocios de la christianidad, y les terminó con tanta inteligencia como buen suceso. Como á hombre trabajador y erudito, le debe la Iglesia la primera y mas exácta recopilacion de las constituciones apos-

tólicas. Como penitente y apóstol de la penitencia, las mismas costumbres le acompañaban en la corte que en el retiro. En este mandaba á sus pasiones: en aquella se atrevió á mandar á las pasiones de los príncipes. Su severa piedad, y su inflexible constancia, fueron recompensadas con milagros. Como hombre poderoso en obras y palabras, como un nuevo Elías y un nuevo Pablo, tuvo la gloria de que no acertasen á decidir, si tenía mas luces que virtudes, mas reputacion que mérito, mas celebridad durante su vida que despues de su muerte.

¿Quien no ha de seguir la juiciosa reflexión que hace sobre la Orden instituida por Pedro Nolasco un ingenioso orador de nuestros dias (1)? Parece, dice este eloqüente panegirista, *que quiso el cielo reunir en el establecimiento de esta Orden la delicadeza de ciertos ingenios críticos, que presiden por su gerarquía, habilidad, sabiduría y santidad á aquella milagrosa obra... Su testimonio en favor de una aparicion, es una autoridad respetable que siempre destruirá las censuras y las blasfemias del error y de la impiedad. Es muy oportuno creer lo que es imposible contradecir... Por otra parte, nada repugna este prodigio á la razon. La aparicion es muy posible, el motivo santo, el objeto útil, el efecto pronto, la execucion pública, el suceso permanente... Levántase la Orden... Limpiad de una vez vuestras lágrimas*

(1) El Abate Ballet, Paneg. de nuestra Señora de la Merced.

grimas, romped vuestras cadenas, christianos cautivos, ya que habeis estado subyugados hasta aqui del poder de Mahoma. *In letitiâ egrediemini.* Una infinidad de héroes caritativos se unen para vuestro rescate y van á consagrarse en este ministerio.

Otros oradores publicarán los trabajos y ciencia de estos hombres caritativos. Ellos les harán conocer en los importantes empleos que ocupan, en las diferentes sillas episcopales que regentan, en la corte de los reyes que dirigen, entre los *Señores de Israel* á quienes instruyen. El elogio de *Pedro Nolasco* no me permite seguirles mientras están ocupados en el centro del mahometismo en hacer ceder á los bárbaros príncipes.... Allí les admiraré cargados de preciosos despojos recogidos de la humanidad, y ofrecidos á la religion como otras tantas conquistas de su zelo. El Universo publica sus triunfos. No temeré añadir su elogio al de nuestro Santo. Los hijos son la corona del padre: el padre el modelo y la gloria de los hijos.... *Corona senum filii filiorum, et gloria patrum filii eorum* (1).

Ellos han profesado el voto, el irrevocable voto que constituye la esencia de su Orden. Delante de los altares y en presencia del Dios Omnipotente, ha dicho cada uno de por sí; Si para la redencion de los cautivos es necesario que quede yo en prenda baxo el poder de los sarracenos, quedará. *In sarracenum potestate in pignus, si necesse fuerit ad*

R 2

re-

(1) Prov. 17. v. 6.

redemptionem Christi Fidelium, detentus manserunt (1). Fieles á sus promesas los discípulos de *Nolasco*, llenarán despues de él sus empeños. ¡Quantas víctimas se pudieran nombrar con este voto heróyco! Un Campani, un Bozeto, un Raymundo Alberto, un Pedro Aimeri, un Juan de Granada, un Oton, un Adulpho, probarian á la edificada Iglesia, que expuestos libremente á los trabajos de la cautividad y á los horrores de la muerte, era para ellos su vida un verdadero suplicio quando no estaba consagrada á rescatar los cautivos. Generosos con su sangre y rivales de nuestro Santo, fueron á buscar á Marruecos, Argel y Tenez los tiranos que no hallaban en España.

¡Que espectáculo tan precioso nos presenta el día que iluminó el nacimiento de esta sociedad de hombres dedicados á la redencion de los cautivos! Ellos se alejaron de su patria, rompieron los estrechos lazos de la sangre y de la amistad, expusieron en los peligrosos viages su seguridad y su vida, y se les vió correr apresuradamente á aquellos tristes calabozos donde gemia la esclavizada inocencia, y desembarazándola de sus cadenas, cargarse ellos mismos con ellas. Los discípulos imitaban á su Maestro, y con su voluntaria cautividad causaban tanto la gloria de éste como la suya. *Corona senum filiorum.*

¡O Dios mio! Es tan conocida la abundancia

(1) 4 Voto de los Mercenarios Descalzos.

cia de tus bendiciones sobre el instituto de *Nolasco*, que una sola ciudad, un solo reyno no bastaria ya para contener el prodigioso número de sus discípulos.

Decia San Pablo, que en las primeras conquistas del Evangelio, no se hallaban entre los hombres muchos que fuesen recomendables por su sabiduría, *non multi sapientes*, ni temibles por su poder, *non multi potentes* (1). No sucede así en la Orden de nuestro santo Fundador. Desde su origen se cuentan entre los miembros que componen este dilatado cuerpo hombres sabios que con su ciencia hicieron temblar á los sectarios de Mahoma, y hombres poderosos que con su poder dieron á su caridad un nuevo ascendiente.... Su buen maestro les persuadia, que no era bastante para la perfeccion de su Orden rescatar algunos cautivos, sino se salía de los países sujetos á los principes christianos; y les mandaba pasar á las naciones infieles para librar á sus hermanos de la esclavitud, aunque fuese á costa de la cautividad, de los suplicios y de la muerte. Así lo executaban. El Santo apoyaba sus discursos con sus exemplos. Despues de haber enriquecido á la Religion con la fundacion de una Orden, cuyo principal objeto es el de la redencion de los cautivos: *elige tibi viros*: la defiende por una continuada serie de trabajos, cuyo fruto es igualmente la redencion de los cautivos. *Et vade.*

(1) I. Cor. i. 26.

No podremos creer, que previó San Ambrosio los trabajos que padeció Nolasco quando dixo: que rescatar á los cautivos, arrancar á los hombres del furor de sus enemigos, arrebatár víctimas á la muerte, volver los hijos á sus padres, y los padres á sus hijos, y restituir los ciudadanos á su patria, era la obra mas grande de la caridad, y el colmo de la beneficencia? La liberalidad evangélica, no puede llegar mas allá con sus esfuerzos y deseos. *Summa liberalitas est captivos redimere, eripere ex hostium manibus, subtrahere neci homines, reddere parentibus liberos, liberis parentes, civis patriæ restituere* (1).

Cuente quien quisiere entre los trabajos de Nolasco el zelo que tuvo para aumentar el valor del conde de Monfort contra la heregia albigense, y la firmeza que mostró en la célebre jornada de Mureto, tan fatal para los novadores, como memorable á la Francia y gloriosa á la Iglesia. Estos prodigios de valor, casi igualan al mismo héroe á quien reconoce la verdad por su defensor.... A mi vista se la representa mayor el libertador de los cautivos que el vencedor de la heregia.

Aprecié quien quisiere los trabajos de Pedro Nolasco en el gobierno de su Orden: su claro discernimiento en la eleccion de sujetos: su reflexiva prudencia en la distribucion de los empleos: su atenta vigilancia sobre la fe, y las costumbres públicas y particulares: la actividad de su zelo en multiplicar las

(1) Ambros. lib. 2. Offic. c. 13.

las fundaciones sin solicitarlas: su aplicacion en prescribirlas leyes, y su firmeza en hacerlas observar: los recursos de su eloqüencia para persuadirlas obligaciones, y hacerlas desempeñar con gusto: su industriosa caridad en pedir socorros para los demas, y su desinter en no saberse aprovechar de ellos para sí mismo: sus cuidados, fatigas y peregrinaciones para acarrear protectores á su nueva congregacion, sin valerse de las astucias de la política, ni de las baxezas de la adulacion: su paciencia, intrepidez y constancia para resistir las contradicciones siempre renacientes, que experimentaba en el ejercicio de su ministerio. El primer General de una Religion es, por decirlo así, su primera víctima.

No es con este punto de vista con el que me admira mas Pedro Nolasco. Aunque maravilloso en el gobierno de su Orden, me parece todavía mas digno de nuestra consideracion al verle empleado en la redencion de los cautivos, para la que instruyó á sus discípulos, y á la que él mismo no dexó de dedicarse continuamente.

En efecto, en los reynos de Valencia y Aragon lo hizo siempre con un zelo tan ardiente, que jamás dexó de salir vencedor del mahometismo. Una infinidad de cautivos, cuyo nombre no debian ya llevar, caminaban en pos de él, adornaban su comitiva, bendecian á su libertador, y mudaron por la Religion los dias que tenian de duelo y de pesar, en dias de pompa y de regocijo... Soberbios conquista-

dores de la tierra ¿podrá el espectáculo de vuestra gloria ser comparable con el que *Nolasco* presenta tan maravilloso á la Iglesia? Tanto á su carro triunfal como al vuestro, van agarrados un millar de cautivos. Pero vosotros les aprisionais: él les rompe las cadenas. Sus lágrimas riegan vuestros trofeos, y sus alegres cánticos realzan los suyos. Vosotros les arrancais de su suelo: él los restituye á su patria. Vuestros sucesos les son aborrecibles: su victoria les es inestimable. Vosotros les haceis infelices: él les hace dichosos.

Pero circunscribir los límites de los reynos de Aragon y Valencia solamente, es estrecharlos demasiado para los trabajos de *Nolasco*. Ya es tiempo de contemplarlo quando expuso su vida á la inconstancia de un débil barquichuelo. Me parece que le estoy viendo desafiar á los vientos y á las tempestades sobre la borrascosa mar de la linea sarracena.... Corre sobre los abrasadores arenales de Africa, y exponiéndose á mil peligros menosprecia la muerte. En medio de la barbarie y de las tinieblas de la infidelidad, hace brillar la luz de la fe, y gana del mahometismo sus sectarios y conquistas. ¡Quantos agradables sucesos coronan sus trabajos, y le hacen tan útil al christianismo como á los christianos! No solamente se rompen las cadenas á su voz y respiran los cautivos, sino que hasta los discípulos mismos de Mahoma lo vienen á ser de Jesu Christo. Si por una parte los frutos de sus beneficios son una rápida y constante sucesion

de redenciones, los frutos de su zelo son por otra las mas inesperadas conversiones. En el apostolado de *Pedro Nolasco* no se sabe qual es mas, si los milagros de su caridad, que dan sus hijos á la Religion, ó los milagros de sus predicaciones, que acarrear prosélitos ó recién convertidos.

Volvió desde Africa á Europa, donde se le prepararon nuevas empresas, le estaban reservados nuevos peligros, y estaba destinado para conseguir nuevos triunfos. A sus caritativas negociaciones se le confió el rescate, tantas veces solicitado, como no concedido, de un hombre venerable por su carácter, y célebre por sus desgracias: sugeto sentido de la España y llorado de la Iglesia; y víctima de quien se prometian los moros deshacer con otra tanta mayor dificultad, en quanto conocian mas bien el valor que tenia.

Esta ilustre víctima, cuya redencion interesaba mucho al Rey, á la clerecía, á la nobleza, á los magistrados y al pueblo, era el Arzobispo de Valencia. El mérito solamente habia ensalzado á este Pontífice á los honores de la Iglesia. En las laboriosas funciones del episcopado, logró ser querido de Dios y de los hombres; estuvo adornado de aquella honrosa consideracion que atrae la confianza: de aquella reputacion universal que exige el respeto. ¡Ah! Es menester para ensalzar su gloria referir sus desgracias. En medio de las turbaciones que habia padecido su Iglesia, no perdió de vista este tierno é intrépido Pastor á la mas considerable porcion de su reba-

baño, sujetado por los vencedores moros á una infeliz esclavitud. Sorprehendido en los ejercicios de su zelo, fué inhumanamente arrancado del altar, cargado de prisiones, conducido á tierra de infieles, y despues de mucho tiempo, participaba todavía con su amado y desgraciado pueblo de las amarguras de la cautividad.... ¡Es posible que un Pastor de Jesu-Christo haya de estar abandonado entre los discípulos de Mahoma! Estremécete, Religión santa, estremécete con este triste acontecimiento, á proporcion de como el error se alegra.... La España, y aun la Europa entera, aguantan con indignación un ultraje tan sangriento, y se apresuran para borrar semejante oprobio. Una noble emulación apuró todos los medios de que eficazmente se habian de valer para librar á una cabeza tan respetable. Ya se tardaba demasiado para el mundo christiano en reparar y defender el honor del sacerdocio, y restituir á su Iglesia el Prelado mas digno de gobernarla.

No podria concederse á otro mas bien que á *Pedro Nolasco* el encargo de dirigir con tanta sabiduria como dignidad esta delicada é importante comision.... Encargarse de ella y evacuarla todo fué uno. A nombre del Rey, de toda la Iglesia se transfirió á la corte de un príncipe cruel, pero político, orgulloso é interesado.... Soberbio tirano de los christianos, le dice, ¿hasta quando has de menospreciar el poder de un monarca, cuyas victorias te han sido tan fatales? El Rey de Aragon te vuel-

vuelve á pedir por mi conducto á un Pontífice á quien honra y tú persigues. Cumple sus intenciones ó teme su venganza. El Arzobispo de Valencia no ha nacido para ser tu esclavo. Vende su libertad si quieres; y ten entendido, que España no reconoce ya en tí un soberano que la domina, sino que tal vez llegarás á ser su esclavo algun dia.... Abre tus encierros y vamos á buscar á aquel que te pide. Si acaso te detienes, marcharé al instante, y no tardarás en pagar una resistencia que ofende á un Rey, cuyo nombre solamente debe meterte miedo.

¿Es *Nolasco* quien habla? ¿Es la sombra de Samuel que espanta á Saul? Ya no estaba en sí el príncipe mahometano. Le parecia ver á toda España en un solo hombre. Creyó que el azote estaba levantado para herirle, y que iba á esparcir por sus mal asegurados estados el estrago y la muerte. Sobrecogido de temor, dexó escapar la presa que tenia...

Acordémonos de aquel afortunado dia en que habiendo caído el arca del Señor entre las manos de los Filisteos, y estando por mucho tiempo cautiva en el templo de Dagon, fué por fin arrebatada á los adoradores de los ídolos, restituida al pueblo de Dios, conducida en medio de alegres aclamaciones á Carriathiarim, y recibida con el mayor respeto como un monumento sagrado, y como una prenda infalible de la pública felicidad. Esta es la pintura fiel del asombroso espectáculo que dió en su Diócesis el Arzobispo de Valencia quando volvió á ella. Baxo los estandartes de

de Pedro Nolasco, entró en triunfo en su Metrópoli este Pontífice por fortuna rescatado. Los victoriosos gritos y aclamaciones señalaban la carrera por donde pasaba. Los Sacerdotes y Levitas llevaban con una profunda veneracion hasta sobre el altar aquel augusto depósito de la fe restituido á su ternural. A su vista saltaban lágrimas de alegría, indicios leves de los vivos sentimientos que inspiraba el deseo que renian ya de verle. Entre el Arzobispo y nuestro Santo, se dividian las demostraciones sensibles de la satisfaccion general. El uno recibia los homenajes de la devocion; el otro los inciensos y las alabanzas. Sobre uno y otro derramaron con un santo entusiasmo el mismo cariño, y el mismo amor. Todos los corazones parecia que se disputaban la ventaja de dar al rescatado Pontífice mas pruebas de su zelo, y al libertador muchas mas de su reconocimiento.

En efecto, ¿á qual no es acreedor un Santo, cuyos trabajos siempre ventajosos á la fe, reparan sus pérdidas, curan sus llagas, la devuelven los despojos de sus confusos enemigos, y arrebatan á su furor, no algunas conquistas regulares, sino las *columnas* y los apoyos mismos de la Iglesia? ¿Un Santo que, despues de haber defendido á la Religion por una multitud de trabajos, cuyo fruto es la redencion de cautivos, *vade*, hace aun triunfar á la Religion por rasgos únicos de gloria, cuya brillantez eterniza la redencion de los cautivos? *Libera fratres tuos.*

Alabemos á aquellos sabios y poderosos hombres.

á aquellos hombres caritativos y misericordiosos, cuyas piadosas obras no se acabarán sino con los siglos. El espíritu que han dexado á su posteridad, no desaparecerá con ellos. Sus hijos y nietos compondrán un pueblo santo. Ni su generacion ni su gloria fenecerán (1). Estas, señores, son las palabras de Salomon; pero ¿no es el retrato de Nolasco, y el elogio de sus discípulos el que acabo de hacer? Entre los hombres sabios, poderosos y caritativos, cuyo espíritu se perpetúa en una fiel posteridad, dificulto que haya muchos, cuya gloria pueda compararse con la de nuestro Santo. Apenas habia sido colocado á la cabeza de su Orden, quando deseaba ya dexar el gobierno. El empleo mas conforme á su mérito, fué siempre el mas gravoso para su modestia. ¿Quantas veces soltó sus lágrimas para mover el corazon de sus hijos, y conseguir de su indulgencia el derecho de obedecerles despues de haber merecido á su respeto el privilegio de mandarles? ¿Que no pudiera él olvidarse, á costa de los empleos mas viles, que era el fundador de un gran Orden! Condescended, hijos míos, les decia, condescended con mis justas instancias. Mis debilitadas fuerzas no me permiten ya, ni presidir vuestros trabajos, ni consagrarme á la redencion de cautivos en las tierras bárbaras. A vosotros toca desempeñar en adelante vuestro ministerio y el mio. Yo os dexo el honor de ir á atacar al mahometismo, y limito mis cuidados á solicitar humildemente en vuestro fa-

(1) Eccl. 44. v. 1. 2. 3. 8. et seq.

por la constante proteccion del cielo para pelear con los enemigos de la fe y vencerles.

Oyeron el cielo y la tierra las súplicas de *Nolasco*, y condescendieron con ellas. Levantado sobre sus propias ruinas, tomó su Orden hasta de sus pérdidas mismas un nuevo acrecentamiento. Sus primeros mártires hicieron su primera riqueza. Baxo el cuchillo de la persecucion cayeron Soto, Serapio, Darmangol, y de sus cenizas salieron una infinidad de redentores. Su religion fué llevada sobre arroyos de sangre hasta los climas mas remotos de la tierra. *Pedro Nolasco* morirá, pero los siglos que se sigan al suyo conservarán su espíritu y su gobierno. Pedro de Bas imitará su sabiduría y caridad, despues de haberse impuesto la obligacion de estudiar su espíritu y modo de obrar. Será el propagador del Orden, de que él fué el fundador. Bernardo de San Roman establecerá en ella la uniformidad de la religiosa observancia, y recopilará y pondrá en orden el cuerpo de sus constituciones. Por el zelo de Pedro Aimery se hará en ella una utilísima separacion entre los guerreros intrépidos destinados á pelear por los cautivos, y los caritativos ministros empleados en su rescate. Arnoldo Rosiñol reunirá con la proteccion de Clemente V el espíritu de las antiguas constituciones, y dirigirá el Orden con tanto fervor como firmeza. Raymundo Alberto hará en ella, sostenido de Juan XXII, tan dichosas mutaciones, que le conciliarán la estimacion pública. Francisco de Torre ejercerá sobre ella como

mo un nuevo fundador una brillante superioridad, que llevará su nombre y reputacion hasta las Américas. La isla de Mallorca, Cerdeña, las costas de Berbería, y toda el Africa poseerán los religiosos de la Merced, y admirarán su caridad. La Francia, Italia y Sicilia les ofrecerán diversos asilos, y desearán que se multipliquen. Quando los Españoles lleven al Perú el terror de sus armas, llevarán los discípulos de *Nolasco* la luz del Evangelio. Los primeros ganarán vasallos: los segundos formarán christianos. Hasta en el Brasil encontrará su caridad beneficios que repartir, esclavos que libertar y exemplos que dar.

Nuestro Santo no recogerá sino en el cielo los abundantes frutos de su Orden; pero los trabajos que empleó en ella, y de los que es el mejor testigo, le darán á entender lo que debe esperar por premio. ¿Quanto no se debió prometer quando vió que á su misma presencia se formaron un Pedro Pasqual, y un Raymundo Nonato, discípulos suyos? Uno y otro consagraron á la inmortalidad, aunque por diversos caminos, sus nombres y sus triunfos.

Descendiente Pedro Pasqual de una familia muy nombrada por su zelo contra los moros, debia á *Nolasco* la vida: sus primeros pasos fueron un rápido vuelo hácia el martirio. Entroncado Raymundo Nonato con las ilustres casas de Eoix y Cordona, tomó el camino desde el seno mismo de la muerte. Su cuna era un cadaver. El primero fué rival de Thomas de Aquino, y Buenaventura en el mis-

mismo tiempo y Universidad, no distinguiéndose menos que ellos por su ciencia. El segundo para adquirir la de los santos, no tuvo, á imitacion de Bernardo, otro maestro que los robles y las encinas, encontrando la erudicion en las florestas. Pedro Pasqual sacrificó en la Orden de *Nolasco* las sólidas esperanzas que le daba un gran príncipe, discípulo y amigo suyo. Raymundo Nonato sacrificó en la propia religion el justo derecho que tenia á la corona de Aragon por su brillante nacimiento. Muerto nuestro Santo entre los brazos del uno, vivia y se delectaba mucho en vivir en la sociedad del otro. Pasqual, Obispo de Jaen y titular de Granada, sufraganeo de Toledo, fundador de su Orden en Portugal, admirado en Roma por Nicolas IV, y panegirista de la Religion contra los mahometanos, hizo ver á *Nolasco* el edificativo exemplo de un cautivo, que menospreciaba su libertad, estando en su arbitrio el gozar de ella. Sucesor Nonato de su santo fundador en el delicadísimo empleo de Redentor, resonaron sus sucesos por España y Berberia; y siendo cautivo voluntario, consuelo de los afligidos en medio de su esclavitud, apóstol de los infieles y mártir un millon de veces, sobrevivió siempre á su martirio. Condenada su lengua al silencio por un suplicio tan nuevo como atroz, habla todavía, sin embargo de su enmudecimiento, honrando sus penas y trabajos, confundiendo al mahometismo y defendiendo la Religion de Jesu-Christo. El primero recibió en los altares la

re-

recompensa de su zelo: murió mártir como merecia serlo; y á su martirio se han seguido mil prodigios que la incredulidad misma confiesa. El segundo, en recompensa de sus trabajos, fué honrado con la púrpura Romana. Quando estaba para morir, sentia haberse escapado de la rabia de los infieles; y muchos siglos despues de su muerte se confirmó su santidad por el concilio de Constantza, cuyas decisiones reverencia el Universo.

¡O Dios mio! Quan dichoso es el maestro á quien habeis concedido semejantes discípulos! ¡Dichosa Religion que su gloria se ensalza con tan favorables auspicios, y aunque distante cada vez mas de su origen, jamas se aleja de sus primeros modelos!

Mas ¿por que me he de detener yo con los discípulos de *Nolasco* y de su Orden, quando señales únicas de su poder y gloria deben fixar nuestra consideracion y elogiós? Sí, hermanos míos. Dios le comunicó en favor de los cautivos un poder y una gloria, cuya brillantez ha chocado muchas veces á los mismos infieles, y sido siempre para los cautivos christianos el instrumento saludable de su libertad.

Permitase á los incrédulos dudar de algunos hechos oscuros que un velo misterioso oculta á la penetracion de los hombres. En los pasos de *Pedro Nolasco*, no encontrarán sino una encadenacion de prodigios luminosos, distinguidos con el sello de la verdad. El tiene un absoluto império sobre toda la

Tom. V. S na-

naturaleza. Los inanimados seres se hacen sensibles á su voz. A medida de sus deseos se apaciguan las olas de la mar; y estreme-ciéndose los espíritus infernales, desaparecen y se vuelven á entrar en el abismo de las tinieblas. Se puede decir, que su divina Magestad le quiso conceder en favor de los cautivos christianos tan asombrosas maravillas como concedió á los apóstoles en favor de la Religion perseguida. ¿Y quales fueron los teatros de estas maravillas? España, Africa, Francia y toda la Europa. ¿Quales los testigos? Unos reyes demasiado juiciosos é iluminados para dexarse sorprehender: Una corte tan difícil de engañar como de convencer. Los bárbaros, los infieles, los moros siempre ingeniosos é interesados para disputar y contradecir á la verdad misma sus ventajas.

Como profeta inspirado de Dios previó *Nolasco* los acontecimientos futuros, y á presencia de los mismos mahometanos les predixo su próxima destruccion. Fortificados en Valencia como en una nueva Jericó, se atrevian desde lo alto de aquella fortaleza, que creian inexpugnable, á insultar á las fuerzas de toda España.... Pueblo impio, les decia nuestro Santo, en vano te lisonjeas de que esa ciudad es inaccesible atalaya al poder de los príncipes católicos. No tardarán mucho en caer, tanto tus soberbios muros como tu ciega seguridad. *Apenas pasarán quarenta dias*, decia Jonás, *quando Nínive estará destruida*; pero por lo que á mí toca, des-

de

de luego te aseguro, en nombre del Dios de verdad, que aun menos tiempo será Valencia (centro de tu imperio y trono de tu orgullo) el término fatal de tus sucesos, y el sepulcro de tus defensores. Al oírle la impiedad, se estremecia. España le escuchaba con gusto, y se verificaron sus oráculos. Apenas empezó á retumbar la tempestad quando se manifestó en claro. Preséntase un ejército formidable y apodérase de los alrededores de la plaza. Fué investida, forzada por todas partes y tomada. Libráronse los christianos que gemian entre las cadenas y triunfó la Religion. ¡Importante victoria! ¡Decisiva victoria! *Nolasco* es el primero á quien se debe: reciba pues toda la gloria. Todos le llaman el Josué de los christianos, su libertador. Y ¿quien podrá resistirse á unos milagros de quienes son testigos dos pueblos rivales, uno por su deshonor, y otro por su felicidad? Mas entre todos hay uno que es el mas esencial, por hacerles creibles, y en algun modo necesarios: este es el triunfo de la Religion en la humillacion de los moros, y en la redencion de cautivos.

Aquí promete *Nolasco* á D. Sancho de Aragon, que superior al vano resplandor que le rodea renunciará santamente el trono de sus padres, y lejos de la corte buscará en el silencio del retiro, un asilo seguro contra las ilusiones del mundo. ¿Considera en esto la gloria de su Orden? No por cierto: el objeto que le interesa es el que en el corazon de este principe triunfó la Religion so-

S 2

bre

bre los imperiosos encantos del mundo; y la libertad de los christianos cautivos, á quienes adquiere tan poderoso libertador.

Allí en presencia de la corte y del mismo rey, toma por divisa estas proféticas palabras: *vincula me manent* (1). Las prisiones serán mi mejor herencia. Palabras que pronostican la suerte que le tenían reservada los moros en España, y los sarracenos en Africa. ¿Qual fué el fin de esta prediccion? El triunfo de la fé que prevenía *Nolasco* en sus humillaciones: la libertad de los christianos cautivos que prevenía en su propia cautividad.

En fin, puesto en medio de todos sus discípulos, anunció el momento en que debian terminar sus combates y su vida. Aprovechóse del tiempo que le quedaba para exhortarles á que jamás olvidasen á los cautivos: *mementote Victorum* (2). ¡Que fuego se notaba en sus palabras! Es verdad que estaban pronunciadas con una voz moribunda; pero ¡que viva era la pintura que hizo á sus corazones de las obligaciones que habian contraido en favor de los cautivos! Dios me ha echado al mundo para su rescate, les decía: *redemptionem misit populo suo* (3). Ah! Si poco fiel á mi vocacion he desempeñado imperfectamente este importante ministerio; acabad vosotros, que debeis caminar por la misma senda, una obra tan digna de vuestro

(1) Act. 20. 23.

(2) Hebreor. 13. 3.

(3) Ps. 110. v. 9.

tro zelo y religion. Dichoso yo si lleváse al sepulcro la agradable esperanza de que sereis siempre lo que debeis ser. Al decir estas palabras, murió.

¡O católicos pueblos! Apresuraos á tributarle los honores que merecen los servicios que ha hecho á la Religion, y á vosotros mismos. Grabad con caracteres de bronce sobre el panteon que encierra sus cenizas todos los títulos que le consagra vuestro amor. El sepulcro de *S. Pedro Nolasco*, no estará adornado con aquellas inscripciones pomposas que la vanidad se concede á sí misma. No, hermanos míos. Las lágrimas de sus hijos, las cadenas de los cautivos, los sentimientos de los Reyes de Aragon y de Castilla, y el respeto de los mismos infieles, serán las eloqüentes voces encargadas de divinizarle, y las que solamente son capaces de manifestar su inmortal gloria. Murió, es verdad; pero desde el décimoquarto siglo reclaman los pueblos su mediacion y experimentan sus beneficios. En el pontificado de *Benedicto XII* fueron ya expuestos sus inanimados huesos á la veneracion pública, y recibieron los honores de un culto anticipado. Este, pues, fué aprobado con mucha pompa por la autoridad de *Urbano VIII*. La Europa y Africa, celebran con igual magnificencia su triunfo, inscripto solemnemente por la Iglesia en los fastos de los Santos. Hasta en la América pronunciaron su elogio con la mayor eloqüencia; y así como se predicó con buen suceso en la capital del Perú, se leyó con admiracion

cion por los sabios de Italia y Flandes, y fué citado por los críticos juiciosos (1), como un testimonio auténtico que testifica la gloria universal de *Pedro Nolasco*, y la inmensa extensión de su Orden en las quatro partes del mundo. Si añadimos á estas brillantes circunstancias el singular zelo y respeto que le mostraron *Alexandro VIII*, *Clemente X*, *Felipe II*, Rey de España, *María Teresa* de Austria, Reyna de Francia, y todos los Príncipes católicos desde *Cárlos V*. hasta *Luis el Grande*, confirmáramos con nuevas pruebas la misma verdad, y haríamos ver claramente, que un Santo tan útil á los hombres durante su vida, debe conservar despues de su muerte un derecho siempre igual sobre la veneracion y el reconocimiento. Fuera de que, ¿ha habido nunca santo mas digno de nuestros homenages que aquel que consagró todos sus dias á la redencion de cautivos; que fué su bienhechor á expensas de su fortuna, su protector á costa de su reputacion, su libertador á cambio de su libertad, habiendo enriquecido, defendido y hecho triunfar á la Religion en la redencion de cautivos? *Elige tibi viros, et vade, et libera fratres tuos.*

¡Quiera Dios que jamas dexé de emplearse la caridad en la redencion de cautivos! Las mismas necesidades necesitan siempre de los mismos socorros. Todavía hay cautivos y redentores. La Religion de *S. Pedro Nolasco*,

(1) *Bollandus Baillet.*

desempeña continuamente su instituto. A vosotros, hermanos míos, á vosotros toca sostener su zelo con vuestras liberalidades. Muchas veces habeis sido los edificados espectadores de las victorias que han conseguido sobre los infieles los discípulos de tan gran Santo. Habeis numerado sus conquistas, y debeis participar de su mérito. ¿Podreis decir, á vista de las cadenas de que es depositario este templo, ved ahí los frutos útiles de nuestra caridad, así como ellos dirán con verdad: he aquí los preciosos efectos de nuestros sudores, de nuestras peregrinaciones y trabajos? La gloria de atravesar los mares para rescatar los cautivos, es propiamente suya. La de concurrir á facilitar sus empresas por medio de donativos graciosos, es correspondiente á vuestra caridad. Ellos llevarán esta por Asia, Africa y Europa: vosotros recogeréis en esta última parte del mundo los frutos de sus trabajos en las dos primeras. Participareis con ellos del mérito de hacer felices á muchos hombres. Su gloria será la vuestra en esta vida, y participareis de su recompensa en la otra. Así sea.

La fidelidad con que se ofreció á executar lo que prometió, *Ascensiones in corde suo*, será el tema de la segunda. AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

Un voto en los principios de la religion, es una promesa solemne hecha al Señor: *votum vivit Deo* (1). El que la quebranta es un transgresor. El christiano que la hace, debe tener un fervor inspirado por la reflexion, animado por el valor, y de una firme constancia y sin arrepentimiento. Sujetarse con lazos indisolubles, sin haber reconocido en su corazon las disposiciones necesarias para cumplir en todas sus partes lo ofrecido, es una temeridad: es exponerse á ser perjuro por su propio antojo.

Entre toda especie de promesas ninguna hay mas dificultosa de cumplir, mas heroyca, ni mas perfecta que la que hizo *S. Andres Avelino*, obligándose delante de los altares á hacer todos los dias nuevos progresos en el camino de la virtud: *arduam quotidie in virtutibus proficiendi votum* (2). Antes de sujetar su libertad á tan rigurosas leyes, debia disponerse á un continuado exercicio de toda especie de santidad. Ah! Debia en algun modo cumplir su voto aun antes de ofrecerle.

Obsérvese la huella de sus pasos desde su mas tierna edad hasta el dia de su solemne em-

(1) Ps. 131. 2.

(2) *Oratio Sancti Andreae Avelin. in Brev. Roman.*

empeño, y se verá como se preparó para él con las mas útiles y rigurosas pruebas, los mas penosos trabajos, y los mas generosos sacrificios. Ved ahí el ensayo de su santidad, y el mérito de su fervor: *disposuit*.

Hay santos cuyas tardias virtudes no empezaron á manifestarse con brillantez sino despues de un largo eclipse. Arrastrados por la fogosidad de una impetuosa juventud, siguieron mas bien la inclinacion de sus deseos que escucharon la austéra voz de la virtud. Tales fueron Agustin y Norberto, que concedieron al mundo los primeros afectos de su corazon. No caminaron con reflexion por las seguras sendas de la piedad, sino despues de haberse entregado á la ilusion por flaqueza.

Avelino no dexó para el Señor una víctima manchada con los profanos homenajes que habia ofrecido al mundo y á sus encantos por mucho tiempo. Dueño de su corazon en una edad en que apenas saben otros si existen, consagró las primicias de ella á la Religion. En él se adelantaba la sabiduria á la razon, y la razon al número de los años. La obligacion arregló sus primeras inclinaciones. Las sendas de los pecadores le fueron siempre desconocidas. Superior á las flaquezas humanas, apenas percibia un rayo de la gracia quando gustaba de sus dulces atractivos. Amaba á Dios casi antes de saber los poderosos motivos que determinan á amarle. Su juventud no fué tanto un feliz presagio como un continuo exercicio de la virtud.

Los respetables autores de su vida, ofrecieron á su consideracion unos christianos irreprehensibles delante de Dios y de los hombres. Sobre sus oraciones y limosnas fixaron la atencion Castronovo, Nápoles y toda la Italia. Imitándoles nuestro Santo, acabó en él una feliz educacion lo que hizo empezar unos edificativos exemplos. Puesto al cuidado de un tio, que era el ornamento del sacerdocio, vino á ser el templo su retiro, la oracion su ocupacion, y el estudio su descanso. Apenas fué hombre quando ya era no solo christiano, sino santo. Santo y sabio fué al mismo tiempo.

Los progresos que hacia en la carrera de las ciencias manifestaron desde luego el espíritu vivo, sublime y penetrante que tenia; pero desconfiaba tanto de sus sucesos quanto de sus luces. Admiraba por la sublimidad de su ingenio. Edificaba por la modestia de sus sentimientos. Como de corazon noble y generoso, se desprendia de los frívolos objetos que le presentaba el mundo. Los que únicamente le movian eran los de Dios, la Religion y la eternidad.

El huir de las ocasiones siempre sirve á los hombres de mérito; pero en la juventud es un prodigio. Este pues nos va á chocar en *Avelino*. En efecto: ¡quantos artificios inventó el infierno para aprisionar un corazon que se escapaba á sus esfuerzos! Poseía en gran manera aquellos peligrosos dones de la naturaleza que agradan al mundo, y son muchas veces el triste escollo de la inocencia.

Te-

Tenia un espíritu agradable, un delicado modo de pensar, un carácter dulce, un trato afable, una imaginacion viva, y un ayre noble y magestuoso, que parecia despertaba sus pasiones, y las inspiraba demasiado en los demas.

Denisi, escuela de las ciencias, mansion de la política, teatro de la lascivia: Denisigo, donde reynaba la opulencia, dominaba la libertad, y parecia que habia fixado el placer su trono, fué la licenciosa ciudad donde llevó la Providencia á *Avelino*. Allí fué donde se presentó á su corazon una de aquellas tentaciones delicadas á quienes con dificultad se resiste. Una nueva Dálila, que al funesto talento de agradar, juntaba el arte peligroso de seducir, y la desgraciada pasion de amar, procuró observar sus pasos, y despues de haberles seguido, intentó verle y hablarle, prometiéndose desde luego, que comunicaria á su alma sensible los culpables ardores de que allí estaba abrasada.... Al atractivo de la luxuria añadia el cebo del interes. Valióse de varios rodeos para no arredrar á una virtud, cuyas espantosas miradas temia. Atrevióse.... Pero el pudor se atreve á mas que el libertinage.... Firme é inmutable *Avelino* declaró, que si sus ojos habian sido causa del crimen, ellos mismos conseguirian confundirla. La mirada que echó llena de indignacion, era un rayo que aterraba al soborno, y una saludable advertencia que no dexaba á la desesperada pasion sino la vergüenza de haberlo intentado,

los

lo remordimientos de la conciencia, y el temor del castigo. Un corazón abrasado en el amor de Dios, no es fácil seducirle. Quantas mas pruebas se intenten hacer con él, mas mérito adquiere. Los Santos se forman en medio de los peligros.

Otros son los que esperan á nuestro Santo. Aquel á quien no habia podido vencer la tentacion de los placeres, tal vez puede que ceda á una mera curiosidad una victoria todavia mas fatal para su piedad y Religion. Yo no sé que *espíritu infernal* le dirigió á un parage donde una multitud de libros detuvieron su vista, llamaron su atencion, lisonjearon la ambicion que tenia de instruirse, y suministraron á su talento otros tantos maestros quantos eran los autores que encontró y se reconocen todavia en sus obras. En esta rica coleccion, ¡quantos monumentos preciosos de la antigüedad merecieron su respeto, y le mostraron la luz, la sabiduría, la verdad, la virtud y la felicidad! Pero ¡quantas producciones escandalosas ocultaban el veneno entre las flores en esta misma coleccion! Allí se presentaba el espíritu filosófico con sus atrevidas opiniones, con sus engañosos sistemas, con sus embelesadoras alabanzas, sin tener de bueno mas que el language. Allí tenian un lugar distinguido aquellos milagros del ingenio, aplaudidos sobre un teatro profano, sin embargo de que muchas veces se avergüenzan al oír nombrar sus costumbres por conocer que les arrastra á su decadencia. A un lado estaban colocadas aque-

aquellas pérfidas é ingeniosas ficciones que deben á las gracias del estilo el mérito con que agradan, y á la depravacion del corazón humano el secreto con que interesan. A otro, aquellos furtivos escritos que siembra el error con destreza para dar colorido á sus ilusiones, acreditar sus máximas, y preparar en las almas débiles *la ruina de la fe....* Por otra parte se distinguian aquellos orgullosos hijos de la irreligion, que fundados en dudas, solo producen sombras ó blasfemias, y parece no estan destinados sino para formar un semillero de incrédulos.

Entre esta miscelanea de libros útiles y perniciosos, picaba de todo como un hombre curioso poseido del gusto de las ciencias... ¡O *Avelino!* ¡quantos escollos tienes que evitar para no caer en la seduccion, que te puede acarrear una indiscreta mirada, y acabar de consolidar una lectura halagüeña! Mas no, hermanos míos, no haya miedo que caiga en esta indiscreta mirada: él apartará su vista de los peligros, y dexará de leer los libros perniciosos.... En una distante perspectiva creyó descubrir el peligro. Solamente la idea le hizo estremecer. Sobresaltada su virtud, se privó del deseo de instruirse por no caer en la ocasion de perderse. Caminó por la orilla del precipicio, pero no se detuvo en ella. Huyó, y con una misma victoria consiguió dos; la una sobre su espíritu, la otra sobre su corazón. Con las pruebas mas rigurosas se acrisolan las mas heroicas virtudes. Bien podria decir con el Rey Profeta: Se-

Señor, vos me habeis experimentado y conocido. *Domine, probasti me, et cognovisti me* (1).

Sí, gran Dios, tú le has experimentado con unos combates todavía mas peligrosos que aquellos de que habia salido vencedor. *Probasti*. Le has experimentado con las mas terribles tentaciones del amor propio... Los talentos de *Avelino* penetraban con igual rapidez por quantas partes le llevaba la Providencia. En las academias literarias, era un Orador sublime, cuyos sucesos aplaudian los árbitros de la eloquencia. En el escabroso estudio de las leyes, era un ingenio luminoso que por entre el caos de la jurisprudencia se abria el mas claro camino, asombraba á los jueces mas diestros, paraba su admiracion, y mandaba á sus pareceres. Quando sondeaba los augustos arcanos de la Religion, apartaba con ligera mano las malezas que al parecer debían retardar su rápida carrera. Para él estaba muy clara la obscura ciencia de la Teología. Trataba sus principios sin sequedad, y simplificaba sus razonamientos sin debilitar su fuerza. La Religion parecia que explicaba por su boca sus misterios, descubria sus dogmas, defendia sus preceptos, justificaba sus máximas, demostraba su divinidad... El modo de obrar que tenia en público, este nuevo apologista del christianismo, le llenaba de una gloria universal, que llevaba su nombre por todas las

(1) Ps. 138. 1.

ciudades de Italia. ¡Quan dificultoso es no envanecerse en medio del murmullo de los lisonjeros aplausos! ¿Hay algun hombre insensible á sus sucesos? Sí, hermanos míos: nuestro Santo lo era. Incapaz de alimentar en su corazon los sentimientos del orgullo y de la vana soberbia, que le podían acarrear sus aplausos y reputacion, ahogaba hasta sus mas leves movimientos. Siempre fiel en tributar *al Padre de la luz* los homenajes que merecian sus talentos, no triunfaba de sus rivales con su erudicion, sino para triunfar de sí mismo con su humildad. Quanto mas se empeñaba Dios en probar su virtud, otro tanto mas bien se hacia ella conocer, se sostenia, purificaba, perfeccionaba y consumaba. *Domine, probasti me, et cognovisti me.*

Así pues, como dueño de su corazon entre las mas peligrosas tentaciones que le asaltaban, ya llamándole los placeres, ya convidándole la curiosidad, y ya porque el amor propio procurase sorprenderle, siempre se evadia de ellas y se disponia constantemente á cumplir la delicada vocacion que su fervor se habia propuesto. Cada virtud que practicaba, era un grado que le elevaba al heroísmo que pide una accion tan generosa. *Disposuit*. Los milagros de santidad, se pueden esperar de aquel que es capaz de obrarlos. Pero antes de empeñarse *Avelino* en esta importante promesa, debia prepararse. A unas pruebas útiles, se siguieron unos penosos trabajos. Un corazon como el suyo, debia hacer frente á todos los asaltos.

En una de las admirables pinturas que hace David de la Divinidad y sus atributos, nos la representa atenta en cuidar de los intereses de la verdad. *Custodit veritatem*. Aplicada á hacer justicia y defender los derechos de la inocencia. *Facit iudicium*. Ocupada en distribuir un alimento saludable, y acudir á las diversas necesidades de los pueblos. *Dat escam esurientibus*. Cuidadosa en romper los lazos de los que gimen entre los horrores de la cautividad. *Solvit compeditos*. Ingeniosa para llevar la luz al mismo centro de la ceguera. *Illuminat cecos*. Presurosa para levantar á los que una espantosa caída precipitó en el abismo de las desgracias. *Erigit elisos*. Penetrada de un tierno sentimiento por las almas fieles que caminan por las sendas de la virtud. *Diligit justos*. Armada con un azote vengador contra los pecadores impenitentes, y resuelta á destruir sus iníquos proyectos, y confundir su presuntuosa y criminal seguridad. *Vias peccatorum disperdet* (1).

Ninguna de estas señales dexa de convenir á San Andres Avelino. ¡Ah! Escuchad vosotros, los que tal vez ignorais el interesante por menor de su laborioso ministerio, escuchad y decidiréis, si su retrato es ó no susceptible de todos los colores con que intento presentárosle.

Aun no tenia Avelino mas que la esperanza del sacerdocio, y ya era el defensor de la verdad. *Custodit veritatem*. Al paso que como

(1) Ps. 145. v. 7. 8. 9.

levita fervoroso se distinguia en el santuario por la brillantez de su piedad, ganaba como orador discreto los votos de las asambleas por los encantos de su eloqüencia. Le confiaban las causas más importantes. Entre ellas hubo una que tuvo á mucha honra en defender, con aquel ascendiente que paraba á los jueces y les atraía á la uniformidad de opiniones... La causa que habia tomado por su cuenta, rodaba sobre una acusacion hecha por la calumnia contra la inocencia. El sugeto acusado era amigo suyo. ¡De quantos victoriosos medios se valdria para enterar á los árbitros de la justicia sobre una iniquidad misteriosa y difícil de descubrir! Estableceria los legítimos derechos con aquel firme zelo que inspira la verdad. Atacaría á la calumnia con aquella vigorosa eloqüencia que caracteriza el ingenio. Se aprovecharía de aquella brillante reputacion que dá la superioridad de los talentos. Haria... En el acaloramiento del discurso, no conoce siempre la reflexion la fuerza de las pruebas. Baxó un punto de vista tal vez muy favorable, se valió de los derechos de un hombre á quien la amistad hizo amable á su corazon. Escapósele á su arrebatada vivacidad una palabra poco conforme al asunto. ¡Expresion fatal, y eterno origen para él de lágrimas y remordimientos! Sin embargo, sentencióse la causa y la ganó. Pero ¡quan contraria le fué la victoria! ¡Quan severamente se reprehendió, y quanta amargura sentia en su alma por un inconsiderado elogio, reprobado por su conciencia! Con él pudo sor-

prehender los religiosos sentimientos de los jueces. Esta era la idea cruel que le agitaba, y turbaba. Todos los dias de su vida le siguió y siempre se empleó en llorar una falta, que no solo se perdonan otros muchos, sino que su poco delicada providad no se detiene las mas de las veces en hacer de ella un particular mérito. Nuestro Santo llevaba mas adelante sus miras y arrepentimiento. El mismo se castigó un imprudente desliz con un voluntario silencio. Renunció nuevos sucesos por no incurrir en otra infidelidad. *Facit iudicium.* ¡O Dios mio! El reparará el abuso que pudo hacer de sus talentos con el uso que haga de ellos por los intereses de vuestra gloria. El oráculo de la jurisprudencia, vino á ser el apóstol de la Religion.

Nunca mas bien que entonces tenia esta necesidad de él. Bien conocidas son las calamidades de la Iglesia en el décimosexto siglo. Empeñarme yo en manifestáros las, seria molestar vuestra atencion, y no añadir nada á lo que dicen los fastos del mundo y los anales de la Iglesia. Aquel fué un siglo que se hizo famosísimo por los sangrientos furores del cisma, los rápidos progresos de la heregia, los asombrosos sucesos del mahometismo, las terribles disensiones de los príncipes christianos, el sensible decaimiento de la disciplina, la depravacion general de las costumbres, el fatal triunfo de la irreligion; y siglo todavia mas famoso por los tolerados escándalos de la clerecía, la profunda ignorancia de los pueblos, y las sombras casi gene-

neralmente esparcidas por el triste campo de la Iglesia. En estos tiempos llenos de errores, de discordia y de libertinage, expedía Roma sus excomuniones, pero como incapaces de sostener tantos males, eran menospreciadas, y el torrente de la iniquidad seguía su curso. Para cortar de raiz estos estragos, preparó sus decisiones y anatemas un concilio que, aunque jamas se terminó, hacia mucho tiempo que estaba convocado; pero sus lentas operaciones dexaban á la heregia y al vicio la peligrosa facilidad de adquirir nuevas fuerzas. La Italia, no era el centro de las novedades profanas, mas era el teatro de una guerra siempre renaciente. A su sombra se habian introducido todos los desórdenes, el interes en el santuario, la disipacion en las casas de la piedad, el relaxamiento en el seno mismo de la penitencia, la tolerancia en las ciudades, la ociosidad en los campos, la política y el despotismo en la corte, y en todos los estados la negligencia ó transgresion de las obligaciones, el olvido ó profanacion de los sacramentos, la indiferencia ó el abuso de la Religion. El mismo Dios que permite los males que agobian á la Iglesia, la proporciona siempre consuelos y recursos. El solo fué quien la dió á un Carlos Borromeo en la corte de Roma, un Pio V en la orden de Santo Domingo, un Alexandro Sauli entre los clérigos Regulares de San Pablo, un *San Andres Avelino* entre las limitadas ocupaciones de Castronovo.... A este último acababa el Obispo de Tursi de colocarle al igual de los santos ministros que

habia destinado para la reforma de su diócesis. Conocia sus talentos y virtudes, y quiso emplearlos... Un Pontifice que con tanto discernimiento hace apreciar el mérito de los sugetos y ocuparles con inteligencia, debe prometerse los mas felices sucesos... Los de nuestro Santo comprueban la acertada eleccion que hizo de él el obispo de Tursi.

No fueron las grandes ciudades las que desde luego estimularon su zelo. A los abandonados é infelices habitantes del campo fué á quien dedicó sus primeros cuidados. *Dat escam esurientibus.* ¡Con quanta paciéncia y humildad llevó este hombre, tan célebre ya por su reputacion, la cruz y la instruccion á los parages donde reynaba la ignorancia y la tranquilidad del espíritu! *Illuminat cecos.* ¡Que ministerios tan diversos desempeñó! Como catequistador explicó los primeros elementos de la Religion: como predicador, hacia oír las verdades saludables: como reformador, detenia los desbarros del vicio: como director, llevaba la paz y el sosiego á las conciencias: como pacificador, disipaba las turbaciones y acarrea la concordia: como zeloso amante de la patria, movia la indolencia, excitaba la emulacion y animaba los trabajos. *Solvit compeditas.* Como apóstol, eran sus palabras oráculos: como padre, eran sus consejos lecciones: como amigo, eran beneficios sus reprehensiones: como Santo, eran sus exemplos leyes. *Dat escam.* A cada instante se le veía acudir á nuevas ocupaciones, y recibir nuevos consuelos. En efecto, ya no era aquel

el

el mismo pueblo que ántes. Sus habitantes eran unos hombres iluminados, útiles, virtuosos y penitentes... ¿Para que es necesario que su penitencia excite los clamores de la envidia? ¿Para que es menester que unas lenguas temerarias intenten manchar su reputacion y envilecer el precio de su trabajo? ¡Ah! Vosotros caereis, vanos discursos de la calumnia. La injusticia fué quien hizo nacer las sospechas que desaprobó la equidad. Manifestóse la verdad, y vinieron á ser los acusadores de *Avelino* sus apologistas: saliendo su virtud, á quien la interesada malignidad habia intentado perjudicar, con mas brillo del seno de las tinieblas que aquel que se la habia intentado quitar. *Vias peccatorum disperdet.*

¿Y que se experimentó quando desde los campos pasó á las ciudades? El mismo zelo, y los propios trabajos y sucesos. La grande ansia con que se le oía, producía una mudanza igual en las costumbres. ¡Que transformaciones tan prodigiosas obró en Rocanova. Allí, hábil para pintar el vicio como otro Jeremías en Jerusalem, sabia todavia mejor inspirar el horror hacia él. Mas gustoso en mover los corazones, que en deslumbrar ó alucinar los espíritus, no se valía del *persuasivo language de la sabiduría humana*; pero chocaba, admiraba y atraía por el maravilloso eco de aquella magestuosa voz que rompe los cédros del Libano, detiene la actividad de las llamas, trastorna las montañas del siglo, anuncia la virtud de Dios y su poder. No era el voto de los hombres el que solicitaba: su conversion y penitencia era la

T 4

que

que les pedia y él obraba. Estremecida la iniquidad, desapareció. El sexó femenino, renunció su lujo, los hombres sabios, dexaron sus ilusiones, los vengativos, sacrificaron sus resentimientos, los licenciosos, dexaron sus ídolos y derribaron los altares que les habian erigido. Hasta la soberbia misma de los grandes y príncipes de la tierra fueron á humillarse á los pies del Santo apóstol, y á aumentar sus conquistas con la confesion de su arrepentimiento. *Vias peccatorum disperdet.*

La Italia tenia ademas de *Avelino* otros obre-ros evangélicos. Sin embargo el Cardenal de Pisa puso solamente los ojos sobre él para la execucion de una ingrata y crítica empresa, que prometia muchas penas y mas contradicciones, poca gloria y aun menos frutos.

Baxo la regla de San Benito existia en Nápoles una congregacion de Vírgenes, cuyo relaxado ardor era un objeto de censura para el mundo, un motivo de llanto para la Iglesia, y para el estado religioso una mancha y un oprobio. El espíritu libertino se habia acreditado en este claustro consagrado á la obediencia. A las severas leyes de la penitencia, habian sucedido los relaxamientos de la desidia. El velo de la modestia, servia allí de recurso para la mas fina vanidad. El santuario del recogimientp habia llegado á ser el recurso de la disipacion. Las conversaciones frívolas y escusadas se llevaban el tiempo destinado al silencio. El culto divino estaba abandonado, y hasta las mismas oraciones ofrecian no pocos escándalos. A la infraccion de las leyes,

se

se habia seguido la licencia de las costumbres, y la resentida Religion encontraba mundanas *Pelayas* á la sombra de aquellos mismos altares, donde tanto tiempo habia admirado fervorosas *Escolásticas*.

Para atraer á su primer instituto á un monasterio decaido de su antiguo esplendor, es menester un zelo activo, pero prudente: dulce, pero firme. Es necesario un hombre que junte á la intrepidez de Elias la sabiduria de Daniel. Tal se presentó *Avelino* en esta asolada viña, con el Evangelio en una mano y la regla de San Benito en la otra, que eran la viva imágen de la santidad que inspiraba... Afligido testigo de los males de que le habia informado el Arzobispo de Nápoles, suspendió los progresos por su autoridad. Por él se veia avisada la indocilidad, la rebelion reprimida, ahogado el descontento, apagada la murmuracion, detenido el libertinage, proscrip- to el espíritu mundano, introducido el del retiro, inspirado y persuadido el amor al estado religioso. Su caridad acabó lo que empezó su zelo. *Erigit elisos.* ¡Que circunspeccion en sus consejos! ¡Que moderacion en sus reprehensiones! ¡Que reserva en sus mismos castigos! Así, pues, todo se mudó bien pronto á medida de sus deseos. Reynaba la subordinacion y el fervor primitivo. Ya no habia holgazanería ni vanidad. El recogimientp y el silencio, se observaban con otra tanta mayor exáctitud, en quanto habian sido establecidos con mas facilidad. Habia tanta dignidad en el culto divino, como regularidad

en

en las costumbres. Ya no quedaba otra cosa de los antiguos desórdenes que la vergüenza y el sentimiento de haber tenido la debilidad de entregarse á ellos. *Vias peccatorum disperdet....* Una reforma tan repentina como edificativa, es obra de *Avelino* y gloria nuestra. En toda Nápoles é Italia resuenan sus sucesos. Ellas resonarán tambien con sus sufrimientos.

¡Ah! Envidioso el infierno, armó contra él la rabia, el furor, la venganza y la desesperacion, quando como pacífico vencedor, en medio de las virtudes que dirigia y practicaba, conducia con prudencia las almas justas que admiraba, respetaba y amaba, *Diligit iustos*; y quando hacia á la gracia el homenaje de las felices mudanzas producidas por sus cuidados y vigilancia, una imprevista tempestad se levantó contra la reforma y el reformador. Unos hombres iniquos, unos monstruos de perdicion, urdieron tramas secretas, combinaron los medios, prepararon la conspiracion, se unieron, se dexaron ver é hirieron.

Aquí, hermanos míos, se divide mi admiracion entre el heroismo de nuestro Santo, y la audacia de sus enemigos. Le insultaban, y callaba. Le amenazaban, y estaba tranquilo. Descargaron sobre él unas manos sacrílegas, y bañado en su sangre, se daba mil parabienes por haber sido digno de padecer *por la justicia*. No hubiera tenido mayor dicha que acabar con su muerte la obra de Dios. Felicísimo hubiera sido si hubiese tenido enemigos á quien perdonar. Su paciencia sería mas cons-

constante que su obstinada ceguedad. Sus enemigos se cansaban de perseguirle, y él no se dexaba de presentar á sus persecuciones. El fuego que les animaba perdió su actividad, pero *Avelino* conservó su valor invencible. Este era el que les chocaba, confundia y tenia absortos. Postrados por fin á sus pies, detestaron sus crímenes y manifestaron su arrepentimiento. Los mismos que se habian propuesto quitarle la vida, le hicieron el juez árbitro de su suerte. *Vias peccatorum disperdet.* Las virtudes de los Santos, son la condenacion mas fuerte de los pecadores.

Yo, hermanos míos, os dexo ahora el derecho de pronunciar. ¿Que idea os habeis formado de un hombre que todo lo sabia emprender, sufrir y executar? Si á costa de su misma vida fué capaz de sostener una santa y delicada empresa, ¿seria menos capaz de ofrecer al Eterno padre todos sus pensamientos, acciones y deseos? El que muestra tantas virtudes, bien puede prometerse adquirir cada dia otras nuevas y hacer nuevos progresos. *Quotidiè in virtutibus proficiendi votum.*

Id, pues, Santo mio, id con el fervor que os arrebató á pronunciar el formidable voto, cuya idea os ha sugerido el cielo. Si no ha aceptado éste el sacrificio de vuestra vida, aceptará el de vuestro corazon. Pero no: deteneos todavía. Hay otro sacrificio que debe preceder á vuestra irrevocable promesa; quiero decir, la última, mas decisiva y heróyca disposicion. *Disposuit.*

La muerte acababa en Italia de arrebatár un

un hombre á la Iglesia, que habia reunido todas las qualidades propias para formar un contemplativo, un solitario, un apóstol, un reformador, un profeta, un legislador, un santo: este era Cayetano de Thiena, illustre por su nacimiento, célebre por sus talentos, inmortal por sus sufrimientos. La corte habia admirado su desinterés, la Iglesia aprovechándose de sus empresas, el Universo tributado homenajes á su santidad. El habia contado entre sus discipulos á Paulo IV, entre sus admiradores á Cárlos V, y entre sus conquistas á Bernardino Ochino. Fué una viva prueba de esta Providencia divina, que vela sin cesar sobre las necesidades de la Religion. La clerecia le debia su establecimiento, el culto su magestad, el fervor su nacimiento. Ingenio vasto en sus proyectos, prudente para dirigirles, firme para sostenerles. Querido de los pueblos, respetado de los grandes, consultado de los pontífices, temible á los novadores, vencedor del vicio, destructor de los escándalos, superior á la gloria por su humildad, á sus desgracias por su constancia. Su vida fué un texido de milagros, y el mayor de todos ellos era él mismo.

La misma Providencia que en otro tiempo hizo conocer en Nápoles entre los discipulos de Santo Domingo á Santo Thomas de Aquino, dirigió tambien á esta ciudad los pasos de *Avelino* para que conociese á los de San Cayetano. En ellos encontró unos maestros profundos en las ciencias profanas, y mucho mas consumados aun en la ciencia de la salvacion.

Es-

Estudió desde luego el espíritu de su instituto, y en muy breve tiempo les entregó toda su confianza. Edificaban la Italia con sus exemplos, la dirigian con sus luces y la santificaban con su zelo. Eran apóstoles sin intereses, poderosos sin ambicion, útiles sin vanidad, y unos hombres acreditados sin politica, que hacian revivir las virtudes y la gloria de su padre.... Con unos exemplos como estos ¿quántos admirables progresos hizo nuestro Santo en la ciencia de la Religion, en la práctica de la virtud, y en las funciones del apostolado?

Mas ¿que digo yo? El cielo le destinó entre los miembros de este respetable cuerpo para ser una de las mas firmes columnas de la Iglesia. No era bastante para él fixarse en el santuario; haber alejado su corazon de los viles intereses y de las frívolas esperanzas del mundo, y reprimido por las austéras obligaciones que impone el sacerdocio los ambiciosos deseos á que unos tempranos sucesos habian inclinado á su alma: el hombre es siempre hombre, como dice un padre de la Iglesia. Si no se aparta del peligro que le amenaza, perecerá en él. *Nemo totus...periculo proximus* (1).

Persuadido *Avelino* á que el estado que habia abrazado no era un freno bastante fuerte para asegurar su virtud contra el torrente de los malos exemplos, meditó un sacrificio todavia mas perfecto. Inspirósele Dios, decidióse la vocacion y se executó el desig-
nio. ¡Quan noble y generoso fué! Nuestro

San-

(1) Hieron.

Santo no era un hombre de aquellos que se entran en el retiro para borrar la memoria de una revolucion ó desgracia, ni un hombre que únicamente dexaba el mundo, porque un reves de la fortuna le hubiese hecho conocer el engañoso encanto y la nada de las cosas terrenas. Era un héroe christiano, que depositaba su gloria á los pies de los altares. Un apóstol conocido, un dichoso reformador que renunciaba los empleos que le ofrecia el mundo por abrazar en la religion la pobreza evangélica, y vivir y morir en ella.

Infinitos motivos le determinaron á entrar en la congregacion de los clérigos Regulares. Los beneficios que habia recibido de ella, el zelo que la caracteriza, el fervor que la distingue, la sumision á la Providencia de quien no acierta á separarse, la emulacion que anima á los talentos, la poderosa gracia del exemplo sobre los corazones, y la penitencia que estorba las faltas ó las corrige. Ved ahí lo que detenia su consideracion, y lo que no le permitió dudar en su eleccion.

Así como un héroe joven se adelanta en la carrera de las armas; así se presentó *Avelino* desde los primeros dias de su noviciado, adelantándose en las pruebas á que su vocacion le habia sometido. Hombres piadosos que le habeis precedido en el retiro que escogió, ¡con quanto respeto visteis al apóstol de Rocanova y de Nápoles, recibir los consejos y escuchar las instrucciones de aquellos á quienes hubiera podido servir de Maestro! ¡Con quanto asombro visteis venir á este sabio Doctor

á estudiar los deberes de la Religion, quando él mismo hubiera podido ordenar sus primeras reglas y fundamentos!

¡Que héroes, y que heroísmo me recuerdan los nombres de Pablo Arezzo y *Andres Avelino*! Parece que la Providencia no les conduxo al mismo retiro, y en el propio tiempo, sino para disputarse santamente el valor del fervor mas eminente. Arezzo será en lo sucesivo el protector de su orden, el amigo de los soberanos pontífices, la gloria del Episcopado, el ornamento de la púrpura Romana, las delicias de Nápoles, la edificacion de Roma, el apoyo de la Iglesia, la luz de su siglo, un hombre santo y milagroso. *Avelino* vendrá á ser el propagador de su congregacion, el modelo de los directores, un apóstol infatigable, un mártir del zelo, el pacificador de las turbaciones, el oráculo de Italia, el espectáculo del Universo... En el fervor del *Noviciado* ambos se animaron por prodigios de piedad, sabiduria, humildad, caridad y penitencia. Por la exáctitud de su conducta, eran uno y otro propuestos ya como modelos á los demas, quando aun su regularidad no era sino una pintura débil de los deseos que formaban y de la sublime perfeccion á que se habian propuesto llegar.

Reparad á *Avelino*, que por primera prueba se tomó el penoso cuidado de velar sobre la vida de un hombre á quien la debilidad de la edad y el peso de las enfermedades apenas dexaban algunos intervalos de razon. Tan pronto triste é inquieto, como arrebatado

do á un extremo furioso, correspondia con una involuntaria ingratitud á las tiernas demostraciones que nuestro Santo le hacia. Los beneficios se les pagaba con injurias. Solo consideraba el horror de los crueles males que sufría, desconociendo el caritativo zelo que se sacrificaba por dulcificarle sus rigores. ¡Terrible prueba para un corazon menos generoso que el de nuestro héroe! Sabia sufrirlo todo y no quejarse de nada. Sentia el triste espectáculo que le ofrecia un infeliz, cuya desgraciada situacion excitaba á lástima. Los desprecios que experimentaba aumentaban su caridad en lugar de entibiarla: lejos de agorar su paciencia, la lisonjeaba. Hasta por las humillaciones que el cielo queria padeciese, se manifestaba reconocido..... Los santos se tienen por dichosos con sus penas.

En medio de estas, le hizo conocer un digno maestro suyo el espíritu de San Cayetano, y le animó á perpetuarle. Hablo del virtuoso Pedro Fuscarena, hombre mas noble por sus sentimientos que por su cuna, y de quien Verona habia admirado los sacrificios, París las luces y Bayeux el zelo, habiendo iluminado en Nápoles con su sabiduría hasta los mismos sabios. Su primer aspecto chocaba al espíritu, y su amable dulzura cautivaba el corazon. Era sabio y modesto, amigo verdadero, consejo sólido, superior prudente, severo para sí solo. Este es el caracter de la verdadera virtud.

Baxo la direccion de tan gran maestro, dispuso *Avelino* el maravilloso dia en que debia con-

consumarse su sacrificio. Dia en que habia de coronar los tres votos de la religion con un quarto voto que comprehende todos los demas, y no exige una virtud particular, sino todas las virtudes y virtudes las mas perfectas: en una palabra, con un voto que no es comparable sino consigo mismo. *Quotidiè in virtutibus proficiendi votum.*

Imponerse la indispensable obligacion de una caridad, de una obediencia y de una pobreza voluntaria y perpetua, es un sacrificio admirable de que todos los dias se ven exemplos; pero la que se impuso *Avelino*, no parece que corresponde sino á él solo. Atender siempre á lo mas perfecto, y sujetarse á hacer de continuo nuevos progresos en el camino de la virtud, *quotidiè*. ¡Heróyca resolucion! Formar su proyecto, es un designio grande, noble y único: hacer un voto, *votum*, es el complemento del heroísmo y de la santidad.

Los demas santos tienen un distintivo carácter que decide su mérito. Agustin fué el conquistador de la gracia y su apoyo, y Domingo el modelo de los oradores christianos, de quienes fué el padre. Debemos aplaudir la pobreza de Francisco de Asís, la caridad de Thomas de Villanueva y el zelo de Xavier. Todas estas qualidades reunidas componen el carácter de *Avelino*, y forman el singular género de santidad que le distingue en la Iglesia. Yo no pretendo tener la imprudencia de colocarle sobre los demas santos: lejos de mí este indiscreto zelo, esta ciega preocupacion. Nuestro Santo desmentiría por sí mismo tan

atrevido elógio. Su mérito nada quita á las virtudes de otros santos, así como las virtudes de otros santos no quitan nada á su mérito. Todo quanto me propongo decir de su gloria, sin perjudicar á su reputacion, se reduce á que su voto le obliga á reunir todas las perfecciones, de las que una sola bastaría para formar un gran santo.

¡Promesa arriesgada, difícil voto! *Arduum votum*. Pero promesa que por desgracia no servirá mas que para su condenacion, si fielmente no cumple el voto que se ha atrevido á hacer. Ya tengo dicho, que las disposiciones que llevó á su voto, no eran sino las primicias de su santidad, las que completó por la fidelidad con que se esforzó á ejecutarle. *Ascensiones in corde suo disposuit*.

PUNTO SEGUNDO.

Dicen los sagrados libros, que Jephthé hizo un voto solemne al Señor. *Votum vovit Domino*. Como su promesa era libre, no podia retractarse de ella; y á pesar de la voz de la naturaleza que reclamaba contra una obligacion, cuyo riguroso cumplimiento no podia ella aprobar, fiel Jephthé á su palabra, tuvo el mérito de executar lo que habia tenido el valor de prometer. *Et fecit sicut voverat* (1).

Como si fuera otro Jephthé *S. Andres Avelino*, trató con su Dios el modo con que se habia de hacer una union voluntaria y sa-

(1) Judic. II. 39. 39.

grada. *Votum vovit Domino*. Este voto que le dictó solamente el fervor, vino á ser para su conciencia, á quien le sujetó, un yugo perpetuo del que ya no podia separarse. Lo que habia prometido sin violencia, no podia quebrantarlo sin delito. Así que, todos los dias que se siguieron al de su sacrificio, se emplearon en hacer una nueva y severa ley para cumplir constante y fielmente una obligacion que se habia impuesto voluntariamente despues de bien reflexionada. *Et fecit sicut voverat*.

Para hacer su voto se preparó con pruebas útiles, trabajos penosos, y generosos sacrificios: para cumplir las austéras obligaciones que le imponia, debia terminar sus pruebas con otras mas difíciles: añadir otros trabajos á los suyos, y consumir su sacrificio por medio de unos sacrificios mas perfectos. Como debia hacerlo así, así lo executó. *Avelino* triunfó de los enemigos de su inocencia, y era menester triunfar de sí mismo. Solo una ciudad, por decirlo así, limitó sus trabajos; y la Italia toda debia ser el teatro de su apostolado. Habia sacrificado su libertad en el retiro, y era preciso sacrificar su vida en medio de los mas horrosos peligros. Por la abnegacion mas pura, coronaba sus pruebas: por el zelo mas universal, ponía el colmo á sus trabajos: por la caridad mas invencible, coronaba sus sacrificios; y por el conjunto de estas diferentes virtudes, llenaba toda la extension de su voto, que consumaba el mérito. *Ascensiones in corde suo disposuit*.

Así como el amor propio caracteriza á los hombres; así tambien la abnegacion caracteriza á los santos. Estar colmado de gloria, y no hacer caso de ella; desconfiar de su flaqueza; estimarse en poco; no estudiar sino en vencerse á sí mismo; no vivir sino para morir á las pasiones, á la naturaleza y al mundo; es un género de santidad otro tanto mas heróyca en quanto es mas rara. *S. Andres Avelino* dió tan admirables exemplos de la nobleza de sus sentimientos, que puede ser comparada con la de *S. Pablo*.

Para la reciente Iglesia era el mas hermoso espectáculo ver al apóstol de las naciones, al destructor de la idolatría, á la antorcha de la fé, al oráculo de la Religion, á aquel conquistador evangélico que habia sepultado los simulacros de la gentilidad baxo las ruinas de sus altares; enarbolado la cruz de Jesu-Christo en Roma, centro del paganismo; sujetado á las misteriosas verdades de la fé, tanto las luces de lo sabios, quanto el orgullo de los poderosos: lo era el ver á aquel hombre arrebatado al tercer cielo, ilustrar sus brillantes sucesos con la mas profunda humildad; no reconocer en sus triunfos y victorias sino las de la gracia; devolver á su Dios quantos homenages le tributaban á él mismo; desaprobando su gloria, publicar su debilidad; ó por mejor decir, no fundar su gloria sino en su debilidad y en su nada. *Nihil gloriabor nisi in infirmitatibus meis* (1).

Es-

(1) II Cor. c. 12. 5.

Este testimonio que no puede contradecir *S. Pablo* en su interior, no se puede negar tampoco á los humildes sentimientos de *S. Andres Avelino*. Atento é ingenioso siempre para ocultar á la vista de los hombres, tanto sus virtudes, quanto los favores con que siempre las recompensaba el cielo, procuraba adquirirse la humilde reputacion de *pecador*. ¿*Pecador*? Sí. Este era el obscuro nombre con que se queria dar á conocer. *Un pecador*, decia, que no se ha puesto al abrigo del santuario, sino para ocultar y llorar en él los extravíos de su juventud. ¿Pues acaso hubo nunca alguna que fuese mas christiana y edificativa? La gloria que seguia la huella de sus pasos, asustaba su delicada conciencia. ¡De quantos piadosos artificios se valió para suspenderla y detener su brillo!

Hay admirables y averiguados prodigios que no permiten dudar de su santidad. A él se le observó cercado de un rayo de luz, y arrobado en éxtasis. Los futuros acontecimientos se descubrian á su vista. Llega á Milan, y mereciendo en aquella ciudad la confianza de *S. Carlos Borromeo*, le manifestó las predicciones mas asombrosas. Mientras que sus observativas miradas contemplaban á este Pontífice vencedor y espanto de la heregía, héroe y ornamento de la Religion, autor y exemplo de la reforma en la clerecía, apóstol y víctima de la caridad: á este Pontífice que habia hecho concluir un concilio general y multiplicado los particulares; dado un

prelado á la Iglesia y negádose á serlo; y en fin, mientras que estudiaba y admiraba *Avelino* á este nuevo Ambrosio, le declaró con una voz profética las conseqüencias de su gobierno, el término de sus trabajos, y el dia de su muerte. Señaló precisamente la época en que reconocida la Iglesia debia inscribir en sus anales su nombre, é invocarle como á su protector despues de haberle reverenciado como á su modelo. El suceso comprobó la profecía.

Del mismo modo advirtió á la princesa Caraffa, que era una temeridad la de los hombres que se prometian, con los auxilios del arte, alargar los dias contados por la Providencia, y hacerla creer, que aun no se habia abierto el sepulcro para ella. Otros, la decia él, os adulan para manteneros en la ilusion: yo debo descubrirlos lo que os tiene cuenta, y no debeis ignorar. La verdad no me permite ocultaros un triste pero próximo acontecimiento. En este mismo dia os habeis de presentar en el tribunal del Eterno Padre, en el juicio de la otra vida. Todavia estaba hablando quando espiró la princesa, y la incredulidad que se reía de los sentimientos que infundia en su corazon, tuvo precisamente que respetar unas luces, de que no tenia la dicha de participar.

Ah! No se lisonje el príncipe de Montdragon de hallar en su juventud un recurso contra la muerte que le amenaza. Esta flor que acaba de brotar, le decia *Avelino*, va inmediatamente á marchitarse. No cuentes con unos dias que no has de gozar. El estado,
la

la opulencia, la edad, todo se le escapa al hombre. Lee en mis ojos, consulta mis lágrimas y juzgarás de tu suerte. Hoy eres un gran príncipe: mañana no serás mas que polvo.

¡Quantos acontecimientos semejantes manifiestan en nuestro Santo el espíritu de profecía! A unos vaticinaba sus trabajos y sufrimientos; á otros les anunciaba su caída y su arrepentimiento. Lo mas secreto de las conciencias, lo que no existia sino en sombras y en sucesos muy remotos, lo sabia y hacia conocer palpablemente.

Su poder igualaba á sus luces. A su vista huían confundidos los espíritus infernales. A su voz sosegaba la mar sus alborotadas olas. A sus órdenes se desaparecian las tempestades, cesaban las enfermedades, se sujetaban los elementos. Hasta la muerte misma respetaba las leyes que la prescribia, y entregaba á esta vida terrena las víctimas que la pedia. Díganlo Nápoles, Milan, Placencia y Roma, que llenas de reconocimiento estan y estarán publicando sus beneficios.

En vano se mortificaba en imponer silencio á los admirables testimonios de su poder, porque la verdad llevaba su reputacion hasta las mismas ciudades y pueblos que no tenian la fortuna de gozar de su ministerio. Pero ¡Que bien sabia sacudirse de una gloria importuna que le buscaba quando mas bien la huía! Vosotros os engañais, decia á los expectadores y á los panegiristas de sus milagros, porque injustamente me atribuis unos hechos que son solo obra de Dios. ¿Habia

de valerse este Señor del instrumento mas débil para representar la imágen de su poder? Ah! Yo soy un vil gusano, una nada animada; un hombre que nada puedo, nada valgo; pero la gracia todo lo puede. Respectad sus maravillosas operaciones. En mí no vereis otra cosa que á mi mismo. Las acciones á quienes prestais vuestra admiracion y alabanzas, no son mas que una constante y verídica prueba de mi fragilidad. *Nihil gloriabor nisi in infirmitatibus meis.*

¿Se apresura la voz pública para aplaudir los superiores talentos que tiene para explicar los oráculos del Señor? Ah! respondia él, ¡quiera Dios que esta misma boca intérprete hoy de la verdad, no haya sido en otro tiempo el órgano de la mentira! Los hombres llenos de abnegacion se disimulan sus virtudes, y no olvidan sus faltas. *Avelino* se reprehendia aquellas de que se creia culpable hasta en sus mismas obras.

¡Quantas y quan diversas fueron las preciosas obras con que enriqueció á la Iglesia! Ellas convirtieron á los pecadores, consolaron á los justos, instruyeron á los sabios, honraron su congregacion, y gozaron de una aprobacion general y siempre permanente... Los discipulos de Santo Thomas creian encontrar á Santo Thomas mismo en las luminosas señales que añadia nuestro Santo á las decisiones concluidas por el *Angel de las Escuelas* (1). Los discursos que pronunció en las

(1) Notas de S. Andr. Avel. á la Suma de Santo Thomas.

las diferentes cátedras, no bien fueron recogidos, impresos y publicados, quando toda la Italia se afaná á leer con fruto las sólidas y sublimes verdades que habia oido siempre con edificacion. (1) Por todas partes se ve, que los incontrastables principios que estableció sobre el temor, la esperanza, el pecado, la misericordia, la penitencia, la Eucaristia, la oracion dominical, la verdadera felicidad y el amor de Dios, son los principios tomados del Evangelio, descubiertos por los padres y consagrados por los concilios. Las reflexiones juiciosas, y los profundos razonamientos con que les adornaba, no tenian otro objeto que hacer conocer su valor, ó darles mas fuerza que la que tenian (2). Los ingenios familiarizados con la ciencia de las sagradas Escrituras, no pueden dexar de publicar que la reflexionada explicacion de *Avelino* sobre los Psalmos de David, el católico espíritu de Santiago, el de S. Pablo para con los fieles de Roma y los de Epheso, presenta otros tantos puntos de vista que hasta entónces se habian escapado á su penetracion (3). Los pontífices y monarcas creian que con las cartas de nuestro Santo recibian los oráculos de Nathan, las advertencias de Jeremías, las instrucciones de S. Gerónimo,

(1) Sermones de S. Andres Avelino para la Quaresma y para todo el año.

(2) Diversos tratados compuestos por S. Andres Avelino.

(3) Explicacion de S. Andres Avelino sobre los Ps. 45 y 118: sobre las Epist. de Sant. y las de S. Pablo á los Roman. y á los de Epheso.

y las reprehensiones de S. Bernardo (1). La que escribió á Maria de Portugal, princesa de Parma, sobre el menosprecio del mundo, es una admirable leccion para los señores de la tierra y sus vasallos (2).

De aquí dimanó el aprecio general que se adquirió. De aquí aquel unánime apresuramiento que manifestaron los grandes de su siglo en no guiarse sino por sus consejos. Buenos testigos fueron de esto la princesa de Parma, cuya conciencia dirigia; el Cardenal Caraffa, cuyos últimos suspiros recogió; S. Carlos Borromeo con quien repartió sus trabajos; la duquesa de Nocera, cuya caridad y fervor arregló; la princesa de Stilliano, cuyo retiro y penitencia preparó.

Era un orador aplaudido, un escritor útil, un director acreditado, y, en una palabra, ¿que no era *Avelino*? Y no obstante esto ¿que pensaba de sí mismo? Ah! sigámosle en aquellos escogidos momentos en los que entregado á sus reflexiones se confundia y abismaba á los pies de la cruz. Humilde, sumiso y penitente, se deleytaba su corazón en pesar los sucesos de sus predicaciones, la reputacion de sus obras, y el voto de sus admiradores, que reprobaba su conciencia según sus secretos sentimientos. Llegó á tal punto su humildad, que se negó á los honores

(1) Cartas de S. Andres Avelino á diferentes príncipes, cardenales, obispos, &c.

(2) And. Avel. á la princesa de Parma, sobre el menosprecio del mundo.

res del episcopado que el Cardenal Cusani pretendió para él con Gregorio XIII.

Tal era su sumision, que se impuso la obligacion constante de poner siempre á su voluntad una invencible resistencia, y obedecer á los mismos que estaban sujetos á su mandato. Su penitencia era tan rigurosa que pareceria increíble, sino se supiese que en sus piadosos excesos aumentan los santos la severidad del Evangelio; y que la abnegacion que corona tantas virtudes, no quiere percibir en las suyas propias, sino débiles ensayos de una piedad que siempre disputa el hombre al christiano. *Nihil gloriabor nisi in infirmitatibus meis.*

¿Deseais ver un rasgo maravilloso de la moderacion y heroísmo de que le hace capaz la abnegacion? Con la prueba mas sensible se va á descubrir toda la generosidad de sus sentimientos....Un hermano, á quien queria como á sí mismo, tenia un solo hijo que era su único consuelo y recurso. Por la piedad, prudencia y talentos que le acompañaban, mereció los cuidados y ternura de su tio. La santidad no ahoga los sentimientos de la naturaleza, pero los perfecciona....En el curso de sus trabajos, supo *Avelino*, que un monstruo guiado por un odio injusto, y excitado por un reprehensible furor acababa de descargar un golpe homicida sobre el corazón del que cifra toda la esperanza de su familia. Ya no quedaba de este querido objeto, y digno de serlo, otra cosa que un cadaver ensangrentado y unas frias cenizas: ¡y res-
pi-

pira el autor de su muerte! ; triunfa del castigo de su delito! Ah! Manifestaos legítimos acusadores: enteraos sabios magistrados de una acción tan bárbara y cruel: de otro modo no podrá ser *vengada la sangre del justo*. Pero no hay que temer, que las leyes decidirán. Habla, padre afligido, habla y haz conocer tus sentimientos, tu dolor y tus derechos. Anima con tu zelo la tierna imágen de tu hijo.... Pero detente, que *Avelino* escucha un sentimiento mas noble y christiano. En efecto, hermanos míos, detuvo al padre sus pasos y ocultó á las indagaciones de la justicia la criminal cabeza que podia haberla entregado. Perdonó..... El complemento de la virtud es salvar con el silencio á quien con sola una palabra se puede perder (1).

Quanto mas se reflexiona sobre la conducta de *Avelino*, otro tanto mas bien se conoce el absoluto império que exercia sobre sus sentidos, su espíritu y su corazon. En otra ocasion puede que unas miras ambiciosas le hubiesen hecho manifestar quien era en la capital del mundo christiano, porque se le sonreaba hallar en los soberanos pontífices unos zelosos protectores de sus talentos. Además de que, Roma le parecia la mansion de la gloria, el templo de la fortuna, el teatro favorable de las grandes reputaciones y recompensas. En esto pensaba como político, des-

(1) *Necem fratris filio illatam imperturbato animo tulit, ac suos ab omni ulciscendi cupiditate compescit, in offic. S. And. Avel. Brev. Rom. lect. V.*

despues pensó como santo. Fué á Roma, pero con el fin de recoger del sepulcro de los apóstoles una chispa del fuego que les animó, y excitarse á sí mismo, á vista de las respetables cenizas de los santos mártires, el noble deseo de serlo tambien. La pompa brillante, la magnificencia de Roma, aquellos magníficos templos, obras maestras del ingenio y de las artes, y aquellos antiguos monumentos que son la admiracion de todos los siglos, no eran capaces de distraer por un instante su atencion. Si se presentó en la corte, no fué para solicitar la proteccion de Paulo IV, que le recibió con todas las demostraciones de agrado y respeto que inspira la virtud; sino por saber del soberano Pontífice el espíritu de una congregacion de quien habia sido la gloria y el apoyo, y casi se puede decir que el creador. Si visitó á dos hombres célebres, uno jurisconsulto ilustrado, teólogo profundo, sabio en los negocios políticos, confidente de Paulo IV, consejo de Pio IV, amigo de Pio V, condecorado con la púrpura romana y penitente hasta en la corte, como fué el cardenal Schoto; y otro entregado al retiro, enemigo de los honores, respetado en Venecia, admirado en Roma, y por todas partes útil y desinteresado, como Gerónimo Isachino, fué porque como él eran discípulos de S. Cayetano, y porque podian darle lecciones y exemplos. No buscaba en Roma sino imitadores de Cayetano para llevarlo á ser tambien con ellos. Este era el único objeto de todas sus peregrinaciones, porque

que era el término de sus deseos y el único medio de cumplir su voto.

Mas para que esto se verificase, ¿ que es lo que aun exigió Dios de *Avelino*? Desde luego me atrevo á asegurar, que por mas amplio que hubiera sido su voto, no podia haberse mostrado mas fiel, ni mas fervoroso en el desempeño de sus inmensas obligaciones. ¿ Podia hacer todavia nuevos progresos su consumada virtud? Si, aun podia hacerlos por mas que parezca increíble. Ya que colmó sus experiencias con la abnegacion mas pura, coronará sus trabajos con el zelo mas universal.

Sino hubiera escuchado mas que á su corazon, toda su vida hubiera estado llena de oracion y de retiro. Pero sus talentos eran conocidos, y su congregacion estaba interesada en hacerlos útiles. Ella acababa de ver eclipsar y extinguirse á una de sus mas resplandecientes lumbreras, qual era el piadoso *Marinon*, hombre recomendable por la santidad de sus costumbres, maestro iluminado en la direccion de las almas, superior prodigioso en zelo y sabiduria, hombre digno de la mayor reverencia, que despues de haber hecho revivir en sí mismo el espíritu de *S. Cayetano*, le transmitió felizmente á una infinidad de discípulos fervorosos, y les dirigió por las sendas de la mas sublime perfeccion, y en fin, hombre á quien la Iglesia ha puesto al lado de los bienaventurados. Con la pérdida de este hombre tan recomendable, creyó su Orden perder un segundo fundador.

Nues-

Nuestro Santo habia recibido las últimas palabras y sentimientos de *Marinon*, que era su guia, su oráculo y su padre. Así como otro *Atanasio*, se tomó el cuidado de recopilar las acciones de este nuevo *Antonio*. ¡ Que no nos haya quedado un documento tan precioso! ¿ A que fin le entregó á las llamas la humildad de *Avelino*? ¿ Acaso era esto necesario? Ah! Si no hubiera consultado como á su humildad á su austera virtud, poseeríamos todavia aquella obra tan digna de su autor, dictada por el reconocimiento, executada por el fervor, y en la que, sin percibirlo, casi se representó á sí mismo.

A los justos sentimientos que causó la muerte de *Marinon*, se siguieron los ansiosos deseos de reemplazarle. Es imposible pintar la pesadumbre que tuvo nuestro héroe quando supo que era el *Eliseo* destinado por el cielo para reemplazar á *Elías*. Aunque sucesor en sus empleos, se temia no poderlo ser de su zelo. Conocia la pesadez de la carga, consultaba sus fuerzas y se estremecía. Solamente en Dios tenia su confianza; y en medio de los pesares de su humildad, le parecia que podia dirigir á su ilustre predecesor las mismas palabras que dirigia el Profeta en otro tiempo á aquel cuyo ministerio debia ocupar: *Obsecro ut fiat in me duplex spiritus tuus* (1). O tú, á quien yo tengo que hacer revivir en las delicadas funciones de un apostolado que constituyó vuestra gloria comuni-

(1) IV. Reg. c. 2. 9.

nícame la fuerza y sabiduría del espíritu de que estabas animado para exercer el mismo ministerio. Tú has sido para mí el *Angel* de la Providencia durante tu vida; dignate ser siempre mi modelo despues de tu muerte. *Obsecro ut fiat in me duplex spiritus tuus.*

La deprecacion de *Avelino* se oyó y tuvo el mismo suceso que la de *Eliseo*. ¡Con que noble emulacion caminó éste discípulo por los pasos de su maestro! le imitó, igualó y aun excedió. La congregacion de los *Clérigos Regulares*, no dudaba ya en que el superior que admiraba dexaba atras al que habia perdido.

Singular prerogativa por cierto, la de confiarle su orden el cuidado de inspirar en los demas su espíritu, quando apenas habia tenido tiempo para conocerle. Diez años estuvo en este delicado é importante ministerio. ¡Con quanta brillantez y suceso cultivó aquellas tiernas plantas, que por el discurso de un año de experiencias hacia brotar á la Religion! Su atenta vigilancia no sabia desmentirse. Sus exemplos fueron sus primeras lecciones. Animaba á la santidad con la santidad misma. Encargaba la humildad y era humilde: la prudencia, y era prudente: el desinterés, y era desinteresado. Condenaba la ociosidad, y era laborioso: la distraccion, y era recogido: todos los vicios, y los vencía. ¿Se encontró acaso mayor discernimiento para conocer los espíritus? Aplicado á descubrir los diferentes caractéres, consiguió prestarse con inteligencia á la diversidad de los hu-

humores. Como sabio y discreto, disimulaba las leves faltas de la fragilidad, que explicaba lo bastante para corregir al delinquente, humillarle y enmendarle. Como dulce y afable, corregía con utilidad los defectos, y poseía el feliz secreto de hacer estimar sus reprehensiones sin que perdiesen nada de su fuerza. Si su exáctitud obligaba á la observacion de la regla, y esclavizaba los espíritus baxo el yugo de una penosa dependencia, tambien su ternura, mas que su autoridad, excitaba el gusto y el amor á la subordinacion.

Por este zelo siempre activo, preparó *Avelino* á la religion ministros evangélicos capaces de defenderla. De la escuela de este maestro consumado en la ciencia de los santos, salieron hombres, que fueron el honor de su Orden, la gloria de la Iglesia, el azote de la heregía y los defensores de la fe: hombres, cuya reputacion vive todavia, y cuyo respetable nombre es venerado por todas partes, y digno de la inmortalidad. Díganlo sino un *Caracciolo* por su santidad, un *Solero* por su ciencia, un *Osorio*, víctima de la caridad, Consul primero, y despues el honor del *Episcopado*, un *Scorcovilla*, segundo General de su Orden, cuyos beneméritos hombres formarán siempre la gloria de la congregacion de los *clérigos Regulares*, y con especialidad el elogio de *San Andres Avelino* su guia y su modelo.

Otros empleos mas honrosos y brillantes le llaman. Todos parece que le reclaman

para recibir de él un nuevo lustre. Nápoles, Milan, Placencia, Roma y Lombardia, hallaron sucesivamente en él un superior, que fué el ornamento, apoyo y propagador de su congregacion. Los honores á que un voto unánime le ensalzaban, le parecian, no tanto una recompensa de sus servicios, quanto una nueva obligacion de hacerlos aun mas importantes. Figurémonos un hombre que hizo un estudio constante en hermanar la humildad con el poder, y la dulzura con la autoridad: que prescribia leyes y las observaba: que era tan zeloso del culto como de la disciplina: que mantenía la piedad tanto por sus exemplos quanto por su vigilancia: que estando siempre ocupado, siempre fué solitario: indulgente para los defectos, firme contra los vicios, destructor de los abusos, enemigo de las novedades, siempre útil á su Orden, y aun mas á la Religión. Tal es el quadro que nos presenta su gobierno.

¡Quantos asilos religiosos le deben su origen! ¡Quantos útiles reglamentos le deben su principio! ¡Quantos olvidados y santos ejercicios le deben su restablecimiento! A su sabiduría debe el primer General de su congregacion (r) la ventaja de no haber tenido contradictores, y su misma congregacion la dicha de no haber experimentado una peligrosa borrasca.... Entre aquella multitud de trabajos, para los que al parecer no bastarian muchos hombres, encontraba todavía *Avelino*

(r) El Padre Juan Bautista Milan.

no algunos momentos que destinar á otras diferentes empresas. No parecia sino que inagotable su valor se le multiplicaba á cada paso. Casi al mismo tiempo que se empleaba en la propagacion de su Orden, se le vió ser el apóstol de toda Italia, disipar las tinieblas del vicio y del error, persuadir por su eloqüencia, mover por su dulzura y triunfar por sus exemplos.

Habiéndose manifestado en Nápoles un monstruo alimentado con los funestos principios de Lutero y de Calvino, se propuso destruir la presencia real, y la *transubstanciacion*; pero deteniéndole nuestro Santo en sus perniciosos proyectos, hizo ver la seducción y le apartó de un pueblo, ciego admirador de una doctrina, cuyo veneno no conocia.

Partidario de esta doctrina impía un jóven temerario, no tanto por sistema quanto por libertinage, se atrevió á añadir al crimen de una comunión sacrilega el de una nueva profanacion. Esperó *Avelino* el instante en que los imperiosos remordimientos viniesen á turbar el alma del delinqüente. Y habiendo llegado este caso, y como testigo de su pena y desesperacion, tranquilizó su desenfrenado furor, le excitó sentimientos de compuncion, y le libertó de los castigos con que le amenazaban las soberanas órdenes de Gregorio XIII y Felipe II, que estaban prontas á executarse por las exáctas pesquisas del Cardenal Baronio y de Don Juan de Zúñiga, Virrey de Nápoles.

Aun en ocasion mas difícil, obró nuestro

Santo con la misma sabiduría, y executó los propios milagros. Así se vió, que buscando á los cabezas de una temible revolucion, logró apaciguarlos por entre el tumulto de las armas, entre arroyos de sangre y entre una carnicería y mortandad inexplicable. No de otra suerte se presentó en la misma ciudad quarenta años ántes San Cayetano, mártir de su caridad y su zelo.... Esparcióse la voz de que iba á experimentarse un hambre terrible, y una grande carestía en los alimentos. Acusando de esto la preocupacion á un hombre distinguido por su empleo, fué desde entónces el objeto del odio y del oborrecimiento público. El furor nada respeta. Formóse un ejército de rebeldes; y extendióse la muerte por todas partes. Creyó el Duque de Osuna, que con su autoridad sujetaría á los revoltosos, y los intimidaría; pero meneó el fuego y aumentó la llama. Nada pudo aterrar á los fanáticos directores de un pueblo desenfrenado, que solo conocia sus intereses, y no escuchaba mas que á su venganza.... Pero no temais. Ya se levanta una voz pacífica y poderosa que infundirá en todos los espíritus el espanto, y el arrepentimiento en todos los corazones. Preséntase *Avelino*, y lo mismo fué empezar á hablar que ceder todo. Cedió el furor, renació el sosiego, y empezó á respirar Nápoles. Dichosamente reconciliados sus habitantes, tributaban homenages á su dulzura, puesto que para vencerles no se habia valido mas que de la voz del bien público, el amor á la patria, la seguridad de los ciudadanos, los derechos de

de la Religion, y mas que de todo esto tal vez del ascendiente de sus virtudes.

A vista de esto ¿será de admirar que todos los pasos de un ministro tan sabio y virtuoso estén señalados con las mas inesperadas conversiones? Habiendo intentado vengarse un hombre ilustre por su nacimiento, pero aun mucho mas por los resentimientos que tenia contra un rival fuerte y temible, formó la bárbara resolucion de sacrificar á un pundonor falso todos los principios de la Religion. El sacerdocio y el imperio se habian unido ya para conseguir de los dos enemigos una reconciliacion sincera y permanente; pero en vano. Este era un triunfo que estaba reservado solamente para nuestro Santo. Sus oraciones y sus lágrimas enternecieron á aquel corazon de piedra, insensible á todos los medios y representaciones. Prepárase la vista de los dos contrarios, obra la Religion, perdona el vengativo, y toda la Italia aplaudió al autor de una rconciliacion que solo podia inspirar la virtud y ejecutarla.

En Placencia hizo todavía cosas mas difíciles, y executó proyectos que experimentaron mil contradicciones. El Cardenal Arezzo se habia levantado contra los escándalos que, como un diluvio, inundaban su Diócesis; pero aunque tuvo el mérito del zelo, no consiguió el del suceso. Llamó en su ayuda al hombre que creía mas á propósito para introducir en su pueblo el puro espíritu del christianismo; y fué tan importuno, que arrancó á *Avelino* á las necesidades de Milan

y á la ternura de San Carlos. Del modo que lo deseó y lo pidió, le obruvo y poseyó, y su pueblo se aprovechó de él.... Reynaba el lujó en Placencia, lo ataca y lo destruye. Un perverso interés favorecía los excesos del libertinage. La miseria era el origen de mil crímenes. Dió contra la licencia de las costumbres, y el asilo del libertinage se mudó en un templo de penitencia. El santo obispo, amigo y admirador de nuestro Santo, aplaudió esta repentina y milagrosa transformacion. Ah! Ella misma fué quien provocó contra él un mundo entero de acusadores iníquos. Se juntaban mil sospechas, suponian indicios y daban falsas pruebas. Hasta en la corte del Duque de Parma, Ocravio Farnesio, esparció la calumnia contra su conducta unos coloridos tan feos, que era dificultoso que la verdad penetrase por entre ellos. Pero ya penetrará. La impostura será descubierta y castigada: la inocencia reconocida y recompensada. Instruido é informado el príncipe, que ya habia esiado para ser contrario de *Avelino*, se declaró su apologista, y se puso baxo su direccion, honrándole con su confianza, y dando gracias al cielo por haberle hecho conocer á un santo, que para justificar su conducta no tenia necesidad mas que de ella misma.

Sobre qualquiera parte de Italia que extendamos la vista, hallaremos monumentos que comprueban su zelo, sus empresas y sus triunfos. En el exercicio de su ministerio desempeñó todas las obligaciones que con su voto habia contraido, y obligaciones, cuyo proyec-

yecto habia parecido temerario é imposible en la execucion, si su conducta no hubiera superado tanto la sabiduría quanto la posibilidad comun y ordinaria. El habia prometido hacer cada dia nuevos progresos en el camino de la virtud. Estos fueron sensibles, sea que por el zelo mas universal puso el colmo á sus trabajos, sea que por la caridad mas invencible puso el colmo á sus sacrificios.

La caridad, segun San Pablo, todo lo cree. *Omnia credit*. Todo lo espera. *Omnia sperat*. Todo lo sufre. *Omnia sustinet*. Jamas se extingue. *Charitas numquam excidit* (1). Todo lo cree: en esto consistió su humildad. Todo lo espera: en esto se cifra su confianza. Todo lo sufre: en esto estriba su generosidad. Jamas se extingue: á esto se reduce su constancia.

Para cumplir perfectamente su voto *S. Andres Avelino* debia reunir todos estos caracteres de la caridad. Así lo hizo en efecto. ¡Quan viva y ardiente, pero quan humilde al mismo tiempo es esta caridad, cuyos sentimientos manifestó en sus escritos! Escritos de quienes he hecho mas bien la enumeracion que apreciado el mérito. Augustos monumentos de su ciencia, de su piedad y de su fe; testimonios eloqüentes del divino fuego de que estaba abrasado, vosotros sois los que subsistís todavia y ratificais por los frutos que producís los votos unánimes y honrosos que os han concedido los soberanos pontífices: vosotros justificais los magníficos elógios que creyó

X4

de-

(1) I. Cor. c. 13. 7. 8.

debía daros San Carlos Borromeo. En esto consiste, que la caridad transmita á los demas las verdades que cree y practica. Y en esto pende, que convide á todos los siglos y tiempos para que las crean y practiquen. *Omnia credit.*

Pero todavía se pinta mejor su caridad en sus obras que en su conducta. Vuestro espíritu, hermanos míos, os presentará en este instante la memoria de aquellos tristes dias, fecundos en miserias y aflicciones, en los que despues de retardar el cielo su castigo, descubrió, en fin, la mas terrible venganza é hizo caer sobre Milan el rayo destructor que mudó la ciudad mas floreciente en un lúgubre y en un triste sepulcro.

Esparcióse un funesto veneno por el ayre, y llevó sobre la tierra una semilla corruptible, y el soplo de la muerte. Comunicóse el contagio, y se extendió á semejanza de aquellos incendios, cuyas devoradoras llamas se acrecientan con un impetuoso viento. Corrompióse la sangre, postróse la naturaleza, y herida mortalmente, amenazaba por todas partes su ruina. Hasta en los mas profundos retiros introducian el terror y la consternacion las mas malignas influencias. Todos huían, pero aun con esto mismo no aseguraban su salud. Ningun refugio habia contra la venganza de Dios, que era el que perséguia. Los males eran innumerables y casi sin remedio. Los socorros faltaban ya por todas partes. La caridad estaba como helada y sin uso. Todos los vinculos y amistades se quebrantaban. La

sangre no reconocia ya ninguna voz, ni la amistad ningun sentimiento. Los derechos mas sagrados se abandonaban, olvidaban y violaban. El temor producía la timidez, la timidez detenía al valor, y aun la misma generosidad no percibia sino el peligro, y se creía ya la victima de un mal, cuyos espantosos estragos no ofrecían sino ideas de terror, de sufrimiento, de muerte y desesperacion.

La historia nos hace ver quales fueron en aquellos deplorables dias la solícitud, el zelo y los sentimientos de S. Carlos Borromeo; pero puede que se ignore, que en este horroroso desastre, fué San Andres Avelino para éste Aaron otro Moisés. Sí, oyentes míos, en las desgracias de Milan gozó nuestro Santo el privilegio y la gloria de dividir con Borromeo las peligrosas funciones (1) de una caridad que esperaba contra toda esperanza: *Omnia sperat.* De una caridad, que ansiosa siempre de padecer, buscó y adquirió todas las ocasiones en que se podía verificar: *Omnia sustinet.* De una caridad tan constante como activa, que nada menosprecia, nada siente, nada se extingue. *Charitas numquam excidit.* A exemplo del santo Pontífice se burlaba el Santo sacerdote de todos los peligros, y no temía exponer su vida por salvar la de un pueblo afligido.

Sobre este extenso y fúnebre teatro volaban con alas de caridad los dos héroes christianos, y parecia que se reproducían milagrosamente.

(1) Vida de S. And. Avel. c. 9. p. 91. 92. 93. 94. 95.

te. Semejantes ambos á la luz, recorrian en un mismo instante los diferentes parages de aquella inmensa ciudad. El uno animaba con sus discursos: el otro consolaba con sus limosnas; éste disponia y ayudaba á bien morir; aquel se ocupaba en sepultar los que acababan de pagar su tributo á la muerte. *Avelino* se exercitaba en el Sacramento de la penitencia: *Cárlos* distribuía el pan de vida. Este visitaba los asilos de la indigencia, y proporcionaba socorros á los que aquel recogía y llevaba de las plazas y calles públicas para llevarlos á aquellos misericordiosos albergues. Ambos se entregaban á toda clase de trabajos, y bastaban para toda especie de necesidades. Bañados uno y otro en lágrimas, y lleno su corazon de amargura, dirigian al cielo las mas fervorosas oraciones. Los dos se ofrecian por victimas para satisfacer á la justicia de Dios y aplacar su cólera. Ambos con sus súplicas y cuidados extinguian las hinchadas nubes que traían dentro de sí la muerte y la desgracia. A los negros vapores, se siguió un sol favorable que reynaba en los ayres. Milan volvió á adquirir su antiguo lustre, y sus habitantes creyeron, que no menos debian su salvacion á la invencible constancia de nuestro Santo, que á los caritativos y brevísimos esfuerzos de *Cárlos Borromeo*. Creyeron que á ambos les debian los gloriosos nombres de libertadores. Uno y otro agotaron la admiracion de Milan, y participaron con igual motivo del reconocimiento.

Ya, señores, ¿que puedo yo añadir á la pin-

pintura que os he hecho? Un hombre superior al peligro del contagio ¿no lo será igualmente á la vicisitud de las estaciones? ¿Se negará á las necesidades de un infeliz abandonado, que expuesto á las injurias del ayre y entre las tinieblas de la noche, espera sin recurso que venga la muerte á cortar el hilo de su vida y de sus desgracias? No por cierto: ninguna cosa puede servir de obstáculo á su diligente caridad. El sabe correr á donde su ministerio le llama, y *abrir las puertas de la eternidad* al moribundo christiano que pide su socorro... ¡O cielo! Tú eres como testigo de su zelo y caridad, el que te apresuras para recompensarle. Una inesperada luz guía sus pasos: *inusitato splendore*, y como una nube favorable le hace inaccesible á los vientos, á la lluvia y á la tempestad que vé, oye y se libra de ella: *Inter effusissimos imbres nihil madefactus est* (1). Una caridad que consigue milagros para otros, los merece para ella misma.

Avelino acabó su carrera como apóstol, y la debia terminar como santo. Deseaba espirar á los pies de los altares, y lo consiguió. ¿A los pies de los altares? Sí, hermanos míos, los cadahalsos y las hogueras, son los sepulcros de los mártires; pero los altares lo son de los apóstoles.... Consumido de las fatigas, agobiado del peso de los años, debilitado por las mortificaciones, abatido y casi sin vida, deseaba celebrar todavía el santo sacrificio.

Ad

(1) In Offic. S. Andr. Avel. Brev. Rom. Lect. V.

Ad aras celebraturus (1). En vano se le hacia ver, que sus extenuadas fuerzas no correspondian al ardor de su zelo; porque inspirado del cielo, rogaba á Dios y condescendia de este Señor á sus piadosos deseos. En fin, subió al altar: se le aumentó su debilidad, y aunque se le quiso detener, resistió y empezó el sacrificio. Las palabras se le huyeron de entre los labios: sintió el golpe que le debia arrebatár de la tierra, y llenos sus ojos de opacidad, cayó, espiró y quedó muerto...

¡O que vida y que muerte! *Muerte preciosa*, justa recompensa de su fervor! Nuestro Santo habia hecho su voto á los pies de los altares, y á los pies de los altares debia llenar sus obligaciones, consumir su sacrificio y recibir su corona: *Ascensiones in corde suo disposuit*.

Yo no me detendré á referir la veneracion de toda Italia por las reliquias de *Avelino*, la celebridad de su sepulcro, la multiplicidad de sus prodigios: su gloria; verdadero triunfo para su congregacion, el singular interes que muestran por la publicidad de su culto *Castronovo*, *Palermo*, *Nápoles*, *Milan*, *Placencia* y *Roma*, y la particularidad de que diez y seis años despues de su muerte autorizó este mismo culto *Urbano VIII* del mismo modo que lo habia hecho ántes con el de *San Cayetano*. No recordaré aquel dia, para siempre tan memorable, en el que por un decreto solemne acabó *Clemente XI* lo que habia empezado *Urbano VIII*, y mandó á toda

(1). In Offic. S. Andr. Avel Brev. Rom. Lect. VI.

da la Iglesia que honrase é invocase á *San Andres Avelino* como un prodigio único de santidad, que por el *disciplinísimo voto de hacer cada dia nuevos progresos en el camino de la virtud*, dispuso su corazon para que se elevase por grados al colmo de la perfeccion.

Pruebas útiles, penosos trabajos y generosos sacrificios, le dispusieron santamente para hacer su admirable voto, el que desempeñó en todas sus partes por el heroísmo de su abnegacion, la inmensidad de su zelo y la constancia de su caridad.

Nosotros, hermanos míos, no nos hemos ligado á obligaciones tan extensas; pero hasta donde llegan las que hemos contraido, son tan solemnes como las de *San Andres Avelino*. El prometió ser perfecto, y nosotros hemos ofrecido ser christianos: prometió renunciarse á sí mismo, y nosotros hemos ofrecido renunciar al mundo. Cumplió su voto, y nosotros debemos desempeñar los nuestros. Séamos fieles como él en nuestros contratiempos, desinteresados en nuestros trabajos, generosos en nuestros sacrificios, humildes en nuestros sucesos, prudentes en nuestro zelo; pues de este modo la caridad que perfecciona su sacrificio, purificará igualmente nuestras acciones y sentimientos, y nos hará dignos de nuestra vocacion sobre la tierra, y de una eterna felicidad en el cielo.

PANEGÍRICO
DE SAN PABLO, APOSTOL:
PREDICADO

en París en la iglesia de los Padres
Bernabitas, y en la de S. Pablo.

*Omnibus omnia factus sum, ut omnes
facerem salvos. Yo soy todo para
todos para salvarlos á todos. I. Co-
rint. 9. 22.*

¡Que elogio tan maravilloso comprehende esta sola idea! A nadie mas bien que á *San Pablo* corresponde celebrar con la mayor perfeccion su gloria y sus triunfos. Jamas tendria panegiristas el apóstol de las naciones, como dice S. Juan Chrisóstomo (1), si aguardara á que fueran tan dignos de él como merece.

En efecto, ¿como habian de igualar los mejores esfuerzos del arte al mas asombroso mila-

(1) *Jonn. Christost. de Laud. div. Pauli.*

lago de la gracia? *San Pablo* reunió en si toda especie de mérito, todo género de trabajos, toda clase de sucesos. El fué el terror del judaismo, el destructor de la idolatría, el maestro de los sabios, el profeta de los monarcas, el doctor del Universo, el libro de todos los tiempos. Mas ¿que digo yo? Pronunciar su nombre, es aumentar todos estos títulos.

Así pensaban San Atanasio, San Chrisóstomo, San Gregorio Nacienceno, San Agustin, San Leon, San Bernardo y Santo Thomas de Aquino. Todos confiesan, que el ingenio no puede explicar lo que generosamente intentó, y lo que sufrió sin cesar por los intereses de Jesu-Christo, el establecimiento de la fe, la conversion de los gentiles, la gloria de la Religion.... ¿Que orador christiano se atreverá á emprender lo que las mas brillantes lumbreras de la Iglesia creyeron no poder executar?

San Pablo, pues, suplirá mi insuficiencia en este dia. Sus escritos me servirán para pintar sus acciones y virtudes. Como órgano de la verdad no puede engañar nuestra admiracion, porque no sabe disfrazar su retrato. Hasta en el quadro de su gloria se halla siempre el language de su humildad.

Honrado con el dificultoso encargo de apreciar el heroismo de sus virtudes, referir la inmensidad de sus trabajos, y manifestar la brillantez de sus sucesos, he querido atenerme á las señales que dá el mismo *San Pablo* por las palabras que contienen sus obras. Ellas en-

encierran en mi juicio quanto se puede decir acerca de él. Yo soy todo para todos. *Omnibus omnia factus sum.* Soy el modelo de todos, la guia de todos, el oráculo de todos para salvarlos á todos. *Ut omnes facerem salvos.* Imágen sublime por cierto, que representa todas las virtudes, todos los hombres, todos los tiempos.

Pablo es el santo de todas las virtudes. *Omnia factus sum.* Punto primero.

Pablo es el santo de todos los hombres. *Omnibus omnia.* Punto segundo.

Pablo es el santo de todos los tiempos. *Ut omnes facerem salvos.* Punto tercero. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

La cuna de la Religión christiana vacilaba entre los vientos y las tempestades. La primer aurora de sus sucesos habia acarreado los primeros dias de sus persecuciones. Jesu-Christo triunfó del infierno en la cruz, y dexó enemigos sobre la tierra. Chorreando aun la sangre del Dios-hombre, coronaba ésta el crimen de un deicidio por un grito de proscripción contra aquellos que se declaraban sus discipulos... Para vencer los multiplicados obstáculos que oponian á los progresos del Evangelio el judaísmo, la idolatría, todos los vicios y pasiones, debía Dios proporcionar un poderoso y eficaz socorro. Era preciso que las riquezas de su misericordia, se manifestasen en la vocacion y en el ministerio de un hombre que combatiese contra todas las pasiones y

vi-

vicios con el edificativo espectáculo de todas las virtudes. Debía de presentar á la Iglesia y á la fe un *San Pablo*, hombre que reuniese todo género de santidad. Tal vez será esta mas á propósito que el razonamiento para persuadir la verdad.

Pero ¿como he de hacer la pintura fiel de sus virtudes? Ellas fueron las mas opuestas á su carácter, las mas incompatibles con sus trabajos. Bastará profundizar este duplicado mérito para descubrir en el santo apóstol uno de los más asombrosos milagros de la Providencia en favor de la reciente Iglesia... Un santo que es el modelo de todos los estados y edades, es el mas á propósito para encaminar á todas las edades y estados á la luz admirable de la fe. *Omnia factus sum.*

Buscando en los sagrados libros su retrato, le encuentro del mismo modo que nos le representa S. Juan Chrisóstomo. Ingenio profundo, sublime, universal, versado en la inteligencia de la ley, distinguido por su erudicion y eloquencia, austero en sus costumbres, exemplo de los mas exáctos fariseos, esperanza y apoyo del judaísmo. Espíritu vivo y emprendedor, pero preocupado, y con una preocupacion tal que parecia estaba apoyada con la autoridad del mismo Dios.

De este alucinado espíritu nacia en el joven Saul un zelo vivo, é impetuoso por la ley de sus padres, y un odio reflexionado por el christianismo. Ofrecida ya la sangre de Esteban á la memoria de los profetas, anunciaba al Universo el ardor que guiaba á Saulo,

Tom. V.

Y

le

le arrebatada y transportaba. *Saulus erat consentiens neci ejus* (1). Con la ruina de la Iglesia se lisonjeaba establecer tanto su reputacion como su gloria.

En él obraba el corazon de concierto con el espíritu. ¿Que corazon habrá como el de Saul? La elevacion de su modo de pensar, igualaba á la sublimidad de sus conocimientos. Un corazon atrevido é intrépido, se rie de los obstáculos, desafia los peligros, provoca á la muerte misma.

Nada le asombra, nada parece que le puede detener. Pero yo me engaño; una mano invisible le detendrá. Vos Señor, le tocareis en el corazon y será un hombre nuevo. Vos le tocareis, y el soberbio defensor de las leyes judaicas vendrá á ser el mas humilde adorador de Jesu-Christo. Vos le tocareis, y el perseguidor de la Iglesia, como dice S. Gerónimo, vendrá á ser su apóstol. *Ex persecutore predicator factus* (2).

En vano, lleno de amenazas y no respirando mas que destruccion y carnicería, *spirans minarum* (3), marchará á Damasco; porque esta ciudad le verá unido muy en breve á aquella tímida secta ó religion, cuya destruccion habia jurado.... ¿Que es lo que yo oigo? ¡O imprevista luz! La tempestad truenada, se manifiesta y rompe.... El enemigo del christianismo se ha vuelto al Dios de los christia-

(1) Actor. 7. 59.

(2) Hieron. Epist. 26.

(3) Actor. 9. 1.

tianos. Habló este Señor, y obró su gracia. ¡Que voz! ¡Que language! ¡Que mudanza! *Saule, Saule, quid me persequeris* (1)? Saul, Saul, ¿por que me persigues? ¡O justicia, ó misericordia infinita de mi Dios! ¡O poder de su gracia! mas al propio tiempo, ¡ó milagro de fidelidad en el hombre! ¿Quién sois vos, Señor? exclamó él. Yo, respondió el Señor, soy Jesu-Christo, á quien persigues. Sobrecogido, temblando, *tremens ac stupens* (2), atemorizado y confundido Saul, confesó su vencimiento y la victoria de la gracia. Señor, le preguntó de nuevo, ¿que quereis Vos que yo haga? *Domine, quid me vis facere* (3)? Mandad, que á nada se resistirá mi corazon. ¿Es menester reparar la inobediencia con la humildad, el aborrecimiento con el zelo? ¿Es preciso renunciar la ley para defender al Evangelio? Mandad, que por mi obediencia conoceréis mis sentimientos.... *Quid me vis facere?* ¿Que quereis Vos que yo haga? ¿Es menester que confiese en la escuela de Ananías la vanidad de las luces que he adquirido en la de Gamaliel? Yo lo haré, y me instruiré mejor. Mi reconocimiento es capaz de todos los sacrificios. ¿Es necesario defenderos? Os defenderé. ¿Anunciar vuestra gloria? La anunciaré. ¿Demostrar vuestra divinidad? La demostraré. ¿Morir por los intereses de vuestra religion? Moriré.... Jamas, di-

(1) Actor. 9. 4.

(2) Ibid. v. 6.

(3) Actor 9. 6.

dice S. Bernardo, fueron los proyectos de Saul perseguidor tan funestos á la Iglesia, como la vinieron á ser de ventajosas las virtudes de Pablo convertido. En efecto, quanto prometió executó. Apenas se convirtió continúa S. Bernardo, quando ya era un instrumento de conversion para el Universo. *Conversus Paulus conversionis minister factus est.* El hizo ver con su conducta que no habia mudado de sentimientos, sino porque habia hallado la verdad. El enemigo de la Iglesia parecia su doctor y maestro. Aquel que perseguia á los santos en Jerusalem, va á formar santos en Damasco. El apoyo del Judaismo se declaró su terror... En quanto le vieron y oyeron los apóstoles, fundaron en él mas bien que sobre sí mismos las esperanzas del christianismo. Ellos habian sido llamados al Apostolado por Jesu-Christo, conversando con los hombres sobre la tierra: Pablo fué llamado al Apostolado por Jesu-Christo, reynando con su Padre en el cielo. ¿Que cosa seria la que no pudiesen oír de un hombre, á quien el mismo Dios se tomó el cuidado de instruir? A su zelo fué á quien confiaron respetuosamente la suerte de la Iglesia..... Desde luego que se presentó fueron verdaderos milagros sus primeros esfuerzos. Tanto héroe como christiano, persuadió eloqüentemente el poder de la gracia, de que él mismo era la mejor prueba. Bien se manifestaba en su conversion, cuyos maravillosos efectos parecia que daban una nueva autoridad á la verdad, á la excelencia, á la santidad

y

y á la divinidad de la Religion. *Conversus Paulus conversionis minister factus est.*

En efecto, ¡quan diferente era el mismo Pablo! Ya no era aquel fogoso y acalorado espíritu que se empleaba en proyectos ruinosos. Se admiraba en él un prodigio de moderacion y de paciencia. El primer ensayo de su virtud, es el heroísmo de una virtud perfecta. Donde comienza su apostolado empieza su martirio. ¡Que pruebas y que trabajos le esperan! Sufrirá mas males y trabajos, como dice S. Agustin, que los que él se habia prometido padecer. *Sustinuit Paulus multo plura mala, quam fecerat* (1). Tan pronto le atormentará una rabiosa sed, como le devorará una hambre mortal. Por una parte se verá expuesto á las injurias del tiempo, y por otra á las asechanzas del mundo. Por aquí hallará peligros á cada paso (2): por allí los redoblados golpes serán la recompensa de su zelo (3). ¿Quien podrá trazar una imágen sensible de todas las persecuciones de que fué víctima? Solamente una de estas persecuciones bastaria para abatir á una alma grande y heróyca: pero superior á todo nuestro apóstol, estaba, como escribe S. Juan Chrisóstomo, sostenido de Dios, y era invencible. *Invictus Paulus* (4). No, decia él, los trabajos que yo padezco sobre la tierra,

no

(1) Aug. in Ps. 36. serm. 2.

(2) *Ter virgis cæsus sum.... Periculis fluminum, periculis latronum.* II. Cor. cap. II. v. 25. 26.(3) *Ibidem.*

(4) Joan. Chrisost. de Laud. div. Pauli.

no son nada en comparacion de la gloria que me aguarda en el cielo. *Existimo quod non sunt condignae passionibus huius temporis ad futuram gloriam* (1).

Hasta entre las cadenas era vencedor. Sintióse repentinamente un grande temblor de tierra. *Terra motus factus est magnus* (2). Los cimientos de la prision se conmovieron; abriéronse las puertas, y se rompieron los grillos de los cautivos. A vista de esto, se postraron los guardas á sus pies y quedaron convertidos. *Universorum vincula soluta sunt* (3). Ni las cadenas de Pablo ni sus heridas suspendian la rapidez de sus triunfos. La palabra del Señor siempre corre libremente. Se deramaba como un impetuoso torrente á quien no puede detener un pequeño dique. Nuestro Santo entre sus prisiones llegó á ser por su paciencia la fuerza de los débiles, la luz de los ciegos y la guía universal de todos. Su prision era el teatro de sus prodigios: era digámoslo así, la cuna de un pueblo de cristianos. Cada uno de estos era un héroe. No tanto parecia un cautivo entre las humillaciones, dice S. Juan Chrisóstomo, quanto un rey sobre el trono. *Quemadmodum rex consensu in solio, sic in carcere Paulus* (4). Si se me diera á escoger, añade en uno de sus maravillosos impulsos el arzobispo de Constantinopla, entre ser arrebatado al cielo con los An-

(1) Rom. 8. 18.

(2) Act. 16. 26.

(3) Act. 16. 26.

(4) Joan. Chrisost. de Laud. div. Pauli.

Angeles, ó vivir en la prision con S. Pablo, escogeria esta suerte sin detencion alguna. En este héroe contemplaria todas las virtudes de los que encierra el cielo (1). No, hermanos míos, yo no le admiro tanto quando calmó las tempestades, disipó las exhalaciones, sujetó los elementos y mandó á la muerte, como quando fué conducido á los tribunales, condenado por la injusticia, é inmolado por el furor. ¿Qual es este prodigio que excede tanto á los demas? El de su paciencia. No importa tanto ser el árbitro de la naturaleza, como mostrarse siempre dueño de sí mismo (2).

Esta invencible paciencia dimanó del tierro, generoso y único amor de S. Pablo para con Jesu-Christo. ¡O ciega preocupacion! Tú te habias empeñado en aplicársela á los profetas de Israel; pero desengáfiate ya. En Jesu-Christo percibia el apóstol el cumplimiento de las profecías. Creyó que Jesu-Christo es Dios. ¡Quan bien honró su creencia! Ciencias humanas, ya no importais nada para él. Ni sabe, ni quiere aprender mas que á Jesus y á Jesus crucificado (3). La hiel de la calumnia, el fuego de las persecuciones, los horrores de la muerte, nada le podrá separar

(1) *Si quis me cum Angelis in caelo constitueret, aut cum Paulo in vincula coniecto, carcere ego eligerem. Idem, ibidem.*

(2) *Non ita me laetitia afficit cum miracula operatur, quam cum tot malis afficitur. Ibid.*

(3) *Non enim iudicavi me scire aliquid, nisi Jesum-Christum, et hunc crucifixum. I. Cor. 2. v. 2.*

rar en adelante de la caridad de Jesu-Christo. *Quis nos separabit à charitate Christi* (1). No se glorificará sino en la cruz de Jesu-Christo (2). Con este Señor se crucificó (3). Sin Jesu-Christo no será nada, con Jesu-Christo excederá á todos su poder. A qualquiera que no amaba á Jesu-Christo, le amenazaba el apóstol con el mas espantoso anatema (4), no tanto pronunciado por su boca quanto por su corazón. El no vivía ya: era Jesu-Christo quien vivía en él (5). El reconocimiento, la generosidad y el heroísmo encierran, por decirlo así, el corazón de *S. Pablo* en el del mismo Jesu-Christo. Esta es la exágerada expresion de *S. Juan Chrisóstomo*. *Cor Christi, cor Pauli*.

Como apóstol de la Cruz, fué tambien su discípulo. Austéro en otro tiempo por vanidad en sus costumbres, ninguna parte tuvo la piedad en su sacrificio. Estaba sin mérito porque se hallaba sin virtud. Despues fué su propio perseguidor y tirano; pero por un espíritu de verdadera religion. ¿Quanto hizo para triunfar de los violentos asaltos de una carne rebelde? Ingenioso para sujetarla (6), estam-

(1) Rom. 8. 35.

(2) *Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu-Christi*. Gal. 6. 14.

(3) *Christo confixus sum cruce*. Gal. 2. 19.

(4) *Qui non amat Dominum Jesum-Christum, sit anathema*. I. Cor. 16. 22.

(5) *Vivo ego, jam non ego, vivit verò in me Christus*. Gal. 2. v. 20.

(6) *Castigo corpus meum, et in servitutum redigo*. I. Cor. 9. 27.

paba sobre su cuerpo y su corazón la sagrada estimacion de Jesu-Christo (1). Nuestro apóstol parecia que acababa lo que faltaba á los sufrimientos y á la muerte del Señor: *Adimpleo ea quæ sunt passionum Christi* (2).

Si os deteneis como yo en la pintura que acabo de hacer ¿no advertireis el contraste de dos caractéres que señalan á un mismo tiempo el enemigo de la fe y su defensor? Un hombre que por una parte estaba guiado por el odio y el furor, arrastrado por la impetuosidad y violencia; que, aunque frívola, tenia la mayor gloria en una orgullosa austeridad, y hacia alarde de ser un escrupulosísimo fariseo: un hombre que por otra era un prodigio de zelo y de penitencia, y víctima de la fé por una penitencia voluntaria como el mas exemplar cristiano; en esto digo que consiste la reunion de las virtudes mas opuestas á su carácter. ¿Me costará mucho el convencerlos, que reunió las virtudes mas incompatibles con sus trabajos?

Estos fueron inmensos. Para formar una cabal descripción de ellos se necesitaba una eloqüencia brillante, activa y variada. Ademas de que, seria menester, por decirlo así, mas tiempo para nombrar los pueblos, reynos y provincias por donde peregrinó, que el que gastó en socorrerlos. Le busco en Je-

(1) *Ego sti gmata Domini Jesu-Christi in corpore meo porto*. Gal. 6. 17.

(2) Col. 1. 24.

rusalen, y se le encuentran en Tarsa. Quando creo admirarle en Antioquia, veo que está enseñando en Salamina. Apenas habia acabado de dexar á Paphos, Icona y Listres, quando se hallaba ya estableciendo el christianismo en Macedonia, Galacia y Thesalonia. La tierra, la mar, y hasta el mismo cielo eran sucesivamente los teatros de su gloria. A todas partes acudia, por todas corria, á todas volaba. Era como una abundante lluvia que pasaba desde Asia á Europa, desde Oriente á Occidente. Mas veloz aun que el viento, no parecia sino que se multiplicaba para estar al mismo tiempo en todas partes. Del mismo modo que un padre tierno instruye á sus hijos, y un hábil piloto gobierna su navio, se manifestaba *S. Pablo* por todas partes y ocasiones, siendo como dice *S. Juan Chrisóstomo*, el oráculo y el maestro del Universo. *Orbem terrarum regebat* (1).

Pero no me choca tanto la extension de su ministerio, como las puras virtudes que le acompañan. El noble y generoso desinterés con que emprendia, seguia y terminaba sus trabajos, era el que les daba un precio inestimable: esto era lo que añadia á la brillantez del heroísmo el mérito del sentimiento.

No, vil interés, no serás tú jamás el indigno movíl que dirija sus pasos. Un apostolado mercenario y lucrativo sería indigno de él. La brillantez de los títulos y los tesoros de la opulencia, no los estimaba mas que

CO-

(1) Joan. Chrisost. de Laud. div. Pauli.

como una sombra, una nada. *Omnia arbitror ut stercora* (1). Vosotros pueblos, á quienes formó en la santidad del christianismo, vosotros sois testigos de que su gran corazón no buscaba vuestros frívolos bienes, sino á vosotros mismos. *Non quero que vestra sunt; sed vos* (2). El trabajo y las obras de sus manos, eran sus recursos: el establecimiento de la Religión su recompensa. El interés envilece el ministerio y cautiva al ministro.... *Pablo* será siempre atrevido para combatir el vicio, porque jamás se contendrá dentro de los límites de un tímido reconocimiento. A su desinterés debió la milagrosa rapidez de sus sucesos.

¿Por donde empezaré yo la continuada serie de prodigios que me ofrece su apostolado? ¿Diré que, como un fuego devorador, penetraba y abrasaba con su palabra todos los corazones? ¿Añadiré, que su voz trastornaba y aterraba como un asombroso torrente á los poderosos del mundo? Todas las virtudes componian su ejército: todos los vicios sus enemigos. El Universo entero era el campo de sus batallas, y se puede decir que el de sus conquistas. No bastarian muchos mundos para su corazón.

Llega *Pablo* á Jerusalem, y á su vista se estremeció la humillada sinagoga. Disputó con los Helenistas, teniendo por testigos de sus combates á los apóstoles y por garantías

(1) Philip. 3. 8.

(2) II. Cor. 12. 14.

tes de su victoria á los mismos enemigos contra quienes no rehusó combatir. Se presentó en Roma, y confundida la idolatría vacilaba. Los orgullosos filósofos se convencian con la victoriosa fuerza de las razones que les daba. Asombrados los jueces, cedian á la imprevista luz de los milagros que les presentaba. En vano se gloriaba Elymas, por el arte de un pünible encanto, eludir la verdad, y escaparse sin ser vencido; pues aunque su arte impotente podía sorprender á un príncipe crédulo, no era delante del Apóstol de las naciones mas que una fantasma incapaz de realizarse. Espiritu tramposo y lleno de malignidad, le dixo *S. Pablo*, hijo del demonio, enemigo de toda justicia, ¿no has de dexar nunca de pervertir los rectos caminos del Señor?... No bien habia acabado de hablar el apóstol, quando se siguió el sentimiento á la reprehension. El agudo y sutil Elymas, se hallaba enteramente ciego y pervertido (1). Ya lo habia vaticinado nuestro héroe. Cumpliósse la prediccion, y el castigo mismo del crimen, vino á ocasionar su vergüenza y desesperacion.

Otras nuevas empresas y maravillas hay. La Pithonisa fué librada del maligno espíritu que la poseía. Eutichio fué resucitado á vista de todo un pueblo, testigo de su muerte. *Pablo* mandaba á los vientos, disipaba las tempestades y erigia trofeos hasta en la mar.

¿Es

(1) *Eris cæcus... Et confestim cecidit in eum saligo.*
Actor. 13. v. 11.

¿Es esto ser hombre, ó ser Dios? Sorprehendidos y admirados los pueblos, intentaban consagrarle altares. En él advertian á su parecer las señales de la divinidad. *Dicebant eum esse Deum* (1). ¡Que gloria! ¡Que fortuna! Sin embargo, no queria ser adorado; antes bien, decia él, que lo que queria enseñar á los pueblos, era á no adorar mas que á Dios, criador solamente del cielo y de la tierra. El destructor de la idolatría no podia favorecer sus abusos. El colmo de su gloria era el de coronar sus trabajos y milagros con humildes sentimientos.

¿Será necesario defender á *S. Pablo* porque algunas veces fuese en sus obras el panegirista de sí mismo? Ah! Para justificarle no necesito valerme mas que de sus humildes expresiones. Respete la crítica audaz los motivos que le obligaron á hablar de sus sufrimientos, de sus ocupaciones, de sus virtudes y de sus triunfos. No llevó en ello otro fin que la de hacer á su ministerio útil, á su autoridad eficaz, respetable al Evangelio: esto fué, y no otra cosa, lo que le movió á despedir de sus labios confesiones honoríficas á su vocacion, alabanzas favorables á sus empresas. Este era un testimonio que mas bien correspondia á la verdad que á su apostolado. El ministerio nada le suponía. Solo escribía y hablaba por el honor de la Religion.... Poco cuidadoso para atraerse las atenciones de los pueblos, menospreciaba sus eló-

(1) Actor. 28. §. 6.

elógios del mismo modo que su furor. Si se comparaba con los primeros apóstoles, *Existimo me nihil minus fecisse á magnis Apostolis* (1), tampoco caía en la culpable tentación de engrandecerse por un vano sentimiento. Establecer la santidad de su estado era su único fin.

Táchele ahora, si quiere, la maligna censura de que hacia una vana ostentación de sus sucesos; lo cierto es, que no dirá nuestro Santo sino que su mayor gloria y felicidad consistía en sus humillaciones. *Nihil gloriabor, nisi infirmitatibus meis* (2). Ingenioso para degradarse, siempre se colocará en el último lugar de los apóstoles. *Minimus apostolorum* (3). Solo el título de apóstol le parecerá siempre excesivo á sus talentos y virtudes. *Non sum dignus vocari apostolus* (4). El maravilloso contraste de lo que habia sido y lo que era; sus crímenes, y la misericordia de Dios para con él, le confundían y anonadaban: *Blasphemus sui, et persecutor* (5). El confiesa que siempre estaba lleno de temor y sentimiento (6). En el rápido curso de las victorias que aseguró á la Religión, siempre se recordaba con una reflexión modesta, la humilde y amarga memoria de haber sido su perseguidor. *Persecutus sum Ecclesiam Dei* (7).

Si

(1) II. Cor. II. v. 5.

(2) II. Cor. c. 12. v. 9.

(3) I. Cor. 15. 9.

(4) I. Cor. 15. 9.

(5) I. ad Thimoth. I. 13.

(6) I. Cor. 2. 3.

(7) I. Cor. 15. 9.

Si confiesa sus sucesos, también tributa sus homenajes á la gracia y á la sangre de Jesu-Christo. Por la gracia era apóstol: por la sangre de Jesu-Christo apóstol vencedor: *Perquam accepimus, gratiam, et Apostolatam* (1). Solo la gracia le bastaba para sostenerse. Su poder parecia mayor por su debilidad y flaqueza. Hasta sus enfermedades las hacia servir para perfeccionarse en la virtud.

Igual, y tal vez superior á los demas apóstoles por su fé, su paciencia, su zelo, su desinterés y sus triunfos, se excedía siempre á sí mismo por su humildad. *S. Pablo*, dice S. Juan Chrisóstomo, tiene el espíritu y las virtudes de todos los santos (2). En él solo se encuentran reunidos todos los exemplos de santidad que dieron los demas á la tierra. El es el santo de todas las virtudes. *Omnia factus sum*. El santo de todos los hombres. *Omnibus omnia*.

SEGUNDA PARTE.

Pablo es el santo de todos los hombres. Es el apóstol de todos, el padre de todos. El apóstol, porque era tal su espíritu. El padre porque era tal su corazón. *Omnibus omnia*.

La idea general que os he presentado de su ministerio, no es, señores, mas que el bosquejo de un quadro que merece nuevo colorido. Nosotros le hemos observado mas bien que

(1) Rom. I. 5.

(2) Joan. Chrisost. de Laud. div. Paul.

que seguido en sus trabajos. Procuremos reunir al presente todos los trazos que hemos tirado. *S. Pablo* es el apóstol de los judíos, de los gentiles, de los sabios, de los reyes, de los prelados, y hasta de los mismos apóstoles. *Omnibus omnia.*

Quando fué llamado por el cielo al apostolado, dividian el mundo los dos pueblos judáico y gentilico, de quienes debía ser el oráculo. Estos pues, parecía que se disputaban la gloria de sepultar al christianismo bajo sus primeros triunfos. El uno estaba encerrado en los estrechos límites de su patria; el otro extendia su imperio por todo el Universo. La idolatría era superior al judaísmo por la fuerza y por el terror de las armas: el judaísmo creía ser superior á la idolatría por la antigüedad y la excelencia de su culto. Los judíos esperaban un Dios que no habian querido reconocer: los gentiles reconocian por Dios los diferentes objetos que locamente divinizaba su capricho. Ellos se declararon recíprocamente por enemigos, tanto por política como por religion. El paganismo honraba á la sinagoga con su menosprecio: la sinagoga miraba al paganismo con horror. En los dos pueblos habia diferentes caractéres, diversas costumbres y sentimientos. Nunca se unian, sino por el aborrecimiento, é igual furor que manifestaban contra el christianismo y sus apóstoles. Los gentiles que acusaban al pueblo judaico de supersticioso, se unian con él para acusar á los christianos de una nueva superstición....

Por

Por fin, llegó el tiempo en que todo debía mudar de aspecto. No tardará mucho el christianismo en hacer como vencedor de estos dos pueblos un pueblo mismo en Jesu-Christo. Esta milagrosa mudanza será la obra de *San Pablo*. Ya rompe su sabio é ilustrado zelo la linea fatal de división, y forma estrechos y estimables lazos que deben reunir á aquellos dos poderosos enemigos. Alternativamente atacaba á los judíos y á los gentiles. Siempre guiaba sus pasos un nuevo ardor. Siempre tomaba nuevas fuerzas para combatirles con vigor y confundirles sin recurso. Me parece que les oigo exclamar, que guiados ambos por una misma señal, y sujetos á unas propias leyes, debian componer un nuevo pueblo, de quien fuese Jesu-Christo la cabeza, la fe el espíritu, la Iglesia el imperio, la eternidad la mansion. Ambos baxo el estandarte de la cruz debian tener solo un mismo espíritu y un mismo corazón.

Pero mientras instruía al mundo, qué misteriosa voz fué la que le llamó á Macedonia y le mostró, digámoslo así, la casa en que se habia de recoger? *Transiens in Macedoniam, adjuva nos* (1). Inmediatamente empezó á exercitar con Filipo su zelo; pero aunque éste se vió atacado, fué en vano. Filipo se rindió... Thesalónica le recibió, le oyó y admiró. Macedonia era ya christiana.

Despues hizo *Pablo* oír su voz en Corinto. *Venit Corinthum* (2). En Corinto digo, donde

(1) Actor. 16. 9. (2) Actor. 18. 1.

de réynaban con la opulencia la ociosidad y todos los vicios: donde embriagado el pueblo con su gloria se adormecía en la inacción, brillaba con su fausto, y se deshonoraba con sus costumbres. En Corinto, que no conocia mas Dios que sus pasiones, y cuya ciudad escuchaba al principio al Apóstol con menosprecio, aunque no tardó mucho en oírle con asombro y con una total mudanza. La humildad se sucedió á la vanagloria: se menospreciaron las riquezas por reflexion: se proscribió la lascivia: triunfó la penitencia: se disiparon las sombras del paganismo con la luz de la fe; y brotando esta en Corinto, hizo nacer todas las virtudes.

Una carrera mas vasta y dilatada se presenta al zelo de nuestro héroe. El cielo le habia destinado para ser el apóstol de los sabios. En Atenas y en Efeso preparó y aseguró á la Religion una multitud de conquistas.

Ya no era Atenas aquella ciudad poderosa, victoriosa y temible que ántes. Solo la habia quedado de su antiguo esplendor una ligera sombra que aun se mantenía con trabajo con el favor de las ciencias. Las bellas artes habian sucedido al valor. Reconcéntrado en la ociosidad, no conocia ya otra gloria el pueblo de Atenas que la de distinguirse por la emulacion de los talentos. Los filósofos habian ocupado el lugar de los héroes. Cada uno aventuraba sus opiniones, sus sistemas y sus errores. Unos creían descubrir su felicidad en el placer: otros en la virtud. Con la libertad de pensar, y la diversidad de sentimientos,

variaba la Religion. Ningun ídolo habia en el Universo que no contase en Atenas sus adoradores.

A vista de esta floreciente ciudad, tan supersticiosamente adherida á los ídolos, como que enmudeció Pablo, y se irritó dentro de sí mismo. *Incitabatur spiritus ejus in ipso, videns idololatriæ aeditam civitatem* (1). Habló en la sinagoga con los judíos y con los que temían al Señor. Resonaba en las plazas públicas su poderosa voz. Los sensuales discípulos de Epicuro, y los orgullosos sectarios del stoycismo le escuchaban con admiración. Al principio le acusaron de que predicaba nuevos dioses, pero muy en breve adoraron al Dios muerto en el calvario.

Mas en Atenas habia una sociedad de hombres tan venerables por la distincion de su elevado concepto, como por la extension de sus luces y la profundidad de su sabiduría. Como filósofos acreditados, árbitros de las ciencias y protectores de la Religion, no les faltaba sino conocer la verdadera. ¡Ah! ¿Quien les anunciará esta divina ley tan digna de la atencion de los hombres mas sabios y reflexivos? S. Pablo. El fué quien se presentó en aquel famoso teatro. *Stans in medio Areopagi* (2). El llevó allí la luz de la fe. Con que eloquencia pintaba el maravilloso contraste de una ciencia sublime, y de una ciega supersticion! *Vivi Athenienses, per omnia quasi superstitionio-*

Z 2

(1) Actor. 17. 16.

(2) Actor. 17. 22.

res vos video (1). ¡Quan dignamente predicaba al Dios que adoraba Atenas sin conocerle! *Quod ignorantes colitis, hoc annuntio vobis* (2). ¡Que fuerza de razonamiento en la rapidez del discurso! ¡Que pruebas tan victoriosas! Casi se temian escucharlas por no quedar persuadidos *Audiemus te de hoc iterum* (3). Solo por una conversion podemos juzgar de las demas. Dionisio, que era la gloria de los Areopagitas, vino á ser el ornamento de la Religion, y el oráculo de los obispos. La ciencia de Pablo le persuadió, convenció y atraxo á la verdad. El rastro de la sangre de este Apóstol le guiará, y le llevará hasta la misma muerte. Nuestro Santo habia proporcionado á la fe con un solo hombre un apóstol, un panegirista, un mártir.

Habiendo salido el Apóstol vencedor en Atenas, partió á Efeso para combatir contra nuevos enemigos y recoger nuevos laureles.

Tanto esta ciudad como aquella, eran el centro de las ciencias y de las ilusiones. El famoso Apolonio de Thyana, filósofo el mas célebre de su tiempo, vivia en Efeso con la autoridad de un legislador, y con el ascendiente de un profeta. Era hábil en sorprender la credulidad por el persuasivo espectáculo de una conducta estudiada, de un simulado desinterés y de una liberalidad política. Por el atractivo encanto de mil prestigios y hechic-

(1) Ibidem.

(2) Ibid. v. 23.

(3) Actor. 17. 37.

cerías, alucinaba á los pueblos, gobernaba á los monarcas, y se entregaba á la loca ambicion de sujetar al Universo, como lo esperaba. Defensor hipócrita de los ídolos, cuyos altares envidiaba, no era el respetuoso culto que aparentemente les daba, sino un refinado artificio para adquirirse en el pueblo discípulos y adoradores. Tan pronto era buscado, temido y honrado, como menospreciado, olvidado y abandonado: inalterable siempre por su filosófico orgullo, sabia, haciéndose superior á los contratiempos, atraerse la admiracion de los hombres y obligar sus respetos. No parecia sino que el infierno habia vomitado aquel monstruo, para oponer su ciencia profana á las divinas verdades que predicaban los apóstoles; sus sucesos naturales á los divinos triunfos del Evangelio, y sus pretendidas maravillas á los constantes milagros de Jesu-Christo.

Tal vez os admirará, hermanos míos, que Pablo y Apolonio estuviesen al propio tiempo en una misma ciudad; y mucho mas quando los libros santos nos callan este hecho importante. Pero abrid la historia (1) y le hallareis constantemente comprobado y establecido por épocas precisas que disipan toda duda.... ¡Que contrarios eran los dos tan grandes! ¡Que fuerza en el uno, y que debilidad en el otro! Solo un discurso del apóstol hubiera sido bastante para confundir y aterrar al enemigo del Evangelio. ¿Y que opuso contra

Z 3

(1) Historia de la Iglesia por Mr. el Abad Choisi. tom. I.

tra el espíritu seductor? Unas obras llenas de tinieblas. La humildad á la soberbia, la verdad á la ilusion, la razon á los engaños, el cielo al infierno. Combatía al monstruo sin que al parecer le contradixese, y con sola su conducta desengañó á Efeso, confundió al error, anonadó á la impostura. Las alabanzas del meteoro cedieron al resplandor del Sol. Apolonio afectaba la divinidad, y no era mas que un hombre: *Pablo* rehusaba los honores divinos, y los pueblos adoraban al Dios desconocido que les predicaba. *Ignoto Deo.*

¡Ah! ¿por que los inútiles sucesos del apóstol despertaron en Efeso la envidia y el furor? Ciegos adoradores de Diana, vosotros temeis, que sepultada vuestra fortuna entre las ruinas de vuestros idolos, caiga tambien el crédito con que alucináis. *Impleta est civitas confusione* (1). El espíritu del interes tomó la máscara de la Religion. ¡Con quanto vigor encendia el fuego de la discordia el avaro Demetrio! ¡Con quanto zelo excitó la indignacion pública! Todo se armaba. Desenfrenado el pueblo, insultaba al ministerio apostólico, le atacaba, le perseguia y hubiera querido inmolár á su rabia al mismo apóstol. *Impetum fecerunt* (2). A una infinidad de muertes estuvo expuesto; pero nunca le intimidaron. Solo él contenia los tumultuosos asaltos de un pueblo amotinado, de una ciudad revuelta. A todo

(1) Actor. 19. v. 29.

(2) Ibidem.

do resistió, contra todo combatió, de todo triunfó. Cesó el culto supersticioso, y se acabó el reynado de Diana. Empezó el de Jesu-Christo, y el Evangelio resplandecia en Efeso, donde todos los vicios contrarios á él parecia que habian establecido antes su trono.

¿Hablo yo de Efeso, ó de Roma? *¿Pablo* en Roma! ¡O Religion santa! ¡Quanto te deben interesar aquí sus trabajos! El es un dichoso presagio que te asegura, aunque muy distante, la conquista del Universo. Victoriousa Roma del mundo habia multiplicado sus altares con sus victorias. Los mismos pueblos que recibian de ella leyes y señores, la daban un culto y muchos Dioses. En aquella ciudad se levantaban por una parte los trofeos de sus héroes, y por otra los monumentos de la supersticion. Reynaban todas la religiones menos la verdadera Religion.

A este pueblo guerrero, sabio, político, sensual é idólatra, fué á donde llevó á *San Pablo* el espíritu de Dios. *Venimus Romam* (1). ¡Quantos enemigos tenia que combatir! ¡Quantos cuidados que aumentar! ¡Quantos trabajos que sufrir! Pero es el hombre de todos los hombres, de todos los trabajos, de todos los cuidados. A vista de tantos obstáculos se redoblaba su confianza. *Accepit fiduciam* (2). Levantó su voz, y declaró que habia llegado el tiempo en que debia ser enviada á los gentiles y ser recibida de ellos la salvacion

Z 4

(1) Actor. 28. 14.

(2) Ibid. v. 15.

de Dios. Predicaba el reyno de Dios. *Prædicans regnum Dei* (1). Anunciaba la divinidad de Jesu-Christo. *Docens quæ sunt de Domino Jesu-Christo* (2). Roma respetó al apóstol que venia á instruírle. Ninguna cosa se opuso al ardor de su zelo. *Sine prohibitione* (3). Con la luz del Evangelio se disiparon las sombras de la gentilidad. Ya empezaba Roma á brotar las primicias de la Iglesia. Nuestro Apóstol la formaba, instruía, animaba y dirigia. La capital del mundo idólatra, tenia que serlo del mundo christiano. En una sola ciudad, vino á ser un hombre solo el apóstol del Universo.

Pero seguir los pasos de Pablo por la corte de los príncipes y de los reyes, es retardarme demasiado. *Coram gentibus eat Regibus* (4). Lo mismo que fué para Corinto, Atenas y Roma será para los potentados de la tierra el oráculo de la verdad, y el enemigo del error. Un apóstol jamas sacrifica la Religion á la política.

¿Que hizo quando se presentó al proconsul Sergio Paulo, hombre en quien la prudencia formaba su carácter? Hablar con sabiduria, pero con firmeza. Conocia las felices disposiciones que tenia para la Religion christiana este hombre recto y sincero; pero descubrió al mismo tiempo el fatal obstáculo que suspendia su conversion. ¿Quien será suficiente pa-

(1) *Ibid.* v. 31.(2) *Ibid.*(3) *Actor.* c. 9. v. 15.(4) *II. Cor.* 2.

para desengañar á un espíritu á quien un hábil impostor mantiene en una preocupacion nociva? ¿Quien será bastante para mover á un corazon dispuesto ya por la gracia? Sergio Paulo, es un juez iluminado y afable, pero preocupado y pervertido. Como hombre de erudicion nuestro Apóstol, le ganó con su solidez y discursos. Como hombre dulce, le atraxo por el encanto de la insinuacion. Como hombre advertido, le aterró por la brillantez de un milagro. Se puede decir, que no se multiplicaban los obstáculos, sino para hacer mas resplandeciente el triunfo de la Religion. *Credidit admirans* (1).

¿Que hizo quando se presentó á Felix, Gobernador de Judéa, cuyo flanco era la avaricia, cuyas decisiones estaban regladas por la injusticia, y cuyo carácter se hallaba deshonrado por la crueldad? Se valió de un nuevo arte de instruir. Nuestro Santo conocia aquel espíritu ansioso de mandar, que hacia temblar á la Judéa baxo las severas leyes de un gobierno despótico. Conocia aquel corazon esclavizado con los lazos de una criminal pasion. Sabia igualmente pintar los sentimientos, descubrir la conducta, profundizar el corazon, é interesar á Felix en la Religion. El retrato que le hizo de sí mismo le chocó y aun admiró. Empezó á vacilar, titubear y temblar. *Tremefactus Felix* (2). Quando un contrario tiembla es vencido. Su temor

(1) *Actor.* 13. v. 7. 8. 12.(2) *Actor.* c. 24. v. 25.

y sus espantos confesaban su debilidad, y daban los testimonios de su convicción. Esto era bastante para la gloria del Apóstol. Intimidar y sobresaltar á un príncipe con la terrible pintura del juicio final, es lo mismo que haber triunfado de él. El árbol se debe conocer por su fruto.

¿Se presentó *Pablo* á *Agripa*, á *Bereniza* y á *Festo*? Pues su voz fué un rayo que llevó el terror á las conciencias. Nuestro Santo estaba cautivo y hablaba como apóstol. *Agripa* era un príncipe débil, curioso, inquieto y supersticioso, pero equitativo y ansioso mucho tiempo hacia de oír al Apóstol de las naciones, cuya reputacion habia llegado hasta la corte. *Volebam et ipse hominem audire* (1). Conduxéronle á ella por mandado de *Festo*. Permittedle el príncipe que hablase en su defensa. ¡Quan feliz soy, dixo el Rey *Agripa*, en poderme justificar á los pies de tu trono de los crímenes que se ha atrevido á imputarme el injusto furor de los judíos. *Æstimo me beatum* (2). Yo he vivido como fariseo. Esta secta es la mas conforme á nuestra Religion. Esperó en la promesa que ha hecho Dios á nuestros mayores. Ved ahí el motivo de la acusacion intentada contra mí. Tú conoces las costumbres de los judíos: te he descubierto mi conducta, con que sentencia.... No tardó *Pablo* en juntar con una sabia destreza la causa de *Jesu-Christo* á la suya propia.... Apolo-

(1) Actor. 25. 22.

(2) Actor. 26. 1. 2.

logista de la Religion delante de los señores del mundo, ¡con que sobrenatural eloquencia descubrió el maravilloso concierto de dos alianzas! Sobre el mismo testimonio de *Moyses* fué sobre el que estableció con fuerza la divinidad de *Jesu-Christo*. *Agripa* creía los antiguos oráculos, y por consiguiente debía creer tambien los acontecimientos que les comprobaban. Por lo mismo, como ingenio sólido y conseqüente, desechó el Apóstol los objetos, se valió de los argumentos y reunió precisamente un sistema que llevaba el sello de la evidencia. ¿Quién no habia de ceder á esta? *Agripa* quedó sorprendido y admirado. Desde luego hubiera cedido por convicción; pero temia perder entre el pueblo la autoridad de que Roma le hacia depositario. Se resistia por política, y por interes desechaba la luz. Poco era menester, dixo, para que me persuadieseis á ser christiano. *In modico suades me fieri christianum* (1). ¡O resplandeciente victoria, exclama San Juan *Chrisóstomo*! El enemigo no se rinde, pero se confiesa vencido. Su testimonio es una triunfante prueba de la fe. Su confesion acarrea su misma deshonra y la gloria del Apóstol. *Victoriam ipse judex profitetur* (2).

Pablo es el Apóstol de los prelados lo mismo que de los Grandes. Presentaos aquí zeloso *Timoteo* y fervoroso *Tito*, instruidos por sus cuidados, presentaos aquí é instruid al Uni-

ver-

(1) Actor. 26. v. 28.

(2) Joan. Chrisost. de Laud, div. Pauli.

verso con vuestras virtudes. Mostraos el modelo de los pueblos así como habeis sido su guía. *Exemplum prabe* (1). Contradedid al vicio sin acrimonia, pero con intrepidez. *Argue, increpa* (2). No dexeis nunca de ser edificativos exemplos de paciencia y de erudicion. *In patientiâ, et doctrinâ* (3). *San Pablo* no exija nada de vosotros que no exija igualmente de sí mismo. En las instrucciones que os da, manifiesta el retrato de su conducta.

Así como era el apóstol de los preladados, lo fué tambien de los apóstoles mismos; pero no de aquellos hombres á quienes un espíritu revoltoso y un fal o zelo habia empeñado en un apostolado mercenario. Estos eran el oprobio de la Religion, y no podian ser sus fundadores. Nuestro Santo les humilló y confundió, no dexándoles otra cosa que la vergüenza de haber usurpado el nombre de apóstoles, sin tener el espíritu, el carácter ni los sentimientos de tales.

Yo hablo de un Apóstol digno de tal nombre, de un Apóstol escogido por el mismo Jesu-Christo; de Pedro que, aunque fué algun tiempo un malvado, vivió despues medio siglo lleno de penitencia: de Pedro que, fué la cabeza de los apóstoles: apóstol y príncipe suyo, cuya autoridad y poder dimanaba del mismo Jesu-Christo, á quien este Señor habia confiado las llaves del cielo, y puesto á su

(1) Tit. 2. v. 7.

(2) H. Timoth. c. 4. v. 2.

(3) Ibidem.

cuidado la Iglesia sobre la tierra. Tal es el Apóstol á quien *San Pablo* se atreve á rectificar y corregir en las cosas concernientes al ministerio apostólico. *In faciem ei restiti, quia reprehensibilis erat* (1). No espereis, hermanos míos, la descripcion de aquella famosa disputa, ni menos que yo desmenuce y trate un punto delicado, sobre el que no han podido convenirse los críticos mas célebres; quiero decir, la disputa sobre si Pedro erró, ó no erró, y si era distinto de Cefas. Es inútil manifestar el contrario modo de pensar de San Jerónimo y San Agustin. Contentémonos con respetar el firme é intrépido zelo de *Pablo*, y el zelo siempre humilde de Pedro. A uno y otro les guiaba la caridad. El uno condena con dulzura á un Señor á quien reverencia: el otro cede sin resistencia á los consejos de un hombre perseguidor todavia de la Iglesia, quando ya era él su apóstol, su cabeza y su conquistador. Digamos solamente, que la humildad honraba mucho mas á San Pedro, que sus sucesos y milagros; y que el animoso zelo de *San Pablo* le hizo acreedor tanto de la confianza de los apóstoles, quanto de los respetos de la Iglesia.

El apóstol de todos era tambien el padre de todos. *Omnibus omnia*. Nuestro Santo estaba muy lejos de encerrarse en los estrechos límites que contienen muchas veces el corazon de los hombres. Ni aun el Universo era bastante para el corazon de este héroe christiano. Nin-

(1) Galat. 2. II.

gun pueblo hubo por el que no sacrificase su reposo, su reputacion y hasta su misma vida. Su ternura era la misma para los habitantes de Lystres que para los de Atenas: para el pueblo de Efeso, que para el de Corinto: para los Partos, que para los Romanos: para los Judíos, que para los Gentiles: para los Christianos, que para los enemigos del christianismo. Bastaba ser hombre para encontrar en él un apoyo y un bienhechor (1). Tomó al cielo por testigo para hacer ver que no habia pueblo, cuyos intereses no le mereciesen una particular atencion, y encontrasen en su corazon un asilo seguro contra las desgracias de la fortuna. *Tertis est mihi Deus* (2). Su generosa alma se ofrecia á los golpes del cielo para asegurar el remedio y la salvacion del mundo. *Optabam anathema esse* (3). El era el árbitro de las diferencias y disensiones, el consuelo de los afligidos, y, para decirlo con la enérgica y propia expresion de su humildad, el servidor de todos. *Omnium me servum feci* (4).

¿No podia él decir, como exclama S. Ambrosio, que no debía ceder su mérito y valor al de los primeros apóstoles, respecto que no solamente fué apóstol de una Iglesia particular, sino apóstol, y, si así se puede decir, fundador de todas las Iglesias (5)?

(1) II. Cor. 12. 15.

(2) Philip. c. 1. v. 8.

(3) Rom. cap. 9. v. 3.

(4) I. Cor. 9. 19.

(5) Ambros. in II. ad Cor. c. 11. 5.

¿A qual de ellas no ha socorrido, instruido y llenado de beneficios? El sentia todos los horrores de los que gemian en el abismo de la miseria. Participaba de la triste suerte de los que sufrían mil fatigas y trabajos (1). El Universo era su centro. Su caridad sabia reproducirse en él, y en medio de tanta multitud de hombres no habia ninguno que no participase de sus atentos cuidados. Su corazon era un mundo abreviado.

¡Admirable espectáculo, exclamaría yo de buena gana con San Chrisóstomo! Admirable espectáculo el de un héroe, que menosprecia los peligros, corre delante de la muerte, y por su intrepidez desarma las potestades de la tierra y ve confundido á sus pies al inferno. San Pablo no sabia negar sus lágrimas á las lágrimas de un pueblo infeliz. Las desgracias de los christianos, hacian su propia desgracia. A todos resistía: de todo triunfaba, como no fuese de la caridad. Esta le vencía siempre: el mismo império tenia sobre su corazon, que la Religion santa de su Dios (2).

En su corazon fué donde encontró el apóstol aquellos vivos colores con que acabó el retrato de la caridad: caridad que no atendia á otra cosa que á la de hacer felices á los hombres. *Non est ambitiosa* (3). Tan noble y generosa, que miraba á Dios en todo,

(1) II. Cor. 11. 29.

(2) JOHN. CHRISOST. de Laud. div. Pauli.

(3) I. Cor. 13. v. 15.

y á sí mismo en nada. *Non querit que sua sunt.* Tan paciente, afable y bienhechora, que no conocia ni el veneno de la envidia, ni los arranques de la temeridad, ni las hinchazones del orgullo y la soberbia. *Non inflatur.* Que no sabia alegrarse de la injusticia, sino solamente de la verdad. *Congaudet veritati.* Que todo lo sufria, todo lo creia, todo lo esperaba; y mas permanente que los talentos y las ciencias, no se acabará con el mundo, sino que antes bien reynará por los siglos de los siglos, y será eterna como Dios eterno, que es la misma caridad. *Numquam excidit.* En una palabra, caridad que tenia la humildad por principio, la prudencia por regla, el desinteres por basa, los sufrimientos por herencia, todos los pueblos por objeto, el Universo por límites, y el cielo por recompensa.

Si yo hablára, decia él, todas las lenguas del mundo, si hablára hasta la misma lengua de los ángeles, y no tuviera caridad, no sería mas que un alámbre sonoro, un címbalo retumbante. Aun quando tuviese el don de profecía, penetrase todos los misterios, disfrutase un perfecto conocimiento de todas las cosas, y tuviera toda la fe capaz de transportar las montañas de una parte á otra, nada sería sin la caridad, ni tendrían las obras ningun mérito para la otra vida. En los caracteres de la caridad ofreció *San Pablo* la imágen pura y fiel de sus sentimientos.

Esta es la que los christianos deben tener siempre á la vista para copiarla en sus mismos corazones. Nunca dexó el apóstol de instruir

truirlos. Fué el santo de todos los hombres y lo será de todos los tiempos. *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos.*

TERCERA PARTE.

S. Pablo es el Santo de todos los tiempos. Desde el nacimiento del christianismo hasta nuestros dias, todos los siglos le han debido mil obligaciones. Ya habremos muerto nosotros é infinitos de nuestros hijos y nietos, y en todos quantos siglos discurran hasta el dia en que el mundo se acabe por un diluvio de fuego se aprovecharán los pueblos de las lecciones que dió el Apóstol á todos los de la reciente Iglesia. Todos los climas han recogido los frutos de sus trabajos. Sus escritos serán el tesoro de todas las edades.... El es el santo de todos los tiempos. ¿Necesito comprobaros esta verdad? Nosotros mismos somos una viva prueba de ella. Si somos christianos, á los sucesos de *Pablo* debemos con especialidad nuestra fe. Si esta cuenta siempre con nuevos apóstoles, su doctrina es quien los forma. Los triunfos de este santo Apóstol, perpetuados felizmente en la Iglesia, y la doctrina de todos los siglos, que es la que estableció en ella, son los dos puntos que justificarán mi proposicion y acabarán su elogio. *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos.*

Adornado de un espíritu profético, penetraba las sombras de lo futuro, y anunciaba la perpetuidad de sus victorias en las de la

Iglesia. *Semper triumphat nos in Christo Jesu* (1).

Consolaos, Iglesia naciente. Un bárbaro edicto dimana del trono. La muerte va á arrebatár el Apóstol á la tierra y á la Religión; mas ésta no le perderá enteramente, porque gozará el privilegio de sobrevivirse á sí mismo. Quedará en la Iglesia su espíritu y triunfará de la falsa sabiduría, de las persecuciones y de la incredulidad. Los furios de Neron no detendrán los progresos del Evangelio, porque la sangre de *San Pablo* le conseguirá nuevas victorias. *Semper triumphat nos.*

¡El Apóstol de las gentes en la corte de Neron! ¡Ah! Aquí se presenta la mas sangrienta escena. Neron, que por una multitud de continuados crímenes había olvidado mucho tiempo hacia los luminosos dias de su juventud: Neron, en quien mas bien contemplaba el mundo un tirano que un señor, hermano bárbaro, hijo desnaturalizado, prodigio de ingratitude y de crueldad, monstruo odioso, de quien se avergüenza la humanidad al contarle entre sus racionales vivientes, y se estremecen las entrañas que le concibieron, sintiendo haber dado la vida á un hombre que fué el depósito de todos los vicios. ¡Ah! ¡Que espectáculo verles condenados por todas las virtudes! ¡Que contrastel!

Levantó *Pablo* su voz, y se propuso combatir hasta en el trono mismo el ídolo de la

(1) II. Cor. 2. 14.

luxuria (1). Cayó este, pero con su profunda caída llevó tras de sí á su vencedor. ¡Ah! Sus laureles se tefirán con su sangre. Declaróse Neron el perseguidor de la Iglesia. Ardiendo Roma en su crimen, y valiéndose de una refinada política y de una reflexionada maldad, aplicó á los christianos la culpa y el castigo.

Los primeros apóstoles de la fe llegaron á ser sus primeras víctimas (2). Prendieron á Pedro y *Pablo*, y los encerraron. La Iglesia se inundó con la sangre de sus fundadores.

Pero la sangre de los mártires era ya una fuente inagotable de christianos. La misma Roma que perseguia á los predicadores del Evangelio, fué muy en breve su conquista. *Semper triumphat nos.*

El apóstol de las naciones resucita en los herederos de su zelo. Pueblos sumergidos en las sombras del paganismo, escuchad á sus discípulos. Ellos os enseñarán lo que aprendieron de él; esto es, los mismos dogmas, los mismos misterios, y la misma Religión que predicaba. Abrazadla vosotros y trasmitidla inmediatamente á vuestros sucesores con el espíritu, el zelo y la fe del Apóstol. A este le sucedieron Filemon, Tito, Timoteo y Dionisio; y á los primeros ministros del Evangelio

(1) San Chriástomo asegura, que *San Pablo* convirtió á una concubina de Neron.

(2) San Esteban y Santiago el mayor, sufrieron el martirio ántes que San Pedro y San Pablo; pero aquí se trata de los apóstoles que padecieron el martirio en Roma.

lio les reemplazaron otros apóstoles que, á modo de riachuelos, se extendieron por el campo de la Iglesia y derramaron por él las puras aguas del caudaloso rio de donde las habian tomado como de su origen. Siempre fué el espíritu de nuestro Apóstol el que distinguió á los discípulos de sus discípulos.

El espíritu de *San Pablo* se aumentó en las tres partes del mundo. El Asia le admiró en *Chrisóstomo*, el Africa en *Agustin*, la Europa en *Ambrosio*. *Pablo* fué el intérprete del Evangelio: los Santos Padres de *San Pablo*. Por consiguiente, si el Evangelio se extiende, se sostiene y triunfa por toda la tierra, á su ministerio se le debe esta extension, manutencion y triunfo. En efecto, es tal su ministerio, que hasta en los últimos tiempos de la Iglesia se perpetúa. En ellos se ven sus conquistas en las de un *Jacinto*, un *Vicente Ferrer*, un *Juan de Capistrano*, un *Francisco Xavier*, un *Juan Francisco Regis*.

Sin valernos de estos exemplos estamos viendo, que baxo sus auspicios y nombre se ha levantado un pueblo entero de christianos (1). Una clerecía reglada, suministra á la fé una dichosa multiplicacion de apóstoles. *Alexandro Sauli* (2), renovó de un modo prodigioso en la isla de *Córcega* las maravillas del christianismo recién nacido. En él parece que

(1) Los Clérigos Regulares de *San Pablo* de *París* llamados *Bernabitas*.

(2) El B. *Alexandro Sauli*, de la congregacion de los *Bernabitas*, obispo de *Alexandria*, y despues de *Pavia*, apóstol de *Córcega*, beatificado por *Benedicto XIV*.

se descubre al mismo *San Pablo*. ¿Y quantos nuevos *Saulios* hay en quien admirar su zelo y respetar su humildad? Innumerables. De este modo se perpetúa su apostolado en la Iglesia. Esta, pues, ya se considere del mismo modo que la vemos en el dia, ya por lo que se notará en ella hasta el fin de los siglos, siempre será un trofeo inmortal erigido á la gloria del Apóstol, que no se acabará sino con el christianismo y con las ruinas del Unjverso. *Semper triumphat nos*.

Al considerar este triunfo siempre permanente, se vió imposibilitado *San Juan Chrisóstomo* de sostener el paralelo que queria hacer del Apóstol y de *Alexandro* (1). Este no era vencedor mas que de algunos años, aquel lo era de todos los tiempos. Mas glorioso es en *Roma* el sepulcro de *Pablo* que las conquistas de *Alexandro* en *Macedonia*. Depositaria aquella corte de sus reliquias, me es imposible felicitaros la posesion de ellas, pero no el dar mil parabienes á todos los siglos por ser los posesores y depositarios de su espíritu.

San Pablo es, como decia *San Juan Chrisóstomo*, el gran libro de los christianos. *Magnus christianorum liber*. Nada pierde de la magestad aquel raudal de eloquencia christiana porque se aleje de su origen. Así lo sienten *San Gerónimo*. *Flumen eloquentiæ christiæ*. Y, como añade el mismo Padre, son sus divinas epístolas las victoriosas armas del tiempo. *Scriptorum armarium*. El mundo á quien

Aa 3

en-

(1) *Joan. Chrisost. de Laud. div. Pauli*.

enseñó ántes con su zelo, no cesa de instruirse con su doctrina. *Defunctus adhuc loquitur* (1). No es solamente á los fieles á quienes dió Dios á Pablo por maestro, sino á los mismos ángeles de la Iglesia. *Non solum hunc Magistrum dedit hominibus, sed etiam Angelis*. Así se explica San Agustín.

En todos tiempos se pueden estudiar en sus obras los misterios y obligaciones de la Religión. Con ellas enseñó á todos los siglos lo que debían creer; porque su doctrina es la condenacion de todas las heregias y la llave de todas las verdades. Les enseñó igualmente lo que debían practicar, porque su moral es la condenacion de todos los vicios, y la regla de todas las virtudes.

¿No podré yo decir con San Chrisóstomo, que *San Pablo* fué en algun modo necesario á la nueva Iglesia? Si, con sus escritos acabó Jesu-Christo la importante obra que habia comenzado con las predicaciones del mismo apóstol. Por boca de este pronunció aquel Señor mayores oráculos que los que pronunció por sí mismo. Demasiado atrevido el zelo de San Chrisóstomo, no tuvo inconveniente en asegurarlo, justificándose al parecer con la doctrina de *San Pablo*. Para no dexar en esto el mas leve rastro de error ni de impiedad, profundicemos esta doctrina sublime, luminosa y divina (2).

(1) Hebræor. 11. 4.

(2) *Or illud, per quod majora, quam per se ipsum, Christus locutus est.* Joan Christ. de Laud. div. Paul.

San Pablo demuestra en ella un ingenio vivo, sólido y superior, que con su remontado vuelo se eleva hasta la luz de las primeras verdades, que manifiesta con la claridad mas sensible. Sus cartas son una encadenacion de principios, de razonamientos y de consecuencias que forman una *Teologia completa* (1), en la que se descubren todos los misterios con una elevacion de ideas grandes, augustas y santas, que demuestran por todas partes ser un digno apologista de la Religión. Siempre serán para los christianos un tesoro inagotable, de donde, á poca costa, puedan sacar todas las riquezas de la fe.

Venid, christianos, que como dice S. Chrisóstomo, apenas conoceis á Jesu-Christo y su Evangelio, viviendo en medio del christianismo: venid á estudiarles en *San Pablo*. Imitad la respetuosa fe que tenia quando profundizaba el incomprehensible misterio de la Encarnacion. Quando trataba de un Dios entre las humillaciones, sin dexar de ser Dios. De un Dios sobre una cruz, y una cruz que llegó á ser la redencion del mundo. De Jesu-Christo resucitado, y en su misma resurreccion prueba victoriosa de la divinidad de la fe, modelo de la resurreccion de las almas, garante de la de los cuerpos. De Jesu-Christo en la Eucaristia, exemplo de amor: de Jesu-Christo en su sacerdocio, Rey de gloria: de Jesu-Christo en el cielo, arbitro de la eternidad: Aa 4

(1) Discurso preliminar del Tratado de la Religión christiana probada por los hechos, del Abad Houterville.

dad: de Jesu-Christo, cabeza invisible de la Iglesia, legislador y modelo de sus discipulos: de Jesu-Christo, único mediador entre Dios y los hombres, Sacerdote, Pontifice, Juez, Salvador, Dios.... Siempre será *San Pablo* el apóstol y panegirista de Jesu-Christo y su divinidad. El confundió al arrianismo aun ántes de que naciese. Que lean si no sus epístolas los nuevos discipulos de Arrio, y conocerán, respetarán y adorarán á Jesu-Christo. Si se conociera mas bien la doctrina de nuestro Apóstol, no tendría tantos sectarios el socinianismo, tantos partidarios el deísmo, ni tantos apologistas la irreligion.

Y vosotros, hermanos míos, que pareceis las inmutables columnas de la gracia, y os negais muchas veces á sus poderosos impulsos siendo un asombroso contraste de zelo y de ingratitud, estudiad las obras del apóstol de las gentes. Así conoceréis del modo posible el verdadero misterio de la predestinacion: es un misterio, no un sistema. Conoceréis que Dios es el dueño de sus gracias: que llama á quien quiere, y desecha á quien le agrada. Veréis, que el judío es desechado: el gentil llamado. Que el uno se hizo indigno de la gracia, porque fué un vaso de ira preparado para la perdicion por un adorable decreto lleno de sabiduría y de justicia. *Vasa iræ*. El otro no la mereció; pero fué un varon de honor preparado para la gloria por un prodigio de misericordia y de amor. *Vasa misericordiae* (1). Ved ahí la gracia de la gracia

(1) Rom. 9. v. 23.

con-

contenida en los principios del Apóstol. *Misererebor, cujus misereor* (1). No tardará tampoco en establecer la necesidad y el poder de ella. Pintará á Dios siempre justo, y al hombre siempre libre, y llamado á la fe sin el mérito de las obras. *fam non est operibus* (2). Sin ésto, no seria gracia la gracia. *fam non esset gratia*. ¿No es esto, señores, por medio de una precisa decision y de una condenacion anticipada, quitar al pelagianismo todos los eflujos de que no se ha valido sino para su deshonra, y preparar contra este monstruo orgulloso el azote y los anatémas de los concilios?

No, oyentes míos, no nos cansemos jamas de exáminar y estudiar la Teología de *San Pablo*. ¿Que cosa hay tan difícil en la abstracta doctrina de la gracia que no la haga en algun modo sensible? Las obscuras nocións de la metafísica mas sutil, las transforma su pluma en otros tantos asuntos que llevan el sello de la evidencia. Hace considerar al hombre en la fé, salvado por los méritos de Jesu-Christo, quando corresponde con fidelidad á la gracia. Sin esta no se puede salvar el hombre: para perderse se basta á sí mismo. Por la gracia llegó á ser *San Pablo* lo que es: *Gratiâ Dei sum id quod sum* (3). En él no fué en balde. *Vacua non fuit*. Fué la conquista de la gracia, y él su apostolado. La

(1) Rom. 9. 15.

(2) Ibid. 11. 6.

(3) 1. Cor. 15. 10.

gracia obró con él. *Gratia Dei mecum.* El obró con la gracia. Esta es toda poderosa. La libertad siempre entera. Los triunfos de la una, jamas perjudican los derechos de la otra: A Dios corresponde el honor de la victoria: al hombre el mérito de la fidelidad. Tal es, señores, la doctrina del Apóstol. Desaparezca qualquiera otro sistema, pues no es su doctrina ni la de la Iglesia. *San Pablo* es el oráculo á quien deben consultar todos los oráculos. *San Agustin* no poseyó perfectamente, digámoslo así, toda la economía de la gracia, sino á proporcion de como iba leyendo, meditando y profundizando los principios, distinciones, razonamientos y decisiones del Apóstol.

¿Se me nombrará acaso un solo punto de la Religion sobre el que no haya dado á todos los siglos luces, instrucciones y reglas? la miseria y la grandeza del hombre: su flaqueza y recursos: su caída y conversion: los oráculos de los profetas y su cumplimiento: la vocacion de los christianos y sus esperanzas: el nacimiento de la Iglesia y su perpetuidad: la antigua y nueva alianza: los atributos de Dios, su sabiduria, ciencia, bondad, poder: la inmensidad de su ser y la excelencia de sus obras: la necesidad y el mérito de la fe, sus caracteres y sus ventajas: el pecado y su esclavitud, sus atentados y su castigo: el primero y segundo Adan: la cruz y sus triunfos: el Evangelio y su propagacion: la palabra de Dios y su eficacia: la heregia y sus efgios: la impiedad y sus blasfe-

femias: los apóstoles y su autoridad: los justos y su amor: los escogidos y su gloria: los santos, su mérito y mediacion: el espíritu de Dios, sus dones y beneficios: el culto y sus leyes: la Eucaristía y su institucion: la vida y su brevedad: la muerte y sus horrores: el juicio y su comparecencia: la salvacion y la condenacion.... Acabaría yo con todos los por menores de *San Pablo*, y aun me faltarian nuevas riquezas que sacar. Delineados por su diestra mano, se presenta la Religion sabia, razonada, sublime, magestuosa, útil y divina. Sobre su doctrina establecerá siempre la Iglesia sus decisiones, pronunciarán los Santos Padres oráculos, arreglarán los concilios sus decretos. En su doctrina hallarán siempre todos los hereges é incrédulos la refutacion de sus sistemas, la condenacion de sus errores, el anatéma que merecen tanto su audacia como su rebelion. En su doctrina hallarán todos los estados reglas de conducta. En los vicios de su siglo combatió los de todos los tiempos. Las virtudes que manifestó á los primeros discípulos de Jesu-Christo, son las que en todos tiempos deben practicar los discípulos de este Dios-hombre, de este Redentor nuestro.

Si *San Pablo* es el oráculo infalible de la verdad, tambien es la mas segura y prudente guia de las costumbres. Quando pintó la sanjidad del christianismo, describió las invariables obligaciones de los christianos. Sus lecciones convienen á todas las condiciones igualmente que á todas las edades y sexos.

Mien-

Mientras que Jesu-Christo cuente discípulos en el mundo, no dexará el Apóstol de instruirles. Desde las sombras de su sepulcro, se extiende por el mundo una eterna luz que penetrará siempre las tinieblas de la ignorancia y de la infidelidad. Nuestro Apóstol habla en sus obras á todos los hombres y á todos los tiempos. *Defunctus adhuc loquitur.*

Pastores de los pueblos, á vosotros es á quien enseña *San Pablo* las obligaciones esenciales del sacerdocio. Impedid que se enseñe una doctrina diferente de la del Evangelio (1). Sed irreprehensibles, prudentes, graves, modestos, equitativos, moderados, desinteresados y enemigos de contiendas (2). Velad sobre vosotros mismos y sobre la enseñanza de los demas. Desempeñad, respetad y amad vuestro ministerio. Predicad la verdad. Instruid como corresponde á vuestro estado, y con una sana doctrina. *Sanam doctrinam* (3). Dad buenos exemplos, tanto en la pureza de la fe, quanto en la integridad de las costumbres.... Tales son vuestras obligaciones. Así lo explica el Apóstol de las naciones.

Virgenes, que habeis escogido á Jesu-Christo por esposo, mirad que *San Pablo* os enseña, que la modestia debe ser la regla de vuestra conducta. A una virgen no la debe ocupar otro cuidado que el de su Dios, y lo que puede interesar á su gloria. Su cuerpo de-

(1) I. Tim. 1. 1.

(2) Cor. 3. 4.

(3) Ad Tit. 2. 1.

debe ser la imágen pura y fiel de su alma. Su espíritu, no debe adherirse á este mundo percedero, sino á la verdad que debe ser eterna.

Infelices, que gemis entre las amarguras de la miseria, *San Pablo* os enseña, que el camino de las aflicciones es el que conduce á la bienaventuranza. Para tener parte en la gloria de Jesu-Christo, es menester tenerla en sus sufrimientos y trabajos. Ninguna proporcion hay entre las desgracias de esta vida y las felicidades de la otra.

Sabios del mundo, sublimes filósofos, ingenios vastos, *San Pablo* os enseña, que Dios confunde la sabiduría de los sabios (1). La ciencia por sí sola deslumbra y envanece. Unida á la caridad aumenta la virtud. Los conocimientos mas raros, son infructuosos si Dios no ilumina el corazon por una inefable operacion de su espíritu.

Ricos del mundo, *San Pablo* os enseña el arte de gozar con utilidad los tesoros de la opulencia, sin pegar á ellos el corazon, ni sentir el perderlos. Quien pone su confianza en las riquezas, no junta mas que un tesoro de amor propio, de soberbia y de orgullo. Las verdaderas riquezas del alma son las buenas obras.

Vosotros, á quienes el cielo ha puesto en el triste estado de la indigencia, aprended de *San Pablo* que os dice, que todo parece excepto la virtud; y que los desgraciados de

un

(1) I. Cor. 1.

un tiempo corto, son los dichosos de la eternidad. Por experimentar vuestra fe, y expiar vuestros pecados, es por lo que Dios exercita vuestra paciencia. Un ligero sufrimiento y experiencia, conduce muchas veces á la mas grande felicidad.

Leed, christianos, qualesquiera que seais, leed las inimitables epístolas de *San Pablo*. En ellas aprenderéis, tanto lo que sois, como lo que debeis ser.

Estando Agustin tristemente entregado á la impetuosa flogosidad de sus pasiones, y habiéndole conducido una fatal inconstancia de error en error, y querido por un degraçado modo de pensar profundizarlo todo, vino hasta el extremo de dudar de todo. En medio de sus extravíos, echó indiferentemente la vista sobre las obras de *San Pablo*. A la indiferencia se sucedió la reflexion. La reflexion preparó los remordimientos de la conciencia y la turbacion, y ésta acarreó el arrepentimiento. ¡Dichosa mudanza! Fixóse la inconstancia y triunfó la gracia. Agustin se convirtió é hizo penitencia. Ved ahí los milagros de *San Pablo*, no en su sepulcro, sino por sus obras. *Defunctus adhuc loquitur.*

Si, hermanos míos, quando se leen sus epístolas con piedad y con fe, jamas se dexa de sacar fruto de ellas. Encierran una doctrina celestial, donde, como dice el mismo Apóstol, no brillan los persuasivos encantos de la eloqüencia humana (1), sino una doctrina

(1) Hebræor. II.

en la que su ingenio naturalmente sublime y eloqüente sin esfuerzo, sabe por una encadenacion de principios sólidos y victoriosos trazar el plan del christianismo, seguir la economía, explicar los misterios, descubrir los preceptos, concebir el objeto, el espíritu y el fin, y no hacer servir el triunfo de la Religion, sino para la Religion misma.

¡Quiera Dios que la lectura de estas divinas cartas produzcan en este siglo de irreligion y de libertinage una reforma igualmente general en las ideas que en las costumbres! Imitémos, si es posible, en *San Pablo* el Santo de todas las virtudes: admirémos el Santo de todos los hombres: respetémos el Santo de todos los tiempos. Nuestra misma veneracion servirá de prueba á este último título de su elógió y nuestra fidelidad, si caminamos por sus huellas en este mundo, nos hará perpetuar su triunfo en el otro. Así sea.



* * * * *

PANEGÍRICO

DE S. JOSEF DE LEONISA,
del Orden de Capuchinos:

PREDICADO

*en la iglesia de Padres Capuchinos de
la calle de S. Honorato, en las fiestas
de canonizacion de S. Fidel de Sigma-
ringen, mártir, y de S. Josef de Leo-
nisa, confesor.*

*Laudemus viros gloriosos. Celebrémos
á los hombres llenos de gloria.
Eccli. 44. v. 1.*

La Iglesia ha sentenciado. Ella acaba de publicar la santidad, comprobar los prodigios y eternizar la gloria de dos héroes cristianos. Como á ministros del Evangelio, nos está permitido apoyar nuestros homenajes en la decision de los soberanos pontífices. Sus oráculos justifican nuestros elógios. *Laudemus viros gloriosos.*

En

En vano echa el mundo incrédulo una despreciativa mirada sobre estas resplandecientes ceremonias que dan al Universo el maravilloso espectáculo del heroísmo de la santidad. El mundo profano no niega su admiracion á las virtudes de los nuevos santos, sino porque son una nueva condenacion de sus vicios.

Tanto la equidad quanto el reconocimiento de la Iglesia, son quienes colocan sobre nuestros altares á *S. Fidel de Sigmaringen*, y á *S. Josef de Leonisa*. La Iglesia debia como equitativa un testimonio auténtico á los exemplos de su humildad, de su caridad y de su obediencia. Como reconocida, debia un testimonio distinguido al zelo con que sostuvieron sus intereses, defendieron su gloria, extendieron su império.

Fidel coronó el mas penoso apostolado con el martirio mas glorioso: *Josef* sobrevivió á su martirio para exercer con suceso un segundo apostolado... Tal es, señores, el duplicado espectáculo por el que deberé solicitar vuestra admiracion. Tales los dos héroes á los que delante de los altares deberé ofrecer un solemne tributo de alabanzas. *Laudemus viros gloriosos.*

Pero yo fixo mis ideas. Dos panegíricos en uno solo molestarán vuestra atencion. *Josef de Leonisa*, pues, será el único objeto de este discurso, y entre los brillantes rasgos que presenta el por menor de sus acciones, compondrá uno solo la materia de su elógio, y encerrará en sí todos los demas.

Tom. V.

Bb

Ej

El asunto que mas me ha chocado, es el de un hombre apóstol despues de su martirio: sobre él me he propuesto detener mi consideracion y mis ideas.

Josef de Leonisa por sus inmensos trabajos, llegó á ser un mártir singular. Punto primero.

Josef de Leonisa sobrevivió á su martirio para entregarse á mas penosos trabajos. Punto segundo. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

¿Es un título legítimamente adquirido aquel con que doy á conocer al Santo cuyo triunfo celebra la Iglesia en este dia? Esta es, hermanos míos, la cuestión que tal vez os habreis propuesto á vosotros mismos, y acaso me tacharéis de haber concedido á *Josef de Leonisa* la gloria del martirio, siendo así que aunque su corazon la deseó, no quiso el cielo concedérsela... Confieso que percibió la muerte sin espirar realmente á fuerza de sus golpes; pero ¿que importa? si su suerte fué mas terrible y espantosa que la muerte misma. Como víctima del deseo, fué verdaderamente mártir sin dexar de vivir. Por las primicias de su apostolado en el mundo christiano, y por la recompensa del mismo apostolado en el mundo fiel, se podrá juzgar de mi proposicion.

Yo debo presentarle desde luego en el mundo christiano, y despues seguirle. Testigo la Italia de su nacimiento, lo fué tambien de su

su primera educacion, de sus primeros empeños, trabajos y victorias. ¿Engañaria yo á la incredulidad de los pretendidos espíritus fuertes, si asegurase que unos resplandecientes rayos iluminaron la cuna de *Josef de Leonisa* y descubrieron en él el hombre de la Providencia? Desde luego adornaron mil virtudes su razon, descubrieron su carácter, purificaron sus sentimientos. La caridad, la dulzura y la penitencia, fueron las primeras armas que opuso á los enemigos de la Iglesia. Antes de combatir al mundo con su doctrina, le contrarestó con su santidad.

Esta es un feliz presagio para el apostolado... Siendo maestro quando aun apenas podia ser discípulo, instruía á los demas en una edad en que nadie por lo regular piensa mas que en instruirse á sí mismo.

La casa de su padre fué el primer teatro donde se ensayaron piadosamente su paciencia y su zelo. ¡Quan dulce era para su tierno padre la contemplacion de un hijo héroe de la mortificacion, protector de los pobres, espíritu y corazon digno de un apóstol! ¡Que no hubiera podido ser testigo de los milagros que prometian estos primeros ensayos! Pero llegó el momento fatal. Abrióse el sepulcro; murió Desiderio, y todo se cambió para *Josef*, á excepcion de su virtud.

Desde Leonisa pasó á Viterbo, donde penetrando su brillante eloqüencia, le proporcionó su fortuna y reputacion; ¿Su fortuna? Ah! En vano ofrece el mundo á sus ojos una suerte la mas lisonjera; porque su ver-

dadera felicidad la busca en el centro de una indigencia voluntaria. Siempre hace esperar el mundo la dicha que jamas concede.

Entónces era, como en el día, una nueva reforma del Orden de S. Francisco de Asís la edificación, el apoyo y el recurso de la Iglesia. En ella se advertia, como todavia se advierte, la renunciacion Evangélica hasta el último grado del heroísmo. Unos hombres animados del espíritu apostólico, asombraban al mundo con los rigores de una penitencia exemplar, y con los prodigios de un zelo desinteresado. La humildad hacia ver su carácter. Su caridad no conocia otros límites que los del Universo. Eran acusados, é improperados por la heregía, porque consideraba y temia en ellos unos hombres de una fe otras tantas veces victoriosa, quantas habia sido provocada. Eran tanto los hijos mas sumisos de la Iglesia, quanto sus mas ardientes defensores. Las irrisiones y menosprecios del error, formaban su elogio. No les respetaria yo tanto si tuvieran menos enemigos.

¡Quanto se retrasaba para él la union de sus trabajos con los de aquel pueblo santo! El cielo le llamaba; le quitaba el favor; y señalado el dia del sacrificio, voló la víctima al altar.

¡O providencia de mi Dios, que diriges los pasos de *Josef*! ¿á donde le encaminas? ¿A Asís? ¡que escuela para un discípulo de Francisco! A Asís, donde la gloria de este héroe empezó á manifestarse, y donde se perpetuó su espíritu: donde nuestro Santo fué á estudiar

diar este mismo espíritu, y lo logró del mejor modo posible. Casi á un mismo tiempo fué la esperanza y la gloria de su Orden. En él se reunian los talentos y el zelo de los hombres apostólicos. Todos los discípulos de Francisco deben ser apóstoles.

Yo me figuro un nuevo Juan Bautista, cuyo zelo preparado en el silencio del retiro brilla por fin á los ojos de la sorprendida Judea, y anima á los pueblos para caminar por las sendas de la penitencia, sin dexar él mismo de seguir por ellas su carrera. Qualquiera se asombrará, si desde su entrada en ella represento á *Josef* hábil en documentar los espíritus y mover los corazones; árbitro de la eloqüencia sin expender sus riquezas, y simple con magestad sin menospreciarlas tampoco; atrevido en pintar el pecado sin descubrir al pecador. Los talentos del Orador encantaban, y se veía con edificación verter lágrimas á los pueblos. Sus lágrimas son los sucesos mas gloriosos para un Orador christiano.

Pero seguiré á nuestro Santo en Leonisa misma. Profeta en su patria, donde casi jamas se verifica, acababa de interesar y mover á sus conciudadanos por la fuerza y uncion de sus discursos. Infinitas voces celebraban unidas sus talentos y su gloria. ¡Que prueba tan delicada para el amor propio si hubiera podido ser susceptible á él! Pero no, miserables sucesos que tanto lisonjeais á los demas, no seréis vosotros capaces de agradecerle; antes bien sobresaltaréis su tímida mo-

destia. ¿Por que medio tan singular se vengó de los elógijs que recibia? Este hombre, que era el oráculo de los Predicadores, descendió al último grado del ministerio Evangélico. El maestro de los sabios viene á iluminar la obscura ignorancia. Débil con los flacos, se complacia en formar á los hijos en la virtud, despues de haber desarraigado los vicios en los padres. Los grandes hombres saben acomodarse á todos los hombres. Su humildad aumentaba su gloria.... Por sus sucesos sobresalia visiblemente entre sus rivales en el ministerio de la palabra; por su humildad se excedia á sí mismo. Era como aquel hombre admirable de quien habla S. Gerónimo, que huyendo de los honores, merecia las distinciones mas particulares. *Fugiendo gloriam, gloriam merebatur.*

¿Y que? ¿Logrará solo *Josef* que la Providencia le honte con una multitud de acontecimientos dichosos? ¡Ah, hermanos míos! mil contratiempos le esperan. Experimentará espíritus rebeldes, corazones insensibles. En nada les temerá, como no sea por su salvacion. Superior á sus victorias por su modestia, tambien lo fué de sus desgracias por su constancia.

Esta se manifestó en las mas dificultosas empresas. Ved aquí un maravilloso exemplo. Un Exáctor impío tenia el bárbaro placer de alimentarse con la opresion de un pueblo de quien debia ser el protector y el padre. En el mayor auge de su fortuna, estudiaba ingeniosamente sobre el crimen que la cimentaba. ¿Era por esto dichoso? No por cierto.

Aun

Aun quando fuese el dueño del mundo, no podria librarse de las importunas aldabadas de su conciencia. El interior de un hombre depravado, es un obstáculo invencible para su felicidad.

No soy yo, sino nuestro Santo quien se explica de esta suerte. Su insinuativa voz, se valió de todos los medios que le sugirió su zelo para atraer aquel corazon de bronce á los sentimientos de humanidad. Con la mas viva expresion, le delineó el odioso retrato de un tirano, la triste situacion de los pueblos, la murmuracion del mundo y la venganza del Cielo. Puede ser que le persuadiese, y no le dexase convencido y enmendado. El zelo de un apóstol siempre irrita á quien se obstina en el crimen. Quien se niega á los remordimientos, mejor se negará á las reprehensiones.

Un sacerdote suministró á *Josef de Leonisa* una nueva prueba de esta triste verdad. Indigno de su estado por la depravacion de sus costumbres, habia llegado á ser el escándalo de una ciudad y el oprobio del sacerdocio: doblemente culpable, añadia á los extravios de su corrompido corazon las ilusiones de un espíritu incrédulo. ¡Quando intentó el santo apóstol para arrancar de la iniquidad este pervertido ministro! Se insinuaba con prudencia y combatia con fuerza. Pero ¿que puede el zelo contra un hombre que no ha tenido reparo en sacudir el saludable yugo de la Religion? En vano se esforzaba nuestro Santo. Los menosprecios, los ultrajes y las amenazas, eran la recompensa de su noble

Bb 4

y

y santa libertad. ¡No permita el Dios de justicia descargar sobre el delinquente su rayo vengador! ¿Quantas veces ha acarreado una infinidad de desgracias la tenaz resistencia á la voz de un apóstol? Bien merece ser desgraciado el que no sabe aprovecharse de su propia felicidad. Tal es el terrible oráculo que pronunció *Josef de Leonisa*, y que, por desgracia, se verificó muy en breve.

Por otro semejante intentó, aunque en vano, atraer á la reflexion á una virgen distraida que, con las conversaciones mundanas, queria hacer deleytable las penas del retiro. *Muger insensata*, jóven incapaz de pensar sobre tí misma. ¿Te parece que en la imprudencia de tu conducta no hay mas que un inocente placer? Pues *Josef de Leonisa* descubre en ella una desenvoltura fatal. Ya te anuncia, casta paloma, ya te anuncia el próximo dia de la pérdida de tu pudor. Ah! ¿Quantas veces se verificó el tiempo esta triste prediccion! Aquella cuya virtud parecia invariable y superior al peligro, cayó en el escollo, rompió los honrosos lazos que la sujetaban, abrió las sagradas puertas del santuario, y acabó con sacrificar escandalosamente al fuego de una vergonzosa pasion la inocencia, el honor, la providad y la Religion.

Así permite Dios para probar la virtud de los santos, que se les inutilicen los designios mas laudables. No siempre contaron sus victorias por el número de sus combates los apóstoles y profetas. Elías confundió á Achab:
pe-

pero este no se enmendó. Pablo dió con la luz en los ojos de Felix; pero este se negó á ella. Las desgracias del ministerio nada rebaxan el mérito del ministro. Un apóstol árbitro constantemente de los espíritus y de los corazones, pasará entre las gentes por un Dios. Las desgracias muestran al hombre lo que es en sí, y prueban á los santos.... Yo discuro, hermanos míos, que aun quando no me quedase nada que decir acerca de la gloria de nuestro Santo, habria señalado ya en su conducta el heroísmo de su santidad. En efecto, ¡quantas virtudes se necesitan para ser superior á los contratiempos del apostolado!

Pero émulo *Josef* de los hombres apostólicos tanto por sus sucesos, quanto por sus desgracias, no sabia estarse quieto, ni sobre los laureles, ni sobre las espinas. La gracia que no quiso Israel, la llevó á las naciones. Desde el mundo christiano se trasladó al mundo infiel. El uno habia recogido las primicias de su apostolado, y el otro tenia que admirar su perfecta consumacion.

Explicase el cielo; manifestase la vocacion, y dase la orden por los superiores. Partió *Josef*, y conducido sobre las alas de la obediencia, menospreció los peligros de la mar, sujetó las olas, sosegó los vientos y las tempestades, llegó, en fin, y se fixó en el floreciente império de Mahoma. Apreciemos el ardor de su zelo por los obstáculos que tuvo que vencer.

Ocupaba entónces el trono Otomano un
mons-

monstruo mas bien que un príncipe. Hijo y sucesor de Selim II, á quien una continuacion de vergonzosos excesos habia conducido rápidamente al sepulcro, tenia Amurat III todos los vicios de su padre, sin ninguna de sus qualidades.

Incapaz de respetar los vínculos de la sangre, y sordo á la voz de la naturaleza, inmoló á siete hermanos suyos en un mismo dia, y fueron las primeras víctimas de su envidioso y zeloso carácter. Inconstante, tímido, é irresoluto; sumergido en el seno de la desidia y de la luxuria; amante de la guerra por crueldad, y no por valor; guiado por el interes; devorado por la desconfianza; escrupuloso observador del mahometismo, é implacable enemigo de los christianos. Siempre tenaz en su odio y supersticiones, no tanto por principios de religion, quanto por debilidad de espíritu. Y, en fin, hombre, cuyos menores defectos eran las baxezas de la avaricia y el veneno de la ingratitud, y cuyo retrato estaba compuesto por el horrible conjunto de todos los crímenes. Yo deberia haber pintado no tanto un hombre, quanto un rayo, horror, y oprobio de la humanidad.

Por el genio del príncipe se puede juzgar qual seria el del pueblo. Este era ambicioso, cruel, guerrero, avaro: ciego sectario de una ley dictada por la impostura y establecida por la fuerza de las armas. Sus primeros sucesos los aseguró una afortunada temeridad, la credulidad fué sorprendida; é interesado el corazon en las preocupaciones del entendimiento,

to, adoptó y siguió un sistema sacado de las pasiones del hombre. Extendióse la supersticion, y la luxuria ensanchó los límites de su império. El hombre mas bien que por lo que debía ser, era por la frívola esperanza de perpetuar sus pasiones mas allá de sí mismo, y de eternizarlas con el goce de un placer siempre nuevo.

¿Que sucesos puede esperar un apóstol en el centro de la lascivia? ¿Abrazará el catolicismo un pueblo que es enemigo de los christianos por naturaleza? El se cree feliz con su religion, y con dificultad se le persuadirá que otra qualquiera pueda proporcionarle una dicha mas perfecta.

Josef de Leonisa, principió en Constantinopla con su delicado y laborioso ministerio. ¡O Dios mio! confíadle los tesoros de vuestra gracia. Dad á sus discursos un atractivo tan victorioso que nada se les resista. Habla tú, apóstol santo, habla y haz que los muros de esa orgullosa Jericó retiemblen al oírte. *Clama, ne cesses* (1). Anuncia á ese pueblo seducido la falsedad de su ley, la ridiculez de sus supersticiones, el exceso de sus crímenes. *Annuntia populo...scelerá eorum*. Manifiesta á sus ojos las sendas de la verdad... Un hombre protegido del cielo, puede en un solo dia trastornar la obra de muchos siglos.

Ya estaba meditando nuestro santo el modo de obrar. Por fin, atacó al error. Sorprendió la novedad. La atencion con que le oían

(1) Isaias, 58. v. 1.

oían, parecía favorable; pero el espíritu y el corazón no tomaban en ello ningún interés. Nada persuadía á un pueblo esclavo de la preocupación. ¿Que hizo *Josef*? Llevar hasta el trono la luz de la fe. Sabía muy bien que poderoso era el ejemplo del príncipe en el espíritu del pueblo. Si el príncipe se hacía cristiano, aseguraría á la fe la conquista de todos sus vasallos.... Guiado por la esperanza, y animado de un santo zelo, caminó como un héroe, y se atrevió á presentar delante del monarca. La muerte, ó la victoria eran el objeto de sus deseos. Aun no se cumplirán estos.

Ya estaba escrita en los eternos decretos la suerte de este desgraciado príncipe. Empeñado Amurat por sus odiosos vicios y obstinación en cerrar los ojos á la razón y el corazón á la naturaleza, apartó de sí la luz del Evangelio, y se hizo indigno de ella. Nuestro Santo solo encontró suplicios donde se gloriaba su zelo de hallar conquistas. ¡O espectáculo digno de los Nerones y de los Maximinos! *Josef* fué insultado, menospreciado y arrojado con despecho. Una multitud de redoblados golpes le estaban preparando pruebas todavía más difíciles. Los títulos de cristiano, apóstol y religioso, eran muy á propósito para excitar contra él la más cruel y sangrienta persecución. Todo vaticinaba y anunciaba un martirio.

Las persecuciones no son capaces de suspender los trabajos de un apóstol mientras que quede en libertad. Desechado nuestro héroe

por los infieles, determinó ir á consolar á los cristianos cautivos.

¡Que imágenes tan tristes se me presentan aquí y me sobrecogen! Citar á los cristianos entre las cadenas de los infieles, es lo mismo que suponer todo género de desgracias. ¡O víctimas infelices enterradas con vida en las sombras del sepulcro!.... Ah! Menos horroroso sería éste para ellas que el profundo abismo en que estaban encerradas. Entrad en aquellas subterráneas cavernas, inaccesibles á los rayos del sol, y veréis que ayre tan corrompido se respira, mas propio para dar la muerte que alargar la vida. En efecto, hermanos míos: ¿que vendriais á descubrir allí? Hombres pálidos, desfigurados, y esqueletos vivos. El peso de sus cadenas es para ellos el mas ligero trabajo. La imaginación aumenta sus desgracias. No parece sino que por el sentimiento de haberla perdido conocen mas bien el precio de la libertad. El aparato de los suplicios, siempre presente á su vista, es para ellos mas cruel que la muerte misma.

Mi espíritu se transporta y detiene á las fatales puertas de estos tristes lugares. Una guardia doble defiende la entrada. Me parece que descubro allí á *Josef de Leonisa*, y le oigo decir: ¡O pueblo digno de mejor suerte! Suspende por un instante tus justos temores. *Nolite timere pusillus grex* (1). La voz de un cristiano es la que llega hasta vosotros. A en-

(1) Luc. 12. v. 32.

enxugaros vuestras lágrimas viene. ¡Quanto puede dulcificar vuestras desgracias participando de ellas!

Es presumible que les hablase así nuestro Santo; pero su tierna y compasiva alma, no podía ya alargar sus discursos. Apresurabase para justificar sus sentimientos por su conducta. El proporcionar á aquellos desgraciados socorros útiles, no era bastante para su generoso corazón. Ofreció sacrificar su libertad y su vida. ¡Que premio tan grande sería para él gemir en la obscuridad de las prisiones, siempre que pudiese sacar de ellas á sus hermanos! ¡Quan feliz sería en agotar la fuente de sus lágrimas á costa de su propia felicidad! El se contentaba con morir por ellos, siempre que viviesen por Jesu-Christo.

¡Heróyca caridad! Ella choca y admira, mas no se exerce. Lo que los tiranos negaban á *Josef*, se lo sabia proporcionar á sí mismo. El desafió en algun modo á la muerte en aquellos tristes días en que el terrible y general contagio esparció por Constantinopla la turbacion, la desolacion y la desesperacion en la mayor parte de sus habitantes.

No se espere de mí una de aquellas pinturas interesantes, donde la imaginacion inventa rasgos atrevidos para describir los crímenes de los hombres, y las venganzas de Dios. No, hermanos míos. Vosotros mismos os figuraréis lleno y obscurecido el ayre con los muchos torbellinos; atacados los pueblos por el sutil veneno de la peste, y el contagio tan rápido como el viento que le lle-

va-

vaba. Por todas partes se descubría el terror y la muerte: por todas desaparecia la ternura; estaba hollada la humanidad, la caridad temblando, y la Religion extinguiéndose. El amigo no tenia amigo que le favoreciese. Los hombres huían de los hombres. Las casas se volvian sepulcros. Constantinopla era una vasta soledad, un dilatado desierto....

Apartad, hermanos míos, apartad vuestra consideracion de estas pinturas horribles para ponerla toda entera en *Josef de Leonisa*. Como héroe invencible arrostraba por el peligro, menospreciaba el temible azote, y desempeñaba solo el ministerio de muchos apóstoles. ¿Mas que? ¿Será la víctima de su zelo? Ah! Las malignas influencias no respetan su virtud. Este hombre que era el recurso de los pueblos, se vió herido tambien por su desgracia.... ¡O Dios mio! ¿Es posible que habiéndole destinado para la salvacion de tantas almas, no hayas de velar sobre su propia salud? ¿No le coronaréis con vuestra misericordia, ya que le habeis experimentado con vuestra justicia? *Ego percuciam, et ego sanabo* (1). Yo heriré, dice el Señor, y curaré.

¿Lo diré yo? No sé, oyentes míos, qual me admira mas, si la sabiduría de la Providencia, ó la confianza de *Josef*. Aunque los elementos se conjuren contra él, tiene una virtud que triunfa de todos ellos. Casi se puede decir, que era una virtud que vio-

lien-

(1) Deut. 32. 39.

lentaba al cielo. ¡O resplandeciente prodigio! El Dios riguroso, vino á ser el Dios consolador. La misma mano que le habia herido, le curó y conservó á su patria y á la Iglesia. *Ego percutiam, et ego sanabo.*

Ah! ¿Era menester que se libertase del primer martirio para experimentar muy en breve otro mayor y mas cruel? Dexa Dios de probarle y le persiguen los hombres.

Acababa nuestro Santo de arrebatarse al mahometismo una de sus mas importantes conquistas; quiero decir, un Arzobispo, que por una odiosa apostasia del christianismo habia erigido mucho tiempo hacia un brillante trofeo en honor de Mahoma. ¡O y quan dificultoso es volver á la verdad á un hombre á quien pudo mover el interes á dexarla! Vosotros conocereis el triunfo de nuestro Santo por el furor con que se vengó el mahometismo de su derrota. La mejor victoria es la que á los enemigos les es mas sensible.... Fórmasese la tempestad y rompe. Acusóse á *Josef*, se le prendió, y le metieron en un horroroso y profundo calabozo. Esperaba en él la sentencia, pero una sentencia de muerte.... Apenas salió la orden del trono, quando se preparaba ya un suplicio estudiado; ignorado por la ingeniosa crueldad de los antiguos tiranos, y, en fin, digno del aborrecimiento que tiene el mahometismo á los christianos.

Serian menester otras expresiones para discurrir un nuevo género de martirio. Unas puntas agudas penetraban las carnes, sin abrir á la sangre una corriente general. El cuerpo

es-

estaba algunas veces atado y suspendido: por una parte expuesto á las injurias del tiempo; por otra mortificado, pero sin consumirle, con un fuego lento y activo. Tres dias consecutivos se ofreció á los indignados pueblos este bárbaro espectáculo. La humanidad se estremece. *Josef* estaba inalterable. Desde su ardiente hoguera, como si fuera desde una cátedra de verdad, anunciaba, probaba y demostraba la santidad de la Religion christiana. La constancia de un mártir, es una victoriosa prueba de la fe.

Pero ¿que es lo que veo? La naturaleza se rinde: el sacrificio se consuma. La muerte vá á llevar el apóstol de la verdad. Apenas faltaba un momento para que espirase nuestro Santo, quando ¡que prodigio! una mano invencible arrebató la victima á la muerte, y la quitó al furor de los tiranos. *Josef* fué restituído á la Religion, de quien se habia deleytado ser mártir. Pero si triunfó de la rabia de sus enemigos, fué únicamente por entregarse á otros combates.

Por infinitos trabajos mereció el martirio mas singular; y si sobrevivió á él, fué para sufrir otros aun mas penosos.

SEGUNDA PARTE. ®

Un hombre, señores, que sobrevivió á su martirio para entregarse á trabajos mas penosos, sostenidos con mas heróyco valor, y coronados con los mas resplandecientes sucesos, representa los últimos lineamentos, y los mas

Tom. V.

Cc

mag-

magníficos de quantos distinguen el ministerio de *Josef de Leonisa*, y deben acabar su elógio.

El primer siglo de la Iglesia vió con admiracion á un héroe christiano que se escapó del furor de los tiranos á pesar de la actividad de un fuego destructor, y, siendo vencedor de la muerte, si así se puede decir, voló con alas de caridad á la escabrosa carrera de un nuevo apostolado.

¡ Dichosos dias de la primitiva Iglesia, pues renaceis en el XVI siglo! Vosotros reproducis en él á nuestro Santo como un segundo Juan Evangelista. ¿ No podrémos decir, que sus llagas, todavía abiertas y chorreando sangre, prestaban á su voz una fuerza victoriosa? Es verdad que la isla de Pathmos se hizo christiana por el ministerio de San Juan, pero tambien por el de *Josef de Leonisa* mudó la Italia de aspecto. Mas rápida su reputacion que las olas de la mar que la habian conducido, excedia aun á la ligereza con que dió su vuelta.

Así como se presentó al monarca, cuyo trono habia sostenido aquel héroe que estando cubierto de heridas y colmado de gloria era al mismo tiempo el terror de sus enemigos; así tambien se dexó ver *Josef de Leonisa* en la corte de Roma delante del príncipe de la Iglesia.

Entónces estaba gobernado el mundo christiano por un pontífice nacido en el seno de la miseria, conocido por la brillantez de su mérito, elevado á los primeros honores y capaz siempre de sostenerlos. De ingenio vasto,

pro-

profundo y sublime en sus proyectos: magnífico, poderoso y absoluto. Enemigo del vicio y severo en castigarle: firme en defender los intereses de la Iglesia, deseoso de hermosearla, defenderla y extenderla. Pontífice verdaderamente digno de admiracion, por mas que el ardor y vivacidad de su zelo, no haya querido reconocer en él un mundo injustamente preocupado y temerariamente decisivo, sino la obra de la politica, de la ambicion y del despotismo.... Los hombres mas bien juzgan por engaños que por reflexion.

Yo me alegrára poder representar á nuestro Santo á los pies de Sixto V. Al ver juntos dos hombres célebres, ambos discípulos de Francisco de Asís y herederos de su espíritu, qualquiera podria decir, que el cielo les habia unido para formar de concierto la gloria de la Religion. ¿ Quantos elógios dió el Pontífice al vencedor del mahometismo? Pero ¿ que cosa mas edificativa que ver á *Josef* desentenderse de ellos con modestia, y apartar con maña la honorifica memoria de sus combates y sufrimientos! ¡ Que cosa mas asombrosa, que ver no deseaba otra gracia que la de poderse dedicar al desempeño de asuntos mas difíciles, y á la prueba de mayores trabajos! Los apóstoles desean, que ni aun el postrer suspiro sea el último esfuerzo de su zelo.

Vosotros, hermanos míos, creeréis que Venecia, Milan, Nápoles y Roma fueron los distinguidos teatros á donde sucesivamente fué nuestro Santo conducido por su noble y ge-

Cc2

ne-

neroso valor. Pero los engañais: su zelo se fió desde luego en un ministerio menos agradable y mas ingrato. Por entre un monton de abrojos y espinas se abrió un paso libre para los pueblos que eran víctimas de la miseria, virtuosos, tal vez, por inclinacion y culpables por ignorancia: christianos sin principios: hombres, por decirlo así, inferiores á los demas por las sombras del entendimiento, la insensibilidad del corazon, la grosería del carácter. Sus costumbres y modo de pensar demostraban muchas veces la baxeza de su linage.

Entre estos pueblos ignorados, despreciados y abandonados, fué entre los que quiso confundirse *Josef de Leonisa*. Un campo dilatado era el templo en donde les juntaba su zelo. Hábil para acomodarse á la comprehension mas limitada, persuadia á los unos por medio de una pintura natural del vicio, y movia á los otros por el edificativo espectáculo de un nuevo calvario. Enarboló la cruz de Jesu-Christo, y á sus pies consideraba con placer, extinguido el escándalo, y aumentada considerablemente la virtud. En las lágrimas de un pueblo convertido, es donde quiere el predicador extender el fuego de su zelo.

Pero quando *Josef* estaba entregado al penoso exercicio de esta obra tan humilde, presentó la obediencia á su valor una carrera mas brillante. Su zelo se extendia por todas partes como una fuente inagotable, y parecia que por todas se multiplicaba. ¿ Quien será capaz de contar las diversas peregrinacio-

iones que hizo, ni nombrar las muchas ciudades y pueblos que edificó con su conducta, iluminó con sus instrucciones, santificó con su presencia?

¿ De qué medios tan oportunos se valió su zelo para arrancar del seno de la lascivia á un infeliz á quien una pasion siempre nueva y apadrinada le habia hecho incapaz de reflexionar, y conducidole rápidamente al precipicio! Nuestro Santo supo detener por un instante á aquel extragado joven, y quitarle la venda fatal que, como á un pródigo considerado, le tenia alucinado el entendimiento. Le hizo ver el engaño de los seductores encantos, y la perfidia de los lisonjeros plácemes. Al lado de sus risueñas exterioridades, le descubrió un fecundo raudal de sentimientos amargos.... Muchas veces se conoce demasiado tarde el peligro de entregarse ciegamente á las pasiones.... Apártate, infeliz, apártate de un ídolo que te pierde. Si continúas, te abrirás un sepulcro á los pies de sus altares. Hará que se resista tu corazon á tu razon, tu conducta á tu fe, tu pasion á tu Dios. Reflexiona y duda, si te atreves....

Habló *Josef* y persuadió. Quien haga lo que él conseguirá lo mismo. El mejor modo de contrarrestar el vicio, es manifestando que jamas puede hacer al hombre verdaderamente dichoso.

Pero ¿ qual fué la intrepidez de nuestro Santo quando acreditado el escándalo vino en algun modo á insultar su zelo por un triunfo público? Por el crédito de un protector po-

deroso se había introducido en una ciudad un teatro cómico y profano, pernicioso escuela de costumbres. Las escenas fabulosas producian pasiones verdaderas. La ilusion de los sentidos ocasionaba las flaquezas del corazon. Era un veneno otro tanto mas sutil en quanto estaba preparado con mayor destreza. Casi siempre ridiculiza el teatro del vicio á costa de la virtud.

Autoridad, nacimiento, gerarquía, nada podia detener la noble libertad del zelo de nuestro Santo. Con una voz alta y profética exclamaba: favorecer el desorden es practicarle, y lo mismo es favorecerle, que abrir á la licencia de las costumbres una carrera libre y desembarazada. ¡Desdichado de aquel que, locamente pródigo, expende en diversiones ilícitas el patrimonio de los pobres! Un Dios vengador, suspende el golpe sobre las cabezas criminales; pero aunque tarde en descargarle, tambien castiga con mas rigor. Si llega este caso, ocupará la miseria el lugar de la opulencia. Ya la mas triste revolucion... ó por mejor decir, aparta, gran Dios, aparta ese severo castigo. Haz que el pecador espíe su delito por las lágrimas de la penitencia, y que no se consuma en un llanto desesperado... ¡O enérgicas expresiones! ¡O victoriosas palabras! Suspendense inmediatamente los espectáculos, y manifiéstanse con la misma ligereza los sucesos de *Josef* y el triunfo de la gloria.

¿Le presentaré yo vencedor de las baxezas que produce la avaricia, así como le he man-

ni-

nifestado victorioso de los excesos que ocasiona la prodigalidad? Figurémonos un rico desgraciado que posee sin gozar, y jamás juzga tener lo bastante: ansioso en amontonar tesoros, y temeroso en desapropiarse de ellos. Este hombre es á un mismo tiempo que su propio tirano el azote de la sociedad. Dueño del mundo, y siempre insaciable, desearía el avaro poder hallar otro mundo para descubrir en él nuevas riquezas. El tesoro es su altar: el oro su Dios. Hasta sobre los bienes consagrados al santuario se atreve á poner sus codiciosas manos. Sabe retirarlas con destreza y detenerlas sin escrípulo. El interes es casi siempre el escollo fatal contra el que el hombre honrado y el christiano vienen criminalmente á estrellarse.

El usurpador sacrílego se deleyta en ahogar los latidos de la conciencia, y, si es posible, se resistirá aun á la atractiva voz de un apóstol. A nuestro Santo le corresponde mover y cambiar este bárbaro corazon. No bastarán las primeras tentativas. Persuasionés dulces, reprehensiones vivas, prediccionés terribles, todos, todos los medios pondrá uno en pos de otro, pero en vano. El avaro confesará su avaricia, pero no se dará á partido.... Sin embargo, vendrá el dia en que *Josef de Leonisa* triunfe á menos costa y con mejor suceso. Sus oraciones alcanzarán lo que sus amenazas no han podido conseguir. ¡Victoria otro tanto mas gloriosa, en quanto es mas difícil de conseguir! Yo no sé qual de los dos prodigios es mas asombroso, si mu-

Cc 4

dar

dar la avaricia en generosidad, ó hacer que substituya la concordia á la division; y la paz á la guerra.

Este asunto me recuerda otro género de maravillas. Levantóse una disension entre dos pueblos ribales. Por ambas partes se suponian legitimos derechos, y los justificaban. El interes siempre se sostiene con calor. La animosidad prepara la discordia. Los padres trasladan á los hijos el espíritu de contrariedad, de resentimiento y de venganza. La fuerza de las armas aun no ha podido legitimar hasta ahora la solidez de las pretensiones. Siempre inconstante la victoria, perpetúa los combates sin fixar los derechos. La Italia experimentaba con horror y sorpresa, lo que es el teatro de las escenas mas escandalosas y sangrientas.

En vano intentó el Duque de Parma unir los espíritus encontrados. Este príncipe, que era el terror de sus enemigos, y de un ingenio tan grande para saber formar la paz, como consumado para hacer la guerra: el famoso Alexandro Farnesio digo, el Alexandro verdaderamente de su siglo, solicitó, rogó y aun amenazó. Inútiles esfuerzos. Aquel príncipe capaz de conciliar los intereses de las potencias encontradas, no pudo hermanar los reciprocos intereses de dos ciudades enemigas. Hasta la misma Iglesia expidió, aunque inútilmente, sus excomuniones y anatemas. El aborrecimiento y el furor, no respetan ni al sacerdocio ni al império.

Preséntate, Angel de paz, á quien el cielo
tie-

tiene destinado para estos desgraciados pueblos: preséntate, poderoso ingenio, á quien está concedido trastornar el funesto muro de la discordia, preséntate. Es menester un prodigio para vencer tan multiplicados obstáculos. Pero no, hermanos míos, *Josef de Leonisa* no necesita mas que su firme y entendido valor. El solo apaciguará la discordia que los potentados reunidos no han podido sosegar. Su virtud es su única autoridad. Preséntase, y con un silencio estudiado y oportuno, chocó desde luego á los espectadores, y les dispuso para oírle. Las expresiones de amable paz, tranquilidad dichosa, que prudentemente dexó escapar de sus labios, movieron y mudaron los corazones. Aun creían aborrecerse y empezaban ya á amarse. La preocupacion se resistió al principio, pero habló la humanidad, y la Religion acabó la obra. Apenas faltaba un paso que dar para que el suceso sobrepusase á las esperanzas de *Josef*. Intentólo y lo consiguió. En una conferencia christianamente preparada se perfeccionó la reconciliacion. Con los mismos lazos de la paz, se formaron los de la amistad. El interes particular, vino á ser el interes comun. Aquellos que no procuraban sino en destruirse á sí mismos, no pensaban ya en otra cosa que en asegurarse mutuamente un duplicado socorro contra sus enemigos. Dos ciudades ribales parecia que no componian ya mas que una sola.

Mil asuntos semejantes y aun mas preciosos se me recuerdan todavía. La imaginacion
no

no puede concebir todo lo que emprendia nuestro Santo. Lo que empezaba con zelo activo, lo acababa con buen suceso. La generalidad de su gloria, corresponde á la inmensidad de sus trabajos. Tal vez habré confundido ya estas dos ideas: con la relacion de las empresas puede ser que haya yo anticipado la de los triunfos. Los grandes asuntos, no se pueden sujetar á las reglas generales de la eloqüencia... Aunque sea el azote del vicio, va á obscurecerse el pacificador de las disensiones delante del hombre de gloria y de prodigios. Las últimas acciones de *Josef de Leonisa* casi hacen olvidar sus últimas victorias. *Opera tua novissima plura prioribus* (1).

¿Y digo yo, que el hombre de gloria y de prodigios es un religioso sencillo y modesto, sin reparar que hablo en un siglo lleno de incredulidad? ¡Ah! Me parece que sobre la naturaleza de los hechos, y sobre la legitimidad de las pruebas, estoy viendo ya exclamar á la irreligion, encerrada en una duda filosófica, y resuelta como siempre á decidir. Todo quanto está de parte del milagro la parece sospechoso. Ella quisiera suprimir hasta el nombre de prodigio en el elogio de los santos; y con especialidad de los nuevos: como si Dios no fuera siempre el mismo, y como si los hombres animados de un espíritu apostólico, no pudieran haber sido lo mismo que los apóstoles los depositarios del poder divino. ¡Ah! oyentes míos, el mayor milagro de

(1) Apoc. c. 2. v. 19.

de los santos, es su santidad. La resurreccion de un muerto no es mas que la recompensa de su virtud.

Sin embargo, no quiere Dios, que siendo yo un supersticioso admirador de frívolos prestigios, no conceda nada á un prudente exámen. En este caso, sería fundada la crítica. ¡Quanto es de temer que los hechos supuestos rebaxen los verdaderos! En todos tiempos se valió el error del falso brillo de una fingida maravilla para ilustrar y acreditar á sus partidarios, no obstante que les deshonra.

La gloria de un santo, no se debe establecer sino sobre la verdad. Tal es la de *Josef de Leonisa*. En los trofeos que acaba la Iglesia de ponerle, se descubren á sus pies los vientos sujetados, los contagios disipados; los elementos sumisos y la muerte atada. El que hace revivir el espíritu de los apóstoles, puede tambien hacer revivir su poder.

Semejante tambien á los profetas, penetraba nuestro Santo las sombras de lo futuro. A los unos, como Ezequiel, les notificaba el funesto decreto de muerte. En comprobacion de esto mismo, anunció á su sobrino el término preciso de su fortuna y de su vida. Apenas entrarás, le dixo, en la carrera de los honores quando se abrirá el sepulcro á tus primeros pasos. Tiembla y aprovéchate.

A exemplo de Elias, anunció á los Dioses de la tierra que les esperaba un imprevisto golpe, y que su gloria se eclipsaría. Así fué, que á uno de sus mayores amigos y protectores le declaró los envidiosos que le perseguian en la

la corte, y que el principe injustamente informado, en lugar de recompensar su zelo y fidelidad, tardaría bien poco en castigar una falsa conspiración, no quedándole á él otro recurso que el tiempo de pensar en sus hijos y en sí mismo.

Olvidémos enhorabuena que *Josef de Leonisa* fuese el profeta y el taumaturgo de su siglo. No le considerémos sino como el oráculo y el padre de los pueblos. Para esto se necesita una especie de poder, que aunque no tan admirable como los milagros, es tal vez mas útil.

En efecto, el hombre que se dedica á practicar la obediencia y la humildad, viene á ser el árbitro de los acontecimientos, el recurso de las desgracias, la imagen de la providencia. ¡Admirable contraste! En esto es en lo que digo que consisten los sucesos del apostolado.

Opera tua novissima plura prioribus.

¿Me estará bien comparar á *Josef de Leonisa* con el famoso *Josef* del antiguo Testamento? Menos es la conformidad del nombre que la del ministerio la que identifica el paralelo. Lo que el uno hizo en Egipto, lo renovó el otro en Italia.

Pueblos afligidos, vosotros pereceréis en el seno de la miseria. El cielo dexará de verter sus dulces rocíos, y la tierra ingrata no producirá sino espinas y abrojos en lugar de mieses. En vano la regaréis con vuestras lágrimas y sudores. Estériles las campiñas, no ofrecerán á vuestra desesperacion mas que una desolacion horrorosa..... Pero consolaos

si

que el cielo os prepára abundantes recursos. El es un sabio economo, que con sus multiplicados arbitrios en favor de los infelices, os promete infinidad de beneficios aun mas esenciales. Acudid á él: pintadle vuestra suerte. Esperadlo todo de su ternura. *Ite ad Joseph* (1). Aunque pobre tambien nuestro Santo, será el padre de los pobres. El es el depositario de las liberalidades públicas. Los grandes le entregan sus riquezas para repartirlas entre los miserables, como que se multiplicaban á proporcion de como las distribuía. No parecia sino que hacia nacer la abundancia en medio de la esterilidad. Baxo sus auspicios, se levantaron edificios soberbios donde la caridad proporcionaba á los pobres enfermos la feliz suerte que les negó la fortuna. Nuestro Santo era la esperanza de todos los desdichados. En algun modo, fué tambien su salvador.

Triste familia, que apenas has nacido quando ya estas condenada á perecer. Las deudas y empeños de tu padre te hacen sentir con demasiado rigor, que llegó al colmo de las desgracias. El era tu apoyo por su continua asistencia al trabajo. ¡Ah! Los implacables acreedores le han conducido al tribunal de justicia. ¡Pobre familia! Perseguido y condenado á la paga, prevee con horror el inevitable momento, en que aunque por un decreto equitativo y justo, va á ser la victima otro tanto mas ruinoso para él que para ti. ¿Que ha-

(1) Gen. 41. 55.

hará, pues, en este caso? Por una precipitada fuga pensó huir, no de la severidad de las leyes, sino de las peligrosas persecuciones de sus contrarios.... ¡ Pobres hijos, que abandonados á vosotros mismos quedais sin apoyo ni esperanza alguna! ¿ Quien estará encargado de vuestra subsistencia? ¿ A quien dirigiréis vuestros últimos suspiros desde las puetras del sepulcro que os amenaza? *A Josef de Leonisa. Ite ad Joseph.* Vuestras lágrimas se enxugarán. El sabrá quitar el motivo. Mas padre vuestro que vuestro padre mismo, sostendrá con zelo á sus pies vuestra causa. El lo llamará en vuestro socorro, y reclamará vuestros derechos: le reprehenderá con ternura el bárbaro designio que, aunque forzado, meditaba executar. O por mejor decir, con una inesperada cosecha, conseguirá proporcionarle el fin de sus largas desgracias, y las primicias de una prosperidad mas dilatada.

Y tu madre tierna y desconsolada ¿ que enemigo envidioso de tu felicidad es el que acaba de arrebatarte, con una temprana muerte, á un hijo único, que era el objeto de tus complacencias, la esperanza de su casa, y cuyos días te eran tan preciosos y estimables como los tuyos propios? Tu corazón con el suyo, no componia mas que uno solo: en él hallabas otra persona igual á la tuya.... ¡ Ah! No se escapará de tu venganza el implacable enemigo que le acaba de inmolar á la suya por mas feliz que se juzgue con tan depravada accion. Contenta con sobrevivir á tu desgracia para castigar el crimen, conozco

co que despues de castigado, no deseará ya otra cosa que la muerte. En efecto, parece que la deseas.... Pero detente madre tierna y sensible, detente. Es menester que, con las luces de un sabio consejo, aprendas á excederte á tí misma. *Ite ad Joseph.* En *Josef de Leonisa* hallarás un amigo de otro tanto mayor consuelo, en quanto mezclará sus lágrimas con las tuyas. El no te negará lo que debes á la naturaleza, pero tampoco dexará de hacerte ver lo que debes á la Religion. Te llevará sobre el calvario y hará que contemples á María á los pies de Jesus espirando. A María digo, que es el perfecto modelo de una madre christianamente afligida, y de una madre superior á sus aflicciones por su constancia. Mira, la dixo nuestro Santo, reflexiona é imita....

Pero donde dió la prueba mas excelente de su gloria y poder fué en Roma. Una princesa todavia mas respetable por su virtud que por su elevada gerarquía, estaba á punto de morir. A proporcion de lo grande que es aquella Ciudad, era el interes que tenia en tan preciosos é importantes dias. Un prelado ilustre lloraba una tierna madre: los pobres temian perder en ella una protectora liberal: la nobleza su ornamento, la piedad su individuo, la Religion su modelo. Hasta el mismo Pontífice manifestaba por su dolor el dolor público. Ya se negaba la naturaleza á todos los recursos del arte. La ciencia mas profunda de la medicina no formaba sobre los síntomas de la enfermedad sino vagas conjeturas. ¿ A quien

quien se dirigirán todos en este conflicto? A *Josef de Leonisa. Ite ad Joseph.* Le llama Roma, y condescendiendo desde luego por humildad, cedió, en fin, por obediencia. Presentóse en la Ciudad, y haciendo mas señalados sus pasos por la atención con que le miraba, esperaba de él un milagro. ¿Se engañará en pensar de este modo? No por cierto: un prodigio efectivo manifestará palpablemente el poder y reputacion de nuestro Santo. Pero su poder aun resplandecerá menos que su virtud. Poco sensible á la gloria, é ingenioso en atribuirla solo al fervor de la princesa, por quien intercedia, hizo ver otra tanto mas bien á la sorprendida ciudad, que si era el hombre de Dios por su poder, lo era tambien por su santidad.

Yo me voy deteniendo, y discurro que he desempeñado el objeto que me propuse. Me parece que he manifestado en *Josef de Leonisa* un hombre que sobrevivió á su martirio para perfeccionar su apostolado con su valor y sucesos. *Opera tua novissima plura prioribus.*

Los mismos sucesos y el propio valor le acompañaron al sepulcro. Desde luego anunció el triste momento que debía terminar el curso de su preciosa vida. Su mayor y último sentimiento, fué no haber podido consumir su martirio despues de haber hecho una multitud de rigurosos ensayos. Murió lleno de los dolores mas grandes, y aun le parecia que no sufría lo bastante. ¡Que heroismo! Los grandes, los pueblos y toda una ciudad entera, se apresuraban para recoger sus últimos suspiros.

piros. Un profundo silencio, y una consternacion universal, le hacian ver bastante bien todos los sentimientos de las gentes. ¡Quan glorioso es llevar á la otra vida el reconocimiento y la admiracion de los que se conocen en esta! ¡Quan glorioso llevar al cielo los respetos de la tierra, y vivir despues de su muerte en todos los espíritus y oraciones!

Los siglos se pasarán como un rápido torrente, y la gloria de *Josef de Leonisa* permanecerá mientras que subsista la Religion. Jamas será interrumpida, sino por la de *S. Fidel de Sigmaringen* colocado como él y con él sobre nuestros altares. La Italia mirará siempre á *Josef* como su apóstol, y en Alemania no será menos célebre el apostolado de *Fidel*.

Ah! Si mis cortos talentos me hubieran permitido bosquejar alternativamente el retrato de uno y otro héroe, hubierais visto á este último ser discípulo, apóstol y victima de la verdad. Como discípulo la buscó en el escabroso estudio de las leyes, y la encontró en el estudio aun mas útil de la piedad. Vosotros le hubierais visto, tan pronto ilustrando á los tribunales con su ciencia y santificándoles con sus virtudes, como sepultando sus talentos al lado del santuario y consagrándoles á la Religion. Le hubierais visto, como apóstol de la verdad, admirar á Alemania con los prodigios de su zelo: atacar, combatir y extirpar la heregia; anunciar la suerte de los combates, la revolucion de los imperios,

la derrota del error y las victorias de la fe. Le hubierais visto como victima de la verdad, sacrificarse por los rigores de la penitencia antes que lo fuese por el cuchillo de los tiranos; escaparse de las persecuciones para correr á la muerte; morir como héroe despues de haber vivido como profeta.... Por el bosquejo podeis apreciar el quadro, y concluir conmigo, que la Iglesia reverenciara siempre, tanto en *S. Fidel de Sigmaringen*, como en *S. Josef de Leonisa* dos de sus mas zelosos defensores.

¿Pero qual será, hermanos míos, el fruto que saqueis de esta augusta y piadosa ceremonia? Dos Santos estan expuestos á vuestra admiracion y fervor. ¿No habrá hecho algo en vuestros corazones la relacion de sus acciones heróycas? ¿Conocereis sus virtudes, sin haceros mas virtuosos?

Acercaos ahora á sus retratos, no tanto por su gloria quanto por vuestra instruccion. Discípulos ambos de *S. Francisco de Asís*, caminaron por las dificultosas sendas de la renunciacion evangélica. Ricos del mundo, aprended de ellos á menospreciar la sombra de una vana fortuna. Ambos desempeñaron con buen suceso la carrera del apostolado: vencedor uno de la heregía y otro del mahometismo, aterraron los dos á los monstruos de la relaxacion y del libertinage. Ministros del Señor, aprended de ellos la obligacion esencial de ser siempre hijos sumisos y zelosos defensores de la Iglesia. El uno hizo de una vez el sacrificio de su vida: sacrificad, chris-

istianos, de una vez vuestras pasiones. El otro no dexó de ser mártir de la Religion, sino para serlo de la penitencia. Esta debe ser la herencia del Christiano sobre la tierra, si quiere vivir con los Santos en el cielo.



PANEGÍRICO
DE SANTO TOMAS

DE VILLANUEVA,

del Orden eremítico de S. Agustín,
y Arzobispo de Valencia:

PREDICADO

en la capilla de las Hijas de Santo
Tomas de Villanueva, calle de Seva
y barrio de S. German de Paris.

Dilectus Deo et hominibus. Fué queri-
do de Dios y de los hombres. *Ec-
cli. 45. 1.*

Este es el elóquio que nos hace la Escritura de aquel sabio Legislador que fué escogido por Dios para cabeza de su pueblo; llevó las leyes del Señor hasta los pies del trono; confundió la audacia y temeridad de Pharaon; separó las aguas del mar para abrir por entre ellas un paso libre; hizo baxar del cielo

el

el maná para alimentar á los Israelitas en el desierto; les apagó su sed haciendo salir de las peñas una fuente milagrosa, y por este cúmulo de maravillas hizo ver quan querido y estimado era de Dios, que le comunicaba su poder, y quan digno y acreedor de la estimacion y amor de los hombres, en favor de los quales le exercia. *Dilectus Deo et hominibus.*

Esposas de Jesu-Christo, que os imponeis la obligacion de estudiar las virtudes de *Tomas de Villanueva*, ¿no reconocéis su retrato en el de Moyses? Brillar en la Iglesia como un hombre verdaderamente apostólico; multiplicar y renovar sin cesar prodigios de zelo; en una palabra, ser el oráculo y el exemplo de los predicadores; el apoyo y ornamento de la Religion; la gloria y el modelo de los prelados, son otras tantas virtudes y circunstancias, quantas busca Dios en sus verdaderos servidores, y mira con complacencia en los corazones que con especialidad ha formado para sí. *Dilectus Deo.*

Compadecerse de la suerte de los infelices; tener, como quien dice, el corazon en las manos para ofrecerle en alivio de los que padecen; remediar sus necesidades y la vergüenza que tienen en descubrirlas; manifestar en toda su conducta y acciones las señales de una caridad que se exercie sin debilitarse, y se extiende sin minorarse, y, en fin, ser el recurso de los afligidos, el padre de los pobres, el limosnero universal, son unas circunstancias y unas virtudes tan asom-

Dd 3

bro-

brosas, que precisamente atraen sobre sí la admiracion de los hombres, y exigen su amor y reconocimiento. *Dilectus hominibus.*

Atengámonos, señoras, á estas dos ideas, pues descubren con la mayor perfeccion el carácter del santo Arzobispo, cuyo triunfo celebra la Iglesia.

Tomas de Villanueva por los trabajos de su zelo, se hizo agradable á Dios. *Dilectus Deo.* Punto primero.

Tomas de Villanueva por la multitud de sus limosnas, fué querido de los hombres. *Dilectus hominibus.* Punto segundo. Imploramos, &c.

PRIMERA PARTE.

Entre las virtudes del christianismo, no hay ninguna mas agradable á Dios que la del zelo por el que un hombre apostólico consagra su vida en el trabajo de la salvacion de las almas; porque, segun la excelente expresion de S. Agustín, aquel posee la caridad de Dios en mas perfecto grado que le hace amar por mayor número de personas. *Ille in charitate Dei est perfectior, qui ad ejus amorem plures convertit.* Luego es sobre este principio sobre el que establezco yo el elógio de *Santo Tomas*. Sí señoras; pero para fixar mis ideas, y formar de una materia inmensa un plan abreviado, le consideraré baxo tres aspectos, tan útiles como diferentes: en primer lugar en lo interior del claustro: en segundo en la cátedra de la verdad; y en tercero en los trabajos del episcopado. En el claustro, ve-

veréis á un superior que por la fuerza de sus exemplos restablece y mantiene el fervor. En la cátedra de la verdad, observaréis un predicador que por la uncion de sus discursos suspende y detiene los desórdenes. En el episcopado, advertiréis un pastor que por una vigilancia siempre activa corrige los abusos y mantiene el buen orden. Un zelo tan heróyco, debe ser sin duda agradable á Dios, pues que es su principio. *Dilectus Deo.* Empecemos.

El claustro, señoras, es el primer teatro en que se presenta *Tomas* á nuestra consideracion, mas ¿en que tiempo? No lo ignorais vosotras. Fué en aquellos dias tan funestos para la Iglesia en que la Europa vió salir del seno del retiro á un hombre animado por la venganza y guiado por la osadia; espíritu enredador y capaz de arrastrarlo todo tras de sí por la vehemencia de sus discursos; dividido entre el orgullo y la ambicion; vano, muy pagado de la superioridad de su mérito, y ansioso por hacerle conocer; vivo y arrebatado por los movimientos de un natural impetuoso; presumido y tenaz, hasta sostener con fiereza contra su misma razon todo quanto su acalorada fantasia habia imprudentemente concebido; libre é independiente, pues despues de haber alimentado algun tiempo en el claustro el fuego de un venenoso resentimiento, se quitó en fin la mascarilla, declarándose contra Roma y sacudiendo el yugo de la Religion, cuyos sentimientos habia ya perdido.

No es menester nombrar á *Lutero*, pues

con estas señales es muy fácil conocerle. ¿Pero no extrañareis que de la rebelion de éste heresiarca haga nacer la gloria de nuestro Santo? ¿Que digo yo? Mi único designio es hacer admirar los altos juicios de Dios. Si Señor. Si Vos affigis á una religion respetable por la salida de un individuo rebelde; también la consolais con la entrada de un discípulo fiel. En efecto; en medio de las tinieblas que se levantaban, parecia un sol brillante que las disipaba. En el mismo dia en que salió Lutero de la Religion de S. Agustin para hacerse cabeza de una pretendida reforma, entró *Tomas* en ella para echar los fundamentos de la santidad mas eminente.

Yo, señoras, no me detendré ahora en recopilar sus sentimientos durante las pruebas del noviciado. Dispuesto desde su infancia para la piedad del claustro; por medio de una christiana educacion, no tenia que corregir delante del santuario los extravíos de una juventud disipada, ni vencer por las maceraciones del cuerpo las flaquezas del corazón. Humilde, mortificado, caritativo y perfecto, hubieran podido pasar en otros por virtudes sus defectos; y aquellos que le debian haber dado exemplo, le miraban como á su modelo; respetaban como á su maestro, y no tardaron en escogerle por su superior. Nada importa que en la Orden de S. Agustin hubiese una regla que prescribiese siete años de profesion á los que se hubiesen de elevar á los empleos, porque nuestro Santo era privilegiado, y su extraordinario mérito le po-

nia

nia sobre las reglas comunes. Nadie ignora que un honor singular debe ser el premio de una virtud superior: por lo mismo; dirigió el cielo á este vaso de eleccion á los grandes designios que tenia sobre él. Despachémonos á dar las primicias de su zelo.

Bien sabeis que prescribe la Religion unas obligaciones particulares á los que llama al retiro. Si estos deberes se ignoran, debe el superior hacerlos saber, y así como se pueden olvidar ó abandonar, está también en la precision de hacerlos mantener. Pero ¿exigirá este superior de los demas la observacion de la regla, si no la observa por sí mismo? No por cierto; la autoridad de mantener las leyes, no exime á nadie de la obligacion de cumplir con sus deberes.

La conducta de nuestro Santo, fué siempre conforme á esta máxima. Yo le observo superior en Salamanca, prior en Valladolid, provincial en Andalucía, y por todas partes le veo mantener la regla, por todas partes sujetar los espíritus, documentar los corazones y atraerse las voluntades: es un torrente que rompe todos los diques. Mientras que por una parte fixa las variaciones de la inconstancia y quita los disgustos de la melancolía y de la tibieza; apaga por otra las murmuraciones del descontento, y sosiega las turbaciones de la discordia. Su Orden tomó en toda España un nuevo semblante, reviviendo en ella el espíritu de Agustin y triunfando la virtud. Y esta columna de la Iglesia á quien la rebelion de Lutero parecia que debía desquici-

ciar,

ciar, llegó á ser por los cuidados de *Tomar* la esperanza, el apoyo y el ornamento de la Religion.

¡O señoras! ¿A que poderoso encanto se atribuirá un suceso tan prodigioso? ¿Es el efecto de una prudencia juiciosa, que estudia el carácter de cada uno para saber gobernar mejor? ¿Es el de una dulzura insinuativa que disimula las flaquezas para tener sobre ellas mas absoluto império? Ah! ¿Si lo diré yo? Mas bien es obra de la virtud. Lo que ordenaba *Tomas de Villanueva* lo practicaba. A la actividad del zelo juntaba la fuerza del exemplo, y constituido el modelo de todos, hacia la regla fácil sin quitarla nada de su primera austeridad.

Mas estas no son sino las primicias de las maravillas que debo representar. Ya es tiempo de seguir á nuestro Santo por una carrera mas brillante. Desde la obscuridad del claustro pasó á la cátedra de la verdad, donde por sus predicaciones triunfó de todos los vicios.

No os figureis aquí aquellos ministros de la divina palabra, que se producen algunas veces, no tanto para hacer triunfar á la Religion, quanto para manifestar sus talentos; que demasiado ingeniosos para pintar el vicio, le hacen conocer mas bien que aborrecer, y que mas zelosos para juntar á su vista una multitud de admiradores y aumentar el número de sus penitentes, llenan el entendimiento y no penetran el corazon. No os figureis tampoco aquellos oradores tan raros en

en sus pensamientos, eloqüentes con arte, y espirituales por estudio, que quieren menos ver correr lágrimas de compuncion, que oír un confuso murmullo de aplausos, y substituyendo el lenguaje de los hombres á la palabra de Dios, envilecen su ministerio, no son útiles á ninguno, y se contentan, por decirlo así, con tener en su favor la falsa opinion de algunos hombres ciegos, ó interesados en aplaudirles. *Tomas* nunca fué así. Yo encuentro en él todo quanto se puede desear para formar un orador perfecto; esto es, un ingenio sublime y universal, una memoria feliz, una eloqüencia patética, y una erudicion profunda. Pero ¿no se declararia él mismo contra mí, si intentase atribuir el fruto de sus predicaciones á aquellas brillantes imágenes que como maestro sabia verdaderamente componer, y como apóstol sabia tambien olvidar? ¿No me diria que sus trabajos les habia coronado la gracia, y que la eloqüencia tenia muy poca parte en sus conquistas? *Laboravi, non ego autem; sed gratia Dei mecum* (1).

En efecto, señoras, lo mismo fué presentarse en las mayores ciudades de España, que romper los lazos que tenian aprisionados á los mas obstinados pecadores. Era como otro *Elías*, que, semejante su palabra á un rayo encendido, penetraba los corazones, y hacia nacer en ellos los sentimientos mas christianos. El maravilloso espectáculo de ver al pueblo

(1) I. Cor. 15. 10.

blo derretido en lágrimas arrebatada en éxtasis á nuestro predicador. El uno se sentia penetrado de los misterios que anunciaba; el otro conmovido de las verdades que oia; éste atento á los remordimientos que le agitaban; aquel eloqüente en medio de su propio silencio; quien alargando la mano para retirarse del precipicio; quien esforzándose para salir de él; el predicador exhortando, rogando y atrayendo; los oyentes enmudecidos, movidos y convertidos, y unos y otros dando gracias á Dios, nuestro Santo por haber hallado en el pueblo, espíritus tan dóciles, y el pueblo por haber encontrado en *Tomas* un director tan perfecto.

Que me alaben ahora esos brillantes discursos que respiran por todas partes el arte de una composicion reflexionada: por lo que á mí hace, confieso desde luego, que en nuestro Santo admiro un hombre, que no conociendo otra eloqüencia que la noble sencillez del Evangelio, supo con ella, tanto apaciguar la sedicion que una provincia rebelde se atrevió á meditar contra su mismo príncipe, quanto hacer substituir en toda una ciudad la mas edificativa virtud al mas escandaloso desorden; en fin un hombre que por todas partes era mirado como el oráculo de la Religion. Lo mismo fué entrar en las ciudades de Burgos, Valladolid y Salamanca, y empujar á predicar en ellas, que ya no conocia nadie en los ciudadanos los ciudadanos mismos. Eran unos hombres enteramente nuevos; el avaro se hizo generoso, el caprichudo dócil, el

orgullosa modesto, el impio devoto, el rico mas caritativo, el grande menos imperioso, el fingido sabio, renunció su política, el lascivo sus placeres, el indolente su floxedad; ya no se conocian las intrigas de la ambicion, las baxezas de la lisonja, los furores de la venganza: todo lo habia mudado *Tomas*. Mas yo me engaño; esta no era obra suya, sino de la gracia por quien él habia salido victorioso, así como ella habia triunfado por él. *Laboravi, non ego autem, sed gratia Dei mecum.*

¿Que le quedaba ya que hacer sino añadir á la conversion de los pueblos la reforma de la corte? La de España era entonces la mas poderosa de Europa. El gran número de señores que la formaban, la hacian tan brillante como temible, y los diferentes aspectos y juicios que en ella se notaban, eran tan diversos como las naciones que la componian. Puede ser que la virtud tuviese sus partidarios; pero lo cierto es que el vicio dominaba con império. Si se sabia alabar sin lisonja, y juzgar sin preocupacion; á lo menos no habia ninguno que no supiese el arte de mantener su grandeza con una especie de fiereza y de desprecio. La política habia introducido en ella la delicadeza al paso que la guerra el desorden, y mientras que el interes fomentaba la ambicion, enervaba la floxedad la valentia.

Anda ilustre apóstol de los Reyes, ve á donde el cielo te llama; tanto quanto más hace al caso tu ministerio, otro tanto mas glorioso te será su desempeño. Ya me parece

ce que le estoy viendo delante del príncipe: no creáis, señoras, que mudase de lenguaje; que menos libre y mas reflexivo en sus discursos, callase por respeto lo que debia decir por obligacion, ni que adulator ingenioso, tributase incienso á los defectos, ó no les combatiese con vigor: no por cierto. Persuadido á que la Religion es en todas partes la misma, creía que en ninguna dexaba de tener el propio derecho el que la anunciaba; y como sabia que el nacimiento no es un título que exima á los grandes de las flaquezas humanas, pensaba igualmente que no les daba tampoco ningun derecho para no ser reprehendidos. Fundado en este principio vino á la corte como otro Juan Bautista: firme sin ser temerario, atacó todos los vicios; y apóstol, donde casi ninguno se atreve á serlo, les pintó con libertad, se explicó con prudencia, é insistió con firmeza. Por mas encubierta que estuviese la falsedad y doblez de los cortesanos, inmediatamente la descubria, y por mas grande que fuese su disimulo lo conocia; hacia ver lo que era permitido y lo que nó, y oponia lo que debia ser á lo que era. ¡Que zelo! Pero ¿no le exponia esta atrevida santidad á algunos réveses? Esclavos de todas las pasiones los grandes, y con demasiada proporcion para satisfacerlas, querian ya que no podian persuadir su inocencia, que á lo ménos no se hablase de sus flaquezas.

Ah! Hay sinceridad tan juiciosa que no puede ofender. Poseíala *Tomas* en grado heroy-

royco, y valiéndose de ella triunfaba: la corte tan difícil de convencer, cedió á la persuasion de su eloqüencia. Así es como produciendo la verdad sin temor, se insinúa sin obstáculo.

¿Dará el último golpe á los trabajos de nuestro apóstol un suceso tan lisonjero? No señoras; elevándole el príncipe, ó por mejor decir el cielo, al honor del Episcopado, á pesar de la resistencia de su sobresaltada modestia, vino á descubrir una carrera mas dilatada á sus apostólicas expediciones. En efecto; quantos cuidados y trabajos pide una Diócesis donde reyna una general depravacion de costumbres; donde autorizando los seculares el desorden con el pernicioso exemplo de los eclesiásticos, se entregaban impunemente á las abominaciones mas infames; donde los grandes y el pueblo hacian consistir todos los deberes de la religion en algunos supersticiosos ejercicios; donde los moros, resto de una nacion impia y subyugada, obligados por las órdenes del príncipe á abjurar los errores del mahometismo, estaban adheridos á ellos mas que nunca, y observaban escrupulosamente en lo interior de sus casas las ceremonias mas ridículas!

Tal es el triste estado en que halló *Tomas* la Diócesis de Valencia. A vista de este espectáculo no pudo permanecer inmovil. Vió el mal y pensó remediarle. Ah! No deseaba ya otra cosa este tierno pastor que sacrificarse por la salvacion de su rebaño: ya parecia que su zelo le multiplicaba, y que, como otro

S. Pablo, se hacia todo para todos para ganarlos á todos para Jesu-Christo. *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos* (1).

Yo necesito que vuestra imaginacion supla la debilidad de mis palabras. Figuraos lo que yo no os puedo pintar debidamente; esto es, un zelo discreto sin ser tímido; que palia el mal sin autorizarle; que despues de haber obrado con maña, obra con fuerza, y triunfa de uno y otro modo de las preocupaciones del entendimiento, y de la corrupcion del corazon; un zelo dulce y afable sin ser demasiado indulgente, que concede mucho por obtener mas, que por medios insinuativos advierte, mueve, persuade y hace amar la penitencia, sin eludir los penosos rigores que exige; un zelo activo é infatigable, que se entrega todo entero, corre por todas partes, y sin detenerse en la vicisitud de las estaciones, la distancia de los viages, y la continuacion de las fatigas inseparables á su ministerio, se entra por medio de los escollos, sobrepuja los obstáculos, y, por salvar una alma, no teme menospreciar mil vidas; un zelo firme é intrépido, que á pesar de todas las oposiciones reprime la audacia, confunde el orgullo, corta la discordia y restablece la paz; un zelo universal, que abraza todos los estados, se extiende á todas las personas, vive para todo, lo remedia todo y todo lo muda. *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos.*

En efecto, recorred toda la Diócesis de Valen-

(1) I. Cor. 9. 22. *edoculatum et oleum ut*

lencia, y veréis por todas partes proscripto el libertinage, destruida la supersticion, descubierta la hipocresía, confundida la impiedad restablecida, la disciplina en la clerecía, y triunfante la virtud en todos los estados. Mas no sigamos un rumbo que nos llevará demasiado lejos: contentémonos con decir en gloria de nuestro Santo, que la tierra, el cielo y el infierno mismo testifican igualmente su zelo por una infinidad de prodigios que resuenan aun en el día en España, y hacen ver muy claramente que el zelo de nuestro Santo fué siempre igual á los ojos de Dios.

Dilectus Deo.

¿Quien de nosotros, señoras, puede dar el mismo testimonio? ¿Quien de nosotros trabaja, como *Tomas*, para alcanzar la gloria de Dios? Ah! Si sondeamos los escondrijos de nuestro corazon, si escuchamos la voz de nuestra conciencia, ¡quantos y quan proporcionados caminos se presentarán á nuestros pasos! El uno se produce por vanidad; el otro se determina por ambicion; éste sacrifica al ídolo del placer; aquel presta sus incienso al del interes. No hay cosa mas comun que obrar por sí mismo, y por el mundo; no la hay mas rara que obrar por Dios y por la Religion. Imitemos hoy, queridos oyentes míos, imitemos el exemplo del santo Arzobispo, cuya fiesta celebramos. Hagámonos agradables á Dios como él por los trabajos de nuestro zelo; quiero decir, de un zelo proporcionado al respectivo estado de cada uno. *Dilectus Deo.* Merezcamos como él la estimacion y

Tom. F.

Ee

amis-

amistad de los hombres por la extension de nuestras limosnas. *Dilectus hominibus*. Segundo lineamento que distingue á *Tomas*; y segundo punto de su elógio.

SEGUNDA PARTE.

La gloria de un Obispo no consiste en el pomposo aparato que anuncia su grandeza, la preeminencia de su gerarquia, y la brillantez de sus títulos.

La autoridad del mando, y la dispensacion de las gracias tienen yo no sé que encanto, de quien no es fácil sacudirse. El corazón humano se presta con ansia á las ventajas que el orgullo le hace desear; pero los honores y prerogativas del episcopado, son mucho ménos que los lazos, peligros y escollos que tiene que evitar. La gloria de un obispo, como dice S. Gerónimo, consiste en saber hacer uso de los bienes que estan á su cuidado. Luego el mejor destino que les puede dar, es consagrarles á las urgentes necesidades de los pobres. *Gloria Episcopi est pauperum necessitati providere.*

¡Quantos elógios merece un Santo prelado que no acepta los bienes de la Iglesia, sino porque le proporcionan la facilidad de aliviar la indigencia; un prelado, que desde los primeros dias de su ascenso al episcopado forma de sus rentas, no un patrimonio para sí, sino un tesoro para alivio de los pobres y por una generosidad que le desprende hasta de lo mas preciso para sostener su dignidad,

es al mismo tiempo su bienhechor, y su compañero en los trabajos! Yo, christianos, me persuado que sin nombrar á *Tomas* he delinado su retrato.

Un prelado de una santa liberalidad, que no pone límites á sus larguezas; de una sabia economía, que dándolo todo lo da con discernimiento; constantemente generoso, y de una liberalidad para con los pobres, que subsiste aun despues de su muerte, es un prelado sobre quien puedo yo fundar la mas corta, pero la mas interesante parte del elógio que consagro á la gloria de *Santo Tomas de Villanueva*. La extension, orden y duracion de sus limosnas, merecén de parte vuestra una renovada atencion.

Dexar á los pobres un beneficio que no se puede gozar sin delito, es obligacion, no virtud. La caridad no tiene mérito si no es libre. No creais por esto que las limosnas de nuestro Santo pierden un ápice de su verdadero valor. No señoras. Yo sé que en calidad de obispo, no podia dexar de repartir en el seno de la indigencia la mayor parte de unas rentas que son del patrimonio de los pobres; pero su generoso corazón, sabia extender sus liberalidades mas allá de lo que era su obligacion. Tratar á los pobres como á sus hermanos, era demasiado poco para él; les hacia depositarios de sus bienes, y si su gran número no le permitia sacarles enteramente de la miseria, se creia por lo ménos feliz en disminuir sus penas, y sobrellevarlas con ellos.

Penetrad con la imaginacion hasta su palacio,

cio, y veréis como no hay en él aquellos muebles preciosos que el luxo mundano presenta con vanidad á la delicadeza del gusto; todo respira la simplicidad de los primeros tiempos de la Iglesia; nada brillaba en él, sino la caridad del Santo Arzobispo; esta era su único adorno. Una multitud de pobres que le cercaban, era su corte. Escucharles, compadecerse y aliviarles con una paciencia incomparable, era su ocupacion. Mas atento en descubrir las necesidades de la indigencia que pronta ella para exponerlas, no habia ningun estado, condicion ni edad para quien no encontrase el secreto de ser útil: nadie se escapaba de sus atenciones, de sus cuidados y de su amor. Era otro Job, como el qual podia decir tambien que era el padre universal de todos los pobres. *Pater eram pauperum* (1). ¿Se necesitan mas pruebas que las de su conducta por lo que hace á aquella desgraciada porcion del mundo que engendra el crimen y no quiere reconocer? Tristes victimas seguidas del oprobio hasta el sepulcro, é inmoladas por la humanidad á todo el rigor de la suerte! Hijos proscriptos antes de nacer, condenados al llanto y al sentimiento que deberian ser la herencia de los que os dieron la vida! Almas desgraciadas! ¿que prodigios van á resplandecer en vuestro favor! *Tomas* ha tendido la vista sobre vosotros; basta una necesidad aparente para despertar toda su sensibilidad. ¿Que esfuerzos hará al ver una mi-

se-

(1) Job 29. 16.

seria-tan grande! Ya me parece que le observo penetrado del mas vivo dolor agotar quantos recursos puede suministrar una caridad ingeniosa.

¿Os falta algo que no sea superabundantemente suplido por el fruto de su zelo? Hablad, y testificad una verdad, que tanto vuestro reconocimiento, quanto la gloria de nuestro Santo no os permite desmentir ni callar. Pero aun quando vuestra lengua estuviese enmudecida, ó fuese demasiado torpe para dar á entender, tanto la vivacidad de vuestros sentimientos, quanto el exceso de su generosidad, tienen la mudanza de vuestra fortuna, y la conservacion de vuestra vida un lenguaje mucho mas eloqüente para expresarnos la ternura con que os ha mirado como padre, teniendoo á su vista, instruyendoo con sus cuidados, y alimentandoo con sus limosnas. El hizo que en medio de vuestra desgracia hallaseis una suerte que jamas podiais esperar. *Pater eram pauperum*.

¿Que diré yo de tantas casas donde haciendo la pobreza los mayores estragos, sobre exponerlas á sufrir las mas lastimosas revoluciones, cubren al mismo tiempo con la apariencia de una grandeza que no existe una suma miseria que por último es menester descubrir á presencia de los hombres, y no pueden manifestar sin aumentar la desesperacion que les agobia? La caridad de *Tomas* era demasiado activa é industriosa para que no descubriese una situacion que reclamaba la atencion de los demas: él la penetró y remedió.

Ee 3

Per-

Permitidme, señoras, haga memoria de un rasgo notable que el autor de su vida creyó no debía ocultar á nuestro conocimiento. Lleno de deudas un hombre de ilustre nacimiento, no se atrevia á manifestar su situación, impedido de la vergüenza. Quisiera descubrirse, pero temia exponerse: dudaba si conseguiria que la bondad del Santo Arzobispo se interesase en su favor. Ocúltase por fin, y percibelo nuestro héroe. ¡Que inquieto estuvo por él! Su corazón se afligia y atormentaba por no poder descubrir la mansion de aquel infeliz. La inutilidad de sus indagaciones excitaba mas y mas sus deseos. Con este motivo se reprehendia una dureza de que nadie le podia tachar con justicia, y atribuia á ella la desdicha de aquel que acababa de ocultársele; siendo así que por otra parte veia las circunstancias que le habian quitado la preciosa ocasion de hacer aquel bien. A vista de esto ¿nos podremos admirar de que nada sea capaz de detener, ni aun tan siquiera sus sender, el curso de sus santas liberalidades? Que se empeñen ahora en persuadirle que la multitud de sus larguezas no sirven sino para fomentar criminales dispendios, y contribuir á los gastos de un juego ruinoso. En este caso responderá, ¿que? A Dios no le agradan, decia él, estos delatores excesivamente zelosos; ni gusta que por una sospecha tal vez injusta quite yo á un desgraciado sus derechos. Si es culpable yo lo indagaré, pero no debo abandonarle. Vengan esos escrupulosos hombres, malignamente oficio-

sos,

sos; á quejarse á él, que un pobre se supo g bernar con mafia para sacar artificiosamente una segunda limosna. Ah! exclamó el Santo Arzobispo, cuidaos de no acusar á ese pobre de una dobl z acaso i naginaria. Solo el juzgarle capaz de ella es un delito. Ah! ¿Quién sabe si Jesu-Christo entre las andrajosas vestiduras de ese pobre quiere probar nuestra paciencia para recompensar mejor nuestra fidelidad?

Señoras, tantas maravillas juntas os chocan y confunden: precisamente os costará trabajo el comprehenderlas: vuestra admiracion sola forma el elogio de nuestro Santo. Pero lo que á mi me admira mas en *Tomas*, no es la multitud, sino el orden y distribucion de sus limosnas. En efecto, si á todos daba sin medida, daba sin embargo con un sabio discernimiento.

Estaba muy lejos de él aquella beneficencia universal que no hace ninguna distincion entre sus objetos; se extiende igualmente sobre los que padecen como sobre los que afectan padecer; no es tanto una virtud moral quanto un instinto; y se comunica indiferentemente, y sin eleccion á todo lo que se presenta.

Jamas obró con sentimientos tan poco christianos: sus limosnas siempre estuvieron regladas por su deber: hasta de la naturaleza se le vió triunfar tambien por no escuchar sino á las leyes de la Religion. Yo me explicaré. Nacido entre el seno de una familia en quien la virtud componia la herencia mas preciosa, apenas fué ensalzado á la Silla de

Valencia quando hizo conocer á sus parientes los efectos de su caridad. En calidad de pobres tenian derecho á sus limosnas; pero si atendió á su miseria, tampoco les distinguió ni condescendió con los deseos que su dignidad les pudo hacer concebir.

En vano solicitó su miseria que la aumentase una razonable pensión que gozaba. Ah, señoras! Si alguna extrema necesidad de la madre hubiera exigido la vida del hijo, hubiera corrido *Tomas* á la muerte apresuradamente y con gusto. Incapaz de faltar en nada á las obligaciones del reconocimiento, todo quanto tenia era lo mismo que sino lo poseyese en caso de que lo necesitase su madre. El negar qualquiera cosa era sumamente duro á su corazon. Hablaba la naturaleza, y si la queria escuchar, tampoco pudo ménos de desobedecerla aunque á pesar suyo. Mas yo me engaño: él creía que la Religion no le permitia faltarla en nada por favorecer á su sangre. Sabia que su renta pertenecía á los pobres de su Diócesis, y que no era dueño de disponer de ella á su arbitrio. Habia hecho por su madre quanto podia, y así no dudó en anteponer su obligacion á su amor. El se negó á su madre, pero en esto mismo consistió el elogio que ella le hizo, no sabiendo lo que debía admirar mas en su hijo, si lo mucho que habia violentado á su corazon, ó la fidelidad con que desempeñó su ministerio.

Pero esta escrupulosa exáctitud que una madre piadosa supo respetar en su hijo ¿la sabrá

brá reconocer un rey en su vasallo? Quando un príncipe se baxa hasta rogar, es su súplica una orden: no mandando, quiere ser mejor obedecido; y se persuade con buen fundamento, que le basta declarar su intencion para conseguirlo todo de la voluntad de aquellos á quienes suplica. Luego ¿que príncipe hubo nunca mas zeloso de su autoridad, que el que ocupaba entónces el trono de España?

De un espíritu emprendedor y capaz de conseguirlo todo; corazon ambicioso y nacido para la gloria; atrevido, y aun algunas veces temerario en sus designios; prudente en su conducta; feliz en la execucion, y mas deudor á veces á su fortuna que á su prudencia; ingenio vasto, aunque particular; abierto y disimulado; natural y artificioso; ocultador de sus defectos con la apariencia de virtudes contrarias: siempre zeloso para la Religion por interes; siempre ingenioso para hacerla servir á su política; fácil en atraerse aliados, y en intimidar ó adormecer á sus enemigos segun el estado de sus negocios; hábil para engañarles con expresiones equívocas; ansioso siempre de nuevas conquistas aun en medio de la victoria: en una palabra, si *Cárlos Quinto* se vió precisado á abandonar el chímérico proyecto de formarse una monarquía universal, se consoló á lo ménos con la idea de que su poder haria temblar á los monarcas mas grandes de la Europa.

Sin embargo, señoras, aquel príncipe tan ansioso de acomodarle todo á medida de sus de-

deseos, se humilló hasta rogar á nuestro Santo proveyese sus tesoros agotados en favor de un pueblo que imploraba su socorro. El príncipe le suplicaba, pero sabia que no habia de ser mal correspondido; y en caso de que la austera virtud del Santo Arzobispo se opusiese á sus designios, estaba resuelto á hacerle sentir los terribles efectos de su indignacion.

¿Que partido tomará sabiendo las intenciones del Emperador, y el absoluto poder que tenia sobre él? Sabia *Tomas*, que resistirse á sus deseos era acarrearle su desgracia, pero tampoco ignoraba, que no debía patrocinar su favor en perjuicio de la Religion misma. En fin, determinóse, y sin reparar declaró sus sentimientos. Príncipe, le dice, tú eres mi rey y respeto tus órdenes; pero eres justo y conoces mi obligacion: lo que tú me mandas me lo prohíbe Dios. Si te ofende mi sinceridad, me puedes castigar. Pero ¿no vituperarías tú mismo mi infidelidad, si tuviera la fragilidad de condescender con tus deseos? ¿Podrías oír las justísimas quejas de mis pobres, si les arrebatase los bienes que les pertenecen, y les pasase á otras manos, no pudiéndolo hacer sin gran delito?

¿Que impresion os parece que haria una respuesta tan terminante, y positiva en el ánimo de Carlos V? ¿La creereis vosotras habiendood descripto su carácter? Pues, señoras, encantado de un proceder tan christiano, él mismo aplaudió la prudente caridad de *Tomas*: aún llegó á mas su estimacion, le llenó de favores, y por último, con-

concedió á su solicitud una gracia que habia negado á las súplicas de los señores de la corte, y hasta de su propio hijo Felipe II.

Así es como maneja la caridad los intereses de los pobres: mientras que por una parte derrama sus beneficios con mano liberal, sabe dispensarlos por otra con prudencia. Mas ¿en que me detengo? La duracion de las limosnas de nuestro Santo, es la tercera qualidad que las caracteriza. Con ella acabaré su elógio.

No siempre es la generosidad la virtud de la vejez. Quanto mas próximo está el hombre á dexar los bienes de la tierra, mas bien parece que desea poseerles su corazon por una ceguedad deplorable. No sucedió así á *Tomas*, pues los muchos años jamas le hicieron mudar de sentimientos. Distinguidos con el sello de la Religion, no era de creer que se minorase nunca su liberal caridad. Si nació con él, no espiró con su vida. Su último aliento, no estuvo precedido del último de sus beneficios. El amor que tuvo á los pobres, supo penetrar las sombras de su sepulcro. Sus inanimadas cenizas han llegado á ser en tiempos calamitosos los mas preciosos tesoros del Reyno de Valencia. En una palabra, despues de su muerte fué tambien el padre de los pobres. *Pater eram pauperum.*

Pero ¿que digo yo? Ah! Murió, pues, como todos los demas hombres aquel Prelado, gloria de España, y no podria yo haceros admirar los prodigios de su vida, sin recordaros aquel momento fatal que cortó el hilo de

de su carrera. Pero ¿como es posible que describa yo como corresponde los movimientos de aquel sol al ocultarse en su ocaso?

Este no fué como uno de aquellos grandes de la tierra á quien el triste conocimiento de una muerte próxima, espanta, agobia y desespera. *Tomas* esperaba con una santa tranquilidad esta hora tan terrible para los demas, y sin ningun consuelo. Miradle consumido de las fatigas, y extenuado de las maceraciones de la carne, como resiste mucho tiempo por virtud á la violencia de los males que sufre, ocultándoles, y no cediendo á ellos sino quando no hay otro remedio. Miradle tendido sobre una cama prestada por caridad, y ocupada por necesidad pura, consagrar la poca vida que le resta en repartir entre los pobres una suma considerable que acaba de recibir. Así que, no reservándose nada, y siendo el primer pobre de su Diócesis, murió contento y dichoso, no llevando otro sentimiento sino el de dexar pobres á quien despues no podia alimentar por mas que siempre los amase.

Yo, señoras, no os referiré al presente el duelo de toda Valencia. Solo diré, que la novedad de su muerte causó en todos los corazones una consternacion universal. Cada uno lloraba por su parte á su maestro, su libertador y su padre. Inmediatamente se llenó su palacio de una multitud de gentes. Los ricos se desconocian entre los pobres, y el ayre se llenaba de suspiros. El Cabildo, la nobleza, los magistrados, las parroquias y to-

todas las religiones de la ciudad se juntaban para componer su triste acompañamiento. Nueve mil pobres se juntaron, que por sus lamentables gritos, mas bien que por su excesivo número, hacian conocer la importancia de su pérdida, y formaban, tanto el mas edificativo, quanto el mas lúgubre espectáculo. Pero ¡qual fué éste quando en medio de la pompa fúnebre, se vió interrumpida la ceremonia del cántico, detenido el sacrificio, y suplidas con torrentes de lágrimas las oraciones de la Iglesia! Aumentado el dolor con la presencia del santo cuerpo, comprimia los corazones, embargaba la voz, y dexaba al triste silencio de todo un pueblo consternado la gloria de consagrar á la memoria de *Tomas* el mas eloqüente elogio.

Testimonio que comprueba lo mucho que se hizo amar de los hombres por las limosnas, despues de haberse hecho agradable á Dios por los prodigios de su zelo. *Dilectus Deo et hominibus.* ¡O que exemplo para vosotros ricos del mundo, que dexais perecer á los pobres sin socorro, y aun algunas veces insultais á su miseria! Estudiad, estudiad el gran modelo que os acabo de proponer. ¡Quiera Dios, que reprehendiendo su conducta vuestra insensibilidad, os haga ser otro tanto mas caritativos en quanto lo habeis sido menos hasta ahora! ¡Quiera Dios!... Pero yo me empeño en excitaros unos sentimientos que forma vuestro corazon, y aun me quedan que publicar, para concluir este discurso, los méritos de una santa comunidad, que fundada ba-

baxo los auspicios de *Tomas de Villanueva*, le hace revivir enteramente entre nosotros, y perpetúa, por decirlo así, la duracion de sus limosnas. Continudad, señoras, en edificaros por medio de vuestras liberalidades para con los pobres, y asistidlos con vuestros cuidados. No degeneréis del espíritu de vuestro Santo Patrono; pues de este modo respetará el mundo vuestro fervor, aumentará la Religión vuestro zelo, y coronará Dios vuestros trabajos con la eterna bienaventuranza, como os deseo.

FIN DEL TOMO V.

TA-

TABLA

DE LOS PANEGÍRICOS que contiene este Tomo.

	Pág.
<i>Panegírico de San Juan de Dios.</i>	3.
<i>De San Juan Evangelista.</i>	33.
<i>De San Antonio Abad.</i>	65.
<i>De San Bruno.</i>	110.
<i>De San Juan de la Cruz.</i>	175.
<i>De San Pedro Nolasco.</i>	219.
<i>De San Andres Avelino.</i>	280.
<i>De San Pablo Apóstol.</i>	334.
<i>De San Josef de Leonisa.</i>	384.
<i>De Santo Tomas de Villanueva.</i>	420.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



baxo los auspicios de *Tomas de Villanueva*, le hace revivir enteramente entre nosotros, y perpetúa, por decirlo así, la duracion de sus limosnas. Continudad, señoras, en edificaros por medio de vuestras liberalidades para con los pobres, y asistidlos con vuestros cuidados. No degeneréis del espíritu de vuestro Santo Patrono; pues de este modo respetará el mundo vuestro fervor, aumentará la Religión vuestro zelo, y coronará Dios vuestros trabajos con la eterna bienaventuranza, como os deseo.

FIN DEL TOMO V.

TA-

TABLA

DE LOS PANEGÍRICOS que contiene este Tomo.

	Pág.
<i>Panegírico de San Juan de Dios.</i>	3.
<i>De San Juan Evangelista.</i>	33.
<i>De San Antonio Abad.</i>	65.
<i>De San Bruno.</i>	110.
<i>De San Juan de la Cruz.</i>	175.
<i>De San Pedro Nolasco.</i>	219.
<i>De San Andres Avelino.</i>	280.
<i>De San Pablo Apóstol.</i>	334.
<i>De San Josef de Leonisa.</i>	384.
<i>De Santo Tomas de Villanueva.</i>	420.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUEV
LIOTEC